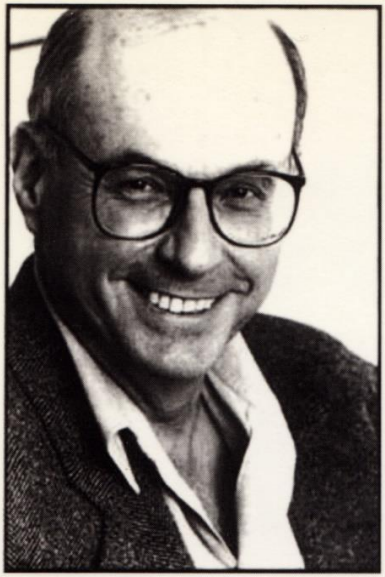
Boris Cyrulnik

El encantamiento del mundo

gedisa
editorial



© Emmanuel Robert

Boris Cyrulnik es neurólogo, psiquiatra y psicoanalista y uno de los fundadores de la etología humana. Profesor de la Universidad de Var en Francia y responsable de un grupo de investigación en etología clínica en el Hospital de Toulon, es también autor de numerosos libros. Gedisa ha publicado también su obra *Los patitos feos*.

Boris Cyrulnik

El encantamiento del mundo

Colección
Psicología

Editorial Gedisa ofrece
los siguientes títulos sobre

PSICOLOGÍA

FRANCESCO ALBERONI	*La esperanza*
FRANCESCO ALBERONI	*El origen de los sueños*
CELSO ANTUNES	*La teoría de las inteligencias liberadoras*
CELSO ANTUNES	*El desarrollo de la personalidad y la inteligencia emocional* *Diálogos que ayudan a crecer*
ROSINA CRISPO Y DIANA GUELAR	*Adolescencia y trastornos del comer*
MARK FISHER Y MARC ALLEN	*Piensa como un millonario*
STEFAN VANISTENDAEL Y JACQUES LECOMTE	*La felicidad es posible* *Despertar en niños maltratados la confianza en sí mismos: construir la resiliencia*
BORIS CYRULNIK	*Los patitos feos* *La resiliencia: una infancia feliz no determina la vida*
ROSINA CRISPO Y DIANA GUELAR	*La adolescencia: manual de supervivencia* *Guía para hijos y padres*

El encantamiento del mundo

Boris Cyrulnik

gedisa
editorial

Título del original francés:
L'ensorcellement du monde
© 1997 Éditions Odile Jacob, París.

Traducción: Margarita Mizraji

Diseño de cubierta: Alma Larroca

Primera edición: octubre del 2002, Barcelona

CREATIVE COMMONS

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Paseo Bonanova, 9 1°-1ª
08022 Barcelona (España)
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
http://www.gedisa.com

Preimpresión:
Editor Service S.L.
Diagonal 299, entresol 1ª – 08013 Barcelona

ISBN: 84–7432–927-2
Depósito legal: B. 42098-2002

Impreso por:
Carvigraf
Clot, 31 – Ripollet

Impreso en España
Printed in Spain

Índice

INTRODUCCIÓN
Biología del estar con. El embrujamiento es un producto de la evolución. Los animales están embrujados. Doble fascinación del hombre mediante los sonidos y el lenguaje 15

CAPÍTULO 1: EL CUERPO 23

Primeros hechizos
La fascinación aparece ya con el nacimiento. Desde la Antigüedad, la psicoterapia es un hechizo 25

Mundos animales y mundos humanos
La distancia entre el hombre y el animal nos obliga a elegir entre el que habla y el que no habla. Filogénesis de los cerebros. Semiotización del mundo de los seres vivos: insectos, abejas, abejorros y libélulas. La imantación entre dos cuerpos 28

Coexistir
El orden reina antes de la verbalización. Cuando aparece el individuo, los lobos se organizan. La ficción conductual de los monos, prueba de inteligencia preverbal 35

La boca hechizada
Etología comparativa: sonata Claro de luna *y fútbol en los macacos. El retraso biológico da tiempo para la representación. La boca de las mariposas, gaviotas y mamíferos* 38

Compartir un alimento
En el mundo de los seres vivos, los orígenes de la alteridad pasan por el alimento. Los herbívoros se reúnen para pastar, los lobos se distribuyen las tareas para la caza, las palabras maternas vibran en los labios del bebé. El ritmo de la succión, esbozo conductual del turno de habla. El niño que toma el pecho ya se relaciona con la historia de la madre 43

La dramaturgia de las comidas
La teatralización de la alimentación: gestos, labios y cucharilla. Demasiada satisfacción desespera 48

Comer, hablar y besar
Hablar mal no es un trastorno de la palabra. Un alimento nuevo es un mundo nuevo. Meter las manos en el puré es compartir un mundo intermental. Compartir la leche en el caso de los paros carboneros, ritual culinario de los macacos, aprendizaje del beso en la cría humana 51

Mesas y culturas
Compartir la carne en el caso de los animales. Prohibir la carne en el caso de los humanos. Nuevos ritos alimentarios de los adolescentes 56

Dar la muerte para construir la cultura
Efecto vinculante de la cosecha. Dar la muerte para inventar lo social y escapar a la naturaleza. Los animales cazadores dan inicio a la cultura 59

¿Podemos comernos a nuestros hijos?
Insectos y carnívoros no se privan de hacerlo. Alteración de las conductas alimentarias en los animales. Cómo no considerar al propio hijo como una presa. Historia del infanticidio. Antropofagia ritual. Sacrificio moderno de los hijos 62

El origen afectivo de los trastornos alimentarios
Obesidad en los gatos. La pica en los humanos o cómo tragar materiales. El cerebro da órdenes a la boca que habla y a las manos que fabrican. El niño que regurgita evoca a su madre. La anorexia, la bulimia, la

cleptomanía y la compulsión a comprar participan en estos movimientos de incorporación. Efecto tranquilizador del pulgar 69

La boca, el cerebro y la palabra
Comer, beber, respirar, cantar, orar: la boca es una encrucijada regida por el cerebro. Los tres cerebros son necesarios para la vida. Cuando nos encontramos para hablar, inventamos un cuarto cerebro. El cerebro, órgano del pensamiento, posibilita la palabra que instrumenta el pensamiento. Comparación de cerebros en los animales, en los que gradualmente aparece un lóbulo prefrontal que responde a estímulos ausentes 76

Para felicidad de los lobotomizados
El presente no existe. Sin angustia, nuestra vida perdería todo sentido. Vivir y hablar en el tiempo presente impediría la sociabilidad 84

De la evolución del cuerpo a la revolución de la mente
Elogio de la angustia que nos impulsa al encuentro y a la creación. A la inteligencia del cuerpo, posibilitada por el cerebro, se agrega la inteligencia colectiva, posibilitada por la palabra. Al pensamiento perceptivo y emocional que compartimos con los animales, se agrega el pensamiento conceptual. En todo ser vivo, el sueño es un prepensamiento en imágenes que da origen al mundo psíquico 88

CAPÍTULO 2: EL ENTORNO 93

El individuo poroso
La hipnosis es una propiedad corriente de los seres vivos. La tentación cientificista y la recuperación en la feria han desperdiciado un fenómeno fundamental para todos los seres vivos. El efecto civilizador de los perros, gatos y animales domésticos pasa por la hipnosis. Los cinco sentidos le sirven como mediadores. Las palmadas para conciliar el sueño, los rostros, la música, las cascadas y el fuego componen una semiótica sensorial 95

Emisores de encanto animales y humanos
Todo recién nacido está hechizado por su madre. Barracudas y caballas, multitudes y líderes, la hipnosis de todo lo que vive pasa por la captación sensorial en la que las palabras son una trampa 103

El miedo y la angustia, o la felicidad de estar poseído
La función del hechizo consiste en que nos fusionemos, con los peñascos si uno es una gaviota, con el ser que amamos si somos humanos. Efecto tranquilizador de la hipnosis en los corderos. La angustia, motor de la evolución. El imprinting *graba al otro dentro de nosotros, lo cual nos brinda seguridad. Categorías del mundo en los polluelos* 115

La ontogénesis no es la historia
La vida psicosensorial de los fetos. Llanto del recién nacido y auxilio de la madre. Potencia material de las palabras «bastardo» y «abandono» 123

Perros sustitutos y elección del nombre
Vincent van Gogh, Salvador Dalí y Edén, el setter, se enfermaron a causa de una representación. Equívocos entre especies. La elección del nombre que se le pone al otro rige su destino y da vida a las fantasías 130

El perro significante
La elección del perro habla del propietario: perros grandes y barrios elegantes, pastores alemanes y suburbios, perros chiquititos y omnipotencia 138

Historia de las primeras interacciones
El objeto «conducta» permite descubrir el continente de las primeras relaciones. Cuando a Edipo se le manifestó el complejo, ya había tenido cuatro hijos con su madre. Hijos y madres son coautores del encuentro 143

Antes del nacimiento
Vida prenatal de los polluelos, los marsupiales y los humanos. Los seis sentidos de la cría humana 147

Después del nacimiento
Todos los que nacieron de un huevo están obligados a la alteridad. La inteligencia preverbal es sensorial. Agresión a pecho armado. Diálogo preverbal 152

Cómo se transmite la historia en el cuerpo a cuerpo
Las primeras palabras sensoriales modelan el cerebro y el destino de los recién nacidos. Geniecillos e hisopos 159

Otra vez hemos olvidado al padre
Es necesario viajar para descubrir el lugar del padre. Gallineros de papás gallinas. El padre precoz es una madre masculina. Papá es socrático. Mamá oscila entre Blanca Nieves y Cenicienta 164

El período sensible y la locura de los cien días
Avidez sensorial de los bebés humanos. La lentitud de su desarrollo prolonga el período de los aprendizajes. Locura amorosa de las jóvenes madres. El final de los cien días, cuando el bebé diferencia el rostro materno y el de los demás y cuando la madre se deshechiza y piensa en otra cosa 167

Las primeras experiencias
Cuando los cien días no están signados por el amor 171

CAPITULO 3: EL ARTIFICIO 177

El señuelo en el mundo de los seres vivos
El artificio embrujador: trozo de papel en las ranas, manojo de plumas en los petirrojos, conjuros en el hombre. Cuando la danza de los peces recibe un Premio Nobel. Todo ser vivo prefiere el anzuelo al estímulo natural. La imperfección de la señal natural permite la evolución. ¿Las babosas de mar son felices? Fórmula química de la felicidad .. 179

La droga animal: morir de placer
El cerebro del placer. Los animales se drogan con un señuelo neuronal, pero los hombres le agregan el de la representación: jugadores patológicos y tomadores de riesgos segregan cannabis espontáneamente 186

Estilo existencial y cannabis cerebral
Un relato estimula la secreción de cannabis cerebral. Ambivalencia de lo real. Diseño de las obras de arte. Los aventureros luchan contra la depresión y los hogareños contra la angustia. Dopamina y hedonismo. Cuando la genética y el teatro tienen el mismo efecto biológico. La felicidad es contagiosa 190

Gozar y sufrir con los mundos no percibidos
La utopía es el señuelo de un relato. Ratón neuronal y hombre neuronal. Las sustancias de la infelicidad 198

De la angustia al éxtasis
Movimiento de liberación de los adictos al sexo. Angustia, éxtasis místico y tensión hacia la obra de arte 203

Nacimiento de la empatía
Nuestra historia atribuye emociones a lugares, objetos y acontecimientos. Vivencias de sí y énfasis del entorno. Puesta en escena imaginaria y detenciones del desarrollo de la empatía. Vivir en pareja es compartir un mundo inventado 207

Biología del sueño, el juego y la libertad
Dormir y soñar, la estabilidad de la temperatura y el juego aparecen en las aves y dan pruebas de un inicio de libertad biológica. Sueños y juegos en el mundo animal. El juego, entre el sueño y la palabra. Efecto familiarizador del sueño y del juego 215

La vivencia de sí nace dentro de otro
Estar dentro, estar con y hacer como si constituyen las tres etapas del desarrollo de la empatía. Las palabras provocan una representación aun mas fuerte que la percepción de lo real 222

Mentira y humanidad: nacimiento de la comedia
Los escarabajos dorados no interpretan comedias. La ficción del ala quebrada aparece en las avefrías de alto copete. Los monos inventan la ficción conductual. Con sus palabras, los hombres la llevan a la perfección. En la comedia reaparece ese problema animal. La paradoja del comediante. Espectadores seducidos y aguafiestas que rompen el encanto 228

El teatro afectivo prepara para la palabra
Teatro preverbal. Paradoja del comediante. Los perros no saben mentir. Teatro y revolución. Cuando un espectador juega mal. Seguidismo de las masas 230

Fascinación y teatro de lo cotidiano
Potencia emocional del enunciado de los demás. Seguidismo intelectual. El papel del carnicero 234

La tecnología es una sobrelengua
La comedia humana se interpreta en la escena de la tecnología. La herramienta animal. El cetro de los monos y la cultura de la leche en los paros carboneros azules. El control del fuego cambia la relación con el mundo. Arrojar piedras es el origen de la falocracia 237

Herencia y legado
Con la técnica, la herencia se relativiza y el legado adquiere mayor poder. La técnica refuerza la mentalidad mágica. Su desarrollo reciente priva de afecto al mundo y cambia la naturaleza de la fascinación 243

Un saber no compartido humilla a quienes no tienen acceso
El mundo virtual de los signos nos aparta de los determinantes materiales. La globalización técnica disuelve el sentimiento de pertenencia y origina la búsqueda de prótesis identitarias. La herramienta priva de afecto y lo inútil nos vincula. El músculo cae en desuso 248

Tecnología y vivencia de sí
La invención del cabestro elimina la esclavitud. Conducir un tractor impide el canto del campesino. La técnica y la democracia, al mejorar a los individuos, disuelven el vínculo social. La evolución se produce gracias a catástrofes. El muro de Berlín es un experimento natural. El efecto vinculante del saber ya no funciona 252

El teatro de la muerte
El hombre de Neandertal, gran realizador, inventa el ritual funerario. Los animales se desorganizan ante la muerte. Los hombres se

organizan en torno a la muerte. Ontogénesis de la representación de la muerte en el niño. La vida no muere jamás, sólo quienes la transmiten. La puesta en escena de la muerte nos obliga al símbolo 258

Cómo se cierra un libro

El hombre es el único animal capaz de sustraerse a la condición animal 267

NOTAS 273

Introducción

Sobre todo, no leáis este libro. Sólo exploradlo.

Os invito a transitar despreocupadamente algunas páginas por aquí, otras por allá. No estáis obligados a seguirme línea por línea. El Índice constituye el apartado más importante porque allí se exponen los temas por los cuales discurriremos. Cada capítulo comienza con un breve trayecto teórico que me costaría muchísimo leer si yo no lo hubiese escrito. Pero inmediatamente intento defenderlo con ejemplos clínicos y observaciones etológicas.

Este libro está organizado desde una única perspectiva: el embrujamiento del mundo, el poder oculto que nos gobierna y nos obliga a *estar con...* para ser.

¿Por qué estamos obligados a vivir juntos cuando sabemos bien que eso es muy difícil, que nos hace sufrir a causa de los malentendidos, mal dichos y mal vistos, que envenenan la vida cotidiana? Jamás vemos el mundo de los otros, que tanto nos fascina y nos intriga. Por eso lo pensamos, lo imaginamos, lo creamos y luego lo habitamos, convencidos de que, para llegar a ser nosotros mismos, no tenemos más remedio que estar con los demás.

Todos nuestros sufrimientos provienen de esta situación, pero serían mucho peores si estuviéramos solos, sin nada que nos rodease. Por eso nos precipitamos unos hacia otros, nos hechizamos mutuamente y luego sufrimos por esa posesión deseada.

Los bebés, ávidos de madres en torno a las cuales se desarrollan, quedan impregnados para siempre con todo esto, y tendrán que rebelarse en algún momento, mientras que los hombres se arrojan unos contra otros para hacer el amor o la guerra.

La necesidad de *estar con* es de orden biológico en todos aquellos que requieren que otro los sostenga para poder desarrollarse. Esta exigencia de *estar con*, simplemente para vivir, es propia de una gran cantidad de especies en las que se transmite mediante la sensorialidad del mundo.

Pero la aparición del lenguaje modifica la naturaleza del entorno. Cuando un hombre comienza a hablar, prosigue su desarrollo orgánico y sensorial mediante la expansión de la conciencia, en un mundo que a partir de ese momento está estructurado por relatos.

La índole del *estar con* cambia todo el tiempo, ya que en cada etapa de la construcción del aparato mental agrega una nueva posibilidad de quedar embrujado. El proceso de hechizamiento permanente parte del mundo percibido y evoluciona hacia el no percibido... que lo embruja todavía más. Los objetos seductores sólo son entidades distintas en los límites del aparato mental: la materia biológica constituye un extremo, y en el otro se encuentra la palabra impronunciable que representa lo no percibido perfecto.

La fascinación irresistible del mundo es un producto de la evolución: los animales quedan embrujados cuando perciben la sensorialidad de otro, el olor, el color, su postura que los gobierna al capturarles los cinco sentidos. Y los hombres, la única especie que posee seis sentidos, viven en el doble encantamiento de los sentidos y del sentido que crea la historicidad. Jamás vemos el mundo de los otros, pero sí lo representamos mediante los signos de sus palabras y de sus gestos que nos hechizan todavía más.

En el capítulo de la invención del mundo en el que nos encontramos, leemos que todo recién nacido desembarca en un medio ya estructurado. La naturaleza le otorga a su organismo una forma y un entorno sin los cuales no puede vivir. Esta es la primera razón por la cual el mundo está hechizado, porque le asigna a todo ser vivo una manera de vivir que no puede ser modificada. Esa es su suerte, y está echada. Toda vida está poseída.

En el caso del hombre, se trata de un doble hechizamiento. No le queda otro remedio que padecer el biotopo estructurado por la naturaleza, y además el medio ambiente regulado por los relatos de los demás. Y, a su vez, inventar su propia odisea, adivinar el futuro y leer la suerte que se le ha destinado. El hombre tiene la expectativa de actuar sobre las cosas, mediante gestos y palabras, de aprender a leer el

mundo para influir sobre él, modificar su curso y echarle otra suerte, esta vez humana. Agrupar las palabras para darle al mundo la forma que percibe y enunciar un conjuro para actuar sobre él. Convertirse en brujo en un determinado momento es el destino que el hombre se asigna y al que denomina «libertad».

El conjunto de rasgos etimológicos de la palabra «embrujamiento»[1] proporciona el encadenamiento de ideas que organiza este libro.

- Antes de nacer: el embrujamiento natural le otorga al hombre un lugar que ya está impregnado de la magia de los relatos.
- A partir del nacimiento, el niño trabaja todos los días para tomar la palabra, para inventar su propia realidad y construir su individualidad.
- El legado de relatos y de técnicas cambia el medio ambiente humano y modifica a su vez a quien lo ha producido.

De modo que el cuerpo, el entorno y el artificio[2] constituyen los elementos organizadores de la condición humana, antes del nacimiento, durante la etapa de desarrollo y luego más allá del hombre. Si falta una sola de estas etapas, todo se desmorona.

Los bebés buscan con todos sus sentidos, con la voz, la mirada, el movimiento que los cautiva para su mayor felicidad. Los niños aprenden codiciosamente las palabras y los relatos que estructuran su mundo. Los adolescentes sólo tienen un deseo en la cabeza, el amor del amor que les proporciona la ilusión de poseer, además de ser poseídos, en un deslumbramiento que los seduce completamente. A menos que este hechizamiento constituya precisamente la condición humana, que la suerte que se nos ha echado nos obligue a *estar con* y que, sin posesión y sin deslumbramiento, ya no seamos más nada. Puesto que estar solo no es ser. Unicamente podemos llegar a ser nosotros mismos si estamos hechizados, poseídos.

La conciencia, identificada dentro del mundo de los seres vivos mucho antes de la aparición del hombre, encuentra su lugar en forma gradual, muy lentamente, por lo menos desde hace cuatro mil millones de años, cuando se unieron los componentes minerales y biológicos necesarios para la eclosión de la vida y su diversificación,[3] y que ya estaban hechizados por el medio ambiente físico para iniciar el camino hacia la magia del pensamiento.

La conciencia no es propiedad de una naturaleza espiritual etérea que podría existir fuera del cerebro. Tampoco es el producto de una combinación fisicoquímica de donde brotaría el pensamiento. Por lo tanto, no puede nacer de la conjunción del alma y el cuerpo.

Cada nivel de lo viviente sólo puede edificarse a partir de un precursor, y en este proceso cada etapa de la construcción difiere de la precedente y sin embargo se apoya en ella.[4] Lo material y lo mental se convierten en realidades distintas e incompatibles al llegar a los extremos de todo el espectro. En realidad se trata de un proceso continuo en el cual todos los niveles son indispensables y participan en el funcionamiento del conjunto. Las disciplinas universitarias son las que han recortado en ese proceso los fragmentos de mundo que servían para sus representaciones. Algunas de ellas han elegido el a priori materialista que todos los días confirman las ciencias básicas. Pero otras han preferido el a priori mentalista que refuerzan continuamente las ciencias humanas.

Los razonamientos que utilizan el concepto de procesos continuos requieren cierta capacitación en la reflexión evolucionista.

Para ilustrar la idea de que cada etapa de la construcción psíquica ofrece una visión del mundo diferente, propongo la metáfora del cohete de dos tramos. Para que el segundo tramo gravite sobre su órbita y escape a la ley de la atracción terrestre, primero ha sido necesario respetar esa ley, es decir, descubrirla para poder utilizarla. El segundo tramo navega hacia el planeta de los signos, porque el primero respeta las leyes naturales, para poder luego sustraerse mejor a ellas.

La evolución es un concepto que designa la transformación progresiva del mundo fisicoquímico, vegetal y animal.[5] Hasta el momento en que, al sustraerse a las *leyes de la materia*[6] gracias a que las ha respetado, se crea el mundo del símbolo, que todavía asienta un pie en la imagen, y otro en el objeto *puesto allí para* ser percibido y representar lo no percibido. Mucho antes de la convención del signo, mucho antes de la palabra, existe la posibilidad de la evolución de comportamientos transmitidos por aprendizajes preverbales, a través de grupos y generaciones que ya no responden a fenómenos biológicos. En el segundo tramo del cohete que navega hacia el planeta de los signos, las leyes han sido pactadas, sólo existen en lo verbal, por lo cual basta con oírse o hacerse oír. En este caso, las transformaciones son reversibles porque es posible ponerse de acuerdo o matar-

se mutuamente para imponerle al otro la propia *convención*, la propia visión del mundo.

Cuando llega el signo, cambia la naturaleza de la evolución. Además, más acá del signo, estamos sometidos al conflicto incesante de la doble limitación, genética y ecológica. Del otro lado del signo, somos nosotros mismos quienes nos sometemos a las representaciones que inventamos y que heredamos de nuestros padres y de su grupo social.

A la evolución irresistible de la materia se agrega la efervescencia reversible de las representaciones. La índole de estos conflictos es diferente: un organismo sólo puede vivir si ha asumido una forma adaptada a su medio, resultado de la doble limitación genética y ecológica, mientras que en un mundo de representaciones se hace necesario combatir incesantemente palabra a palabra, idea por idea, para modificar las representaciones de los demás, darles la palabra o hacerlos callar.

Más acá del signo, la muerte es total, pues una especie desaparecida no retorna jamás. Mientras que, más allá del signo, una idea, un ritual, una representación, pueden desaparecer y luego renacer de sus cenizas. Llamemos como llamemos a ese cambio, «mutación» o «Rubicón del lenguaje», siempre se trata de una ruptura en un proceso continuo.

Como todos los conceptos demasiado generales, la palabra *evolución* es engañosa. Sólo los términos técnicos designan cosas, sentimientos o ideas precisas. Los vocablos imprecisos como «materia», «amor» o «vida» se definen por el contexto y por las palabras que los rodean y aclaran su contenido. Hasta las condiciones del contexto social y de la conversación en la que se las utiliza pueden cambiar su sentido. Sabemos que en la época de Lamarck y de Darwin se empleaban las palabras «transformación», «progresión» o «descendencia modificada» para designar un proceso filogenético. En el siglo XIX, el término «evolución» prácticamente sólo era empleado por los militares.[7] Quien le otorgó su sentido moderno fue Spencer, muerto en 1903, al aplicar a la psicología y a la sociología el principio biológico de la complejidad creciente.

Lalande da la siguiente definición del evolucionismo: «Doctrina según la cual la ley general del desarrollo de los seres es la diferenciación acompañada de integración, ley según la cual se habrían formado sucesivamente el sistema solar, los elementos químicos, los se-

res vivos, las facultades intelectuales y las instituciones sociales».[8] La metáfora con la que podría ilustrarse este concepto sería la del cohete de un solo tramo. Personalmente prefiero mi cohete de dos tramos, que intentaré transformar en ideas apoyadas en las observaciones naturales y los experimentos que propone la etología.

Un cuerpo, por el hecho de estar vivo, jamás es algo pasivo en un medio estructurado. El desarrollo de un proceso biológico, desde el nacimiento hasta la muerte, indica que un organismo nunca deja de buscar lo que constituirá para él un acontecimiento. Por lo tanto, no es sensible a las mismas informaciones en cada estadio de su evolución. Esto significa que, aun cuando nada cambie en su medio ambiente, el simple desenvolvimiento de un proceso biológico vuelve al cuerpo sensible a informaciones diferentes, de modo que parecería que el medio cambiase. Un mismo cuerpo no vive en el mismo ambiente en todos los estadios de su evolución individual.

Los genetistas subrayan esta idea cuando nos explican que las mutaciones se manifiestan o aguardan la ocasión de cumplir más o menos bien sus promesas genéticas;[9] los ecologistas nos enseñan que los ambientes físicos cambian todo el tiempo, lo cual genera tutores del desarrollo siempre diferentes. Por su parte, los historiadores nos cuentan que el pensamiento de los hombres cambia todo el tiempo y permite estructurar de otro modo la vida social al construir instituciones, cuarteles, guarderías o bancos... y muros invisibles todavía más infranqueables como los que erigen palabras tales como «bastardo», «intocable», «parásito» o los que constituyen las prohibiciones alimentarias o sexuales que unen a los hombres en el amor por lo puro y el desagrado por lo impuro.

Incluso si nada cambiara en el genoma y en el medio ambiente, el simple hecho de nacer y de morir nos obligaría a utilizar el concepto de evolución. No sólo como proceso temporal que rige el conjunto del mundo de los seres vivos, sino también como proceso durante el transcurso del cual las representaciones, al librarse del cuerpo, crean un medio virtual. Todo organismo inventa el medio ambiente en el que habita. La mariposa da forma, al percibirlo, a un medio cósmico, luminoso y feromónico que la rige. Y el hombre engendra un medio compuesto por sus representaciones sensoriales, primero con imágenes y luego con palabras, que permiten estructurar su destino de hombre y no de mariposa.

Incluso en la psicología este concepto resulta fructífero. Si admitimos que el pensamiento cae del cielo y se amarra al cuerpo mediante el mástil de la epífisis, no tendríamos necesidad del concepto de evolución. Pero si decimos que el pensamiento tiene necesidad de un cuerpo para poder alejarse de él y poner en el mundo un espacio no percibido aunque pleno de representaciones, entonces ya no podremos prescindir de esta noción.

Si nos entrenamos para pensar la condición humana como un cuerpo capaz de producir un mundo virtual y de habitar en él experimentándolo realmente, entonces el cuerpo, el entorno y el artificio serán concebidos como un conjunto funcional: un individuo poroso, penetrado por un entorno sensorial, que estructura el artificio.

El hombre está embrujado dos veces: por la evolución que construye su mundo y suscita el pensamiento que construye su mundo.

Capítulo 1

EL CUERPO

Primeros hechizos

El embrujamiento aparece a partir de los primeros minutos posteriores al nacimiento, cuando el recién nacido mama los captores sensoriales a los que resulta sumamente sensible.

El feto ya había percibido las informaciones que lo afectaban y a las que respondía mediante conductas de exploración, a raíz de los desplazamientos de la madre, cambios de postura y fuertes ruidos. Pero, al final del embarazo, el bebé prefería claramente la palabra de su madre que, como una caricia, se ponía en contacto con sus labios y manos para vibrar allí suavemente. Entonces él respondía llevándose a la boca todo lo que asía y todos los días tragaba líquido amniótico, lo que le permitía degustar a su madre al tiempo que la escuchaba.

Después del nacimiento, el simple hecho de vivir en un mundo aéreo cambió la forma de los estímulos: la luz se hizo más viva, el aire más frío y las colisiones más duras. Pero nos olvidamos de hablar de un trastorno vital: la sequedad. Después de nueve meses en un universo acuático, tibio y protector alrededor del cuerpo, pero también en la boca y la nariz, de pronto resultó imprescindible secarse.[1] El bebé tuvo frío y tuvo sed y, a causa de esas dos privaciones iniciales, se hizo sensible a la calidez de los brazos que lo rodeaban y a la humedad del pezón que se le ofrecía. Encontró la forma de ponérselo en la boca y ejecutar el increíble libreto conductual que constituye la primera mamada, porque ya se había entrenado mucho antes del nacimiento, cuando su madre, al hablar, lo había incitado a explorar con la boca y las manos todo aquello que flotaba.

Desde los primeros minutos posteriores al nacimiento, lo que despertó su avidez de fascinación fue una falta, la pérdida de calor y humedad nutricia. Esta privación estimuló su sensibilidad ante un objeto sensorial compuesto por el cuerpo tibio y contenedor de la madre, y un pezón fragante que segrega calostro, la primera leche diluida que le permite al bebé reencontrarse en parte con algo del universo

acuático desaparecido y mojarse un poco. Por lo tanto, lo que despertó su avidez de volver a encontrar cualquier objeto que evocara el océano pasado que lo rodeaba, fue una pérdida, un leve sufrimiento. No habría podido quedar hechizado con una aguja, un vivo resplandor o un empujón, mientras que un objeto sensorial que evoca una huella inscrita en su breve memoria tuvo el poder de capturarlo, para su inmensa felicidad.

El libreto conductual del primer encuentro constituye tal vez la metáfora que tematiza nuestra supervivencia y explica la necesidad de hechizarnos. El recién nacido que no encontrara un pezón no podría sobrevivir pero, para que se tope con él, es preciso que se haya sensibilizado a raíz de una falta. El primer embrujamiento exige un cuerpo materno y el sistema nervioso de un bebé sensibilizado por una falta.

El mundo se experimenta con los sentidos mucho antes de la palabra, pero «un sistema vivo inteligente sólo puede funcionar y desarrollarse según la dotación que tenga para actuar y reaccionar».[2]

Mucho antes de la convención del Verbo, el mundo viviente está estructurado mediante la sensorialidad que le da una forma perceptible precisa. Ese mundo palpable posee un sentido complementario que se lo otorga la flecha del tiempo. Hay quienes piensan que la evolución del mundo viviente tiene un sentido intencional. Con toda seguridad es direccional, ya que un rasgo adquirido o una especie que ha aparecido jamás podrán volver atrás. Un pájaro sólo puede nacer y dar vida a otro pájaro antes de morir, y jamás se transformará en una rana. Esta imagen es exagerada, pero permite ilustrar bien la idea de que la evolución no puede dar marcha atrás.

Cuando aparece el Verbo, cambia la naturaleza del tiempo. Lo que lo mueve ya no es la duración que transforma los cuerpos, sino la representación del tiempo, la historia. Hemos podido determinar el surgimiento de lo sagrado en África oriental cuando, hace 1,3 millones de años, los hombres conservaban el cráneo de los muertos modelándolos con una capa de arcilla. Este rito de conservación de los cráneos nos permite comprender que en esa época ya se creía que el espíritu se asentaba en ese lugar del cuerpo. Un hombre que pierde una mano sigue siendo un hombre, pero, si se le corta la cabeza, su cuerpo deja de ser humano y se convierte en un objeto. El hombre de Neandertal comprendía muy bien que el cuerpo de su amigo muerto ya no estaba

habitado por el hálito del alma. Percibía a *el* muerto y se representaba *la* muerte, lo cual lo impulsaba a inventar una sepultura para no verse obligado a arrojar el cuerpo del amigo, a quien todavía quería.

Con este pensamiento se han organizado todos los rituales psicoterapeúticos desde la Antigüedad. En la Mesopotamia, el médico babilonio distinguía, al igual que hoy, la medicina exterior, ejecutada con la mano (la cirugía), y la medicina interior, realizada mediante la palabra por los sacerdotes encargados de la asistencia. Los sufrimientos interiores se explicaban por la intervención de un demonio que se asentaba en el órgano elegido. Este esquema parasitario del cuerpo permitía ya entrever la imagen de una arqueopsicosomática.

En Egipto, el más conocido es Imhotep (2850 a. C.). Los papiros dan testimonio de la presencia de especialistas veterinarios, ginecólogos y dentistas, también ellos clasificados en cirujanos manuales y exorcistas de más alto rango.

En la Persia antigua, Zaratustra (600 años a. C.) nos ha legado el concepto de espíritus poseídos por el diablo, que en muy gran medida ha asimilado el Occidente cristiano.

Los hebreos han descrito escrupulosamente algunas enfermedades mentales que todavía conocemos hoy. El rey Saúl suplicaba que le hicieran el favor de matarlo, como todavía imploran los melancólicos. Y Nabucodonosor se creía un caballo, como afirman algunos esquizofrénicos. Por eso, en el 490 d.C. los hebreos construyeron en Jerusalén la primera «clínica psiquiátrica».

También los hindúes separaron el cuerpo del alma y perseguían a los malos espíritus con las palabras contenidas en los Vedas, intentando actuar sobre ellos mediante las posturas del yoga.

Curiosamente, en algún momento los griegos olvidaron el cerebro. Creían que el alma se asentaba en el diafragma, de donde surge el concepto de oligofrenia (que tiene poco desarrollada la mente). Pero, muy rápidamente, Crotón (500 a.) volvió a situar el alma dentro del cerebro, a causa de su conexión con los órganos de los sentidos. Hipócrates lo consideró la sede de la inteligencia, y Galeno (200 d. C.) puso en marcha la aventura moderna del cerebro y la mente, al afirmar que las impresiones del mundo exterior penetran por los ojos en los ventrículos cerebrales.

Lo que resulta muy extraño es la dificultad que siempre hemos tenido para representarnos la mente. Sabemos que actúa sobre noso-

tros, sin que nos demos cuenta, que penetra por medio de los sentidos y nos inunda de fluidos. Sabemos también que podemos actuar sobre el mundo no percibido, mediante palabras, sortilegios, danzas, posturas e incluso con algunas sustancias, puesto que todas las culturas, hasta las más antiguas, han descubierto y utilizado el efecto alucinógeno de algunas plantas para conseguir la prueba de la existencia de un tercer mundo, el del espíritu, diferente de los de la vigilia y el sueño. La condición paradójica de las relaciones entre la mente y el cuerpo en el curso de nuestra historia consiste en que lo ignorado actúa sobre nosotros, mientras que lo sabido actúa sobre él. Lo conocido actúa sobre lo desconocido, lo cual permite explicar nuestra antigua tendencia a asociar la ciencia y la magia. Oprimir un botón del televisor para ver lo que ocurre en China se convierte en el equivalente psicológico de un «Ábrete, Sésamo», una palabra que actúa sobre la roca. Las leyes fenoménicas son muy diferentes en ese caso pero, si no las estudiamos, llegamos a experimentar la ciencia como un tipo de magia. Sin ideas claras, no podemos pensar. Pero, en la medida en que establecemos categorías para delimitar los elementos y las agrupamos con el fin de calcular y de juzgar, estamos creando una trampa del pensamiento.

El análisis del mundo permite examinarlo. Creemos que lo dominamos cuando simplemente le damos forma a la representación que nos hemos hecho. Para no confundir fenómenos pertenecientes a mundos tan diferentes, los separamos de modo equivocado: el cuerpo constituido por sustancia extensa no tiene nada de común con un alma imperceptible y sin sustancia, amarrada al mástil de la epífisis mediante una voltereta intelectual.

¿No habría algún medio de abordar el problema en términos de embrujamiento natural? Ya no se trataría de buscar de qué modo el alma se coloca dentro del cerebro, sino más bien de interesarse «por el cuerpo humano, por la condición que le otorga al hombre y por la relación que mantiene con la humanidad».[3]

Mundos animales y mundos humanos

No sirve para nada enumerar el catálogo de las diferencias entre el cuerpo del hombre y el de los animales (escamas, pelo, plumas, pa-

tas, rabos, ancas) ni el de las diferencias de producción (hierro, herramientas, prohibición del incesto, lenguaje...). Me parece que el objetivo psicológico de esta clasificación consiste en reparar la vergüenza de nuestros orígenes, como si fuera preciso que perteneciéramos a cualquier precio a la especie elegida y no tuviéramos nada que compartir con esos seres con pelo, patas y carentes de lenguaje.

Una mirada evolucionista le otorgaría al hombre un lugar en el movimiento de la vida: «no hay nada en su tipo de organización que no se encuentre en los otros vertebrados. [...]Pero en el hombre el progreso del psiquismo alcanza su punto más alto; una conciencia humana es capaz de conocerse a sí misma, de considerarse como un objeto. El esfuerzo de cerebralización iniciado desde el comienzo de la vida encuentra así su expresión profunda, y la humanidad representa la conclusión del mismo proceso biológico que aquel del cual proviene el árbol de los vivos».[4]

Al igual que los animales, el hombre pertenece a un mundo de seres vivos en el cual, a diferencia de aquellos, adquiere un lugar humano. Esta idea no es original. Sin embargo, no se la termina de admitir ya que se nos pregunta sin cesar para que contestemos si el hombre es o no un animal. Conozco incluso a grandes biólogos, elegantes escritores, que se enfadan cuando se sostiene que el hombre es un animal (si tomamos en cuenta las secreciones neurohormonales), y que lo mismo se molestan cuando se sostiene que el hombre no es un animal (si se considera su producción intelectual).[5]

Lo que incomoda es la pregunta, puesto que obliga a una respuesta parcial, como todas las alternativas. Pero me siento mucho mejor después de haber leído a Woody Allen, porque ya sé la conducta que debo seguir: «Cada vez que me piden que elija entre dos caminos, no vacilo jamás: ¡tomo el tercero!».

Sin duda debemos renunciar a la metáfora del corte, del vacío entre el hombre y el animal que nos obliga a elegir entre el que habla y el que no habla, entre el que tiene un alma y el que no la tiene, entre el que podemos bautizar y el que podemos cocinar. Luego de esta metáfora trágica, que ha hecho posible la esclavitud y el exterminio de pueblos enteros, han aparecido las variantes de la jerarquía, dentro de la cual el hombre, en la cima de la escala de los seres vivos, se permite destruir, comer o excluir del planeta a los otros seres terrestres, animales o humanos, cuya presencia le incomoda.

Podemos extraer múltiples enseñanzas de la filogénesis del cerebro en el mundo viviente: primero lo hemos pesado para llegar a la conclusión de que, cuanto mayor era su tamaño, más inteligente era el animal. Este concepto pintoresco ha dado lugar a anécdotas muy divertidas y a menudo trágicas como por ejemplo: «el cerebro de las ballenas es más inteligente que el de las hormigas», lo que lleva de inmediato a: «el cerebro de los ingleses es más grande que el de los africanos», o «el cerebro de Stalin es más voluminoso que el de Einstein» (adivinad las ideas políticas del neurólogo) y por último: «el cerebro de los hombres es más pesado que el de las mujeres» (lo cual es verdad).

Todo esto fue muy fácil de refutar. Entonces, para hacer ciencia, se calcularon los coeficientes cefálicos de los seres vivos (relación entre el peso del cerebro y el del cuerpo), pero las excepciones a la regla eran tan numerosas que se hizo necesario buscar otros índices.

Una manera más fecunda de plantear el problema consiste en observar de qué modo, en el mundo viviente, la nutrición y el sistema nervioso han aparecido gradualmente para crear nuestras condiciones de vida humana.

Jacob von Uexküll, uno de los pioneros de la etología, ha propuesto una teoría de la significación, una semiótica del mundo de los seres vivos en la cual los «insectos, abejas, abejorros y libélulas [...] y hasta los animales que no se separan del suelo, como ranas, ratones, caracoles y gusanos, parecen moverse libremente en la naturaleza. [...] Esta impresión es engañosa. En verdad, cada uno de los animales [...] está vinculado a un mundo que es su morada».[6] El mundo de una rana no es el del hombre, que tampoco es el del erizo de mar. Estos tres seres vivos situados en una misma ecología biofísica percibirán significados materiales diferentes. El objeto portador del significado «alimento» es mayormente olfativo para el ratón, más visual para el hombre y quimiotáctil para el erizo. El significado del «alimento» es distinto para cada uno de ellos porque sus respectivos sistemas nerviosos seleccionan percepciones diferentes que caracterizan el mundo que habita esa especie. La boca y el cerebro los llevan a vivir en mundos diferentes, aun cuando estén compuestos por los mismos ingredientes materiales.

El proceso gradual de semiotización del mundo se vale de fenómenos diversos, percibidos y organizados por el sistema nervioso

para convertirlos en portadores de significados, típicos del organismo.

En ese mismo carácter, habría que incluir en el proceso a las plantas, e incluso a los hongos, sin clorofila y a veces muy cercanos al reino animal. Las plantas, que no tienen sistema nervioso que les permita procesar informaciones distantes, desde el receptor al efector, sólo pueden vivir sumidas en su medio, inmersas en su ecología. El sol calienta las pilas clorofílicas que proveen la energía necesaria para absorber el agua. Como no tienen sistema nervioso, esas pilas deben captar los rayos del sol, y sus raíces, las moléculas de agua. El sol, el agua y la tierra constituyen los ingredientes cósmicos con los que la planta debe estar en contacto para poder vivir. Las reservas son débiles y sólo puede buscar agua mediante sus raíces. Los mensajeros químicos y térmicos tienen un papel privilegiado en este proceso, puesto que necesitan que el organismo esté inmerso en su hábitat.

El mundo que rodea a un animal es radicalmente diferente. Al igual que las plantas y los hombres, tiene necesidad de sol, agua y minerales. Pero, gracias a su sistema nervioso, no tiene necesidad de quedar inmerso en las informaciones. Puede almacenar reservas de energía en forma de grasa, lo cual le da tiempo para buscar la información que precisa. El animal ya vive en un mundo de indicios en el cual la proximidad es necesaria, pero también accede al mundo de las imágenes en las que el ser vivo percibe representaciones visuales y no solamente longitudes de ondas. La grasa que permite almacenar alimento y el sistema nervioso que se apropia de mayor espacio y tiempo, al procesar informaciones cada vez más alejadas, constituyen entonces un primer grado de libertad biológica.

La semiotización del mundo no se ocupa sólo de los códigos y los mensajes, sino que combina las informaciones elementales para convertirlas en representaciones: lo que el animal percibe es ya una representación del mundo. Supongamos que el hombre actual ve una calle bordeada de casas, con aceras atestadas de transeúntes y una calzada repleta de automóviles. En el mismo lugar y en el mismo momento, una mosca no habita ese mismo mundo. Los significantes biológicos no son los mismos para ella. Con sus grandes ojos facetados, la mosca ve grandes obstáculos blancos, que el hombre denomina «casas», contiguos a masas negras que producen ráfagas de vien-

to, que el hombre llama «automóviles». Sin duda la mosca quedará fascinada por un resto de proteínas en descomposición que el hombre denomina «trozo de carne para arrojar a la basura», pero que en el mundo de las moscas constituye un objeto portador de significados sumamente cautivadores. En la misma calle, un molusco habitaría un mundo de tinieblas secas más o menos claras y de profundidades más o menos palpables.[7]

De una manera general, aquel que transmite los significados más cautivadores es algún otro de la misma especie. La proximidad de los congéneres crea un mundo sensorial que puede compartirse. El otro lleva consigo las señales que esperamos recibir. Su forma, sus colores, sus sonidos, sus movimientos y olores constituyen los significantes biológicos a los que resulta extremadamente sensible un animal de la misma especie. Dentro del maremágnum del mundo, lo que percibe mejor es una disposición de colores o una estructura química olfativa, porque su sistema nervioso recibe una fuerte influencia de ellos.

El otro le transmite a ese sistema lo que más espero, diría la gaviota dentro de su círculo. Si yo estuviera solo en el mundo, este estaría vacío, pero desde el momento en que percibo a mi lado un congénere, que transmite informaciones que «me hablan», mi hábitat se llena de voces, de colores y de posturas que crean un entorno pleno de significados cautivadores, de acontecimientos extraordinarios en la vida de una gaviota. La simple presencia percibida de un «semejante análogo», con un parecido genético, amplía el mundo sensorial y crea un acontecimiento perceptivo, una invitación al encuentro.

En el caso de los bebés humanos, de pocas semanas de edad, podría seguirse el mismo razonamiento. Basta con que se coloque un infante al lado de otro para que cada uno de ellos manifieste una emoción intensa, que se expresa en balbuceos, miradas y aplausos. El niñito coge sus propias manos y las aprieta contra su pecho. Emite algunos gritos y trata de tocar al otro con las manos o con los pies,[8] con lo cual se pone de manifiesto una atracción, una idea comunitaria y una intencionalidad sorprendentemente precoz.

La afinidad por el semejante análogo es tan poderosa que basta con colocar a un bebé de tres meses frente a su madre y junto a un espejo para observar que, a partir de la primera mirada del otro en el

espejo, a partir del primer acercamiento, el niñito queda fascinado por ese bebé parecido a él, infinitamente más cautivante que la propia madre que se encuentra a su lado.

La alianza de dos organismos produce un campo sensorial en el cual cada uno posee avidez del otro, porque a raíz de sus estructuras y formas de desarrollo se han vuelto sensibles para el reconocimiento de esa forma (otra gaviota, otro bebé). Esa alianza crea, entre dos cuerpos, la imantación que estructura el entorno y constituye la base sensorial de la fascinación.

A partir de que esa alianza cobra vida, el hechizo funciona, en los niveles más simples: «las señales moleculares de reconocimiento[...]determinan la yuxtaposición mecánica de las células y el funcionamiento de las comunicaciones».[9] No se trata de cemento arquitectónico ni de pegamento orgánico ya que las células se asocian y se separan todo el tiempo durante su vida. Se trata verdaderamente de un fenómeno de atracción. El embrujamiento es una característica de lo que está vivo, a partir de su nivel más elemental.

El mismo fenómeno se advierte entre los individuos de un grupo social. Se atraen intensamente, con lo cual se crea la asociación y se mantiene la estabilidad del grupo, y luego se pelean para preservar su individualidad. Este conflicto permite el equilibrio entre dos necesidades opuestas: estar juntos para protegerse y crear el mundo de la biología periférica propicia para el desarrollo de los individuos; luego luchar contra el grupo que nos protege para preservar nuestra individualidad que corre el riesgo de diluirse en él.

En el caso de los insectos sociales, la jerarquía que oprime y el apego que atrae constituyen los dos polos del imán social. Las obreras de una misma colonia de hormigas o de abejas no rivalizan para obtener la misma fuente de alimento. El desarrollo individual está restringido hasta tal punto por la presencia de los demás, que el insecto no tiene más remedio que ocupar su lugar de obrera estéril o de reina y, de ese modo, al intercambiar alimentos y feromonas, se marcan mutuamente, con lo cual crean una sensación de pertenencia trofaláctica a partir de que se alimentan recíprocamente.

Cuando las células se imantan, estructuran un órgano. Y cuando los insectos sociales se atraen y se jerarquizan, el encantamiento mutuo da vida a un superorganismo.[10] En este nivel de lo viviente, sin duda es pertinente referirse a la sociobiología: las obreras que se sa-

crifican favorecen la supervivencia de la hermandad. Por medio de su esterilidad y su altruismo, trabajan en la transmisión de los genes, mucho mejor que si desearan diseminar los propios en forma egoísta.

La observación es indiscutible. La trampa se oculta en las palabras. Cuando dije hace un momento que una mosca se dirigía directamente hacia un trozo de carne, caí en un contrasentido. La mosca no se dirige hacia un trozo de carne. En su mundo de mosca, percibe un significante biológico que la atrapa: no puede dejar de dirigirse hacia allí. Pero lo que la hechiza es la percepción de un ácido volátil, liberado por la descomposición de ácidos aminados, no la exposición en el mostrador de la carnicería de un filete de ternera entreverado sobre el que se ha pinchado una banderita azul, blanca y roja. El objeto que hechiza a la mosca es un indicador químico, mientras que el que atrae al comprador es un signo culinario-económico.

El simple hecho de que el hombre habite en un mundo semantizado provoca interminables equívocos. Basta para eso con describir el mundo de los animales...¡hablando! Y no podemos hacer otra cosa. Las palabras «sacrificio», «altruismo», «obrera», «egoísmo», son necesarias para comunicarnos entre nosotros, pero están mal usadas, porque no designan los mismos objetos en un mundo de abejas y en el mundo humano. Pero esos términos sólo engañan a quien acepta engañarse. Evidentemente todos sabemos que la reina de las abejas no es la reina de Inglaterra, aunque hablemos de ambas con la misma palabra. El objeto designado transforma el sentido.

Por otra parte, deberíamos exigir la misma precisión cuando empleamos las palabras para designar objetos humanos. El vocablo «trabajo» aplicado a las obreras de una fábrica no designa la misma actividad que realizan los escritores o la que se lleva a cabo en una sala de partos, donde la joven madre da a luz con su propio trabajo mientras el obstetra realiza el suyo. El sexo de la palabra no designa el mismo objeto: cuando un hombre emplea el vocablo «fútbol», no connota el mismo acontecimiento al que se refiere una mujer a la que no le gusta ese deporte. Y la edad de las palabras también construye su parte de lo real: cuando un niño de tres años emplea el término «muerte» no habla del mismo acontecimiento al que se refiere un adulto.

Coexistir

Con el fin de armonizar las tendencias opuestas de la jerarquía que oprime y del cariño que protege, la evolución ha preparado un conjunto de conductas, sonidos, posturas y gestos que le permite a cada animal modular su comportamiento social.

El orden reina mucho antes de la verbalización, pero está regido por el modo como los cuerpos expresan sus emociones. Los lobos, animales que viven en manadas, disfrutan tanto de vivir juntos que aceptan el sometimiento. «Yo me someto para relacionarme contigo, porque te amo y me causas tanto impacto», diría el lobo dominado. Y entonces, para manifestar lo que experimenta, pone la cola entre las patas, deja caer las orejas, baja la cabeza, mira de reojo a quien lo domina y, tras habérsele aproximado lentamente, gimiendo como un niñito, le lame los belfos lateralmente como si le pidiera de comer.

Cuando se trata de un lobo dominante, este obra por su cuenta puesto que el espacio entre lobos se llena mediante una sensorialidad y comportamientos que permiten el acercamiento e impiden la agresión. El dominado sabe perfectamente lo que tiene que hacer para hechizar al dominador y relacionarse con él.

En el caso de nuestros primos los simios, a quienes les cuesta tanto vivir unos sin los otros como unos con otros, la sensorialidad que los une adopta formas sociales cada vez más elaboradas. Ya no se trata sólo de atraerse o ahuyentarse. Su sistema nervioso está tan bien desarrollado que saben de qué modo combinar sus sentidos por medio de ademanes, sonidos, posturas y distancias que significan una manera de coexistir cada vez más perfeccionada. Los lugares del cuerpo que proporcionan los mejores instrumentos para estructurar los mensajes son el rostro que grita y come, y el sexo, cuya simple exposición significa una extrema intimidad.

Cuando aparece el individuo, comienza a manifestar intereses divergentes. La búsqueda de alimentos y de compañeros sexuales se transforman en objetivos que exigen un trámite incesante de los conflictos. Los herbívoros pueden relacionarse sin combatirse demasiado, cosa que no ocurre entre los carnívoros que deben organizarse para cazar y compartir el producto. Paradójicamente, gracias a los conflictos cada uno podrá llegar a ocupar su lugar.

Por los mismos motivos que sirven para relacionarse, la sexualidad exige la elaboración de reglas de acceso al cuerpo del otro. Ya sea para no asustar al compañero que se desea atraer, o ya sea para ahuyentar a los rivales. Por eso, en el transcurso de la evolución, los conejos y los monos zambos han aprendido a estructurar la expresión de sus emociones con el fin de apartar a sus rivales, seducir a la hembra codiciada o calmar al dominador agresivo acercándole el cuarto trasero a la nariz para provocarle una sensación sexual incompatible con la agresión.

Cuando un mono está aterrado por el ataque de un macho de gran tamaño, coge a un monito y lo estrecha contra su pecho. Las emociones de uno actúan sobre las del otro en el cual producen una impresión que da origen al surgimiento de un mundo intermental. Probablemente existe una intención, ya que los simios poseen un lóbulo prefrontal que les permite anticipar y planificar situaciones. Esta aptitud neurológica los pone en condiciones de talar un tronco de árbol y arrastrarlo tres kilómetros para ir a pescar termitas, pero no saben utilizar ese talento para establecer el plan de una carrera.

Esta ficción conductual que consiste en componer una imagen con el propio cuerpo asociado al de una cría constituye un antecedente del pensamiento. Cuando un mono aterrado coge a un pequeñito para detener la agresión de un dominador, da una forma a la expresión de sus emociones que, en términos humanos, se traduciría como: «Tengo tanto miedo que le doy a mi cuerpo la forma de una conducta maternal con el fin de manipular tu mundo mental suscitando en él emociones parentales». A menos que esta escenografía postural pudiera significar: «Tengo en la memoria la impresión que me provocaba una hembra cuando estrechaba al hijito contra su cuerpo y, mediante una suerte de prepensamiento analógico, me represento imágenes en las cuales, al darle a mi cuerpo un aspecto de hembra maternal, hechizo tu mundo de simio agresivo y sitúo en él una emoción análoga a la que experimenté en otro tiempo al ver a una hembra con su hijito».

Por la velocidad a la que se producen las riñas, los monos tienen más interés en actuar que en dar explicaciones. Pero podemos sostener que aparece un prepensamiento al modificar su cuerpo con el fin de manipular las emociones de otros.

Traducir en palabras la ejecución de la conducta de los zambos modifica su naturaleza, pero de todos modos nos da una impresión

análoga. Tampoco nosotros estamos exentos de esta forma preverbal de inteligencia, cuando una foto nos revela que, sin darnos cuenta, hemos sonreído a quien nos agredía o, cuando estamos encargados de cuidar a un niñito, podemos prever su caída y disponer nuestro cuerpo exactamente en el lugar en el que debía producirse, como si nuestras acciones precedieran a los pensamientos al combinar las percepciones que tenemos del espacio, de los obstáculos y del movimiento, para construir una representación de la futura caída. Esta resolución del problema, esta inteligencia preverbal, este pensamiento anterior a la palabra, existe en el hombre que habla, en el bebé de pocos meses de vida y en los animales privados de la palabra.

La semiótica del mundo es el lento proceso que conduce al signo. Mediante un recorte exagerado, más didáctico que real, oponemos la abstracción del signo a la materialidad del índice, mientras que sería más adecuado describir un lento proceso gradual que partiendo del índice percibido lo estilizara en una señal, y luego le diera la forma evocadora de un símbolo antes de transformarlo en signo acordado.

En lo real todo está fundido pero, para que no quedemos confundidos, nuestros sentidos tienen que dar formas para que las percibamos. Y nuestros órganos dan sentidos, del mismo modo que nuestras palabras.

La actitud naturalista permite ver el mundo de otra manera. Las plantas no pueden salir del índice, pues están inmersas en un medio ambiente que las toca, las calienta y debe penetrarlas para poder alimentarlas en ese mismo sitio. Los animales se estiran cuando hace calor y se acurrucan cuando hace frío, igual que las plantas. Pero pueden responder ante representaciones sensoriales de imágenes y sonidos. También los hombres se extienden en la playa y se acurrucan cuando hace frío. Asimismo pueden responder ante imágenes que evocan otras imágenes o cuando lo que perciben representa lo no percibido. Pero una vez que acceden a la convención del signo, reducen la información al ponerse de acuerdo para significar que un sonido o un trazo, arbitrarios, servirán para designar un mundo que se pone de manifiesto mediante esa representación. Entonces dan origen a un mundo nuevo.

El fenómeno que permite la evolución es el caos momentáneo.[11] Incluso en el caso de las plantas, el aflojamiento de los vínculos entre las diferentes estructuras revela una capacidad de desorganizarse

para poder organizarse de otra manera. Mucho antes de la existencia del cerebro, los organismos evolucionan gracias a una breve caotización. Los determinismos ya no están petrificados. El mundo viviente inventa un comienzo de adaptación entre los organismos y su medio ambiente. El simple hecho de vivir implica la aptitud para la innovación. Todo organismo, para adaptarse, debe innovar, probar alguna aventura fuera de la norma, engendrar anormalidad para ver si funciona, puesto que vivir es asumir un riesgo.

Desde la planta hasta la palabra, el embrujamiento evoluciona mediante una ley natural según la cual el fenómeno que provoca el hechizo se percibe cada vez menos. Hay que tocar una planta y penetrarla para provocar en ella un caos creador. Pero cuanto mayor capacidad adquiere el sistema nervioso para procesar informaciones no percibidas, más susceptible se vuelve de que lo desquicien las representaciones.

La boca hechizada

Cuando miro a un macaco que salta de rama en rama, no puedo evitar pensar que, dentro de sesenta millones de años, será capaz de interpretar la sonata *Claro de luna* con sus patas anteriores y de ganar la final del campeonato mundial de fútbol con sus patas posteriores, lo cual permitiría probar hasta qué punto la evolución del polo superior del cuerpo no excluye la conservación del polo inferior. El simple hecho de tomar en broma la etología comparativa suscita preguntas imprevistas, otra manera de mirar el mundo. Ya no se trata de separar al hombre de la naturaleza y de oponerlo al resto de los seres vivos: por el contrario, se trata de darle su lugar dentro de lo viviente y de permitirnos observar de qué modo la semiotización de los sentidos le permite alejarse gradualmente de un mundo inmerso en lo percibido para llegar a habitar otro mundo hechizado por lo no percibido.

La etología del cerebro permitirá ilustrar de qué modo los sistemas nerviosos se organizan gradualmente para procesar informaciones cada vez más alejadas del contexto.

Ni siquiera nos imaginamos la cantidad de organismos que dependen tan estrechamente del oxígeno que, privados de él, su espe-

ranza de vida no sobrepasa unos cuantos minutos. Ni siquiera nos imaginamos la cantidad de organismos que dependen tan estrechamente del agua que, privados de ella, su esperanza de vida no sobrepasa unos cuantos días. Las necesidades son tan urgentes que no tenemos tiempo de hacer un trabajo antropológico sobre ellas. No existe un ritual de la respiración: «Por favor, respire antes que yo». «No haré nada, respire primero.» Este es un tipo de cortesía impensable, pues cada uno debe velar por sí. Al igual que las plantas, estamos inmersos en el oxígeno, el agua y la temperatura. No hay espacio ni plazos para diferir la información y dar lugar a una posible representación. Es preciso que respire y que beba inmediatamente y que eso penetre en el cuerpo sin demora alguna. La urgencia alimentaria todavía es muy grande, ya que, si falta el alimento, nuestra esperanza de vida no supera las pocas semanas, es decir, resulta algo equivalente a una enfermedad mortal. Sin embargo, esta delicada situación existencial les da a los organismos el tiempo suficiente para producir representaciones. En el caso de los animales, los rituales de ofrendas alimentarias permiten la coexistencia, mientras que, entre los humanos, la mesa se convierte en el lugar más civilizado de su condición. Por eso, cuando invitamos a una mujer a comer, no tenemos la sensación de luchar contra la muerte, aun cuando en realidad estamos arriesgando la vida porque esa invitación constituye el primer acto de una puesta en escena del amor.

Desde esta perspectiva, el marcador más fiable de la evolución humana no sería la aparición de la postura bípeda que, al dejar libre la mano, permite el acceso a las herramientas y al lenguaje, sino el enriquecimiento de las conductas efectuadas con la boca. Ya en el caso de los animales, este órgano coordina una combinación armónica de pulsiones parciales: respirar, beber, morder, ingerir, lamer, llamar y amenazar. El conjunto boca-cerebro permite categorizar el modo como un ser vivo percibe su mundo y actúa en él.

La filogénesis de los comportamientos bucales aparece en organismos sumamente simples. La manera de alimentarse de una especie está caracterizada por una coordinación hereditaria. Las moscas y las mariposas no tienen necesidad de aprendizaje para orientarse hacia una fuente alimentaria compuesta por carne, flores o agua azucarada: esta última emite una muestra molecular, luego el insecto la percibe y esto es suficiente para orientar al organismo hacia ese obje-

tivo. Pero ya la coordinación motora está estructurada como un código de comportamientos que el observador humano, en su mundo de palabras, denomina «danza»: las mariposas agitan el abdomen después de posarse en algún sitio y baten las alas rítmicamente. El observador matemático mide la duración del «zarandeo» y verifica que resulta proporcional a la duración del vuelo, lo cual proporciona un indicador de la distancia de la fuente alimentaria. Los moscones utilizan un código aún más indicativo: cuando pierden el punto de referencia sobre los alimentos, se mueven de izquierda a derecha, con un desplazamiento de búsqueda aleatoria, parecido a un radar. Y el observador humano calcula que la velocidad del desplazamiento es proporcional al volumen de carne presente. Cuanto mayor es la cantidad, más fuerte es la estimulación, lo cual provoca una descarga motora cuya intensidad proporciona un indicador. Al encontrar a algún congénere, las moscas regurgitan algunos trocitos del alimento, que el otro palpa y degusta. «Este lenguaje es una forma de comunicación que transmite informaciones sobre el medio ambiente con ayuda de símbolos».[12] Es preferible hablar de indicadores, porque esas emisiones sensoriales, estructuradas por las presiones del medio ambiente (fuente de alimento, distancia, posición del sol), integran una forma (desplazamientos, sacudidas, velocidad) que indica la dirección y el volumen del trozo de carne. Aunque eso no impide que la mosca prevenida perciba el alimento, percibe aquello que constituye su indicador.[13]

Cuando comparamos la estructura conductual de este intercambio según las especies, podemos observar que, en cuanto mayor medida la separación permite la individualización, mayor es la necesidad de perfeccionar la comunicación.

Tengo la sensación de que las funciones no alimentarias de los alimentos adquieren una importancia que se acrecienta cuando se va complejizando el cerebro. Cuanto mayor capacidad adquiere el cerebro para procesar informaciones no contextuales, tanto más se carga el alimento de un significado no contextual. Cuando una garrapata percibe el ácido butírico que segregan las glándulas sebáceas de un perro que pasa cerca, la simple percepción de esa molécula desencadena la apertura de las pinzas. El parásito cae entonces sobre la piel del perro donde lleva una vida regalada. Una hormiga se orienta hacia donde percibe ácido fórmico y una mosca vuela en dirección de

toda fuente de agua azucarada. Pero incluso en los insectos, el alimento no sirve sólo para nutrir o para proveer energía: contribuye a la sociabilidad.

Las abejas, las gaviotas y los lobos utilizan el mismo principio trofaláctico según el cual la química alimentaria, cuando se trata de proveerse comida recíprocamente, constituye la materia que favorece las relaciones grupales.

Desde que sale del cascarón, todavía húmeda y vacilante, la gaviota que acaba de nacer no se orienta hacia un alimento. Percibe una disposición de colores (mancha roja sobre fondo amarillo) y se dirige hacia esa geometría cromática que aparece en la mandíbula inferior de los ejemplares adultos. Sin ningún modelo ni aprendizaje, golpea sobre esa disposición de colores, lo cual provoca en el otro una regurgitación tibia y predigerida de pescado o de carne. Al responder ante un cuadro colorido, la gaviotita ha obtenido el alimento. Este comienzo de triangulación, en el cual para conseguir alimento es necesario dirigirse hacia un cuadro de pintura moderna, nos aleja mucho de los procesos de estímulo y respuesta.

Toda cría de mamíferos, desde su nacimiento, se orienta hacia el pezón que constituye un objeto sensorial que tiene olor, calor y redondez, y lo toca y explora por medio de la boca y las patas. Para conseguir comida, jamás se orienta hacia un alimento. Mientras que el oxígeno se absorbe del medio exterior mediante un reflejo prácticamente ingobernable, mientras que el agua se convierte en un poderoso estímulo cuando el organismo tiene deseos de beber, el alimento se consigue mediante una serie de movimientos no alimentarios.

En el caso de la cría humana, el proceso de alejamiento o de triangulación llega al extremo porque, en el curso de su ontogénesis, en pocas semanas el bebé pasa de la orientación hacia el pezón que le da leche a la percepción de una figura de apego que provee el alimento. Todavía será necesario que pasen varios años para poner en escena la ficción que consiste en representar el juego de la comida con su madre, otro niñito o una muñeca. Veinte años más tarde utilizará esta misma pulsión y podrá teatralizarla cuando invite a cenar a una persona.

El estatuto natural de la alimentación permite a los seres vivos estructurar la alteridad. El hombre, que es insuperable entre todas las especies, impregna sus alimentos de afectividad, de símbolos, de cul-

tura y de relatos. De tal modo que, cuando nos sentamos a la mesa, lo que encontramos en los platos es un mito que lleva varios siglos.

Este razonamiento filogenético que asocia la extracción del alimento a la complejización del cerebro requiere un pequeño intento de filogénesis de la boca.

En el caso de los erizos de mar, la expresión de las emociones está moderada porque su anatomía les proporciona un solo orificio para comunicarse con el mundo exterior. Ingieren y expelen por la misma abertura. En las orugas, comienzan a diferenciarse un polo anterior y otro posterior. Cuando los organismos se hacen más complejos, los lugares del cuerpo se especializan. Pero cuanto mayor capacidad adquieren los cerebros de procesar informaciones distantes, en mayor medida los canales de comunicación con el mundo exterior se concentran alrededor del rostro. Alejadas de la cabeza, las antenas de la mariposa captan una sola molécula de feromona. Las abejas se agitan y dibujan en el espacio un mapa de la fuente alimentaria. Las aves utilizan el cuerpo para trazar curvas de posturas pero, cuando abren el pico, el hecho de cantar, ofrecer o demandar alimentos comienza a parecerse a algún tipo impreciso de comunicación. Los mamíferos asocian a las secuencias alimentarias alguna forma de sonoridad, de exhibición de los dientes y de movimientos de las orejas. Y el hombre concentra hasta tal punto sus modalidades de comunicación alrededor de la boca y los ojos, que podría olvidarse del cuerpo sin causar ningún perjuicio a la relación.

Los animales han comprendido muy bien la importancia de este orificio, ya que lo utilizan para ofrecer alimentos, para requerirlos y para efectuar amenazas. Y los bebés humanos, a partir de los cuatro meses de edad, dejan de chupar el dedo, la oreja o la manta que se les ponen delante. Saben orientar sus obsequios hacia la boca de la madre, de la muñeca o del perro de la familia.

Esta orientación conductual permite comprender que la boca del otro (hombre o perro) es un análogo de la propia y que allí es donde se introducen los alimentos. Muy pronto, la alimentación queda integrada en una relación de alteridad en virtud de un pensamiento analógico: «Tiene una boca, como yo, por la cual se alimenta, como yo». Para lograr este resultado intelectual, es necesario percibir una separación (es la boca del otro) y una analogía (es una boca como la mía).

La relación se establece mediante el ofrecimiento de comida y, de este modo, desde el comienzo de la construcción del aparato psíquico, la boca se convierte en el órgano de la separación vinculante. Orientarse hacia la boca del otro exige una separación que permite un esbozo de representación. No es el mismo caso de la mancha roja de la gaviota o del pezón del mamífero que, al ser un estímulo inmediato, permite una orientación conductual sin aprendizaje.

Compartir un alimento

La alteridad se enriquece progresivamente, al pasar de las aves a los mamíferos, luego a los monos superiores y al hombre. Por lo general las aves comen unas junto a las otras. En el transcurso de su vida, fuera de los alardes sexuales, no dedican mucho tiempo a ofrecer alimento al otro y luego alimentar a sus crías.

En las especies sociales, los animales comen juntos. Es el caso del comensalismo, en el cual el pez llamado rémora come los restos que deja el tiburón. Los herbívoros se reúnen para pastar y, cuando los animales cazan en grupo, cada uno debe advertir cuál es el lugar que le corresponde y la función del otro para adaptarse a ella. Los lobos más rápidos siguen el paso de los bueyes almizcleros que no logran atrapar, mientras que los más lentos se quedan en las inmediaciones. Pero, al dar un rodeo, el buey termina por «caer en la boca del lobo» más moroso. Cuando a continuación la manada comparte la comida, se pone en funcionamiento la jerarquía social. El dominador come primero bajo la mirada de los demás. Ataca al buey a partir de los intestinos repletos de hierbas. Luego deja lugar a los que siguen que desgarran los muslos y las costillas. Quedan los dominados, a cierta distancia, que aguardan su turno. Las crías meten la nariz por todas partes sin provocar la menor agresividad puesto que todavía no participan en las competencias sociales.

Esta estructura en forma de manada, jerarquizada en el momento de la comida, explica el equívoco conductual tan frecuentemente observado entre el hombre y el perro. Cuando un perro hambriento demanda comida a su amo, este se apresura a llenar la escudilla. Observa amorosamente la glotonería de su fiel compañero, antes de sentarse a la mesa a su vez. Pero en el mundo del perro, el que come

primero bajo la mirada de los demás, es el dominador. Mediante el ofrecimiento afectuoso de alimento, el hombre construye el mundo de su perro, en el cual establece un sentimiento de dominio que el animal expresará más adelante al amenazar a su amo... a guisa de agradecimiento.[14]

Incluso en la visión freudiana, la oralidad se apoya en múltiples pulsiones parciales. Durante la década de 1960, el matrimonio Harlow había intentado utilizar experimentalmente esta formulación freudiana: «la alimentación es la base del amor». A pesar de la imprecisión del término (la palabra «amor» empleada en relación con los animales se transforma en cinco sistemas de afectividad, lo cual no es en realidad lo mismo), la elegante manipulación experimental efectuada por los Harlow ha demostrado que la pulsión alimentaria es secundaria y provoca menos afectividad que el simple contacto de los cuerpos.[15]

El dispositivo experimental contaba con dos señuelos maternos: uno, de alambre, que tenía un biberón lleno de leche, y el otro, de fieltro, que no tenía nada para alimentar. Resultó muy fácil observar que los pequeños macacos se orientaban regularmente hacia el señuelo de fieltro que no alimentaba y se contentaban con saltar hacia el de alambre para comer. En caso de tensión, jamás buscaban seguridad contra el señuelo que proveía comida sino que, por el contrario, se apretaban contra el de fieltro.

Esta observación controlada ha servido de base a decenas de otras y ha dado pie a numerosas interpretaciones psicoanalíticas. Los resultados obtenidos demuestran que la importancia atribuida a la boca o al contacto difiere según las especies pero que, en términos generales, hemos subestimado la importancia del contacto de los cuerpos.

El conjunto funcional formado por palabras maternas y boca del bebé ya había sido identificado en 1977, cuando Miles utilizó la tetilla de manómetro para poder observar que, cuando la madre hablaba, el bebé aceleraba las succiones. Más adelante, Jarvik logró filtrar en el magnetófono las altas frecuencias y se pudo observar que sólo las bajas frecuencias de la voz materna aceleraban las succiones.[16]

Mucho antes del nacimiento los cuerpos se separan, ya que los ritmos biológicos de la madre y el niño comienzan a desincronizarse. Se teje un vínculo entre las palabras maternas y la boca del niño, con lo cual se estructura una biología periférica que habrá de perfeccionar-

se cuando aumente la separación. Con el fin de armar ese vínculo se utilizan también los otros canales de comunicación, para apuntalar el comportamiento de la boca. De esta manera, se produce una confluencia armoniosa de pulsiones parciales en el momento de poner al bebé al pecho. El olor de la madre constituye una atmósfera familiar y su voz estimula la oralidad del niño. Y el cruce de las miradas inmoviliza las posturas de la díada: la madre calla cuando el pequeño inicia su ritmo bucal.

Cada uno de estos enunciados es el resultado de una observación etológica. Decir: «El hueco entre los brazos constituye una contención segura a cielo abierto», implica un diálogo reconfortante de los participantes con una adaptación perfecta de los cuerpos que, sin embargo, están separados.[17] A veces sucede que esa adaptación es imperfecta y provoca un trastorno en el sistema establecido entre ambos. Cuando el bebé se adapta mal, la madre experimenta una sensación de fatiga que no logra explicarse. Por el contrario, también puede ocurrir que, por razones orgánicas o psicológicas, sea la madre quien no esté bien dispuesta (absceso en el pecho, enfermedad, depresión, aislamiento afectivo o social). Cualquiera que fuese el origen de la falta de adaptación, el síntoma se traduce en una perturbación de la mamada.

El olor de la madre constituye una atmósfera familiar que da seguridad al niño. Basta con colocar de costado a un bebé de pocos días contra algodones de gran tamaño impregnados de olores. Cuando lo apoyamos en el algodón impregnado con el olor de su madre, comienza a masticar y baja los párpados. Basta con apoyar al bebé contra el algodón del otro lado, con un olor que no es el de la madre, e inmediatamente veremos que deja de masticar y abre grandes los ojos.[18]

El contacto con los ojos tendría la función de armonizar las conductas durante la mamada. Alrededor del cruce de las miradas se coordina el resto de los comportamientos. Pues las madres que alimentan con el biberón no buscan tanto la mirada del bebé como las que les dan el pecho. El conjunto funcional «brazos de la madre-mirada fija en el otro» tal vez explica por qué algunos bebés se duermen en brazos de su madre, y se despiertan y comienzan a succionar cuando se los pone en otros brazos (los del padre, la abuela o alguna vecina). A la inversa, otros bebés, que adquieren mucha confianza, sólo

maman en brazos de su madre y cierran la boca cuando los sostienen otras personas.

El conjunto funcional palabras maternas-boca del niño responde a una ontogénesis particular. La madre puede hablar sin dirigirse a nadie o hablarle al bebé, pero cuando lo pone al pecho, guarda silencio, se inmoviliza y busca su mirada. Este libreto gestual atrae la atención del niño, logra que se concentre en la mamada y coordina las sensaciones difusas, lo cual permite la armonización de los dos cuerpos. La observación directa muestra que, desde el nacimiento, el bebé pone de manifiesto movimientos sacádicos oculares, que son conductas oculomotoras de exploración que terminan por captar un resplandor o un movimiento, a treinta centímetros (lo que se corresponde aproximadamente con las posturas de la lactancia). Las miradas se cruzan, todo el mundo queda inmóvil, el bebé succiona y la madre pone en palabras la sensación que se experimenta: «Tengo la impresión de que, mientras me esté mirando, no se va a atragantar». En el mundo del bebé, se trata de una percepción parcial que lo fascina y le permite concentrarse, mientras que en el mundo de la madre se trata de una sensación a la que ella le otorga un sentido: «es goloso como su padre» o «me reconoce». La madre vive en un mundo historizado, mientras que el pequeño queda fascinado por la sensorialidad. Pero sólo juntos pueden funcionar.

Desde las primeras mamadas, los eslabones iniciales del vínculo se organizan para armonizar la historia y la sensorialidad. La cadencia rítmica constituye el libreto conductual que permite hacer observables los primeros ajustes, las primeras articulaciones del mundo intermental.

Cuando se observa mamar a un mamífero pequeño, es fácil advertir el ritmo de succión-pausa. Un ternerito prendido al pezón succiona y luego se detiene, mientras que, cuando se le pone el alimento en un cubo, aspira sin interrumpirse. Cuando el animal se orienta directamente hacia el alimento, no interviene ningún elemento rítmico. Lo que impone el surgimiento de un ritmo, al obligar a postergar la satisfacción oral, es el desvío, un comienzo de triangulación, de mediatización del alimento.

El seno, el biberón y más tarde el alimento sólido permitirán organizar manifestaciones rítmicas. La alteridad exige una ruptura. La presencia del ritmo alimentario implica que la madre y el recién naci-

do saben procesar las señales de alternancia: lo que proviene de uno se armoniza con lo que proviene del otro. Desde la primera interacción alimentaria, el ritmo tiene su origen en la postergación de la satisfacción. Si el bebé quedara satisfecho inmediatamente, por ejemplo mediante una sonda gástrica o una perfusión, estaría privado de la oportunidad de estructurar su alteridad.

Las secuencias conductuales del libreto interactivo podrían describirse del modo siguiente: una sensación de hambre crea en el pequeño una tensión interna que la expresa como un bebé sabe hacerlo. Basta que otro comprenda esa exteriorización para que aparezca una forma de prediálogo, aunque, desde las primeras semanas, el llanto de un niño que tiene hambre ya está estructurado como un código (una disposición de sonidos que transmite información y cuyos componentes biofísicos, intensidad, melodía y silencios componen un ritmo que la madre aprende muy rápido a descodificar: «cuando llora de esta manera, es porque tiene hambre...», «cuando desvía la mirada y hace "puf" con la boca, es porque ya no tiene más hambre».

El niño expresa señales de alternancia pero la madre se adelanta a interpretarlas. Reconocemos así la idea de que la madre introduce su historia en el tratamiento de las señales sensoriales, posturales, sonoras o visuales del pequeño. Lo cual significa que la empatía de la madre estructura el campo sensorial que influye en el bebé y en parte lo construye. Cuando la madre es empática, percibe y descodifica cuando comprende que su hijo tiene hambre, sed, sueño, le duele... Pero ella no puede dejar de lado su pasado; en tal caso, en el resplandor de la percepción, integra el indicio en su propia historia: «cuando está de esta manera, me recuerda...». Lo que ella percibe evoca un recuerdo que provoca una emoción y expresa ese sentimiento mediante gestos, ademanes y palabras que estructuran el campo sensorial que rodea al bebé y de esa manera modela ciertos comportamientos.

En cualquier punto de este mundo interactivo puede aparecer una perturbación. Hay bebés que se expresan mal desde el nacimiento o a veces no expresan nada. Algunas madres no son empáticas puesto que, al estar deprimidas, enfermas o padecer ciertas formas de psicopatía, no descodifican lo que perciben. Lo más frecuente es que, invadidas por su propia historia, atribuyan a lo que perciben un sentido proveniente del pasado. En todos los casos, el campo sensorial, mal formado, perturba el modo de tejer el vínculo.

La dramaturgia de las comidas

El recién nacido percibe señales del tipo de la configuración sensorial del seno o del rostro. Percibe también los indicios sensoriales que emite el cuerpo de la madre, sin saber de dónde provienen. El bebé no dice: «Ella me maltrata porque le recuerdo a su padre, a quien siempre detestó». Él percibe, llora o no puede comer, con lo cual se constituye su primer texto de base conductual, a partir del cual más tarde compondrá su versión verbal. Pero ese texto básico, constituido por una impresión afectiva, no se traducirá forzosamente en una versión verbalizada. Por ejemplo, observamos que algunas madres no perciben o no descodifican las señales que expresan la saciedad del bebé, y continúan ofreciéndole alimentos, con lo cual le crean una sensación de intrusión. El bebé responde en estos casos con reacciones de temor, de rechazo o de hostilidad que la madre no comprende.

Con frecuencia, la madre no responde inmediatamente a las señales que se utilizan para llamarla. En pocos días, el bebé encuentra sustitutos masturbatorios, entre los más habituales la autosucción del pulgar o de los labios o ciertos balanceos rítmicos. El pequeño experimenta una sensación de distancia afectiva que verbalizará más adelante al decir: «Mi madre jamás me comprendió». Podemos imaginar que esa mujer ha renunciado a todo emprendimiento personal para consagrarse a su hijito, y que esta expresión constituirá para ella una gran injusticia. Pero las primeras interacciones, disociadas de representaciones maternas, habrán dejado grabada esta impresión en la memoria del niño.

La madre, inevitablemente prisionera de su historia, interpreta el acontecimiento actual en función de su propio pasado y adapta su comportamiento a esa situación: «Ah, quieres castigarme al rechazar los alimentos que te doy. ¡Muy bien, ya veremos lo que es bueno!». Esta interpretación modifica la estructura de las primeras interacciones. De este modo el carácter del niño se configura poderosamente en las primeras interacciones cuando la historia y la biología dan forma a la relación.

Algunos bebés, hiperquinéticos dentro del útero, se convierten en niñitos excesivamente demandantes, mientras que otros esperan con tranquilidad. La madre experimenta un ritmo diferente y lo interpreta en función de su propia personalidad. Un mismo comportamiento

de demanda infantil será interpretado con alegría u hostilidad, de tal modo que, desde las comidas iniciales, la alimentación se convierte en el teatro donde se representa la puesta en escena del primer mundo intermental.

El libreto conductual se modifica desde el primer alimento sólido. A partir de allí, la dramaturgia de las comidas se lleva a cabo frente a frente y ya no cuerpo a cuerpo. La separación, más marcada, requiere un perfeccionamiento de la estructura interactiva. La madre, que guardaba silencio al poner al bebé al pecho, comienza a hablar cuando le ofrece un alimento sólido. Dentro de esta nueva estrategia interactiva, la palabra se agrega a la mirada. Al amamantar, la madre captaba la atención del bebé mediante la mirada. Cuando están frente a frente, capta la mirada y estimula su boca mediante palabras, al igual que con la cucharilla. Las melodías verbales se asocian a la mímica y a los gestos para atraer al bebé: comienza el espectáculo.

Durante las comidas sólidas, el bebé a su vez tiene que descodificar las señales maternas que jalonan el teatro de la alimentación. Un libreto conductual permite advertir que, desde el tercer mes de vida, el bebé mira fijamente la copa o el plato, emite particulares sonidos rítmicos, breves, poco intensos, poco melodiosos, como una especie de interpelación: «Aaaooh... Aoaah... Aaah», cuya estructura biofísica es muy diferente del llanto y de las expresiones orales de alegría. Al mismo tiempo, acerca los hombros y los brazos, como pequeños movimientos de anticipación. Este conjunto «dirección de las miradas + vocalizaciones rítmicas + acercamiento de los hombros» sólo se observa cuando la madre pone la mesa.

El bebé descodifica correctamente el momento en que finaliza la comida: cuando la madre se vuelve menos estimulante, modifica sus interacciones verbales y cambia las visuales y gestuales. El pequeño se adapta a esta situación mediante un apaciguamiento gestual y a su vez desvía la mirada. Desde los primeros meses, un pequeño humano utiliza los indicios de su contexto para bosquejar una futura representación: «me va a alimentar» o «aquí termina».

En el transcurso de las primeras comidas, los mundos mentales de la madre y del niñito se encuentran, se enfrentan y se forman. El carácter cotidiano del libreto de la alimentación permite observar la ontogénesis del signo: desde las palabras de la madre hasta la boca del bebé, aquello que en un primer momento sólo era un contacto táctil,

un temblor de los labios, se organiza en libretos conductuales bajo el efecto de la separación. La mirada, el acercamiento de los hombros y sobre todo la vocalización intervienen en este caso para indicar un objeto que se aleja en el espacio o en el tiempo. Más tarde, aquello que sólo era un indicio, se colocará intencionalmente para actuar sobre la representación del otro, la madre, ese ser singular, ese gigante sensorial que colma el mundo infantil. Cuanto más se separan los cuerpos, más preservan el vínculo los comportamientos.

Esto equivale a decir que el vacío, la pérdida, la postergación de la satisfacción y, en términos más generales, toda falta, son necesarios para dar impulso a la vida psíquica. Basta experimentar una falta para estructurar la separación e inventar los signos que permitirán mantener el vínculo. En este nivel de la construcción psíquica, el hechizo ya no se produce en el cuerpo, sino en el signo que colma la escisión. Esto nos lleva a pensar que un medio ambiente nutricio, que se apresura a satisfacer de inmediato los indicios que emite un bebé, al suprimir la postergación que hace sufrir, suprimiría la esperanza de la satisfacción.

Satisfacer desespera, cuando nos precipitamos a hacerlo.

Las madres demasiado devotas casi siempre lo son a causa de su propia historia: «quiero ser una madre perfecta, porque tengo tanto miedo de repetir la conducta de mi madre, que tanto me hizo sufrir», o «me siento culpable de experimentar deseos de tener éxito socialmente puesto que soy responsable de cuidar a un bebé», o bien «sólo la maternidad puede revalorizarme de la vergüenza que siento de haber fracasado socialmente». El sentido que la madre atribuye a su maternidad la impulsa a establecer alrededor de su bebé un campo sensorial demasiado provisto y garantizado que, al suprimir la angustia del vacío y el sufrimiento de la falta, entorpece la posibilidad de que se ponga en marcha la vida psíquica.

Podemos imaginar que el bebé sólo experimenta entonces su propio cuerpo, ya que la alteridad está mal constituida. Siente una perturbación en sí, pues no puede percibirla ni representarla en el cuerpo de otro. Tal vez esto explique el hecho de que tantos adolescentes hipocondríacos hayan sido bebés sobreprotegidos, mientras que se encuentran muy pocos hipocondríacos entre bebés que hayan sido abandonados. Podría decirse lo contrario respecto de los niños con carencias, que descuidan su cuerpo, no se ocupan de su aspecto y no

prestan atención a las señales de la enfermedad. Cuando están aislados, se satisfacen por sí mismos y sus incesantes actividades autocentradas (balanceos, giros, autosucciones, automanoseos...) constituyen el único mundo que conocen. Cuando se dejan morir de hambre teniendo acceso a los alimentos, sólo podemos incitarlos a comer después de haber establecido con ellos una relación que les permita la alteridad. Sólo entonces intentan la aventura del alimento sólido. La comida no significa para ellos una fuente de energía, de vitaminas o de sustancias químicas, sino que es el medio utilizado para colmar el vacío de la relación. Al estar ávidos del otro, cuando se produce el menor encuentro, descuidan su propio mundo y habitan el del otro.

Comer, hablar y besar

Las palabras sensoriales tocan la boca del pequeño. Pero alrededor de ese canal se organizan otras vías sensitivas que lo refuerzan: el olor, el calor, el contacto y toda información utilizada más tarde con el fin de preparar para el signo. Por eso, cualquier trastorno en la construcción de esos puentes se manifiesta con frecuencia en la boca, donde todos estos elementos convergen. Muchas maneras de hablar con dificultad no son desórdenes de la palabra:[19] un niño que tartamudea, grita, murmura o no termina sus frases no padece un trastorno de la palabra, sino que experimenta un inconveniente para relacionarse, pues su puente vocal es inestable.

Mucho antes de la palabra, cuando aparecen los movimientos de la boca, podemos observar una dificultad para adelantar los labios. Al controlar mal sus emociones, el niñito no puede controlar los músculos de la boca, la laringe y la faringe que permiten la deglución y la articulación de palabras. Estos músculos requieren una coordinación sorprendentemente compleja, con el fin de permitir dos funciones diferentes expresadas con los gestos bucales.

Los niñitos temerosos no articulan bien sus protopalabras, degluten mal y con frecuencia se niegan a incorporar alimentos nuevos. Este comportamiento neofóbico no es raro, pues se registra en un 60% de los niños. En un contexto que les brinda seguridad, intentan la exploración y lo disfrutan mucho, ya que al actuar de esta manera

se familiarizan con el alimento. El temor a la exploración bucal probablemente dura toda la vida. Hemos observado el caso de adultos inmigrantes que, asustados de la cultura que los acoge, no aprenden sus rituales culinarios ni la lengua. También registramos que las personas de edad tienen muchas dificultades para aceptar un gusto nuevo o adquirir una nueva lengua.

Este gusto por el alimento nuevo que algunos bebés manifiestan desde los primeros meses de vida podría constituir un buen indicador de desarrollo. A la inversa, los niños que, a los ocho o diez años, todavía toman el biberón, manifiestan su temor a crecer...o el de su madre. La adaptación activa al alimento nuevo da testimonio del impulso vital del bebé, del mismo modo que la adaptación activa a nuevas vocalizaciones revela que el niño experimenta un deseo de jugar con las representaciones verbales. Desde el momento en que el pequeño intenta incorporar un alimento nuevo, revela su placer por descubrir el mundo. Desde el momento en que intenta articular nuevos sonidos, en ese comportamiento vocal revela que ha comprendido que se puede compartir el mundo mental de otro y experimentar placer al hacerlo. La primera realización intelectual abstracta está muy ligada al placer de la boca. En ese proceso de la verbalización y de la alimentación tenemos una homología del desarrollo. Tal vez por eso nos invitamos a cenar y hablamos con tanta comodidad en un restaurante. Los niños que manifiestan recelo ante los alimentos desconocidos con frecuencia tienen temor de enfrentar encuentros en los que resulta necesario el dominio de gestos y de palabras. A causa de ese miedo, comen papilla y no verbalizan en forma fluida.

Lo mismo ocurre en el caso de aquellos adolescentes que, frente a sus padres, articulan mal, con lo cual no pueden darse a entender y estropean la relación. Todavía en su casa beben una taza de chocolate, pero con otro grupo social toman café, pues el gusto es más amargo y menos agradable, lo cual transmite el significado de una conducta alimentaria de adulto.

El marcador conductual relacionado con el alimento nuevo parece más fiable y más fácil de manejar que la angustia frente a un extraño. Se trata de una situación espontánea que existiría aunque no la observáramos. Está naturalmente estandarizada, pues nuestra cultura fija las reglas del aprendizaje alimentario. Este es más precoz que la angustia ante un extraño, puesto que requiere un nivel menor de de-

sarrollo neuropsicológico. Para descubrir un alimento nuevo, basta con ponerse en la boca un trozo de mundo como lo hacen los fetos mucho antes de nacer. Mientras que, para percibir una cara extraña y diferenciarla de los rostros familiares, son necesarias varias semanas posteriores al nacimiento.

Muy rápidamente, la alimentación se convierte en el teatro donde se representa el drama del primer mundo intermental. Tomaría de nuevo el ejemplo de meter las manos en el puré y chupar el chocolate para demostrar que en la guardería la mesa se convierte en el momento sensible de la dramaturgia cotidiana, donde los infantes preverbales ponen en escena sus tendencias comunitarias. Tenemos hambre, compartimos, ejecutamos rituales, imitamos, reformulamos... Entonces aparecen los primeros fenómenos de armonización. Nuestros hombrecillos representan el drama de «meter las manos en el puré». Aquel que induce al grupo, el modelo social, descubre que se puede meter las manos en el puré y que resulta muy divertido. Al mismo tiempo, la mayor parte de los hombrecillos lo imitan y a su vez hacen lo propio. Este juego no es una imitación simiesca, es un discurso conductual, una especie de libreto presemántico que quiere decir: «Yo te observo, sé lo que haces y, al hacer lo mismo, comparto tu mundo mental y tu placer que tanto nos hace reír». Esta pequeña transgresión culinaria resulta muy reveladora de la capacidad de los niños para crear un mundo mental y entrar en él todos juntos para compartirlo. Se trata de un libreto presemántico revelador de un alto nivel intelectual y socioafectivo,[20] ¡lástima que ensucie tanto!

El ofrecimiento de alimentos permite gobernar las emociones de los participantes. Cuando un infante, que todavía no habla, ofrece un trozo de chocolate chupado o de pastel masticado, con ese comportamiento expresa su intención de compartir una emoción, como si dijera: «A mí me causa placer chupar este chocolate y, cuando te lo doy, quiero que esto te provoque un placer análogo». El pensamiento analógico da pruebas de un comienzo de empatía, de representación de las representaciones del otro, y de la posibilidad de manipularlas gracias al chocolate presemántico.

Esta preparación emocional para la palabra agrega en la boca de los bebés humanos una pulsión parcial que permite descontextualizar.[21] La boca es la encrucijada de pulsiones parciales, tanto en los animales como en el hombre, pero muy tempranamente la prepara-

ción para la palabra agrega en la boca de los infantes una pulsión descontextualizante.

En forma extraordinariamente temprana, la cultura deja su sello en los comportamientos de la boca. Es difícil hablar de cultura animal, si bien hay etólogos que se animan a hacerlo. Según ellos, las aves inglesas llamadas paros saben destapar las botellas que el lechero deposita en el suelo a la madrugada, mientras que los franceses, aunque son de la misma especie, no saben hacerlo. También informan que Imo, una macaca de la isla de Cayo Santiago, ha descubierto que podía quitar la arena de las patatas cuando las lavaba y que era posible salarlas si las remojaba en el agua del mar. Tres generaciones más tarde, todas las crías de su grupo sólo comen las patatas de esa manera. Por lo tanto, en el caso de los animales existe una transmisión de aprendizajes cuerpo a cuerpo, entre individuos emparentados.[22]

En el caso de la cría humana, el comportamiento bucal más ritualizado, el que adquiere muy pronto una función señalizadora, por medio de un movimiento espontáneo, es el beso.

Se puede describir el inicio de la ontogénesis del beso en ese comportamiento de exploración que se observa en todos los mamíferos recién nacidos y que les permite encontrar el pezón sin ningún tipo de aprendizaje. Lo buscan mediante un balanceo bilateral de la cabeza. Esta orientación se advierte en la ecografía, dentro del útero, cuando la vocalización de la madre, como un diapasón vibrante contra la boca, logra que el pequeño adelante los labios. Esta observación se ha hecho tan claramente en las chinchillas como en los humanos.[23] Durante los primeros meses, toda estimulación peribucal provoca que se adelanten los labios, todo contacto con un pezón, dedo, pecho o nariz provoca el mismo reflejo. Pero, a partir del cuarto mes, cuando el pequeño busca con los ojos el rostro de su madre, asistimos a una separación comportamental: el bebé deja de responder a un estímulo peribucal para adaptarse a una imagen compleja, percibida a lo lejos. El pequeño, que conserva en su corta memoria la idea de que la boca constituye una modalidad privilegiada de relaciones con la madre, ese ser único, responde a la emoción que le provoca la percepción de su rostro mediante un movimiento exploratorio con la boca. Echa mano a la punta de la nariz, de la mejilla o del labio que la madre está dispuesta a ofrecerle. Entonces, aquello

que sólo constituía un reflejo exploratorio se convierte en cuatro meses en un movimiento intencional.

A esa edad, mediante la observación de tal movimiento se descubre un cambio de libreto conductual. Con las manos y la boca el pequeño toca una aspereza en el rostro de la madre, abre la boca y, una vez producido el contacto, cierra los ojos antes de morder al tiempo que sonríe: anticipa el placer de mordisquear ese rostro amado.[24]

Hacia los siete meses, el bebé sabe morder para establecer una relación: continúa su camino hacia la abstracción, guiado por las reacciones conductuales de la madre. Muy a menudo, ella se ríe y le ofrece la mejilla, con lo cual le produce una sensación de placer que lo incita a continuar. A veces la madre interpreta esta exploración amorosa como un acto de agresión y se venga con otro mordisco «para enseñarle». Esta reacción interpretativa detiene la exploración amorosa y la transforma en el inicio de perturbaciones en el campo relacional.

Cuando la madre retrocede y exterioriza sonidos verbales al tiempo que frunce el ceño, en el niño aparece la sensación de un límite que no se puede traspasar. La inhibición del comportamiento instala un freno emocional análogo al que más tarde establece el enunciado de la prohibición. Desde los siete meses de edad, el infante experimenta una sensación de límite conductual, trazado por una expresión emocional de la madre.

Aquello que, desde las primeras mamadas, constituía un comportamiento de exploración ha experimentado una modificación ontogenética tal que, desde el séptimo u octavo mes, se ha convertido en un comportamiento bucal ritualizado, que da forma a un deseo. La pulsión afectiva está orientada hacia una figura privilegiada, pero la interpretación histórica de la madre ha dado una forma humana a la pulsión. En menos de un año, el bebé ha aprendido a limitar sus mordiscos afectivos. A partir de ese instante, se instala la reciprocidad. A su vez, él ofrece la mejilla para ser «mordido-besado». Con esta exposición del juego, el bebé anticipa un placer peligroso, pero sabe que su madre también limitará el mordisco. De este modo el infante pone de manifiesto que accede a la empatía, a las representaciones de las acciones y las emociones de los demás. Este juego del beso permite advertir que, a partir del octavo mes, lo que engendra la manipulación recíproca del mundo de los demás es un mundo in-

termental. Esa mejilla *puesta para* es un antecedente conductual del signo. Bajo el efecto de presiones culturales, este comportamiento adoptará miles de formas: el abrazo (cuello con cuello) de la Edad Media se transforma en el beso en la mejilla durante el Renacimiento; los rusos acostumbran besarse en la boca entre adultos, los esquimales prefieren frotarse la nariz y en numerosos pueblos asiáticos, que no conocen la práctica de besarse (contrariamente a lo que pensaba Darwin), jamás se ha desarrollado esta pulsión de la boca.[25] En esas culturas en las que la mesa no está totalmente aculturada, incluso sucede que, cuando comen, se tapen la boca o desvíen la cabeza.[26]

Mesas y culturas

Los comportamientos que desarrolla el adulto cuando se sienta a la mesa constituyen un aspecto importantísimo de la cultura. Es difícil aproximarse a otro sin efectuar algún ritual alimentario: una copita, un chocolate, un pitillo. Cualquier incumplimiento desencadenará cierto tipo de malestar.

La mayor parte de los acontecimientos familiares están marcados por un ritual alimentario, y la historia del grupo podría contarse a través de los alimentos. En el origen de la formación de las comunidades, las prohibiciones alimentarias han desempeñado un papel fundacional, porque no existe una sola cultura en la que el hombre esté autorizado a comer todos los animales que lo rodean.[27] Tampoco los animales comen todas las carnes vivas que tienen a mano. A un gato, ávido de comerse pájaros, jamás le despierta el apetito un águila. Personalmente tuve oportunidad de verificar que mi gato tenía tendencia a apartarse de estas aves rapaces, aunque sus proteínas son bastante parecidas a las del gorrión doméstico. Los gatos no son lógicos, y tampoco los hombres, ya que estos han convertido la prohibición de comer determinados animales en una regla que une a quienes la respetan. La semana pasada invité a cenar a una colombiana, que rechazó el pato con nabos, plato tradicional que había preparado mi esposa con la explicación de que no se puede comer un animal que entra en las casas. Y pocos días después, un norteamericano horrorizado nos dio un sermón porque comíamos conejo. No los critico, ya que yo mismo me horrorizo de los que comen carne de perro.

Y tuve bastantes dificultades para deglutir un trozo de serpiente, aunque estaba delicioso, en tanto que experimenté una extraña sensación de triunfo al degustar un trozo de tiburón.

Al igual que ocurre en el caso de la ontogénesis del beso, aparece un freno emocional originado en la representación de una imagen, mucho antes de la verbalización que enuncia la prohibición. Y ese freno se mantiene con sumo rigor durante mucho más tiempo que el del enunciado; así, los judíos convertidos al cristianismo, de grado o por la fuerza, podían adherirse a su nueva religión, pero jamás en la vida comían cerdo.[28]

Los religiosos han experimentado el efecto de conexión que produce lo prohibido, puesto que cada religión prescribe un código culinario tan riguroso que un seguidor que lo respete sólo puede comer dentro del grupo que se somete al mismo tipo de censura. El freno emocional inhibe la sexualidad entre allegados en el mundo de los seres vivos. Pero la prohibición del incesto es característica de la condición humana que, con su gran generosidad, prohibe también matar al prójimo, desear a la mujer del vecino, hacer el amor a la hora de la siesta y llevar un peine durante una tormenta, todo lo cual prueba el asombroso relativismo cultural de las prohibiciones más importantes.[29]

La pulsión básica alimentaria o sexual ha tomado forma bajo la presión sucesiva de las representaciones maternas y, más adelante, de los discursos sociales. La ontogénesis escapa a la biología y prosigue en el mundo del artificio que se ha manifestado a partir de los primeros gestos.

Los ritos de integración de los adolescentes están claramente enunciados y mitificados en todas las culturas, pero hoy, en Occidente, están encubiertos por libretos mal puestos en escena. Es el caso de «aprueba primero el bachillerato», rito de integración muy cruel que dura muchos años e instala en la cultura las condiciones experimentales del desarrollo de la angustia: tomar conciencia de todo y no poder hacer nada. En un laboratorio se puede simular la caída de un avión. Cuando se les dice a las personas observadas que «No hay nada que hacer», los indicadores de angustia se elevan rápidamente. A la inversa, basta con sugerir que se puede llevar a cabo alguna conducta, aunque sea inútil, para que las personas se calmen.

Se puede determinar la aparición de neorritos a partir de los cambios de conductas alimentarias. Cuando los jóvenes beben cerveza o

licores de alta graduación alcohólica, quieren significar que inventan un mundo sensible «entre jóvenes» y que se integran a regañadientes en el mundo de los adultos, donde compartir una buena botella exige que se haya educado el gusto y se empleen las palabras adecuadas para referirse a los vinos.[30]

En la primera mitad del siglo XX, había que cortar un trozo de pan y colocar un cubierto en el extremo de la mesa, para los pobres. En una década, los platos que traen una sola porción han invadido los supermercados, lo cual permite determinar que ha mejorado mucho el desempeño individual, al precio de la pulverización social. La desaparición de los ritos de la mesa en los que reinaba el abuelo permite observar la modificación de las estructuras familiares y destacar la frecuente ausencia de los adolescentes que se las arreglan hoy para evitar ese ritual que permitía compartir. Pero esperamos el futuro rito con el cual podrá rehabilitarse la casa familiar.

Las bebidas significantes actúan como un emblema y atraen la atención sobre el estilo del grupo: los que abren una lata de Coca Cola no crean el mismo acontecimiento vital que los que descorchan una botella de vino bordelés, huelen el tapón y luego vierten el líquido en una jarra de fondo chato. E incluso la vida de pareja se puede jalonar temporalmente mediante las bebidas: champaña para el nacimiento, vino tinto para los adultos y una tisana en la etapa de la jubilación.

La etología alimentaria ya no permite considerar la nutrición bajo su aspecto puramente químico. Asimilar las moléculas indispensables para sobrevivir sólo constituye la base del individuo. Hasta en el caso de los animales, el alimento sirve a muchos otros propósitos que el de nutrir. Es un vínculo biológico en los insectos sociales. Es un vínculo entre la madre y la cría en el caso de las aves. En los mamíferos, permite jerarquizar a los adultos y organiza el grupo en el cual se lo utiliza para actuar sobre las emociones del otro y regir sus comportamientos, preparando de este modo a los animales para llegar al símbolo.

En el caso del hombre, el alejamiento progresivo del mundo que nos configura permite colocar cada vez más representaciones en lugar de las percepciones. Cuando un objeto percibido representa lo no percibido, un alimento puede llegar a transmitir significados. Pero no todo puede convertirse en símbolo de cualquier cosa: un cactus

no puede simbolizar la ternura ni un clavo representar a la madre. El objeto *puesto para* debe suscitar una emoción que le corresponda. Sólo entonces podemos convertirlo en símbolo y compartirlo. La miel simboliza la dulzura de vivir juntos en paz, el fruto evoca la abundancia fácil y generosa de la tierra, y la carne se carga de una significación trágica según la cual es necesario triunfar sobre la muerte para sobrevivir.

Los hombres dedican al alimento una cantidad de tiempo impresionante, muy superior a lo que exigiría una simple incorporación química. Ese exceso de carga se corresponde con la elaboración del mito. Cuando comemos juntos, preparamos un relato. En torno de la pulsión alimentaria se vinculan los individuos, se estructuran los grupos y se organizan las sociedades. La pulsión sexual, menos vital para el individuo, organiza representaciones aún más alejadas de la percepción: la filiación, la descendencia, lo que viene después de la muerte y lo sagrado.

Dar la muerte para construir la cultura

No hacemos ningún ritual con el oxígeno del aire y muy pocos con el agua de los ríos. En cambio, inventamos muchos con los alimentos, porque la necesidad que tenemos nos da tiempo para convertirlos en otra cosa diferente de la satisfacción inmediata. El alimento nos ofrece una actividad privilegiada para construir lo social y la humanización. La cosecha posee un efecto de conexión cuando caminamos unos junto a otros para recoger los frutos y los comemos mientras conversamos. Pero la caza, mucho más trágica, exige la coordinación de roles, el aprendizaje de conductas especiales y el uso de armas e instrumentos. La armonización del grupo pone en escena la representación de un triunfo sobre la presa que impulsa una intensa sensación de existencia para el cazador y su comunidad. Parecería que los primeros cazadores hubiesen dicho: «La muerte de otros nos da vida».

Matar se convierte entonces en un acontecimiento, tal vez fundacional de la humanidad. El grupo se especializa y se organiza para ese fin. Prepara las señales de humo que indican dónde está la presa, en qué dirección, a qué distancia, si hay abundante cantidad e incluso de qué especie se trata con el fin de adaptar a eso la técnica para

cazar. Luego aparece la convención de los signos gestuales,[31] sin ruidos ni olores, para que el cuerpo de los cazadores no dé el alerta al botín.

Cuando se ha dado la muerte, imagino que los hombres prehistóricos han experimentado una intensa sensación de poder, ya que el animal muerto daba testimonio de su dominio sobre la naturaleza y el control sobre la vida. La inteligencia que les aportó el simple hecho de constituir un grupo organizado para cumplir un objetivo les permitió convertirse en seres más fuertes que las fieras. Al dar la muerte, controlaban la vida. Vale decir, depositar ante su familia el cuerpo de una presa muy preciada, sin duda no provocaba la misma impresión que traer un poco de carroña arrebatada a un chacal.

La presa que el hombre mató le otorgaba a este un lugar por encima de la naturaleza. Al derribar a un mamut o a una jirafa, esa victoria proporcionaba un pretexto para elaborar fábulas, sociales y sobrenaturales, mientras que un monito o un lagarto sólo aportaban un excedente para la cena. El gusto de las carnes se convertía en un elemento accesorio, puesto que bastaba con cocinarlas para que casi todas se hicieran comestibles.

Desde el comienzo de la aventura humana, el significado de la carne se convirtió en un elemento básico, e incluso fundacional, porque para cazar era necesario organizar lo social e inventar los artificios lingüísticos y técnicos.

El animal sacrificado proporcionaba a los cazadores tal sentimiento de vida, que llegaban a experimentar hacia él un verdadero reconocimiento. Todavía en la actualidad, en la Amazonia y en Nueva Guinea, el cazador dirige un discurso afectuoso al animal que acaba de matar. Discursos análogos encontramos en los aficionados a las corridas, que hablan del toro con las palabras que habitualmente se dirigen a las divinidades, a los héroes o a la mujer amada.

Si los hombres fuesen seres lógicos, la cosecha de frutas, la recolección de caracoles o conseguir agua potable deberían ser suficientes para él. Pero, como se trata de seres psicológicos, deben impregnar de sentido a lo que comen. Entonces transmutan el agua en vino, la cosecha en cultura y la muerte de la presa en un acontecimiento que organiza la vida colectiva.

Esta idea no es nueva.[32] Pero las descripciones recientes que ofrece la etología animal permiten precisarla.[33] Los animales cazadores más

típicos son los carnívoros como los leones, los leopardos y los lobos. Los más característicos entre los que buscan carroña están la hiena, el chacal y el buitre. En ambos casos, la orientación hacia la carne requiere una coordinación del grupo. Los leones se reparten las partes del cuerpo atacado. El que atrapa el hocico, inmoviliza a la gacela, mientras que los otros la destripan y le cortan los músculos de las patas. El caso de los lobos es más conocido, ya que los cazadores más rápidos abaten a la presa, que se lanza a las fauces de los otros que acechan. El reparto del animal muerto se lleva a cabo según el rango, sexo y edad. La coordinación de la manada se rige por la emoción de los que se apartan frente al dominador y dejan pasar al pequeño prepúber, porque todavía no desencadena la agresividad de la competición.

Desde hace varios años, las observaciones en medio ambiente natural han revelado que los simios son carnívoros, sobre todo los zambos y los chimpancés. Un lobo muere si no come carne, mientras que un mono no acepta la carroña y sólo come aquello que él mismo ha matado.[34] En muchísimos testimonios se había ya señalado esta situación pero, como no provenían de las universidades, se decía en tono condescendiente que sólo se trataba de anécdotas. En realidad, los zambos y los chimpancés, que se alimentan predominantemente de carne, cazan a numerosas especies, entre ellas otros primates y cerditos, más fáciles de atrapar.

También los chimpancés cooperan entre sí al momento de cazar. Salen a buscar la presa, la acosan e incluso tienden emboscadas. Cuando uno de ellos oye que se acerca un candidato, lo informa a sus congéneres mediante alguna postura. El dominador experimentado da entonces la señal para el desplazamiento silencioso. Los machos rodean a la presa y uno de ellos la embiste para asustarla. El animal acorralado se precipita entonces en brazos de los otros monos al acecho. El acto de matarlo constituye un ritual, en el sentido animal del término, puesto que los gestos se realizan en orden pero no están historizados. El grupo se coordina y no mata a la víctima de cualquier manera. Primero la destripan y terminan en la cabeza, repartiéndose los cuartos de carne.[35] Pero el hecho de comenzar por el abdomen no quiere decir que, hace 3000 años, en Egipto, a los chimpancés les llegó el agua hasta el vientre cuando cruzaban el mar Rojo, porque en ese caso el ritual estaría historizado.

Cuando los monos cazan en grupo, sin armas ni signos convenidos, se entienden a los fines de distribuirse los roles, como han debido de hacer los primeros homínidos. La diferencia fundamental proviene de la representación de la muerte. El mono percibe al otro animal al que atrapará para comer, también a sus congéneres con los que debe asociarse, y luego percibe a la presa muerta alrededor de la cual se distribuyen los cazadores en función de su estatus social, sexo y edad.

El hombre de Neandertal efectivamente percibía la muerte y se la representaba. Esa representación lo impulsaba a la caza, mucho más que la necesidad de carne. Mientras que el animal atrapa una presa y se la come, el hombre da muerte. No existe acto más humano que el de matar, porque los hombres siempre matan dos veces, en lo real y en la representación. Por medio de la caza que pone en escena la muerte en forma teatral y proporciona el impulso para el proceso de humanización, las fuerzas que nos gobiernan abandonan el mundo de lo percibido y, a partir de allí, quedamos hechizados por lo no percibido.

Por eso, cuando un animal experimenta un trastorno de las conductas alimentarias, es necesario buscar la causa en su desarrollo o en su contexto emocional. Pero cuando están alteradas las conductas alimentarias de un hombre, hay que buscar el origen en la representación que se hace del alimento. La fascinación del animal por un alimento comienza antes de su nacimiento. Sin duda, su programa genético lo impulsa más hacia la hierba o hacia la carne, pero la elección no es tan tajante como decimos: los carnívoros se comen la presa comenzando por el abdomen repleto de hierbas, y los herbívoros no vacilan en desmenuzar los insectos o los animalitos con proteínas ocultos en el pasto.

¿Podemos comernos a nuestros hijos?

Hacia el final de la gestación, numerosas especies experimentan ya la influencia del medio alimentario de la madre. En el caso de los insectos que se comen a otros insectos, los recién nacidos entomófagos sólo cazan en el interior del hábitat en el cual se han alimentado cuando todavía estaban en estado de larvas.[36] En el caso de los carnívoros,

basta con darle algunas gotas de esencia de tomillo a una serie de hembras en gestación para poder verificar que, después del nacimiento, los cachorros colocados sobre el vientre de la madre se dirigen preferentemente hacia los pezones perfumados con ese mismo aroma. Mientras que los cachorros cuyas madres no han ingerido la esencia al final de la gestación, tienden a evitar los pezones perfumados.[37]

A veces sucede que la cadena perceptiva se perturba porque el aparato para percibir el mundo está mal formado, como ocurre en las encefalopatías, o porque el propio medio ambiente proporciona informaciones alteradas. En ese caso, la conducta alimentaria del animal puede llevarlo a ingerir objetos no aptos para el consumo. Los más pequeños tienden a comer tierra o guijarros, mientras que los de mayor edad se orientan hacia sus propios excrementos... como ocurre a veces entre los humanos.

No es raro que los peces se coman a sus propias crías.[38] Se ocupan de cuidar a su progenie, ventilan a la nidada con las aletas para hacerle llegar agua oxigenada y, cuando los pequeños tiernamente mimados salen del nido, los solícitos progenitores se los engullen del primero al último. Así vemos que el lucio, la anguila y la carpa con frecuencia se comen a sus alevines.

Las aves defienden su nido y atacan a los intrusos pero, si en el transcurso de la riña se rompe un huevo, el padre se vuelve y se lo come sin miramientos. Buffon ha observado que una bonita hembra de paro carbonero alimentaba tiernamente a sus pequeños hasta que, con la mayor naturalidad del mundo, la madre perforó el cráneo de su hijito preferido para comerse el cerebro. Los mamíferos no son ajenos a este festín natural. Las marranas, las gatas, las perras, los osos, los hurones y hasta herbívoros como los conejos, las vacas y las yeguas se comen a algunos de sus hijos.

Este comportamiento, frecuente en el medio ambiente natural, se manifiesta aún más en los criaderos, lo cual ha llevado a la ruina a algunos ganaderos. Los primeros observadores creyeron inmediatamente que el canibalismo era propio de los machos, puesto que el instinto maternal hubiera impedido tales crímenes. Este razonamiento considerado «naturalista» en realidad es propio del antropomorfismo cultural según el cual el investigador atribuye a la naturaleza la idea que él tiene de la condición humana. En esta repre-

sentación en la cual las hembras están imbuidas del instinto maternal, el canibalismo es impensable; sólo puede haber padres sanguinarios.

En realidad, los veterinarios que han adquirido capacitación en etología describen una perturbación en las interacciones entre la madre y sus hijitos. Hay cerdas aterrorizadas por sus propias crías, mientras que otras se ponen agresivas. Casi siempre se trata de un trastorno en la formación emocional. Pero no hay que buscar el origen del problema en el interior de la madre como individuo, del modo como nos enseña nuestro pensamiento occidental centrado en la persona. Hay que descentrar nuestra observación en el espacio y en el tiempo para preguntarse cuál es la deficiencia que pudo producirse en el transcurso de la gestación o en el entorno de la madre.

Cuando todo el proceso se produce en buenas condiciones, la madre mamífero se come la placenta, que para ella sería algo parecido a una chuleta, ya que la mitad proviene del padre y la mitad de ella misma, como un cuerpo casi extraño. El simple hecho de ingerirla la provee de las hormonas que estimulan la secreción de leche. La hembra muerde la placenta hasta llegar al cordón, con lo cual el pequeño queda liberado. Pero si, cuando era pequeña, se produjo algún acontecimiento que perturbó su desarrollo, si un accidente le provocó tensiones durante la gestación o si no tuvo un entorno que brindara seguridad, las conductas maternas se adaptan mucho menos a los estímulos del medio ambiente. Entonces tal vez no se detenga cuando llega al cordón y lo devore con rabia. Y al llegar al abdomen de la cría... ¡sigua adelante! El observador humano denomina a esta conducta «perversión», «locura animal» o «enfermedad orgánica», según la ideología que profese, mientras que, en el mundo de una gata, el encadenamiento de conductas perturbadas por un acontecimiento pasado altera la percepción de su cría. Por lo tanto, se encuentra perfectamente adaptada a la imagen de su hijito que le provocaron su pasado y su medio. Recientemente, una gata primeriza de unos amigos míos dio a luz a tres gatitos. Con los dos primeros era una madre excelente, mientras que con el tercero se comportaba de un modo extraño, oscilando entre una tierna conducta maternal y un enérgico ataque depredador. Sin pérdida de tiempo, era necesario cambiar la representación ambivalente que tenía del recién nacido, al que veía mitad como hijo y mitad como presa.

Para curarla, fue suficiente untar el costado del gatito con un poco de crema de anchoas para que ella lo considerara como un análogo de la placenta. Entonces lo lamió y, cuando llegó al cuello, lo tomó por la piel como debe hacerlo toda buena madre gata. El pequeño se adaptó y enseguida adoptó la postura habitual del buen hijito que se deja llevar. Y todo el mundo quedó maravillado del instinto maternal de las gatas.

No conozco ningún caso de una madre humana que haya cocinado a su propio hijo pero, si tal cosa ocurriera, yo apostaría a que no se lo representa como un hijo. Esta barbaridad psíquica es pensable porque estamos sometidos a nuestras representaciones hasta un punto inimaginable. La prueba clínica la tenemos en los casos de infanticidio en los cuales el contexto de la madre y las condiciones del embarazo han sido tan terribles que la joven afirma que ha tenido ciática en lugar de admitir que se trataba de un parto, o pretende que ha arrojado un fibroma en el bote de basuras, mientras que en realidad era el bebé.[39] La negación no es psicótica, ya que por otra parte la madre es un ser totalmente lúcido, pero el gesto sí es psicótico. Y personalmente creo que todos somos capaces de hacer lo mismo. La guerra nos proporciona apenas un ejemplo trivial de esta situación. Vemos al enemigo como el horror evidente, mientras que en realidad experimentamos hacia él los sentimientos desencadenados por nuestras representaciones culturales. Por eso podemos matar ocho o diez jóvenes enemigos con una ametralladora, con una sensación de euforia y de hacer el Bien pero, si personalizamos las relaciones y vemos sus rostros o nos muestran algunas fotos de su familia, experimentaremos el mismo acto como un crimen insoportable.[40]

El infanticidio, que nos parece tan monstruoso, ni siquiera se tiene en cuenta en una gran cantidad de culturas en las que matar a un niñito o preferentemente a una niñita no se considera en verdad como un crimen. Hace muchos milenios, el sacrificio de niños era tan común que, para poder reducir el número de víctimas, fue necesario que las religiones inventaran la figura del chivo emisario. Abraham huyó de Ur en la Mesopotamia, horrorizado por los sacrificios que los cananeos ofrecían a Melek (Moloch). Los sacrificios de varones jóvenes eran tan habituales que Dios puso a prueba a Abraham al autorizarlo en el último momento a que colocara un cordero en el lugar de su hijo. Los suras musulmanes (6, 16, 60) también combaten el in-

fanticidio, con lo cual prueban que existe y que se considera como un crimen horrible mucho más que como una ofrenda moral. [41]

El niño sagrado es un invento reciente de Occidente que se difunde lentamente a otros continentes. En la Roma antigua, no se pensaba en el infanticidio, puesto que era posible abandonar al hijo, con lo cual se lo condenaba a muerte sin necesidad de destruirlo uno mismo. Cuando Nerón mató a su madre, mil recién nacidos fueron abandonados al día siguiente en señal de protesta política, para dar a entender que era más moral adoptar un esclavo liberado que, al menos, había dado pruebas de su afecto, que criar a un hijo biológico que un día podría matar a su madre, como lo había hecho Nerón.

Dentro de ese tipo de contexto de representación social, no podía pensarse la noción de infanticidio: ¡no se mata a un excremento sexual! Por otra parte, la higiene personal después de haber mantenido relaciones sexuales con la sierva (que también servía para eso) constituía el ritual más moral de la sexualidad romana y toscana hasta el siglo XV,[42] cuando se practicaba corrientemente la eliminación de las hijas, los bastardos, los albinos, un gemelo de cada dos y de los hijos de las viudas.

Si en el siglo XIX industrial se llevaron a cabo tantos procesos por infanticidio, no es porque entonces se mataran más niños, sino porque en nuestra cultura comenzaba a penalizarse ese acto.

Cuando los esquimales, los habitantes de Oceanía y los aztecas practicaban el canibalismo ritual, no lo hacían a causa de un encadenamiento de percepciones perturbadas que llevaba a los hombres a confundir a los niñitos con un bistec, sino más bien porque esos seres humanos estaban sometidos a un relato cultural que para ellos era evidente de por sí, hasta el punto de considerar como un crimen el hecho de no matar al propio hijo.

En Nueva Guinea, los chimbús matan al varón primogénito y aprovechan cuando sube la leche de la madre para ponerle al pecho a un cachorrito o un cochinillo.[43] En esa cultura, el acto inmoral consistiría en no respetar ese ritual que no está considerado como un crimen sino, por el contrario, como una prueba de civilización. Después del destete, el cochinillo o el perrito al que ha amamantado la mujer, revuelve la basura del modo como sabe hacerlo. Luego la madre trae al mundo a otros hijos, de quienes se ocupa con amor y dignidad,

puesto que ya ha probado que es capaz de sustraerse a las leyes de la naturaleza y acceder a una dimensión humana y cultural.

No creáis que hay que trasladarse muy lejos para encontrar sacrificios infantiles. Se les ocurren muy fácilmente a quienes inventan nuestros discursos sociales. Todos los tiranos lo han hecho y han sido adorados por ello. Napoleón envió a la masacre regimientos enteros del «Marie-Louise», con jóvenes de doce a catorce años de edad. Cuando los nazis se batían en retirada, interponían niños para frenar el avance de los aliados. Todavía hoy se cuentan por millones los niños que sacrificamos ante el ídolo «Dinero», haciéndolos trabajar hasta que mueren, o ante la idea de «Nación», cuando se les entregan armas para enviarlos a morir en la guerra.

Por lo tanto, las madres chimbús son comparables a nuestros antropólogos que le atribuyen a la cultura un determinismo radical.[44] Al negar las motivaciones naturales y personales, nos someten exclusivamente al dominio de las representaciones sociales. Esas madres no cometen crímenes más terribles que aquellas que, en nombre de una idea, envían a la muerte a sus hijos. El determinante etnológico del infanticidio tiene sus raíces en una regulación verbal y mítica. Matamos a la mayor cantidad de niños siempre en nombre de un discurso. Y esto provoca un efecto paradójico, porque en las culturas que prescriben la muerte de millares de niños, el infanticidio ni siquiera se nombra, porque esta eliminación no se piensa como un crimen. El hecho existe en lo real, pero no en la verbalización. Las personas que se someten a un determinismo cultural exclusivo son susceptibles de cometer muchos más atropellos despreciables, que jamás se denominarán «crímenes», que aquellos que aceptan un determinismo biológico relativo. Los culturalistas radicales piensan que es maravilloso convertir a sus hijos en «mártires de la revolución» o en «salvadores de la patria» y, a la inversa, los materialistas radicales creen que la muerte de los niños es sólo selección natural, la eliminación de malos productos biológicos. Ya se trate de culturalismo o de materialismo, lo que motiva estos acontecimientos humanos siempre es un discurso.

De tal modo que el enunciado clásico: «la pérdida de los valores tradicionales es lo que explica el abandono de los niños, el infanticidio, el aborto, la violación, la delincuencia...» no está bien encaminado porque, precisamente, jamás se ha matado a tantos niños por nin-

gún valor que no sean los «valores tradicionales». En la masacre de los inocentes, en la Noche de San Bartolomé, durante las Cruzadas, la Inquisición, el nazismo y las ideologías modernas, se han sacrificado millones de ellos, en nombre del Bien.

El historial de la carnicería de niños en el mundo actual se apoya todavía en la defensa de los valores tradicionales. Durante estos últimos diez años, para defender a una nación, una religión, a un líder o una concepción de la economía, se ha matado a dos millones de niños de menos de diez años, cinco millones están inválidos, un millón perece entre los muros denominados «orfelinatos», de seis a diez millones de soldaditos participan en combates recientes en 25 países, y doce millones de refugiados carentes de familia, de país, de escuela y de oficio se preparan para una vida sin raíces y sin esperanzas. Sin contar los menores de 15 años que trabajan hasta morir en una industria tradicional o para el turismo sexual, que es más difícil de contabilizar.[45]

El sometimiento a representaciones culturales extremas explica también la sorprendente variabilidad cultural de los castigos que se infligen a quienes matan niños. No sólo en la actualidad el infanticidio ya no se considera un crimen, sino que a veces hasta puede pensarse como un acto moral: purificación mediante la eliminación de hijos de padres impuros, o saneamiento a través de la destrucción de la gentuza que contamina nuestras ciudades. En la medida en que el discurso social cree una representación que suscite un sentimiento de victoria o de delito, la sanción será una condecoración o una condena.

Con frecuencia, el mayor criminal de todos es el Estado. Napoleón castigaba el infanticidio, porque esa práctica encubierta lo privaba de soldaditos. En tiempos de Vichy, se castigaba más severamente el aborto que el infanticidio. Los *Lebensborn* nazis que soñaban con crear superhombres rubios estimulaban el acoplamiento de jóvenes hermosos, pero la representación que se hacían de una biología racial los fascinaba de tal modo que no supieron organizar las estructuras familiares. El desarrollo de los niños nacidos en ese contexto ha sido catastrófico. Muchos murieron a causa de carencias afectivas, una gran cantidad de ellos se convirtieron en delincuentes y sólo unos pocos sobrevivieron con graves perjuicios emocionales.

En forma muy diferente de este tipo de culturalismos exclusivos o materialismos radicales, la etología propone otra manera de ver y

comprender el mundo de los seres vivos. Defiende la idea de que una manifestación conductual es el resultado de la confluencia de diversos determinismos de índole diferente.

El origen afectivo de los trastornos alimentarios

Parece que, en el caso de los animales, el origen de las perturbaciones en la conducta alimentaria se encuentra a veces en el diencéfalo (en la base cerebral) o en una alteración celular que puede acarrear un trastorno de la oralidad. Un animal con el cerebro atrofiado vocaliza de manera rítmica y come yeso, tierra, guijarros o sus propios excrementos. Entre los animales domésticos, lo más frecuente es que haya que buscar en el ambiente el origen de la conducta alterada. Algunos gatos, después de varios años, se ponen increíblemente obesos, hasta el punto de que el vientre les cubre las patas. El dueño los adora y manifiesta su amor teniéndolos siempre en brazos para besarlos. En medio de ese ambiente afectivo, el gato, con las patas en el aire, pierde la seguridad de su territorio y se apacigua comiendo sin cesar.

Los determinismos neurológicos también existen en el hombre, como vemos en ciertos tumores cerebrales que estimulan la oralidad. Pero cuanto más se construye la ontogénesis, más se aleja del cuerpo la raíz de los comportamientos para situarse en la representación de una imagen, de un sentimiento o en un discurso social.

El mejor ejemplo lo proporciona la pica, trastorno frecuente de la alimentación que lleva al niño a incorporar sustancias no comestibles. La señora Mel... sufría muchísimo a causa de las conductas sexuales de su marido, quien llevaba a su casa a jóvenes amantes y se asombraba de que su esposa se lo reprochara. Jamás el señor Mel... se puso en el lugar de su cónyuge y, por lo tanto, no podía imaginar la tortura que le provocaba. Él manifestaba tan poca atención hacia ella, porque la mujer nunca le había hablado de su infancia, ya que se sentía sumamente avergonzada. Como consideraba que su marido le había hecho un favor al casarse, lo había acostumbrado mal. La benevolencia morbosa de esta mujer tenía su origen en un sentimiento de vergüenza. Nadie sabía que cuando era niña comía el yeso de las paredes que rodeaban su cama y que, muchas veces, por la mañana, sus

padres, horrorizados, la habían descubierto embadurnada con sus propios excrementos, que acababa de ingerir.

El desarrollo de la pequeña había sido excelente, a pesar de algunos comportamientos extraños que no atrajeron la atención sobre el sufrimiento que le provocaban. Una docilidad anormal ocultaba la tristeza que la niña no sabía expresar. Esa tranquilidad, que tanto agradaba a los adultos, daba testimonio de un impulso vital muy débil y de un interés no muy profundo por los seres humanos. En la escuela, la subordinación empeoró y nadie se quejó por eso.

Su perfil conductual se había modificado alrededor de los dos años y medio, luego de una breve separación de una semana, cuando los padres la dejaron internada en un establecimiento para irse de vacaciones. Los niños reaccionan de modo muy diferente ante la angustia de separación: algunos se adaptan con facilidad al nuevo medio, mientras que otros se desesperan.[46] Débilmente atraída por el mundo, la pequeña comenzó a succionar su pañuelo, lo cual no es raro a esa edad, pero luego comía papel, lo cual ya lo es más.

Los padres también se comportaban de modo extraño. Con frecuencia la madre se refugiaba en la cama de su hijita para escapar del marido. ¿Por qué elegía esa cama? Hubiera podido acostarse en otra parte. El padre las maltrataba a ambas. La niña, que no hablaba, llegó casi al mutismo y comenzó a comer yeso. La pica «participa en este carácter del estudio de la relación oral, como momento organizador de todo vínculo consigo mismo y con el entorno inmediato, en especial con la madre».[47]

La posición bípeda constituye probablemente un marcador importante de la evolución de los homínidos. La posición erecta, al permitir que las manos ya no funcionen como patas anteriores, nos ha dado la posibilidad de fabricar herramientas. Este argumento que tanto agradó a Engels y a Marx corre el riesgo de ser excesivamente simplista. Conozco muchos bípedos con las manos totalmente libres que no fabrican herramientas: los dinosaurios, los canguros y las aves. También conozco gran cantidad de bípedos humanos que no hacen nada con los diez dedos. Y cuando el hombre australopiteca se desplazaba con elegancia sobre sus dos piernas, hace 3,7 millones de años, se comportaba como un simio braquial que se desplaza entre los árboles oscilando de una rama a otra.[48] Los simios con bíceps, a pesar de tener una pelvis cuyos huesos y músculos laterales son

comparables a los de los hombres, no han inventado la piedra tallada. Saben utilizar un objeto para actuar sobre la materia (golpear una nuez con un guijarro) pero no saben fabricar un objeto que fabrique un objeto para actuar sobre la materia (afilar una piedra con otra para trabajar sobre una piel que le permita cubrirse).

¿Por qué el hombre, el único de los seres vivos que adopta la posición erecta, habría sido capaz de depender menos del olfato, especializarse en un mundo visual y dejarse libre la mano para fabricar herramientas que permiten actuar sobre la materia independientemente del cuerpo?[49] Tal vez porque su cerebro, que llegó a ser menos olfativo y más visual, permitió procesar informaciones cada vez más alejadas. El cerebro izquierdo, que en los mamíferos gobierna la boca y las vocalizaciones, le agregó al hombre dos órdenes: una para la mano que fabrica la herramienta y otra para la boca que modula los sonidos. La postura bípeda sin duda ha sido algo muy importante, pero el hombre australopiteca no hablaba, mientras que el de Neandertal, con treinta gruñidos significativos, diez consonantes y tres vocales, podría hoy en día hacer una carrera política.

La boca y la mano, al agregarle al hombre dos aptitudes cognitivas para actuar sobre un mundo cada vez más alejado, y para comunicarse representaciones, le han otorgado un poder evolutivo muy superior al de la liberación de las patas.

Este esquema podría explicar por qué los trastornos alimentarios, durante el transcurso del desarrollo del aparato psíquico, pasan de nuevo por las mismas etapas. Hacia el final del embarazo, gracias a la ecografía, es muy fácil ver cómo el bebé se succiona el pulgar cuando percibe un estímulo sensorial (un contacto, una vibración, la palabra materna). En ese estadio de su desarrollo, el pulgar es un objeto flotante exterior al cuerpo, sobre el cual puede actuar con la otra mano, que lo aferra y se lo lleva a la boca. Como respuesta a una información materna, el bebé explora su mundo uterino gracias al conjunto boca-mano.

Después del nacimiento, hay un comportamiento bucal que acarrea trastornos a veces graves: el mericismo. Cuando está aislado, un bebé regurgita y rumia una parte del bolo alimentario que ha deglutido unos minutos antes. Basta que el niño perciba un objeto estimulante en el mundo exterior para que esta conducta no se manifieste. La modificación del estado general parece en principio inexplicable

ya que la simple presencia del observador estimula al bebé e impide que se produzca la conducta. Pero, cuando está solo, su mundo queda vacío. Entonces lo llena provocando una regurgitación que luego rumia, como en éxtasis. Cuando no tiene nada para explorar en el mundo exterior, el bebé explora el interior de su cuerpo, lo cual podría ser suficiente desde el punto de vista mental, si las regurgitaciones no provocaran ardores digestivos y deshidratación.

El anaclitismo, que se define como la pérdida de todo objeto exterior en el que el niño se apoya para proseguir su desarrollo,[50] se ha convertido en un hecho observado corrientemente entre los millones de niños que hoy están privados sobre el planeta de entornos protectores y de educadores afectuosos. El bebé tiene todo lo que necesita para comer, salvo el apetito porque, al no tener ninguna figura de apego, no hay nadie para quien comer. La etología permite comprender que, a partir de las primeras semanas, comer deja de ser una interacción para convertirse en una relación.

La pica aparecería durante una etapa más tardía del desarrollo. Estos niños experimentan en su entorno una gran calidez afectiva, pero no encuentran a quien expresarle su amor. Toda separación constituye para ellos aislamiento total. Son muy vulnerables a esa situación y, para colmar ese vacío desesperante, sólo encuentran la ingestión de materia sin forma, como yeso, tierra o excrementos. El encuentro con un objeto formado, como un lápiz o una goma, no provoca la ingestión porque se trata de un comienzo de relación. Por otra parte, cuando llegan a ser adultos y desaparecen estos comportamientos, esos niños serán muy tolerantes con sus parejas, con las que sufrirán sin quejarse, porque todavía temen experimentar una pérdida afectiva, un vacío angustiante que jamás han aprendido a colmar mediante una forma de acción o mentalización.

No se trata, por lo tanto, de una carencia de cuidados maternales. La relación de causa a efecto que sostiene que todo sufrimiento infantil puede atribuirse a una deficiencia materna es una trampa de la evidencia, puesto que no hay niño sin madre. La relación establecida durante los primeros meses de vida es tan estrecha que no puede constituir una estructura de parentesco. El bebé vive en medio de impresiones sensoriales mezcladas, suyas y de la madre. Todavía no hay suficiente espacio para colocar allí una representación. Un defecto temprano en el ambiente imprime en la memoria del pequeño la

huella de una extrema sensibilidad ante la desensorialización de su medio. El bebé experimenta la más mínima pérdida como un vacío que no sabe llenar con una acción (jugar con las manos o los pies) o con una representación (un ensueño, un juego de ficción o un objeto transicional). Entonces rellena ese desierto con percepciones de cosas (yeso, tierra).

Esto lo apacigua en un primer momento, pero la reacción horrorizada de su entorno le crea una autorrepresentación vergonzante que más tarde explicará su docilidad, como si dijera: «Es increíble que esta mujer ame a un ser desastroso como yo, no la merezco; haré lo que ella quiera para no perderla...». Lleva entonces una vida de doloroso renunciamiento, con lo cual establece una pareja perfecta. Tal como se le escapó a un paciente en un magnífico lapsus: «Mi esposa y yo nos entendemos perfectamente bien. Ella hace su vida. Y yo hago su vida... mi vida».

Un comportamiento parecido a la pica, pero mejor tolerado culturalmente y más fácil de disimular, es el de los adultos que continúan succionándose el pulgar. Este trastorno mano-boca no es alimentario. El simple hecho de succionarse el pulgar provoca en estas personas un increíble y delicioso apaciguamiento. Sin duda allí disponemos del primer tranquilizante natural, ya que todas las mujeres adultas que han conservado esta forma de autosatisfacción pacificadora dan testimonio de la intensa e instantánea sensación de bienestar y plenitud que experimentan. El hecho de succionarse el pulgar en la intimidad cuando comienzan a conciliar el sueño, o en el aislamiento de los sanitarios (si aparece tensión en el trabajo), no impide el desarrollo intelectual. Todo lo contrario. La disponibilidad permanente de este tranquilizante y su escaso nivel de toxicidad les aseguran a estas mujeres un buen desempeño escolar y social. Pero, ante el menor conflicto profesional y afectivo, se aíslan... con su pulgar o con el extremo de la manta masticada que se frotan contra la nariz. El patrón conoce a una mujer serena y sonriente. Sólo la pareja se sorprende a veces. Hace falta media hora de una molécula de tranquilizante para que comience el efecto, aun cuando desde la primera mamada el adulto se tranquiliza y experimenta incluso un delicioso bienestar: «"Cuando me succiono el pulgar y doy la vuelta a la tela", me decía ese simpático "director de personal", "me pongo contento porque ya no necesito a nadie"». El apaciguamiento producido por la ingestión

de yeso o de excrementos provoca un trastorno relacional a causa de la autorrepresentación vergonzante. Pero la intensa plenitud que permite la succión del pulgar es tan eficaz que ya no existe la necesidad del otro. Este autoaplacamiento provocará más adelante problemas de relación, puesto que la ausencia de la angustia, que ya no impulsa a la búsqueda del otro, orienta hacia un destino de solitario. A la inversa, el hiperapego angustioso obliga a la sociabilidad. Por eso existe una gran cantidad de personas alegres y siempre rodeadas de otras, porque a la menor privación surge en ellas una tortura angustiosa.

Dentro de la etopatología de las conductas bucales, clasificaría la anorexia, la bulimia, la cleptomanía y la compulsión a comprar.

Es clásico comprobar que las mujeres atribuyen a los alimentos una función afectiva. Hacer un pastel no es solamente proveerse la materia glucídica, lipídica y agregarle algunas frutas. Es un discurso conductual que permite anticiparse a compartir un placer cuyo origen estará en ellas. Por eso se les ocurre tan fácilmente esta manera de tranquilizarse y de sentirse felices, cuando experimentan alguna pena. La joven que entra en una pastelería porque está tensa por una pelea con su novio es un ejemplo cotidiano de esta situación. Cuando las dificultades afectivas son constantes, aparece la conducta de picotear sin hambre, como en el caso de las anoréxicas que, a causa de esto, sostienen sinceramente que no cesan de comer. Las bulímicas, por su parte, en su deseo de sentir poder, no se niegan nada: se satisfacen hasta el hartazgo, en forma análoga a la de la pica.

Otras veces, lo que las tranquiliza es el acto de aferrar algo, de apretarlo contra su pecho, prácticamente de incorporarlo al meterlo en el bolsillo. Se observan entonces las conductas de cleptomanía, o de compras compulsivas, en las que la mujer, en el momento de aferrar el objeto, experimenta una sensación de enorme alegría. Ella no tiene ninguna necesidad de ese objeto. Lo que crea una deliciosa sensación es el acto de apropiárselo, la representación de que «esto es mío». Por eso compran miles de pequeños objetos en oferta, para poder repetir el libreto de la incorporación. A veces llegan a llenar un armario entero con un centenar de jerseys y miles de bisuterías sin valor que jamás usarán.

He empleado el género femenino porque el significado de esta conducta no es el mismo para un hombre. Este compra un automóvil o un barco para mostrar de qué es capaz, con lo cual construye por sí

mismo su autorrepresentación. Sus ahorros desaparecen en una sola compra. A partir de ese momento el placer estará provocado por la exposición del objeto. En cambio, las mujeres sólo compran cosas pequeñas para repetir el placer de aferrar, de apretar, de incorporar, de poner en la boca, en la bolsa, en el bolsillo, en el armario... y dejarlas allí.

Mucho antes de ponerle palabras, la boca es ya un sitio de representaciones. El feto colma esa falta con el pulgar. Después del nacimiento, pondrá allí el pezón en el que percibe la forma, el olor y el color. En el curso de la ontogénesis psíquica, algunos bebés que no soportan la angustia del vacío introducirán sustancias sin formas, para sentirse colmados. Con esto ponen de manifiesto su dificultad para llenar un vacío con una representación, porque «el vacío de la boca es necesario para que las palabras puedan situarse allí».[51]

Es muy difícil encontrar la distancia adecuada, pues una angustia temprana muy rápidamente superada suprimiría el tiempo de la representación y privaría al bebé de su efecto tranquilizador. Para verificar este fenómeno, basta comparar una población de bebés que se succionan el pulgar con otra que no lo hace. En vez de buscar la causa de la conducta en el niño, como propone la ideología del hombre en soledad, es necesario observar el entorno. Los bebés que succionan casi todos tienen padres que les dejan que se duerman solos. En ese caso el pulgar sirve para colmar la falta. Mientras que los que no succionan se duermen en brazos que los contienen y evitan la sensación de vacío que los rodea, además de eludir la necesidad de colmarlo con un acto, un grito o un pulgar.[52] Esta marca deja huellas (y no de recuerdos) en la memoria. Mucho tiempo después, en la edad adulta, puede manifestarse en comportamientos significativos como cuando, para una mujer, el alimento se impregna de afectividad y de sentido: «Me apego de tal manera... que, cuando el otro se va, me hace tanta falta que me lleno de azúcar. En ese momento me siento mal y me pongo furiosa conmigo misma. Entonces no como nada y, cuando logro controlar el apetito, me siento fuerte y feliz», me decía una joven muy inteligente, que oscilaba entre la bulimia y la anorexia.

Cuando algún miembro de la familia filma en Navidad o en los aniversarios, las videocintas familiares, analizadas años más tarde, en caso de autismo o de trastornos de la conducta alimentaria, con

frecuencia permiten observar lo que no se había podido ver, pero que la madre experimentaba como una imprecisa impresión: «Me fatiga, me enfado con este bebé, mientras que con los otros siempre me divertí...».

Cuando el pequeño Julien se convirtió en autista, las videocintas familiares nos permitieron ver en directo lo que había ocurrido algunos años antes: la dramaturgia de la alimentación ya estaba alterada.[53] Julien jamás adelantó los labios para acercarse a la cuchara. Nunca manifestó interés por los alimentos, lo cual puede advertirse en las miradas, las vocalizaciones rítmicas o el hecho de adelantar los hombros y los labios. De tal modo que, de cinta en cinta, pudimos ver cómo la madre a veces introducía forzadamente la cuchara entre los labios del niño y luego miraba hacia otro lado para charlar con el que estaba filmando. La dramaturgia de las primeras comidas nos revelaba lo que no habíamos podido ver: una interacción desprovista de diálogo preverbal.

En el otro extremo de la vida, hemos observado que, cuando los ancianos se acercan al refectorio en un geriátrico, lo hacen con más necesidad de hablar que de comer. Sus dificultades para caminar los ponen en desventaja y les molestan los temblores. A pesar de estos obstáculos, se toman un cuarto de hora para llegar y sentarse allí, con la esperanza de que a su alrededor alguien habrá de producir el acontecimiento de la palabra. Observamos entonces que, al igual que los niños en la guardería, entre los adultos que comparten una comida uno de ellos asume la función de inductor de la palabra y alrededor de ella se organizarán todos los libretos conductuales relacionados con la comida.[54]

La boca, el cerebro y la palabra

Alrededor de la boca se organiza la manera de vivir que caracteriza a la especie. Por el momento, con la boca el hombre debe absorber el oxígeno, el agua y las sustancias que le han de proporcionar energía suficiente para que funcione la máquina. Pero, mediante la boca, también puede crear un mundo trascendente, cantar, orar, hablar y dar vida a un mundo de representaciones no percibidas, intensamente experimentadas.

La bóveda del paladar del hombre de Neandertal era muy chata, y el hueso hioides que, en el hombre después de la adolescencia se convertirá en la nuez de Adán, estaba situado en lo alto del maxilar, con lo cual se reducía la caja de resonancia de la cavidad bucal. Este señor podía refunfuñar, expresar emociones y probablemente algunas ideas interesantes, gracias a unas tres decenas de gruñidos significantes, pero no podía cantar la marcha tirolesa. Padecía mucho a causa de esta situación y compensaba este defecto de articulación mediante la hipergestualidad del rostro, de la boca y las manos. Esta forma de lenguaje, simbolizada por los gestos del cuerpo, más que por los de la boca, le permitía ya expresar emociones, señalar intenciones y enseñar las técnicas de fabricación de herramientas. Por lo tanto, podía inventar el artificio del gesto, de la sonoridad y del objeto que le permitía habitar ya en un mundo cultural.

Hace cuatrocientos mil años, la laringe se transformó y la bóveda del paladar se hizo cóncava, el hueso hioides se situó más abajo, en la columna cervical, con lo cual se creó una caja de resonancia en la que la lengua podía agitarse mejor. El hombre de Cromagnon, que perfeccionó el lenguaje humano, no sabía que su cerebro izquierdo le daba órdenes a la boca tanto como a la mano. «Este par, que hasta ese momento sólo se había utilizado para la alimentación, se puso al servicio de la palabra».[55]

Este razonamiento paleoetológico se observa habitualmente en la actualidad cuando, en la ecografía, vemos cómo el feto se lleva la mano a la boca cada vez que experimenta una emoción, como lo hará incluso en la edad adulta. El bebé tiende la mano para aferrar el mundo y explorarlo con la boca. El infante llora y muerde porque todavía no ha aprendido las palabras que harán más daño que un mordisco. A partir de ese nivel de la construcción de su aparato psíquico, el bebé utiliza la simbolización verbal para expresarse y actuar sobre el otro. A causa de ese par original, durante toda la vida empleará la mano al mismo tiempo que la palabra.

Como todo cerebro, el del hombre no se parece a ningún otro. Pero, cuando nos ponemos a comparar los cerebros entre especies, surge la idea de que el cerebro humano se caracteriza por la importancia que le otorga a procesar informaciones no percibidas, fuera del contexto espacial o temporal. La descontextualización de los datos se localiza en tres aptitudes: la cantidad de materia cerebral dedicada a

tratar problemas que no plantea el medio inmediato; la extrema lentitud del desarrollo, que prosigue aun después de que los órganos sexuales lleguen a la madurez, lo cual da fundamento para insistir en el aprendizaje, y la aptitud para producir imágenes oníricas que no existen en la realidad exterior.

A partir del nivel biológico y gracias a ese cerebro especial, el hombre posee una extraordinaria capacidad para vivir dentro de lo no percibido. Un solo cerebro, aun cuando posea la aptitud para el lenguaje, se contenta con tratar las percepciones y transformarlas en representaciones de cosas, con producir imágenes y recuerdos que le permiten evocar algunas huellas del pasado. Todo esto crea un mundo mental no semantizado. Por el contrario, cuando dos hombres inventan el recurso del signo y comparten símbolos, ya son capaces de producir representaciones de palabras y de ideas abstractas. Para poner en circulación la convención del signo, tiene que haber dos y, para compartir un símbolo con un valor importante de relativismo cultural, es necesario experimentar sensaciones parecidas que permiten coexistir.

En el mundo de los seres vivos, es imposible observar organismos sin cerebro y de pronto ver aparecer un cuerpo con un cerebro humano. Pero, cuando comparamos a los seres vivos, podemos decir que, si lo propio del hombre es la palabra, lo propio de su cuerpo es el cerebro.[56]

La cerebralización es un proceso que aparece gradualmente en el mundo viviente y que, también gradualmente, se desarrolla en un individuo. Antes de toda organización neurológica, dos células no pueden relacionarse sin «conversar», sin intercambiar informaciones bajo la forma de señales químicas en las que el calcio desempeña un papel importante como mensajero. Luego las neuronas toman forma y se agrupan para estructurar las vías de comunicación, hasta el momento en que se organizan cruces de neuronas para seleccionar la información y hacerla circular cuando pasan a formar parte de los ganglios nerviosos.

En el caso de los mamíferos, el sistema nervioso central constituye un órgano de la mayor importancia que jerarquiza las informaciones en «tres cerebros»[57] superpuestos y coordinados: el de los instintos, que se oculta bajo el cerebro de las emociones, controlado a su vez por el de la razón. Este esquema es demasiado simple, pero refleja la organización de los cerebros en el mundo de los seres vivos. El cere-

bro de los instintos regula los problemas vegetativos, que permiten la supervivencia (reflejos motores, sueño, temperatura y hormonas). Esta es la estructura esencial del cerebro de los reptiles. En el hombre perdura un análogo de ese cerebro, oculto en las profundidades y por debajo de las otras superestructuras cerebrales.

El cerebro de las emociones, todavía moderado en los reptiles, se desarrolla claramente en los mamíferos. Recubre el cerebro de los instintos y a su vez está controlado por el cerebro nuevo. Se ocupa sobre todo de la memoria y las emociones. Permite que los animales experimenten hoy las huellas del pasado y, al ofrecerles la posibilidad biológica del aprendizaje, les da la oportunidad de vivir en un mundo continuamente renovado. Dicho en forma esquemática, los reptiles viven en un mundo contextual al que están sometidos: la temperatura de su cuerpo varía según la temperatura exterior y responden en forma instantánea a los estímulos externos. Por su parte, los mamíferos viven en un universo que no puede existir en el contexto. Las huellas del pasado y la búsqueda de lo nuevo saturan un mundo que ha sido percibido o que falta percibir.

Con todo, los reptiles poseen algunas laminillas de neocórtex. Pero en los mamíferos el cerebro nuevo aumenta de tamaño y, en el caso del hombre, constituye una gruesa cubierta gris que recubre la totalidad de los cerebros anteriores. Esa corteza, como un enorme sombrero, procesa dos tipos de informaciones: las que han sido percibidas y extraídas del medio ambiente con el fin de alimentar representaciones de cosas, como las imágenes visuales y sonoras. Y otras informaciones que jamás han sido percibidas: el lóbulo prefrontal no percibe nada, pero logra evocar imágenes no percibidas al asociarlas a huellas pasadas, grabadas en el cerebro de las emociones y de la memoria.

En el caso del hombre, la zona temporal también logra descontextualizar las informaciones. Cuando oímos una frase, no escuchamos el ruido de las palabras sino que percibimos lo que evocan, al punto de que su sonoridad se vuelve accesoria: como si percibiéramos de golpe una representación. Cuando sucede que algún elemento nos llama la atención, como el cuerpo de una persona que habla desnuda, o con vestimentas ridículas, o que articula en forma extraña, entonces quedaremos de nuevo capturados por el contexto percibido y perderemos el acceso a la representación evocada.

A este esquema evolutivo habría que agregarle un cuarto cerebro: el que se estructura en el vacío entre dos personas. Lo no percibido absoluto se llena con nuestros signos y símbolos. En ese mundo, lo percibido sólo sirve para evocar lo no percibido. Esos cuatro cerebros permiten el acceso a otros tantos mundos diferentes, todos necesarios para comprender a un solo ser vivo.

Un hombre vive obligadamente en un mundo contextual, como una serpiente o un pez. Al igual que ellos, extrae de ese ámbito el oxígeno y el alimento que necesita para sobrevivir. Y al igual que todo mamífero, vive en un mundo no contextual en el que actúan las huellas del pasado. Además, vive en un mundo de representaciones, de imágenes sonoras y visuales, en el cual comienzan a terciar algunos animales, como gatos, perros, monos y muchas otras especies que no conocemos. Pero el hombre habita sobre todo en el mundo del artificio simbólico y técnico que inventa continuamente y que satura todos sus aspectos.

En el transcurso de la ontogénesis, cuando un individuo se desarrolla se observa de nuevo ese proceso de cerebralización permanente.[58] Al dorso de la médula espinal se yerguen dos crestas que se agrupan y se reúnen para formar un conducto neuronal, todavía abierto en los extremos. La parte posterior se cierra y las raíces de los nervios medulares empujan contra ella, mientras que la parte anterior no se obturará jamás. Por el contrario, algunos orificios se organizan en canales de comunicación, en poros que permiten palpar el mundo exterior y extraer de él informaciones que el sistema nervioso ha de recomponer. Incluso en el caso del hombre, la parte anterior sigue abierta al exterior ya que el cerebro de la nariz no se cierra nunca y las moléculas olfativas que nos penetran tocan directamente ese lóbulo.

Desde las primeras semanas, tres hernias se inflan sobre el polo anterior, como en la cámara de aire de una bicicleta. Allí se originarán los tres cerebros: romboencéfalo para el instinto de los reptiles, mesencéfalo para la emoción de los mamíferos y prosencéfalo para la corteza del hombre que razona.

Algo que resulta muy sorprendente y provee el argumento para defender mejor la teoría de la evolución, es el hecho de que el sistema nervioso se construye y se organiza siempre según un mismo proceso de desarrollo, cualquiera que sea la especie observada. Los cerebros se complejizan para integrar informaciones cada vez menos per-

cibidas. En el caso de los agnates (peces sin mandíbulas), la parte anterior del conducto medular se hincha para producir el cerebro de un vertebrado inferior. En los anfibios y las aves, el mesencéfalo también se hincha, para producir un cerebro apto para procesar imágenes y sonidos, la memoria y las emociones. En el caso de los vertebrados superiores, como los monos y los delfines, la tercera vesícula telencefálica se desarrolla ampliamente para producir la neocorteza[59] que asocia informaciones percibidas con otras no percibidas. En el hombre, ese proceso alcanza su máxima complejidad cuando la corteza prefrontal asocia la memoria y las emociones con su capacidad de anticipar. Por último, cuando los hombres se agrupan para crear el mundo de la inteligencia colectiva, el cerebro sirve para hablar e inventar un mundo no percibido, repleto de nuestros artificios, signos, símbolos y objetos técnicos.

Así como las formas vivas son increíblemente variadas y los cuerpos se hacen disímiles según las presiones del medio ambiente, del mismo modo la comparación entre cerebros permite observar la coherencia de la evolución. Hasta el momento en que, una vez que el cerebro de los hombres ha permitido la creación de mundos intermentales y de ámbitos de pensamientos liberados de la contextualidad, la evolución ya no tiene nada que decir y la que habla ¡es la revolución!

Revolución no quiere decir progreso. La palabra tanto puede innovar como petrificar, como en el caso de las letanías, los estereotipos intelectuales o los mitos dogmáticos. Pero, desde que un hombre habla, ocupa un espacio intermental y allí, en ese mundo de representaciones lingüísticas, puede encontrar soluciones nuevas. También allí crea los problemas que rigen su existencia y explican la locura humana, que sólo existe en las representaciones de palabras y se agrega a la locura animal, que sólo existe en las representaciones emocionales. El aumento gradual del tamaño del lóbulo prefrontal y de sus conexiones con el cerebro de la memoria y las emociones prueba que no existe ninguna discontinuidad, ninguna ruptura entre el hombre y los animales,[60] sino que la aparición del lenguaje, al crear un mundo de representaciones verbales, provoca una mutación de los mundos mentales.

Este razonamiento, que arraiga en la naturaleza para escapar de ella, explica por qué, en forma sumamente llamativa, la observación

de los cerebros siempre ha sido más metafísica que anatómica:[61] es el órgano del pensamiento. La asociación de estas dos palabras, «órgano» y «pensamiento», plantea un problema filosófico fundamental. El pensamiento puede existir sin cerebro en el cuarto mundo, el del planeta de los signos, la escritura o Internet. Cuando un individuo ya no está allí para pensar, a pesar de todo, su pensamiento existe fuera de él.

Por eso la cría humana, el día de su nacimiento, llega a un mundo ya estructurado por el lenguaje y el pensamiento de sus antecesores. Pero, para asimilar ese pensamiento que existe fuera de él, necesita ojos y orejas, para poder captar las imágenes y las palabras. Requiere un cerebro para pensar el pensamiento que ya no necesita cerebro. Esta frase no es una vuelta de tuerca. El razonamiento se vuelve lógico cuando se lo ejerce dentro del sistema de ideas filogenético, ontogenético y también histórico del pensamiento.

Todo animal acaba en sí mismo. Vive en un mundo para animal que no es ni divinidad, ni máquina, ni pureza ni contaminación. Pero, para descubrir algunos mundos animales, es necesario explorarlos. Entonces nos enteramos de que las lampreas, que se parecen a las anguilas, ya son capaces de asociar células neocorticales con células arcaicas y logran procesar informaciones ausentes para resolver los problemas... de las lampreas. A la inversa, las especies evolucionadas conservan numerosos funcionamientos arcaicos, como es el caso del hombre, que al mismo tiempo puede leer a Proust y dejarse influir por una sustancia que le modifica el humor.

El pensamiento dualista es práctico porque propone categorías claras y por lo tanto conductas simples. Pero las categorías que sirven para pensar no son necesariamente congruentes con la realidad: «He intentado dar a conocer que el alma era una sustancia verdaderamente distinta del cuerpo [...] la naturaleza o la esencia del alma consiste en que piensa, lo mismo que la esencia del cuerpo consiste en que es extenso». Luego Descartes reconoce su opción ideológica cuando agrega: «que la luz de la gracia sea preferible a la luz de la naturaleza».[62] El dualismo establece el dogma de la doble naturaleza del hombre: la naturaleza orgánica, corruptible, y la naturaleza espiritual, el alma, no observable y no manipulable porque no es extensa. Nuestras universidades se han instituido en función de ese dogma que separa la biología y la psicología. Por el simple hecho de

inscribirse en una institución, se incita a los jóvenes a optar por un campo ideológico y más tarde la enseñanza ha de reforzar ese a priori teórico.

Todas las mañanas tenemos que tomar decisiones importantes del tipo de: «¿Qué par de calcetines puedo combinar con esta corbata?».[63] En el plano etológico, una vez que concluye la secuencia conductual, el organismo puede dejar de tener necesidad de actuar. No es raro que algunas personas detengan su programa de acción cotidiana después de esa elección, o aun antes, como es el caso de los melancólicos que experimentan la decisión de levantarse de la cama como una prueba física insuperable. La representación de un programa de acción futura: «me levantaré de la cama», exige una preparación emocional, una apetencia que algunos denominan «deseos de vivir». En el caso de algunos animales, la capacidad de anticipar da pruebas de un comienzo de disociación entre el significante, que está presente, instrumento de la representación, y el significado, que no está presente, sino representado. El ser vivo capaz de tal desempeño emocional (apetencia), intelectual (representación) y motor (¡hop, arriba!) puede inventar una acción no presente y no necesariamente adaptada al medio.

El animal reacciona no sólo ante informaciones percibidas, extraídas de su contexto, sino también ante informaciones interiores, moleculares (descenso del nivel de azúcar, deshidratación, hiperosmolaridad, hormonas) y ante informaciones remotas. Algunas experiencias pasadas han dejado en su cerebro huellas que modifican las respuestas a los estímulos actuales.

Cuando un cerebro adquiere la capacidad de la memoria, toda información percibida se asocia con una información pasada. Desde que la memoria aparece en el mundo viviente, lo percibido permite evocar. Hay que decir que los sistemas nerviosos son capaces de memoria desde etapas muy tempranas.

La descontextualización de las informaciones resulta enormemente amplificada por el lóbulo prefrontal cuyo crecimiento regular podemos verificar cuando comparamos especies, hasta llegar a un máximo en el hombre. Esa corteza que, desde el punto de vista filogenético es lo último que aparece, se ocupa de los programas que comienzan. No resuelve ningún problema contextual. Fuertemente asociada al cerebro límbico de las emociones y la memoria, busca en el pasado la solución de los problemas futuros.

Con esta estructura cerebral aparece una función que permite aprovechar la experiencia anterior para decidir una conducta futura, de alguna manera un aprendizaje presemántico, una inteligencia del cuerpo. Esta aptitud neurológica no es lógica, ya que el cerebro nos somete, de esta manera, al peso del pasado orgánico. Pero en el hombre existe una aptitud que permite que el futuro no quede sujeto a repetir el pasado: el lenguaje, cuya aparición modifica la índole de la memoria.

Para felicidad de los lobotomizados

La articulación entre el cerebro de un individuo y su historia explica por qué ningún bebé habla el día de su nacimiento. Se requieren de quince a veinte meses para que el desarrollo de su cerebro le permita encontrar un entorno estructurado por el lenguaje. En el límite, la adaptación humana entre un cerebro temporalizador y un entorno temporalizado por los relatos permite sostener que el presente no existe para el hombre, y que es mejor así. La clínica de los síndromes del lóbulo frontal permite ilustrar este enunciado abstracto.

Yo tendría alrededor de 24 años cuando, por primera vez, tuve la oportunidad de presenciar una lobotomía.[64] En el hospital de Argenteuil estaba un joven que había decidido suicidarse disparándose una bala en la cabeza. La bala había perforado el temporal derecho, y en mayor medida el temporal izquierdo por donde había salido. La quemadura había cauterizado el trayecto. Por lo tanto, yo tenía ante mí a un joven de pie, sorprendentemente inmóvil y con una increíble expresión de beatitud.

El lóbulo frontal siempre ha constituido un enigma y ha sido motivo de controversia para los neurólogos. Los monos agresivos, una vez lobotomizados, se calmaban en el instante mismo en que el escalpelo cortaba la sustancia blanca, bajo la corteza. Durante la Primera Guerra Mundial se realizaron una enorme cantidad de lobotomías en las que se arrancaba el lóbulo frontal completo. Pero, frente a daños tan masivos, el análisis se hacía difícil. Además, los neurólogos no pudieron individualizar el síndrome, porque sólo vemos lo que hemos aprendido a ver.

Durante la década de 1950, los neurólogos estaban divididos en dos bandos, como es lo habitual cada vez que se presenta una novedad: los que sostenían que una alteración frontal destruía el intelecto y los que pretendían que eso no cambiaba nada. Hubo incluso quienes afirmaron que esa amputación mejoraba el desempeño intelectual.

Todos los profesionales tuvieron la oportunidad de observar a personas lobotomizadas que, después de un accidente de tránsito o de trabajo, se convirtieron en «vegetales». Esta metáfora cruel evoca la impresión que nos producen esos pacientes. Pero los médicos también nos informan del estupor que les provoca descubrir a veces, en el curso de un radiodiagnóstico con escaneo, un enorme agujero en el lugar de los lóbulos frontales, aun cuando el sujeto se desempeña de la misma manera que antes. Hasta ha ocurrido que se observara una aparente mejoría. Recuerdo a un paciente que, toda su vida, se había sentido disminuido por una terrible inhibición emocional. Sus tareas intelectuales eran mediocres hasta el día en que, a los 43 años, experimentó un destello de dolor en la parte anterior de la frente. Un examen neurológico reveló la presencia de un pequeño aneurisma de la arteria comunicante anterior, una pequeña hernia en la arteria que une los dos hemisferios frontales. El flujo sanguíneo, al desgarrar las fibras nerviosas, había realizado por sí mismo una perfecta lobotomía. Una vez que, con la intervención quirúrgica, se detuvo la hemorragia, el enfermo, totalmente desinhibido por esta alteración, de inmediato mejoró su desempeño intelectual y sus posibilidades de relación.

La inmensa mayoría de las veces, la personalidad se debilita muchísimo. El primer caso, descrito en 1848, fue el de un hombre llamado Phinéas Gage. Se hizo famoso porque ilustra en forma excelente ese tipo de «personalidades frontales». Era un hombre serio, mesurado y aplicado que se volvió caprichoso, versátil y eufórico después de que una barra de hierro le arrancara los dos lóbulos frontales.[65] Posteriormente las descripciones se hicieron con mayor rigor y fue posible detallar la enorme despreocupación, la sorprendente indiferencia de estos pacientes frontales que, habiendo perdido los ojos o con el rostro desfigurado, ¡se burlan desatinadamente de todo eso! Se han informado también numerosos casos de estúpida euforia o de hipersexualidad por ausencia de temor a las reacciones de los demás. También se describen casos de bulimia, obstinación en determinadas conductas e imitaciones irrefrenables.[66]

Las personalidades frontales nos permiten comprender que un hombre no puede vivir su condición humana si no logra liberarse del presente. Pero la personalidad frontal vive en el presente, un presente incesante, una sucesión de presentes en un mundo en el que no perdura nada del pasado y no puede imaginarse ningún futuro. Puesto que ya no recuerda los tiempos pasados, ningún antiguo fracaso puede hacerlo sufrir. Y, como ya no anticipa ni puede planificar nada, deja de experimentar angustia ante el futuro. Ninguna esperanza defraudada, ninguna angustia de pérdida puede torturarlo. Inmóvil, con el rostro imperturbable, sólo responde ante lo que sucede a su alrededor, ante lo que lo toca, lo interpela o lo zarandea. Se desprende de todo acontecimiento pasado puesto que, prisionero del presente, sólo a este puede darle respuestas. Como ocurría con esa joven inmóvil e indiferente que, cuando veía pasar a un hombre, «presa de sus pasiones [tomaba] actitudes seductoras y emprendía búsquedas eróticas».[67] Después de la ablación del tumor frontal, se moría de vergüenza al recordar sus comportamientos pasados.

El paciente lobotomizado permanece inmóvil, aunque tiene todas las posibilidades de caminar. No encadena dos palabras seguidas, aunque tiene todas las posibilidades de hablar. Vive sentado, inmutable, sin pasado, sin proyecto, sin angustia, sin enfado y, sin embargo, nadie habla de felicidad en esos casos. La clínica de las lobotomías nos conduce a una dolorosa paradoja de la condición humana: sin angustia y sin sufrimiento, la vida perdería su sabor.

Quienes pretenden organizar una cultura plena de seguridades que terminaría con la angustia y nos ofrecería incesantes distracciones para luchar contra el fastidio, ¿nos proponen algo distinto de una lobotomía cultural? Si existiese una cultura con tales características, experimentaríamos una serie de sensaciones de bienestar inmediatas, estaríamos satisfechos, en un estado desprovisto de sentido, porque sólo enfrentaríamos una sucesión de presentes.

El modo en que organizamos nuestras oraciones depende de la manera en que experimentamos el tiempo. El imperfecto doloroso, el futuro angustiante y el condicional irritante desaparecerán de una cultura lobotomizada, al igual que se borran en el lenguaje de estos pacientes. En ellos se nota «la conservación de un lenguaje de nivel elemental que se resiste a las dificultades, es decir, se advierte la imposibilidad de un lenguaje proposicional complejo».[68] En efecto,

resulta muy impresionante conversar con una persona lobotomizada. Se la ve inerte, indiferente, sin sufrimiento ni preocupaciones, hasta que de repente explota porque se ve invadida por alguna pulsión que no se sabe de dónde proviene. Cuando se aplaca la furia, no hace ningún comentario al respecto porque, carente de temporalización, no puede recordar lo sucedido ni revivir el acontecimiento con la modalidad de la palabra.

La verbalidad pierde su fluidez, porque el sujeto sólo vive una sucesión de instantes. Desaparecen las comas y los pronombres de correlación y las oraciones se estructuran como un simple enunciado informativo: «sí... no... hambre... está bien...». Cuando no logra hablar, no manifiesta mayor emoción que en los casos en que fue impulsado por una pulsión indecorosa. Cuando un sujeto historizado tiene dificultades para encontrar una palabra, siempre manifiesta cierta impaciencia. Cuando esto le ocurre a un lobotomizado, el paciente se detiene y se calla porque, al no experimentar ni futuro ni alteridad, no puede sentirse frustrado. Un sujeto historizado anticipa un escenario de placer o de venganza: «Ya le voy a decir personalmente lo que pienso». Pero cuando le falta alguna palabra y esa anomia le impide realizar su deseo, experimenta una irritante decepción. Por el contrario, nada imagina el lobotomizado sin futuro y, por lo tanto, no aparece la frustración. Si le falta una palabra, no busca la perífrasis ni el circunloquio que le permitiría por lo menos cumplir su cometido.

Por eso los lobotomizados saben repetir palabras u oraciones simples, y lo mismo ocurre en las culturas lobotomizadas, donde las teorías no sirven para pensar sino para recitar frases que sirven de consignas en el grupo: «la explotación del hombre por el hombre... la forclusión del nombre del padre... el hombre es naturalmente bueno...». Esto no significa que esas ideas sean falsas sino, simplemente, que no formulan un pensamiento. Sirven para establecer un vínculo al repetir la frase del maestro.

Cuando nuestros hijos dominan el lenguaje hasta el punto de convertirse en sujetos historizados, las oraciones que utilizan son más largas. Nos llaman la atención por medio de gestos, con la música de las palabras, su modo de respirar y la puntuación. El libreto conductual de sus conversaciones pone de manifiesto que se apropian del tiempo y desean actuar sobre nuestro mundo mental por medio de sus palabras y gestos. Esto equivale a decir que, cuando un niño se temporali-

za, por razones a la vez cerebrales y contextuales, se vuelve capaz de descentrarse y de liberarse del instante. Los lobotomizados, que viven el tiempo como un recuento de presentes, no tienen ningún sentido de empatía. Si se mojan los calzones, no es porque tengan dificultades para el control de esfínteres sino porque, sometidos a su necesidad de orinar, responden a ella sin tener en cuenta el efecto que producen en los demás. Pues la angustia nos obliga a la creatividad y la culpa nos incita al respeto. Sin angustias, nos pasaríamos la vida en la cama. Y sin culpa, quedaríamos sometidos a nuestras pulsiones.

La angustia es digna de elogio cuando se convierte en fuente de creación. Nos impulsa a luchar contra el vértigo del vacío y a llenarlo de representaciones. Se transforma en fuente de impulso hacia el otro o de búsqueda de contacto tranquilizador como cuando experimentamos la opresión de la angustia. La culpa nos incita al respeto cuando la representación del tiempo permite percibir los errores pasados o temer las equivocaciones futuras, con el fin de preservar el mundo del otro y no perjudicarlo.

Cuando la sensación de vacío provocada por la representación de una ausencia no se colma por medio de creaciones actuadas, afectivas o mentalizadas, la angustia se transforma en una fuerza inútil, en pulsión hacia nada, como una violencia informe que nos empujara al borde de una ventana. Cuando el hombre culpable no encuentra a su alrededor las estructuras afectivas, sociales y culturales que le permiten transformar su sufrimiento en una mayor cuota de humanidad, sólo le queda la autoagresión... ¡para sufrir menos! Esto se aprecia bien en los melancólicos que se calman cuando se mutilan, porque la herida física es menos dolorosa que la culpa que los tortura.

En la medida en que el desarrollo de los individuos los conduce a la empatía, mucho más la inteligencia colectiva inventa mundos virtuales y más experimentamos la desdicha de los demás y la angustia de lo desconocido. Por lo tanto, podemos prever con toda certeza el desarrollo mundial de la angustia y la depresión.[69]

De la evolución del cuerpo a la revolución de la mente

Sólo podemos hablar de pensamiento cuando aparece en un organismo, en su fuero íntimo, en su espacio interior, una reproducción de

informaciones sensoriales simples o complejas, de imágenes sonoras o visuales, utilizadas para crear un símbolo o un signo. Una producción mental se nutre de percepciones, emociones y conocimientos que gradualmente darán paso al pensamiento perceptivo, al emocional y al abstracto.[70]

Sin duda los animales producen pensamiento perceptivo puesto que saben dar un rodeo para aproximarse a un objeto codiciado. Aprenden a combinar experiencias adquiridas para resolver un problema que les plantea el medio ambiente. Pero la expresión «pensamiento perceptivo» tal vez es un poco exagerada, y sería preferible hablar de «inteligencia del cuerpo». Por ejemplo, cuando un cormorán pesca, se sumerge en busca del pez real y no de la imagen difractada por el paso del agua al aire. Si tenemos mucha estima por estas aves, podremos interpretar esta observación diciendo que el cormorán es un gran físico que calcula la ley de difracción de la luz. Si sabemos algo de neurología, supondremos que su cerebro está organizado de tal manera que la transmisión neurofuncional se corrige por sí misma.[71] Pero, si somos oftalmólogos, diremos que el cristalino de las aves pelecaniformes es tan flexible que, apenas toca el agua, la corrección se hace por sí sola.[72]

No debemos descuidar esta inteligencia del cuerpo, ya que los hombres la utilizan todos los días. Cuando un niño aprende a montar en bicicleta, no necesita ni una sola palabra de explicación. En los músculos de la espalda, en las pantorrillas, en los brazos y en su sistema laberíntico, el cuerpo experimenta las leyes de la atracción terrestre, de la cinética e incluso de la caída de los cuerpos. Un matemático que quisiera aprender a montar en bicicleta se vería imposibilitado de hacerlo a causa de sus fórmulas. Es más, ni siquiera podría formular las leyes de viraje de la bicicleta, que son incalculables. Y, sin embargo, ¡rueda!

Por lo tanto, existe un prepensamiento en la medida en que «pensar es una actitud mental suspensiva prospectiva o retrospectiva adoptada por un sujeto, que puede variar desde la conciencia más aguda hasta el sueño».[73] La palabra «sueño», en el sentido de ensueño, se parece al fantasma o fantasía, libreto imaginario en el cual el sujeto se pone a sí mismo en imágenes, para poder darse la impresión de que realiza un deseo. Pero también podemos emplearla en un sentido biológico. El sueño de los animales y de los hombres es una

representación de imágenes desencadenada por el impulso bioeléctrico del sueño paradójico.[74] En forma esquemática, se trata de un proceso de incorporación de los acontecimientos de la víspera. Cuando el día anterior al registro el animal ha experimentado acontecimientos emocionantes, su sueño paradójico puede aumentar entre un 20 y un 30% la noche siguiente. Esta variación en los acontecimientos se añade a la expresión del sueño paradójico determinado genéticamente. Los acontecimientos, ya incorporados, aprendidos y asimilados por el cerebro, se agregan a las aptitudes genéticas del organismo y esto produce el efecto de modificarlo y adaptarlo al medio. Este aprendizaje por impregnación explica que, cuando vivimos en un país extranjero y hablamos esa lengua, terminemos por soñar en ese idioma. La aptitud biológica para el aprendizaje de incorporación que permite el sueño nos ofrece un buen ejemplo de la doble coacción de un programa genético que impulsa (en el sentido agrícola del término: crece) a adaptar a un organismo a los tutores de desarrollos estructurados por el medio ambiente.

Las especies que prosiguen su desarrollo durante mucho tiempo después del nacimiento fabrican más sueño con ensueños que las especies que nacen prácticamente completas. Las hormigas, que se desarrollan poco después de la eclosión, se impregnan rápidamente de su medio. Las gallinas y las ovejas sólo disponen de pocos minutos para apegarse con «la precisión de un mecanismo de relojería».[75] Pero las especies neoténicas, que continúan desarrollándose incluso cuando ya son capaces de reproducirse sexualmente, segregan en forma permanente sueño paradójico, con lo cual se pone de manifiesto su enorme aptitud biológica para aprender.

La grasa ha permitido almacenar energía, la homeotermia hizo posible lograr la estabilidad interna de la temperatura, el sueño con imágenes otorga la aptitud para aprender mediante impregnación y el juego permite la exploración de un mundo intersensorial.

Tal vez los psicoanalistas no están muy lejos de esta demostración totalmente biológica. Freud llamaba «pensamiento onírico» a ese proceso primario de representaciones de imágenes, de emociones y de palabras que él distinguía del relato del sueño.

Esta formulación implica que los precursores del pensamiento, cuyo embajador es el sueño, tanto en el hombre como en los animales, debe distinguirse del trabajo del pensamiento que requiere un

esfuerzo para rememorarse y una traducción verbal para poder dirigirse a un interlocutor. Cuando el pensamiento es preverbal, no puede ni comunicarse ni elaborarse. Nace dentro del organismo pero, al no estar ni verbalizado ni significado, no puede participar en un mundo intermental. El organismo que experimenta ese precursor del pensamiento queda sometido a esa experiencia. Pero, cuando puede encontrarse con otro, capaz de oír ese precursor, bajo el efecto que produce el hecho de compartir la palabra, se pone en condiciones de modificar su representación y de experimentar su mundo de modo diferente. Freud habría aceptado plenamente estos datos etológicos, puesto que ha escrito: «El pensamiento visual se parece más a los procesos inconscientes del pensamiento que el pensamiento verbal y es más antiguo que este, tanto desde el punto de vista filogenético como ontogenético».[76]

El antecedente del pensamiento, como representación de imágenes, se produce en un organismo impregnado por su medio. En este sentido, el pensamiento surge del cerebro. Pero es necesario que la evolución le haya proporcionado a ese cerebro una estructura anatomofuncional que le permita procesar informaciones ausentes. Hay cerebros que logran esta descontextualización, que crea un mundo de imágenes y de emociones, gracias a tres instancias:

- el sueño con ensueños que despierta las huellas del pasado;
- el lóbulo prefrontal de la anticipación que, asociado a los circuitos de la memoria, agrega emociones a esos aprendizajes y a los planes para el futuro;
- y, sobre todo, la presencia de otro hombre que pueda captar la expresión de ese precursor del pensamiento gestual, mímico o verbal, para constituir con él un mundo intermental.

La pirueta de Descartes, según la cual amarra el alma flotante a la epífisis, es una metáfora náutica. En realidad, el pensamiento se separa del organismo gracias a los elementos oníricos. Luego es necesario que haya otro que capte esta aparición y trabaje sobre ella mediante la palabra, con el fin de crear un mundo nuevo.

Capítulo 2

EL ENTORNO

El individuo poroso

La gran trampa del pensamiento consiste en creer que el individuo es un ser compacto. Si nos guiamos por las apariencias, se trata de un ser vivo que no podemos dividir, con el riesgo de matarlo. El individuo dividido no existe de ninguna manera.

Puesto que nuestras palabras y pensamientos tienen la función de modelar entidades y desprenderlas de lo real, a partir de ese concepto deducimos que el individuo es un objeto coherente, cerrado y separado del mundo, lo cual es falso: «Reivindico la capacidad que poseemos todos de no estar conformes con nosotros mismos, de no constituir un bloque homogéneo cuya personalidad estaría definitivamente fijada... esa posibilidad de estar atravesado por corrientes diversas y poder escapar al fanatismo de la identidad».[1]

Si tenemos la manía de vivir, debemos buscar aquellas situaciones que permitan que penetren en nuestro interior los elementos físicos, como el agua, el oxígeno o los alimentos; los elementos sensoriales como el tacto, la visión de un rostro o la sonoridad de las palabras, y los elementos sociales, como la familia, la profesión o los discursos.

El individuo es un objeto a la vez indivisible y poroso, suficientemente estable para seguir siendo el mismo cuando varía el biotipo, y suficientemente poroso para dejarse penetrar, hasta el punto de llegar a convertirse en una parte del medio ambiente.

Este concepto del «individuo poroso» explica que la hipnosis, que se ha comercializado como un fenómeno de feria, constituya en realidad una propiedad muy común y por lo tanto fundamental de los seres vivos. Los organismos, lo bastante separados como para que podamos considerarlos como individuos, experimentan, sin embargo, la necesidad de estar juntos: *estar con* para ser es la coacción paradójica de los seres vivos. Pero no todos los organismos tienen la misma complejidad. Algunos se limitan a extraer energía, utilizarla y desechar los desperdicios. Estar en el medio ambiente les alcanza para vi-

vir, como es el caso de las plantas y los paramecios, animales celulares con grandes cilios.

Otros organismos perciben a los congéneres o a las presas como objetos sumamente estimulantes. *Estar con* constituye para ellos un acontecimiento destacado, una sensación intensa.

Por último, algunas personas, como los homínidos, poseen la capacidad de *hacer como si*. Esa competencia da pruebas de su capacidad para actuar sobre las emociones y las representaciones de otros.

Estar dentro, estar con y *hacer como si* permiten describir los estadios de la ontogénesis de un bebé que, cuando está dentro, se deja impregnar por su medio, cuando está con se pone en condiciones de actuar sobre el cuerpo y las emociones de otros, y cuando hace como si merece recibir el premio Nobel de la construcción psíquica porque, al utilizar posturas, gestos y palabras puede intervenir sobre las representaciones de otros, en su mundo psíquico. Entre todos los organismos, el ser humano es probablemente el más dotado para la comunicación porosa (física, sensorial y verbal), que estructura el vacío entre dos interlocutores y constituye la biología de la disposición favorable a las relaciones sociales.

Si aceptamos la idea de que el estar con requiere la presencia de dos individuos ligados por sus poros, podemos comprender la experiencia de la cubeta de Mesmer, médico alemán del siglo XVIII que pretendía curar provocando trances, mediante el simple expediente de mantener cuerdas anudadas a una vasija. Yo imaginaba ese recipiente como un objeto técnico reducido a su simple función, pero, cuando lo vi, quedé sorprendido por el fino cincelado sobre una hermosa marquetería. La belleza del mueble me hizo comprender que Mesmer había complicado inútilmente su problema. Lo había contextualizado agregándole la elegancia propia del siglo y había conceptualizado el fenómeno con el lenguaje científico de la época, en vez de preguntarse simplemente cuál es el misterio que permite que un individuo influya sobre el prójimo. En el siglo XVIII sólo se podía concebir el vínculo como fuerza material, emitida por un organismo que actuaba sobre otro. En su tesis de doctorado, presentada en Viena en 1766, Mesmer, fuertemente inspirado en la física de Newton, había asimilado su noción del magnetismo animal a la circulación de una sustancia entre los astros.[2] Hizo un mal cálculo porque, en tanto que el fenómeno era observable y manipulable, como en esa

época comenzaban a requerir los científicos, en mayor medida la explicación mediante el fluido irritó a las comisiones de expertos nombradas por Luis XVI. Ellos explicaron estas manifestaciones apelando a la imaginación y algunos denunciaron el magnetismo animal como una práctica inmoral, «peligrosa para las costumbres».[3] Al verificar que el fluido no existía, sacaron la conclusión de que el fenómeno sólo se hallaba en la imaginación, lo no real, lo que carecía de importancia.

El simple hecho de haber elegido la expresión «fluido» o «magnetismo animal» para explicar el fenómeno de trance que se producía alrededor de la cubeta, permite comprender que Mesmer pensaba que esa fuerza invisible que se transmitía y actuaba entre los hombres era una fuerza animal, incompatible con lo que es propio de la condición humana.

Esta es la idea que propongo reformular en los términos actuales de la etología cognitivista.[4]

La única sustancia que se transmite entre dos organismos y que podría corresponder a la materialidad del fluido animal es el olfato. Pero los animales lo utilizan con un esquema muy simple: atraer o rechazar. Esta transmisión de materia entre dos organismos pone al otro en movimiento, que es lo contrario del efecto hipnótico que, en el mundo viviente, sirve para inmovilizar.

También en el caso del hombre, el olor es transmisión de materia. El que olfatea, palpa con la nariz una muestra de la materia del otro, un indicio que lo penetra, como ocurre en los animales. El hecho de que nuestro sistema olfativo sea trescientas veces menos desarrollado que el de un perro, no le impide funcionar intensamente. La palpación olfativa que nos penetra provoca apetencia o desagrado, la intención de un movimiento, como toda penetración. Pero, sobre todo, una vez que el cerebro olfativo ha palpado una muestra del olor del otro, la información estimulante no se dirige hacia la corteza, sino que sin más se la envía a los circuitos de la emoción y de la memoria.[5] A la información que nos pone en movimiento se añade la evocación de emociones y recuerdos. Podemos influir mediante el olor, atraer, repeler o evocar, pero no podemos hipnotizar ni inmovilizar. El olfato pone en movimiento: podemos palpar, evitar, mentalizar, pero no podemos cautivar. Es algo parecido a lo que sucede cuando caminamos en la montaña por un camino de cornisa; percibimos informa-

ciones en las pantorrillas y en las imágenes que nos atraen hacia un costado y nos apartan del otro.

Las feromonas gobiernan a los animales con una potencia y una precisión sorprendentes.[6] Escapan o se precipitan unos hacia otros con la mayor celeridad. Y, en el caso del hombre, parece que esas moléculas, intensamente percibidas, suscitan una emoción no consciente que racionalizamos de inmediato. Cuando una feromona atractiva penetra por la nariz, esto no provoca una toma de conciencia olfativa. Apenas llegamos a pensar: «Bueno, qué bien huele», la evocación provocada por la molécula induce a poner en palabras una emoción y un recuerdo: «Este señor me recuerda a mi primo, al que tanto quería; es simpático y deseo hablarle».[7]

Con el olfato se puede conmover y mover a los demás. Mientras que con los otros órganos de los sentidos podemos cautivarlos, capturar su conciencia o despertarles expectativas. Si cautivo a otro mediante un sonido, una imagen, una escenografía o una palabra, concentro sus actividades físicas y mentales en la sensorialidad que organicé, en su intención, en su dirección... ¡para capturarlo! Y el otro está de acuerdo con esta intromisión sensorial porque resulta placentero quedar cautivado. Se trata de un acontecimiento sensorial y afectivo muy intenso que nos hace cómplices de quien nos cautiva. Es algo muy diferente de una captura, en la que el otro se apodera de nosotros, que nos oponemos a permitirlo.

Durante los primeros procesos de domesticación, antes del período neolítico en el que se sistematizó esta tarea, los perros fueron los primeros seducidos por el hombre. Quedaron tan fascinados que se enamoraron de sus amos y han permitido con placer que se los humanizara desde hace quince a veinte mil años. Las focas están «locamente enamoradas» de nosotros. Y si no tuvieran tanta necesidad de agua y de peces, podríamos domesticarlas con toda facilidad, pues sólo esperan que lo hagamos. A la inversa, la inmensa mayoría de los animales evitan al hombre y, para poder llevarlos al zoológico o comerlos, primero hay que capturarlos. Entre esos dos extremos están los camellos, las llamas y los renos, a los que mucho les gustaría evitar al hombre, que constantemente debe probar que los domina porque, de lo contrario, vuelven a las andadas y retornan al estado salvaje. Pero, como los intrigamos, entran en contacto con nosotros desde lejos, vacilando entre la huida y la atracción. Esta distancia

afectiva ha producido en estos animales un singular efecto civilizador, ya que las civilizaciones de renos, dromedarios o llamas tienen tendencia a emigrar. Mientras que las civilizaciones de la vaca, del perro y de los animales territoriales han sido más fáciles de convertir al estado sedentario.

El efecto civilizador del gato es muy particular. Llegó más tarde a las relaciones entre el hombre y el animal. El puente sensorial que permite la hipnosis es intenso pero estrecho. El animal se apega a un sitio tanto como al hombre. El contrato amoroso con frecuencia lo firma con un escritor, porque el objeto sensorial constituido por el hombre de letras es muy bien recibido en el mundo del gato. El plumífero se mueve justo lo suficiente para manifestar una presencia cálida y tranquilizadora, deliciosa para un gato.

Algunos puentes sensoriales pueden establecerse entre especies diferentes. Están organizados por promesas genéticas, diferentes pero compatibles, y encuentros aleatorios. Se construyen con la materia olfativa, imágenes luminosas y sonoras, y objetos físicos como el ofrecimiento de alimentos que permite la caricia.

En el momento en que se trata de cautivar al animal, el sentido del tacto se convierte en un instrumento eficaz. Si se le hace daño al tocarlo, se cautiva su conciencia. Al experimentar un dolor, no piensa en otra cosa, pero la estrategia no es de hipnosis, puesto que se le provoca una reacción de defensa, de huida o de agresión. La estrategia adecuada consiste en tocar lo justo para cautivar sin hacer daño.

Las palmaditas que se dan para ayudar a conciliar el sueño convierten este fenómeno en un ritual. El niño está acostado boca abajo en las rodillas de la madre vietnamita que pone la mano ahuecada para no hacerle daño. Golpea suavemente sobre las posaderas, con bastante fuerza como para que el niño no pueda interesarse en otra cosa y con un ritmo perfecto para que el pequeño, cautivado por el metrónomo, espere el golpecito siguiente. En menos de un minuto, se duerme. Pero la aculturación de los gestos es tan temprana que, cuando una madre europea intenta utilizar este procedimiento, el niño se vuelve indignado y protesta porque, para él, los golpes de una madre occidental significan una paliza, mientras que en el caso de una vietnamita anuncian el comienzo del ritual para conciliar el sueño.

Entre adultos no hay zurras, pero se conserva el mismo principio psicofisiológico. Se toca al otro para ponerlo alerta, se aprovecha al-

guna postura para tomarle la mano y apoyar los dedos para captar su atención y focalizarla en una única información.

En la medida en que el olfato humano es una vía de comunicación que con frecuencia no comprendemos y que aculturamos por medio de perfumes para atraer, repeler o evocar, por eso es fácil utilizar el tacto. Provoca una emoción tan intensa que el código para emplearlo es muy riguroso: no podemos tocar a otro en cualquier lugar del cuerpo. La mínima desviación se percibe intensamente y de inmediato se descodifica según las normas culturales. El modo de estrecharse la mano o de darse un besito son tan precisos que cambian de sentido si se modifican un milímetro.

En el caso del hombre, el tacto es un canal de comunicación sumamente estructurado, ya que es el primero que entra en funciones a partir de la séptima semana de vida uterina. Se trata de una vía sensorial en la que desembocan otras informaciones. Un sonido, que hace vibrar el líquido en el oído interno, es un equivalente de tocar la cabeza. Y, sobre todo, como el hombre es un simio desnudo, la piel desprovista de pelos es muy sensible. Cuando se toca la piel desnuda, tibia y fragante, la percepción es tan fuerte que desencadena una intensa emoción. La significación que adquiere el hecho de tocar en algún lugar del cuerpo amplifica la emoción y constituye un modo de capturar al otro, porque apoyarle los dedos en la mano o en el hombro no tiene el mismo sentido que acariciarle la mejilla.

Entre el flujo aéreo de una sustancia olfativa y la presión física de un toque, existen otros medios para transportar información entre dos organismos porosos. Las imágenes visuales y las sonoras se desempeñan en forma excelente para captar la atención del otro. Cuando podemos presentar una imagen visual o auditiva, cambiamos de registro: se capta la atención al poner en marcha una representación. «La visión es el arte de ver cosas invisibles»,[8] con la condición de que sepamos evocar imágenes. La audición también permite ver cosas invisibles, con la condición de que se sepan articular las palabras que hacen posible verlas.

Así, la molécula mueve y remueve, la presión física capta mediante el toque, mientras que el gusto y el olfato rozan la boca y el cerebro de la nariz. Esos estímulos sensoriales inmovilizan durante un breve instante, justo el tiempo necesario para provocar un movimiento de atracción o de huida, de olfateo o de masticación. Esto no ocurre con

las imágenes visuales y auditivas que capturan y despiertan expectativas.

La fisiología sensorial funciona ya como una percepción semiotizante. Los significantes visuales o sonoros no son para nada inofensivos porque, apenas se los percibe, evocan lo no percibido.

Si no me creen, pídanle al jefe en la oficina que se rasure la barba. A la mañana siguiente, ninguno de los que están en contacto con él se dará cuenta. A lo sumo dirán: «Vaya, está más fresco, parece que ha descansado...». Pero prácticamente nadie expresará: «Se ha rasurado la barba». Porque la imagen percibida está compuesta de estructuras elementales: línea horizontal de los ojos, línea vertical de la nariz y curva sonora de la boca. Estas percepciones elementales le bastan al observador para imaginarse el resto del rostro. Por eso podemos hacer caricaturas y estilizaciones. Cuanto más la percepción se reduce a lo esencial, más poder de evocación posee. De entrada el rostro es una figura, como la del patinador, en la que nos representamos el movimiento que no percibimos, pero que prevemos. El patinador nos coloca en una postura física y psíquica de espera. El placer que experimentamos proviene de la connivencia. El mismo razonamiento vale para la música: a pesar de todo resulta curioso que cuanto más conocemos una melodía, más placer nos provoca, a condición de que el músico satisfaga nuestras expectativas.

Esta percepción semiotizante está fuera del alcance de la convención del signo, porque al articular lo percibido con lo no percibido, se sitúa en el punto de confluencia de la materia y la representación. Mientras que para llegar a la convención del signo es necesario que ya habitemos un mundo no percibido. Para convenir en que el sonido «POM» designará arbitrariamente en francés determinada fruta, es necesario que cada uno de los que acepta la convención sea capaz de representarse las representaciones del otro. Si yo articulo «POM», todos comprenderán que esa música verbal designa esa fruta. Mientras que, en el juego del «cuco», cuando el niño ve que el rostro de su padre desaparece detrás de la servilleta, sale a buscar la imagen desaparecida. Se la representa, la espera, al igual que la nota musical, como la figura del patinador y, cuando el rostro familiar reaparece de pronto emitiendo un sonido extraño, «cu cu uh uh», el niño experimenta el placer de la armonía y de la victoria epistemológica. Tiene un prepensamiento: «El rostro que percibo corresponde a la imagen

que pre-vi. La realidad confirma lo que yo esperaba. El placer proviene de la satisfacción de mi representación». Esto es lo que el niño diría, si esta inmensa aventura artística e intelectual no se produjera mucho antes de la palabra.

Si cuento estos relatos de la cara y del juego del «cuco», es para decir que una imagen visual o sonora puede constituir una percepción semiótica, una forma percibida que nos dispone a esperar una representación. El placer proviene de la connivencia entre el artista y el espectador (patinador, «cuco») y de este modo se erotiza la espera. Hasta la postura de espera es agradable porque prepara para el placer, como una muestra, como una promesa esperada. El placer de una percepción semiótica actúa en muchos momentos de la misma forma armónica: el placer de esperar (el deseo), el placer de experimentar (la percepción) y el placer de expresarlo (dándole vida todavía en la representación verbal). Por lo tanto, la forma del placer es esperada, experimentada y luego narrada.

El fuego y la cascada nos ofrecen ejemplos de formas naturales que tienen el poder de ponernos a esperar. A veces me detengo ante una chimenea encendida, en pleno bullicio a mi alrededor. Con unos cuantos movimientos de las llamas, mi conciencia queda cautivada, deliciosamente. No percibo nada más que un color danzante, un calor crepitante. Esta percepción me seduce y me posee como si fuera música. El simple hecho de quedar cautivo y de experimentar el placer que eso me provoca, me libera de toda tarea mental o muscular y explica por qué me calma este cautiverio bienaventurado. De modo que no puedo quedar cautivo de cualquier tipo de estructura sensorial: un ruido excesivamente agudo que me taladra los oídos me impulsaría a moverme, a taparme los oídos o a huir. Un ardor punzante me obliga a resistirme, mientras que una presión suave y cálida me inmoviliza, esperando la mirada o la palabra de quien me toca. Desde su nacimiento, los bebés no quedan cautivados por cualquier objeto. Lo que adquiere forma es el brillo de los ojos que ellos siguen desde la primera mirada y las bajas frecuencias de la voz que los seduce desde las primeras palabras.

A causa de su aptitud para el lenguaje, el hombre está doblemente sujeto a la hipnosis. La primera vez, en virtud de las estructuras sensoriales percibidas, como el bebé frente a su madre o un hombre ante el fuego; y la segunda vez, mediante la función semiótica de sus per-

cepciones. Después de una reunión política, la decoración del estrado, la disposición de los dirigentes y el entusiasmo de los seguidores estructuran en el espacio una «geometría que quiere decir algo». Si el jefe se sube a un estrado de tres metros de altura, equivalente moderno de un trono, mientras que la multitud se organiza rigurosamente mediante un sistema de ordenamiento, con esta geometría se configura un discurso sin palabras. El comportamiento y la disposición espacial de un jefe sentado sobre un taburete para charlar con sus discípulos constituirían otro lenguaje. El espacio y los gestos pre-dicen y, al igual que las palabras, pueden mentir.

A mediados del siglo XIX, cuando Braid introdujo la palabra «hipnótico», lanzó un gran equívoco en nuestra cultura, al hacernos creer que se trataba de un fenómeno relacionado con el sueño. El enfoque etológico sostiene que no se trata ni de un ensueño, ni de un sueño, sino muy por el contrario de un estado de la sensorialidad que vincula dos organismos separados. La expresión de uno de ellos produce una impresión en el otro y lo cautiva. El cuarto estado del organismo, además de la vigilia, el sueño y el ensueño,[10] no debe buscarse dentro de él, sino en la distancia entre dos individuos separados y sin embargo ligados por un intercambio de percepciones.

Tal vez pudiéramos aplicar la expresión «percepción semiótica» al mundo de los seres vivos en su totalidad, en la medida en que ya en el caso del animal el mundo percibido evoca un comienzo de algo no percibido, ya que la posibilidad de aprender aparece muy temprano en los organismos simples. En tal caso, es necesario describir la filogénesis de la percepción semiótica[11] con una gradación del significante y el significado.

Emisores de encanto animales y humanos

Al evolucionar del significante al significado, he pasado del mundo percibido del miedo al mundo no percibido de la angustia. La adaptación emotiva y conductual que debe hacerse no es en modo alguno la misma. El miedo impulsa al sometimiento, a la inmovilidad que protege o a la huida desenfrenada que, cuando termina con la derrota del depredador, provoca un estado de euforia. Mientras que el hecho de vivir un mundo no percibido obliga al organismo a una adap-

tación representacional. Para conseguir seguridad, hay que salir a buscar el objeto de angustia para transformarlo en objeto de miedo, frente al cual se conoce una estrategia de sometimiento o de huida. Esto es lo que hacen los fóbicos y los paranoicos, cuya angustia se calma cuando pueden identificar y designar al objeto que los atemoriza. A partir de allí basta con evitar el objeto fobígeno o agredir al agresor. Esto equivale a decir que vivir en el mundo del miedo obliga a actuar, mientras que vivir en el mundo de la angustia obliga a comprender y a hablar.

El hombre y el animal conocen el miedo que impulsa a la acción. Y el hombre conoce la angustia que lleva a la cultura. Todo esto sería beneficio puro si otro grupo humano no hubiera inventado un mundo diferente de representaciones, tranquilizador para él pero espantoso para nosotros. Las guerras se convierten entonces en un proceso lógico, pues el mundo de las representaciones de otros constituye un objeto amenazador, que nos aterra.

El término hipnosis no es adecuado porque no tiene nada que ver con el sueño. ¿Qué nombre habría que ponerle a ese fenómeno de los seres vivos que, al estructurar un puente sensorial entre dos organismos, cautiva a uno de ellos hasta el punto en que se deja capturar de inmediato? *¿Captosis? ¿Captivosis?* La palabra *captivare* contiene la idea de aferrar, de capturar en forma sensorial, de vincular por la fuerza, de seducir mediante los sentidos: «Quedó fascinado al mirar su rostro... no podía desprenderse». Leemos frases como estas en las novelas naturalistas.

El hechizamiento, característico de los seres vivos, consiste en emitir encanto, destilar un filtro, seducir mediante una canción o un relato para apoderarse del mundo mental del otro.

En el caso de los animales, la seducción funciona en el interior de la misma especie. Las crías, apegadas a su madre, no pueden dejar de seguirla. Los animales gregarios obligados a vivir juntos están ligados por su sensorialidad. Esta fuerza de fascinación puede funcionar entre especies, como se observa entre los comensales cuando un pececito de alta mar, la caballa, percibe la forma de la barracuda, su huésped, que le resulta muy atractiva. Seducido por ese volumen, oscuro y profundo, el pececito se prende sobre la mandíbula o bajo el vientre del depredador y allí se pasa una buena vida de caballa. Se adapta al menor movimiento de esa forma cautivadora que, de vez

en cuando, atrapa un pez y lo desgarra, con lo cual deja migajas que ella aprovecha. La barracuda no tiene ningún interés en relacionarse con las caballas. Sin embargo, deja que la frecuenten, pues la forma caballa «no le dice nada», no la estimula, no le da ganas ni de atraparla ni de rehuirla. La caballa le resulta indiferente.

Ocurre que esta relación facultativa se transforma en obligación de coexistir. Los peces llamados rémoras nunca navegan por sí mismos, sino que su estrategia de navegación se adapta al depredador con el que están en contacto. Se colocan a la altura de las aletas dorsales del tiburón cazador y evitan acercarse a la boca. Pero no vacilan en nadar ante la boca de un tiburón-ballena, en la que se refugian en caso de peligro.[12] Tienen el mayor interés en no equivocarse, pero para ellos el mundo percibido está tan claramente categorizado como para nosotros, cuando evitamos acercarnos a un precipicio.

El comensalismo[13] permite ilustrar de qué modo la constitución sensorial de un organismo actúa sobre otro... y lo gobierna. El cuarto estado del organismo no es un fluido que induce al sueño, sino una biología periférica en la que la sensorialidad se estructura, actúa sobre otro y lo cautiva.

Freud ha escrito: «En tanto el hipnotizado se comporta frente al mundo exterior como alguien que duerme, y se despierta ante la persona que lo puso en ese estado, sólo puede oír y ver a esa persona».[14] Esta definición se aplica igualmente bien a la caballa fascinada por el tiburón-ballena, al bebé ávido de percibir a su madre, a adultos en plena conversación, a adolescentes enamorados y a multitudes que reverencian a un líder.

Este es el plan que me propongo seguir para sostener la idea de que la influencia es lo que caracteriza a todo organismo, cualesquiera que fuesen su forma y complejidad. Un hombre que no recibe influencias no aprendería nada de humanidad. Quedaría en el estado de promesa y no cumpliría ninguna. Ese hombre virtual existe: es el niño abandonado. Todos los organismos son porosos, incluso en el nivel biológico elemental, y el intercambio con el mundo exterior es lo que les permite vivir, desarrollarse e intentar convertirse en ellos mismos.

El hombre, a causa de su aptitud biológica para la empatía y la palabra, pertenece sin duda a la especie más influenciable, no sólo porque percibe la sensorialidad del contexto que puede cautivarlo, sino también porque, bajo el efecto de las palabras de los demás, es capaz

de ponerse en su lugar y experimentar la sensación que le provocan sus relatos.

Pero la elección de la palabra para designar este hecho ya pone de manifiesto un a priori teórico. Se habla de hipnosis animal para designar la atracción de un pez, la atonía muscular de un pajarillo «hipnotizado» por el sonido característico de sus padres, o al pequeño mamífero inmovilizado por la percepción de una forma vibrante. La palabra para designar el hecho es ya una interpretación.

Antes de la verbalización, todo organismo está naturalmente captado por una información sensorial estructurada de modo que logre monopolizar su atención. Este fenómeno es muy común en el mundo animal: la aventura se puso en marcha en 1646, con el *Experimentum mirabile-De imaginatione Gallinae*, realizado por el jesuita Athanasius Kircher.[15] Se atan las patas de una gallina, se la acuesta y ella se debate; de pronto se traza una raya de tiza ante su pico, la gallina se inmoviliza, la desatamos y ya no se mueve, fascinada por la raya blanca. La explicación de este fenómeno notable la proporcionaba el discurso social de la época, en el que la idea de dominación organizaba la sociedad: «la gallina se somete a su vencedor... porque su imaginación interpreta la raya de tiza como un lazo que la sacude de estupor».

Este experimento lo repitió en el siglo XIX, en toda Europa, en Cracovia, Jena, Leipzig y Budapest, el profesor Jan Nepomuk Czermak y su equipo, quienes hipnotizaron en forma muy científica tritones, ranas, lagartos y cangrejos. Como ocurre normalmente, esta observación dio pábulo a la cultura romántica dentro de la cual, en un mismo movimiento, se desnaturalizó y se simplificó.

De golpe este fenómeno se comercializó y los hipnotizadores de feria hacían pases sobre el cuerpo del animal pronunciando exorcismos mágicos, hasta el día en que el buen profesor se dio cuenta de que los pases y los exorcismos que presuntamente enviaban el fluido magnético sólo servían para amenizar la representación. Una simple y rápida molestia postural bastaba para inmovilizar al animal aunque estuviera despierto. Seducido por tanta simplicidad, volvió a ejercer la maniobra con numerosas series de gallinas, patos, gansos, palomas, cisnes, canarios e incluso pavos, con lo cual confirmaba a La Fontaine:

> Mientras que ningún pavo se atrevía a dormitar:
> El enemigo los mantenía con la vista fija

Sobre el mismo objeto siempre extendido [...]
[...] La excesiva atención que le prestamos al peligro
Nos lleva con frecuencia a caer en él.[16]

La Fontaine pensaba que el pavo, cautivado por la mirada del zorro, resultaba más fácil de seducir. Y la captura sensorial es todavía más simple cuando un organismo no sabe descontextualizar una información. En el caso de los invertebrados, basta con golpear en el suelo para que la vibración transmitida a distancia inmovilice en forma permanente a un escarabajo. Una simple linterna de bolsillo es suficiente para hacer callar, instantáneamente, a un grupo de gaviotas que se pelean durante la noche. También se pueden hipnotizar cocodrilos y camarones. Es preferible probar primero con un cocodrilo, ya que para hipnotizar a un camarón hay que efectuarle una torsión lateral con el riesgo de que se quiebre.

Desde fines del siglo XIX se sabe que la captación sensorial no tiene nada en común con el sueño. Después de haber hipnotizado conejos, gorriones, cobayos, ratones y ardillas, Preyer explicaba este fenómeno mediante el miedo, que le producía al animal un estado de catalepsia.

Cuando hacemos el catálogo de especies hipnotizadas y las condiciones en las que se llevó a cabo la experiencia, advertimos que aparece una constante: la coacción sensorial. Toda reverberación, dibujo, postura, presión, sonoridad o cadencia pueden servir para mediatizar la hipnosis. Salvo el olfato, que constituye un sistema sensorial diferente, porque al palpar con la nariz el animal alerta, emocionado por el olor, resulta estimulado para efectuar un movimiento de huida o de atracción. Por otra parte, el acto de resoplar es una búsqueda olfativa, mientras que los demás canales sensoriales captan la atención del animal y lo inmovilizan en una atenta vigilancia. En el hombre, el olfato está oculto bajo las otras estructuras cerebrales, lo cual no significa que no funcione. Pero su estatuto neurológico singular (las neuronas olfativas no empalman en los núcleos del tálamo) suscita sin más una emoción y un relato. La simple percepción de una molécula olfativa ya es algo que está aculturado. El SH_2, el olor del huevo podrido, no es un mal olor. Es un olor que percibimos o no, pero que resulta bueno o malo, atractivo o repugnante según el relato que de él haga la cultura: «está sucio, es asqueroso, arrójalo inmediatamen-

te», dice la madre con un gesto de asco. Hasta que la madre no haya enunciado la cualidad del olor, el niño no experimenta repugnancia por el olor a huevo podrido. Como los animales, el hombre es capaz de percibir un olor y, al igual que ellos, de construir una representación sensorial, pero la sensación que experimenta muy pronto es modelada por el discurso social que dice qué es repugnante o apetitoso y de este modo provoca representaciones verbales con los sentimientos que entran en juego.

Cuando el niño accede al mundo de las palabras, no queda olvidada ninguna sensorialidad. Basta con agregarle otra: el habla. A partir de allí la orden hipnotizadora será verbal. El simple hecho de aceptar el encuentro con el hipnotizador prepara la connivencia. Cuando este pide que se adopte la postura que le permitirá captar la conciencia del futuro hipnotizado al crear un monopolio sensorial que otorga seguridad, el candidato consiente y consolida el inductor sensorial que se le propone. Se somete voluntariamente a la coacción que lo cautiva, porque tiene deseos de experimentarla. La palabra se convierte en el objeto inductor, porque el sujeto espera la orden. Los fumadores que desean dejar de hacerlo buscan a alguien que pueda darles la orden deseada. Y en este caso la hipnosis obtiene excelentes resultados. El misterio consiste en preguntarse por qué no han podido darse la orden ellos mismos.

La hipótesis sería la siguiente: todos nacimos de otra persona y hemos tenido que aprender a vivir en ese mundo que nos propuso. En nuestra memoria está grabada una huella fundamental: otro sabe más que nosotros. Esto conduce a la idea siguiente: cuanto más capacitados estamos para la alteridad, más deseamos la sumisión. Los creyentes que ambicionan vivir en la alteridad suprema, dentro de lo perfecto no percibido de Dios, desean someterse a él. Por el contrario, quienes no acceden a la empatía propia del adulto quedan sometidos a sus pulsiones y jamás logran representarse el mundo de otro. Por eso los perversos se dejan atrapar fácilmente. Tienen tan poco sentido de lo que es un delito que dejan circular las pruebas e incluso las videocintas que han grabado y que tenían idea de observar más adelante para entretenerse otro poco. No tienen ninguna representación del sufrimiento del niño torturado, ni de la humillación de la mujer violada. Para ellos, sólo se trata de un juego o tal vez incluso de un acto de amor, hasta tal punto son prisioneros de sus propias pulsiones.

El variable desarrollo de esta aptitud para representarse el mundo de los demás puede dar lugar a dos estrategias de conocimiento. Están aquellos que quieren descubrir en cada hombre un nuevo continente mental y adoptan una actitud individualista. Y aquellos que, por el contrario, prefieren una actitud holista, piensan que sólo hay una manera de ser humano y una sola teoría para representarla. Los individualistas, intrigados por la diferencia entre los hombres, se divierten con las diversas teorías que podrían explicarla. Se los acusa de necedad intelectual. Mientras que los holistas, más rigurosos, consagran sus esfuerzos a reforzar una teoría cada vez más coherente y cada vez más difícil de refutar, aun cuando termine por no adecuarse a la realidad. Los individualistas, que exploran teorías y situaciones humanas, son difíciles de seguir porque resultan imprevisibles. Mientras que los holistas, que sostienen estrictamente una sola concepción del mundo, se vuelven inconmovibles y perfectamente previsibles.

La etología propone una teoría de los seres vivos que exige la empatía no sólo entre los hombres, para poder imaginar el mundo de los demás, sino también entre especies. Después de haber descrito las diferencias, es necesario encontrar un programa común. Pero la idea que unifica el mundo mental de seres diferentes es la constitución progresiva de la alteridad. Entre la catalepsia animal, tan fácil de observar, y el síndrome de influencia en los humanos, en un grupo o en una multitud, no existe ni oposición ni diferencia de naturaleza; existe una gradación y complejización de la manera de estar juntos. El animal percibe un estímulo que le provoca una emoción que lo lleva a la catalepsia. El hombre también experimenta ese tipo de percepción, pero sus emociones se suscitan mucho más profundamente cuando se representa la representación de otro y la experimenta con mucha mayor intensidad que si la percibiera.

Paradójicamente, lo que permite la transmisión de pensamiento y la interacción de mundos mentales es una mediatización material, puesto que se trata de la transmisión de una representación con las inevitables distorsiones que se suscitan en cada etapa de la comunicación. Lo que hipnotiza a un animal y lo seduce es una percepción del tipo de una molécula de feromona en el caso de una mariposa, o una vibración si se trata de un escarabajo. Cuando el cerebro de un mono llega a un punto de complejización que le permite asociar informaciones diferentes para crear una representación sensorial, en-

tonces puede experimentar una emoción desencadenada por la simple evocación de una imagen. Cuando se registra el grito de angustia de un bebé macaco y luego se lo hace escuchar a un grupo de monos que duermen la siesta, la madre se sobresalta y mira en dirección al magnetófono, mientras que las otras hembras presentes también se sobresaltan pero miran a la madre del bebé. La conducta de alerta de las hembras responde a una estructura de afinidad sensorial, mediatizada por una información auditiva.[17]

El mundo sensorial de las pequeñas gaviotas también está estructurado por la expresión de los progenitores y no por la percepción directa del peligro. Cuando nace, la cría no sabe qué es peligroso. La percepción de la emoción de sus progenitores le permitirá aprender a atribuir una sensación de peligrosidad a determinado objeto. Esto implica que la cría, para desarrollarse satisfactoriamente, debe apegarse a otro que le presentará el mundo en el que le tocará vivir. Cuando algún accidente altera a los progenitores, esta situación estropea el desarrollo de los vástagos que viven entonces en un mundo mal estructurado por la emoción de los adultos. Las crías perciben todos los objetos del mundo de una gaviota (guijarros, acantilados, corrientes de aire, hombres depredadores) porque sus órganos sensoriales están sanos. Pero, cuando dejan de percibir la emoción de los progenitores ya no impregnan sus objetos con una connotación afectiva proveniente de las generaciones anteriores. No adquieren el código emocional que les permite categorizar su mundo en objetos peligrosos, tranquilizadores, atractivos o repulsivos, para comer o para evitar... Al perder de este modo el código de acción sobre su mundo, se enloquecen, corren en todas direcciones, se lastiman o se dejan atrapar. A la huella sensorial que les ha dejado una marca a partir del nacimiento, se agrega el aprendizaje emocional transmitido por los progenitores.

Cuando las aptitudes cerebrales permiten procesar informaciones cada vez más alejadas, como en el caso de los monos, se perfecciona aún más el objeto sensorial, percibido en lugar del peligro. Lo que constituye un estímulo para el simio provoca su huida o su atracción, su temor o su sensación de seguridad; lo que lo atrae o lo asusta no es sólo la percepción inmediata del objeto sino, cada vez más, la percepción mediata de un objeto sensorial que remite a otro objeto no percibido.

En el ámbito de los primates no humanos, este proceso de mediatización del mundo está estructurado por las voces que señalan objetos diferentes, por posturas, gestos y ademanes que expresan emociones diversas y por ciertos libretos conductuales. Las genealogías de los dominadores, las dinastías de hembras, las castas de guerreros, se explican tanto por las presiones del contexto, que actualizan una promesa genética, como por la transmisión de emociones a través de las generaciones.

Los acontecimientos experimentados en el transcurso del desarrollo del individuo crean aptitudes de reacción que se manifiestan como respuesta a un estímulo del contexto. La experiencia anterior es la que determina la reacción actual.

Se hace muy difícil razonar en términos de estímulo-respuesta cuando los animales nos incitan a pensar que un hecho presente provoca una respuesta porque el individuo ha experimentado otro acontecimiento formador en el curso de su pasado. Esto equivale a decir que ya existe un para sí en las ratas, lo que descalifica a quienes dicen: «Todo esto es el pasado... de nada sirve hurgar... sólo hace daño...».

El experimento que permite debilitar esta actitud intelectual se ha llevado a cabo en ratas.[18] Una población de ratones gestados por madres no estresadas se han adaptado desde los primeros días de vida. Para esto, fue suficiente con colocarlos, durante pocos minutos por día, en una caja de exploración en presencia de un objeto familiar. Durante toda su vida, esos ratones habrán de manifestar conductas exploratorias y una baja emotividad (no mucha inmovilidad a causa del temor, pocos temblores, pocos sobresaltos y no muchas diarreas emocionales).

A otro grupo de ratones de la misma camada se lo puso en condiciones de aislamiento muy temprano, desde los dos a los quince días. Durante toda su vida, en presencia de un objeto o una situación nuevos, esos ratones manifiestan comportamientos exploratorios débiles e intensos índices de emotividad.

Animales con la misma dotación genética expresan actitudes exploratorias y reacciones conductuales diferentes porque el ambiente en el que se desarrollaron tempranamente ha grabado en ellos aptitudes emocionales diferentes. Los ratones estabilizados por la adquisición de familiaridad serán mucho más difíciles de asustar,

mientras que los que padecieron aislamiento temprano manifestarán más adelante sobresaltos emocionales, diarreas emotivas, convulsiones desencadenadas por el menor ruido y un gran temor a la socialización.

Por todas estas razones, que combinan la dotación genética, la formación epigenética y el encuentro con un objeto privilegiado, la hipnosis se observa corrientemente en el medio ambiente natural. Podemos considerar que las variaciones de un organismo crean sensibilidades variables a los estímulos del medio. Un gato, embotado por la comodidad humana, se levanta de vez en cuando y sale en busca de algún estímulo. Todo aquello que rueda, brinca o se mueve desencadena entonces en él un juego de ataque: una tela que flota, un tapón que rueda, bastan para iniciar la «pelea». Mientras que los mismos estímulos cuando ha vuelto de cazar no provocarán ninguna respuesta emocional.

Estos diversos grados de fascinación se hacen particularmente evidentes en el momento del despliegue sexual. Cuando los patos se aparean y se relacionan sin emoción alguna, pueden resolver muy fácilmente los problemas de una vida de pato. Pero cuando están motivados para la sexualidad por una hormona sexual, se vuelven hipersensibles ante la menor percepción de forma y de color. Cuando están seducidos por esta información que se ha vuelto demasiado estimulante, no perciben ninguna otra cosa. Se dejan atrapar por un perro o atropellar por un automóvil porque, en su mundo sobremotivado, sólo perciben el cuello de la hembra o el color de la disposición de sus plumas.

Este tipo de monopolios sensoriales explican la anestesia de las gaviotas hipnotizadas a las que se puede pinchar sin que se muevan, o la insensibilidad de las patas que, sin protestar, se dejan desplumar el cuello por machos ardientemente motivados, o bien el asombro de un *rugbier* que descubre bajo la ducha los hematomas que no había percibido en el fragor de la contienda.

En el caso del hombre, la representación aventaja a la percepción. Esta idea puede ejemplificarse con un accidente doméstico. Un hombre, por la noche, siente deseos de beber vino de una botella; se equivoca y toma en su lugar una botella de sosa cáustica. Le hacen falta varios tragos antes de darse cuenta del error. La idea del vino ha encubierto la percepción corrosiva del líquido. El sometimiento a las re-

presentaciones de un mundo humano explica por qué se relativizan esas percepciones. Este accidente, que no es raro, explica que las botellas hoy en día se presenten en forma muy diferente. Y permite comprender también por qué la hipnosis animal no es lo mismo que la hipnosis humana, aun cuando exista un programa común.

En el caso del animal, la fascinación sensorial comprime el campo de sus percepciones. Todos los otros canales de comunicación se dejan de lado, no son estimulados, en la medida en que su umbral de estimulación se ha elevado tanto en virtud de la captación de un solo sentido. En el hombre, esta fascinación puede lograrse mediante una orden que apela a la sensorialidad: «Míreme fijo, concéntrese en este reflejo». A veces la captación es espontánea: fascinación ante un incendio o el horror que produce un accidente de tránsito. Pero, puesto que se registra la existencia de un mundo psicológico, las emociones más fascinantes son provocadas por representaciones verbales, teatrales o artísticas.

La atracción del campo de conciencia que provocan las palabras explica por qué en el hombre el habla posee un poder hipnótico superior a los estímulos sensoriales. A un hombre se lo atrapa con palabras. Si queremos inmovilizar a una gaviotita, hay que dar una voz de alerta como lo harían sus progenitores. Pero si queremos inmovilizar a un hombre, basta con tenerlo en vilo mediante relatos seductores u órdenes atemorizantes. La captación es fácil cuando se la desea. La hipnosis no es un fenómeno extraño. Por el contrario, se trata de un intercambio necesario y corriente entre un organismo y algunos elementos de su ambiente a los cuales está sensibilizado y que desea ávidamente.

En los rumiantes, lo que los inmoviliza y captura es retorcerles la nariz. Por este medio, una campesina de 50 kg domina a un buey de 300. Las leonas han descubierto el mismo recurso. La cazadora más rápida hinca los colmillos y las garras en el cuarto trasero de la cebra, que se debate hasta que otra leona le retuerce la nariz. Entonces se inmoviliza y se deja comer viva, pataleando apenas.

Todos los organismos son porosos. Sólo los muertos están cerrados y no intercambian nada con el ambiente. Por eso los animales o los hombres aislados terminan por percibir su propio cuerpo como un objeto exterior. Las situaciones de privación sensorial revelan hasta qué punto todo ser vivo aislado busca desesperadamente algún

estímulo. Se balancea sobre las patas, pasa la mano delante de sus ojos, olfatea constantemente su propio olor, emite sonidos estereotipados o deambula sin cesar, para crearse una sensación de vida. Esta avidez explica por qué cualquier información sensorial que pase en ese momento por su desierto mental puede cautivarlo para su mayor felicidad. Puesto que permite colmar su mundo, la sensación de estar poseído engendra un sentimiento de existencia.

La palabra «sentimiento» es la adecuada, porque se trata de una emoción provocada por una representación. En el animal es sensorial y en el hombre se completa mediante la verbalización. Esto no quiere decir que los animales no sean sensibles a nuestras palabras. Todo lo contrario. Algunos animales salvajes quedan desconcertados y confundidos con nuestras palabras, que son objetos sensoriales extraños frente a los cuales no poseen una conducta adaptada. Parece que hay que hablarles a los elefantes y a los tigres cuando nos atacan, pero no sé qué podríamos decirles.

Los animales domésticos veneran nuestras palabras e inmediatamente responden con su comportamiento. Los gatos no maúllan mucho entre ellos y no ronronean. En cambio, lo hacen para dirigirse a los hombres pues han comprendido que, entre nosotros, la articulación sonora es un canal de comunicación privilegiado. Los perros responden a las órdenes verbales en las cuales perciben la sonoridad y la musicalidad como un objeto sensorial al que saben cómo adaptar sus posturas: «SENTADO... ACOSTADO... VE A BUSCAR...».

Este puente sensorial tal vez ha desempeñado incluso un papel en la domesticación. Esos animales, fascinados por nuestras formas, olores, colores y sonoridades, han dejado que nos aproximáramos, como en estado de hipnosis, hasta tal punto nuestro mundo los cautivaba. Esto no es lo que ocurre con la mayoría de las especies vivas, cuya existencia misma ignoramos, pues han sabido evitarnos en gran medida.

Algunas especies son más susceptibles que otras a la hipnosis, porque están ávidas de nuestras características sensoriales. Hay hombres más hipnotizables que otros, pues les agrada la impresión que les hacemos, con palabras, formas y la idea que se hacen de nosotros. Tal vez esto permita definir la hipnosis teatral, ya que los actores están capacitados para cautivar los sentidos y la conciencia de los demás.

El miedo y la angustia, o la felicidad de estar poseído

El hipnotizado experimenta una fascinación que lo posee, con toda la ambivalencia que contiene esta palabra, porque estar sometido a la fascinación o estar poseído designan tanto el abandono amoroso como la estafa afectiva.

La fascinación seductora no brota de golpe, con sólo chasquear los dedos, como en un cabaret. Aun cuando el sujeto se despierta y vuelve a manifestar sensibilidad ante otras impresiones diferentes de las que provienen del hipnotizador, sigue impregnado por lo que acaba de experimentar. La gallina que despierta del hechizo se agita, sacude las plumas y se asea antes de retomar su vida de gallina. El perro, fascinado por el hombre que acaba de hablarle, se aleja de mala gana de quien lo ha embrujado. Y el hombre, liberado de la atracción por el hechicero, conserva el recuerdo de aquello que lo ha seducido.

La función del embrujo consiste en disolvernos,[19] hacernos experimentar la delicia de estar juntos, fusionados, en el mundo de otro, con lo cual se crea la sensación de existencia, de plenitud, como ocurre en el amor. Para comprender esta idea, basta pensar por contraste con la sensación de inexistencia que crea el aislamiento sensorial que obliga al individuo a considerar su propio cuerpo como un objeto del mundo exterior que le provocará una sensación de vida al entrar en contacto con él. Los prisioneros que deambulan meditando sobre negros pensamientos, o los incomunicados que hablan en voz alta para oír a alguien crean una sensación de este tipo, sustitutiva de la existencia.

Para que la gaviotita se confunda con el color de los peñascos, fue necesario que anteriormente percibiera la voz de otro para entrar en estado de catalepsia. Tal vez experimentará luego una sensación de bienestar simplemente cuando ve a aquel que le proporcionó protección. Esto permite explicar el extraño placer que se experimenta al estar protegido, al sentirse pequeño cuando se descubre que otros, más fuertes, nos cuidan. En la vida de las gaviotas, los acontecimientos les permiten categorizar perfectamente el mundo en objetos malos, de los que hay que apartarse, y objetos protectores a los que se apegan. Mediante esas categorías emocionales prosigue y mejora el proceso de apego que, a partir del nivel biológico, había comenzado a realizar ese trabajo de contraste. El proceso de apego a quien nos

protege abre la percepción del mundo al agregarle una carga emocional: el bienestar proviene de otro. En un mundo privado de objetos de apego, toda información da como resultado el miedo e impide la acción coordinada. La simple percepción de un familiar protector crea una categoría sentimental que proporciona una modalidad para usar el mundo: este es un objeto que hay que evitar y con este objeto hay que entrar en contacto.

Ya en el caso de las gaviotas, el miedo y el apego funcionan juntos, como un par de opuestos. El beneficio adaptativo de este proceso consiste en que la fusión de la cría con los guijarros del ambiente provoca la confusión en las percepciones del depredador. Fusionarse con el medio, en la masa o en brazos de otro provoca un efecto tranquilizador en el sujeto asustado y un valor de supervivencia para la especie. Este comportamiento es la regla en el mundo viviente: los camaleones son los campeones del proceso de fusión-confusión protectora, pero también lo hacen los insectos santateresa, los cervatillos que se acuestan cuando la madre se aleja y, por último, todo ser vivo que se confunde con su contexto y que, al desindividualizarse, deja de atraer el anatema. Los peces han comprendido muy bien este proceso ya que entran en pánico cuando dejan el banco y se calman cuando vuelven a él. Y tienen muchísima razón, porque los depredadores atacan menos a los grupos que a los individuos. En un gallinero, los zorros matan a toda gallina que se mueve pero desisten de atacar a las ponedoras inmóviles. El alcaraván, asustado, se confunde con las cañas cuando el miedo lo obliga a levantar el pico y seguir los movimientos del viento.[20] El torero atropellado, inmovilizado por el temor, se convierte en algo que no resulta estimulante para el toro, que en ese caso deja de lado la agresión.

El mundo viviente conoce la máxima: «para vivir felices, vivamos ocultos». Toda forma que se destaca del magma terrestre, atrae la execración. Todo individuo que sobresale de la masa viva estimula a los depredadores. Toda idea que se aparta del ronroneo intelectual suscita la cólera de la imprecación. Pero, cuando todos los individuos se protegen y se ponen en su lugar, la especie entera se adapta y deja de evolucionar. A la inversa, cuando un individuo intenta explorar nuevas formas de vivir, asume un riesgo individual que puede facilitar la evolución del grupo. Todo creador se aparta de la norma. Toda innovación es anormal.

Podríamos modificar la máxima y decir: «para vivir felices, vivamos sometidos», con la condición de confundir felicidad con bienestar. La sensación de seguridad afectiva impregnada en un animal a causa del apego que lo hace vivir en el mundo compuesto por otro quedaría muy bien ilustrada mediante la experiencia de la hipnosis de corderos: un grupo de corderillos es criado por sus madres, mientras que otro es confiado al cuidado de «madrastras». Estos se desarrollan adecuadamente en contacto con las madres sustitutas, pero entablan con ellas una relación de apego menos profunda. Es necesario embadurnar a los corderillos con el líquido amniótico de las madres adoptivas para que se sientan aceptados, como verdaderos hijitos. Las interacciones educativas son suficientes para el desarrollo de los adoptados, pero se producen menor cantidad de contactos afectivos, mayor frecuencia de alejamientos y el auxilio de las madres no llega con tanta rapidez.

Al llegar a la edad adulta, el grupo criado por las verdaderas madres es más susceptible a la hipnosis que los corderos a cargo de madrastras.[21] La reacción que se producirá es menos rápida en el caso de los adoptados, que responden a las voces después de un período de latencia y no se integran muy bien en el grupo.

Esta observación experimental permite comprender que la integración de los individuos que facilita la armonía grupal depende de su aptitud para el sometimiento, adquirida en el transcurso de la infancia.

La falta de integración de los individuos desorganiza el funcionamiento del grupo. Pero si la integración es demasiado buena, se constituye un grupo estereotipado. ¿Podría ser que una integración imperfecta fuera perfecta? Al darles lugar a los individuos mal adaptados, rebeldes y, por lo tanto, capaces de provocar algunos cambios, se constituye una reserva de potenciales evolutivos. Esto supone un conflicto provechoso entre el grupo que desea la estabilidad y los rebeldes que tienen necesidad de cambios. Si bien es cierto que cambio no quiere decir progreso, ni siquiera adaptación. La destrucción del grupo también es un cambio, a veces atribuible a una innovación.

Los sumisos, felices y tranquilos en un grupo sin innovaciones, se oponen a los rebeldes desdichados y ansiosos en un grupo que experimenta cambios. Los sumisos están angustiados a causa de los rebeldes que perturban su equilibrio aparentemente rutinario al plantear-

les problemas que no quieren enfrentar. Mientras que los rebeldes están angustiados a causa de los sumisos que los obligan a permanecer siempre impasibles.

El conflicto se convierte en una fuerza beneficiosa que permite a los individuos adaptar el grupo al ambiente, y evitar los males extremos de la desintegración a la que llevarían los rebeldes o de la pétrea inmovilidad de los sumisos.

¡La angustia se convierte entonces en un motor de la evolución!

Este razonamiento se aplica igualmente bien a los animales y a los hombres, aunque viven en mundos diferentes. Pero están vivos. El programa común de la vida adopta progresivamente formas diferenciadas bajo el efecto de la constitución de las especies. Este proceso supone un pensamiento, a la vez común y diferenciador. Común, porque todos los seres vivos categorizan su fascinación con un par de opuestos, el terror y el amor que provocan ambos el hechizo; quedan completamente capturados por el otro que los aterra o los fascina. Diferenciador, porque los animales viven más bien en el mundo del miedo percibido que los impulsa a refugiarse en el bienestar que proporciona seguridad, mientras que los humanos viven más bien en el mundo de la angustia no percibida que los impulsa a inventar representaciones tranquilizadoras.

Cuando se comparan las especies sobre la base de la pregunta por el miedo y la angustia, aparece gradualmente una respuesta. El miedo es una emoción básica propia de todo ser vivo, incluso muy simple. Para todo organismo, existe en el mundo percibido, denominado real, un objeto preciso cuyo calibre o gálibo desencadena una emoción de temor. El gálibo, término marino, permite decir que existe en la realidad una forma que encaja de modo tan perfecto con lo que está en nosotros que puede, sin ningún tipo de aprendizaje, desencadenar una emoción de miedo o de placer. El gálibo sensorial, modelo que permite reproducir piezas idénticas, a partir de que se lo percibe provoca una modificación fisiológica que produce la respuesta conductual adaptada, siempre la misma.[23]

El determinismo del miedo, que funciona como una llave en la cerradura, no impide la lenta adquisición del temor que requiere una memoria de acontecimientos grabados en el organismo. Entonces el ser vivo puede atribuir a lo que percibe una sensación de temor, que es algo intermedio entre el miedo y la angustia. La palabra, al crear

un mundo no percibido, agrega al susto natural y al temor grabado en la memoria la angustia provocada por la representación de algo no percibido.

Gracias a la complejidad de su sistema nervioso que le permite representarse percepciones que no existen, gracias a la lentitud de su desarrollo que prolonga la posibilidad de los aprendizajes, y gracias al mundo de los relatos, el hombre pertenece a la especie más dotada para conocer el susto, el alerta, el temor, la inquietud, la angustia, la cobardía, el pavor, el horror, el espanto, el pánico y el terror... todo ese vocabulario infinito que revela hasta qué punto vivimos en medio de ese problema.[24]

Cuando los sistemas nerviosos son muy simples, la angustia no puede existir porque la información que asusta se sitúa en un contexto perceptible. Observamos fácilmente el alerta sensorial en organismos sin cerebro, como en el caso de las babosas de mar, en las que un simple cruzamiento de veinte mil neuronas rige los movimientos del cuerpo. En el caso de los arácnidos, en los que un ganglio cerebral basta para resolver los problemas, en los insectos, en los que cada parte del cuerpo está regido por su propio ganglio, el objeto sensorial que desencadena la estupefacción del medio es un patrón o gálibo muy simple: un toque en la tela o una vibración en el piso.

Cuando el cerebro se complejiza, ya no es necesario aprender los patrones para desencadenar el miedo. Se puede aislar a un polluelo desde su nacimiento para impedirle ver los modelos que le hubieran permitido aprender lo que da miedo. Es suficiente pasar una sombra sobre su cabeza, producida por un cartón, para provocarle inmediatamente una crisis cataléptica o una huida desatinada.

El agua es un gálibo sensorial que aleja a los gatos. Los monos que jamás han visto serpientes que emiten gritos de pavor, huyen despavoridos o la atacan con un garrote, aun cuando se trate de un juguete de madera articulada. Y el fuego desorganiza la conducta de todos los animales que nunca han tenido la oportunidad de experimentar la quemadura para aprender a evitarla.

La premisa sensorial del miedo funciona sin aprendizaje, como un encuentro que pone en marcha una emoción y la conducta correspondiente.

No es el mismo caso del temor, que se graba en un organismo en el transcurso de su desarrollo. Muy tempranamente en el mundo vivien-

te, la percepción de algunos objetos puede cargarse con una emoción de miedo o de atracción que depende de las condiciones del desarrollo. Las ratas de alcantarilla tienen miedo de las aves depredadoras porque los adultos emiten feromonas de alerta apenas las perciben. Y, sin embargo, las ratas suecas atacan y se comen a las aves, mientras que las alemanas continúan temiéndolas.[25] Las ratas de albañal alemanas poseen la misma dotación genética que las suecas, pero podemos conjeturar que hace varios siglos alguna rata marginal se comió un ave, con lo cual les mostró a sus congéneres que esto era posible.

Los macacos japoneses se acercan al fuego porque han visto que los hombres aprovechan su calor, mientras que los macacos indios continúan teniendo miedo de hacerlo.

Los escarabajos y los polluelos están sometidos al patrón que les desencadena el miedo, ocurra esto o no. En tanto que las ratas de alcantarilla y los macacos pueden atribuir a la percepción de un mismo objeto un sentimiento de temor o de placer. El contexto es el que, en el transcurso del desarrollo de un individuo o de uno de sus antepasados, deja grabada en la memoria una emoción diferente ante el mismo objeto percibido.

El fenómeno del *imprinting* permite manipular experimentalmente esta observación natural:[26] los polluelos, a partir de su nacimiento, quedan aislados en cajas separadas. Cada hora, se coloca a uno de ellos en un corredor en el que circula un señuelo de celuloide. Se ha podido verificar que, desde la hora cero a la decimotercera, casi ningún polluelo sigue al señuelo, mientras que, desde la decimotercera a la decimoséptima, el 80% se apegan a él, cualesquiera que sean la velocidad y la dirección que siga. A partir de la decimoséptima hora, la conducta de seguimiento se hace aleatoria. Esto permite entender que, entre la decimotercera y la decimoséptima hora, todo polluelo puede apegarse a cualquier objeto que pase por su campo visual. Este período sensible está determinado por un pico de síntesis de la acetilcolinesterasa, punto de referencia enzimático de la memoria biológica.[27]

Ahora bien, una vez producido el imprinting, el mundo percibido del animal está categorizado: por una parte, en mundo familiar en el que todo objeto suscita un sentimiento de seguridad que permite proseguir el desarrollo; por otra parte, en mundo extraño en el que

todo objeto desencadena reacciones de alerta. En el mundo extraño, el animal desorganiza sus conductas de supervivencia, no duerme, no come, padece trastornos esfinterianos y ya no aprende nada. En un mundo no familiar, no grabado en su memoria, toda información es un motivo de alerta y desorganiza sus conductas de tal manera que cualquier accidente se hace previsible.

La patología de la conducta manipulada de este modo por un objeto externo (sin tocar jamás al animal), permite postular la idea de que un trastorno puede instalarse, por una parte, en el desarrollo del organismo y convertirlo en «malformado» y, por otra, en una relación con un mundo inadecuado en el cual un organismo sano sufre porque no funciona en el ambiente que le conviene.

En condiciones naturales o experimentales, no es raro observar una patología como el imprinting aberrante, cuando el animal ya adulto corteja a su cuidador al que se ha apegado, al mismo tiempo que deja de lado a la hembra que tiene al lado, susceptible a sus requerimientos. La ontogénesis participa en la intensidad del imprinting: si se produce un aislamiento sensorial, antes del período sensible, se refuerza su intensidad hasta el punto de provocar un sobreapego ansioso. En tanto que un exceso de estimulación, antes del período sensible, lo suprime hasta el punto de que el animal, mal impregnado, se apega a cualquier objeto, con lo cual disminuye el apego protector de su madre. Un mono que haya permanecido aislado durante su período sensible del cuarto al séptimo mes pasará toda la vida inundado por sus emociones. Se socializará mal y experimentará toda información como una agresión aterradora.[28]

Un individuo con mal imprinting vive en un mundo incoherente en el cual todo lo agrede, mientras que un individuo con uno adecuado vive en un mundo categorizado mediante un par de sentimientos opuestos: los objetos tranquilizadores que lo atraen funcionan en asociación con los objetos inquietantes que le producen rechazo. Entonces el animal posee una percepción emocional clara de los objetos y un código de acción evidente sobre el mundo.

No es raro que un individuo sano esté alterado a causa de un trastorno en su relación con el mundo. Esto puede observarse fácilmente al recorrer un zoológico, donde se ven animales que se han cazado sanos, con toda probabilidad bien desarrollados en su medio natural, y que se han enfermado en la situación de cautiverio. Las limitacio-

nes espaciales, el transporte ilógico y la desocialización los llevan a producir estereotipos conductuales, hasta el punto de deteriorarse la almohadilla de las patas, lastimarse el hocico contra las barras o padecer enfermedades relacionadas con el estrés (úlcera, diabetes, hipertensión, dermatitis).

Existe una situación experimental que permite verificar la idea de que un ser vivo sólo puede desarrollarse en un medio con el cual se ha familiarizado durante su infancia: un polluelo dentro de una jaula en la que se han incluido sus objetos de apego, un cubo o una bola de acero, se desarrolla bien y lleva una vida corriente para su especie. Basta quitarle esos objetos para provocar de inmediato graves trastornos. El polluelo corre en todas direcciones, se lastima, deja de dormir, de comer, de beber, padece diarreas emocionales y ya no puede aprender nada. Basta con devolverle los objetos para que se calme al instante y retome los aprendizajes, como si el polluelo pensara: «Tengo mis puntos de referencia alrededor. Sé que puedo picotear alrededor de esta bola, explorar a distancia de este cubo o, en caso de alerta, acurrucarme en la cavidad que se forma entre mis dos indicios». El mundo sensorial percibido sólo es coherente para el polluelo porque tiene una información grabada en la memoria: lo percibido comienza a impregnarse de lo no percibido cuando lo percibido actual se impregna de lo percibido pasado.

En la medida en que vivimos en el mundo de lo percibido, la captación sensorial que monopoliza las acciones que realizamos crea emociones gobernables, puesto que uno se inmoviliza cuando es un escarabajo y corre tras una hembra para pellizcarle el cuello cuando se trata de un pato motivado. De alguna manera, sabemos qué hacer. La acción provee una solución, una conducta para realizar que permite calmar la emoción.

Esto no es lo que ocurre cuando uno es un hombre y las palabras nos empujan al mundo de lo no percibido. El objeto de imprinting, que al comienzo ha sido un olor, un rostro, un sonido vocalizado o una situación, hacia el tercer año se convierte en una serie verbal que nos marca para siempre. Al decir: «Este es tu tío» las madres graban en el niño una representación de parentesco. «Eres mi pequeña porquería, mi adorada piedrita», dicen las madres de indios intocables,[29] que de este modo inculcan en el niño una identidad cultural y una autorrepresentación que él acepta.

La ontogénesis no es la historia

Esta segunda naturaleza del hombre nos lleva a distinguir la ontogénesis y la historicidad.

En la ontogénesis de la angustia humana, algunos acontecimientos ocurridos en el transcurso del desarrollo del pequeñito pueden dejar huellas emocionales que jamás serán representadas. Mientras que, desde el tercer año, mediante una palabra, un gesto o cualquier otra cosa, puesto que alcanza con ponerse de acuerdo para formar un signo, la historicidad cambia el tratamiento de las emociones y permite que aparezcan recuerdos que construyen el relato sobre uno mismo, su familia y su cultura.

La epigénesis comienza mucho antes del nacimiento, tan pronto como un embrión se desarrolla y en cada etapa de su construcción intervienen un arquitecto y materiales diferentes.

Durante las últimas semanas de vida acuática, el feto se sobresalta ante ruidos intensos cuyas bajas frecuencias son fácilmente transmitidas por el cuerpo de la madre que sólo filtra las altas frecuencias. Los índices biofísicos, los registros habituales efectuados mediante monitoreo y ecografías, muestran que, cuando la madre habla, las bajas frecuencias de su voz, transmitidas por el líquido amniótico, vibran contra la boca y las manos del bebé. Esta estimulación táctil provoca una aceleración del corazón y una respuesta motriz exploratoria. El pequeño aferra todo lo que flota (cordón o pulgar) y lo succiona, con lo cual paladea por día de cuatro a cinco litros de líquido amniótico de la madre.[30]

Algunos ecografistas han podido describir catorce ítems (breves secuencias conductuales: girar la cabeza, parpadear, levantar un brazo, cambiar de postura...) para elaborar perfiles conductuales intrauterinos,[31] como respuesta a un estímulo endógeno o a una percepción externa mediatizada por el cuerpo de la madre. El estrés materno provoca instantáneamente una respuesta conductual del feto, como el hipo, la aceleración cardíaca o una breve agitación.[32] Es muy importante precisar que en este estadio del desarrollo del sistema nervioso, la memoria biológica no supera unos cuantos minutos, aunque el bebé se calma más rápido que su madre.

En forma esquemática, podemos distinguir al final del embarazo y desde los primeros días de vida, dos temperamentos muy diferen-

tes, los «salidores» y los «hogareños» intrauterinos. Los primeros se sobresaltan ante el menor ruido, se agitan, cambian de postura y no dejan pasar ninguna ocasión de explorar su mundo intrauterino. Por el contrario, los hogareños no se sobresaltan a menudo, giran lentamente y exploran su hábitat con la punta de los dedos.

El día del nacimiento, estos pequeños temperamentos caen bajo la mirada de alguien que los percibe y los interpreta según su propia historia. Este enunciado requiere dos precisiones: la palabra «temperamento» correría el riesgo de convertirse en una variante de lo innato, si no precisáramos que el impulso genético, apenas esbozado, experimenta las presiones configuradoras del medio ambiente. Cuando llega al mundo, el recién nacido ha recorrido una buena parte de su ontogénesis, porque, de las 47 divisiones celulares programadas por la fusión de gametos, 40 ya se produjeron dentro del útero. Y en cuanto a la palabra «interpreta», la empleamos en el sentido musical del término y no psicoanalítico.

Numerosas observaciones permiten defender esta postura. Mary Ainsworth, una de las pioneras de la etología clínica,[33] simplemente se ocupó de cronometrar la duración del llanto de los recién nacidos. Esta autora había comprobado que, desde el primer día, algunos bebés lloran tres minutos por hora y otros, veinte minutos. Al repetir estas mediciones a intervalos regulares, logró trazar curvas de llanto que, para todos los bebés, caían en el segundo trimestre y volvían a subir a partir del octavo mes, como si un programa de llanto se desenvolviera en forma independiente del medio. Más tarde, introdujo una variable importante: la ayuda temprana, intervalo de tiempo entre la emisión del llanto y el momento en que la madre le toma la mano. La introducción de esta variable mostraba que los bebés que no aumentan tanto su llanto durante el tercer trimestre son aquellos que han sido auxiliados más rápidamente por medio de interacciones precoces.

Este experimento plantea importantes problemas de fondo: desde los primeros días, todo recién nacido expresa un repertorio de llantos que caracteriza su presentación como persona (la voz suena a través de él). El auxilio materno depende de su emotividad, de su propia personalidad, de lo que ella piensa que una madre debe hacer cuando el bebé llora, y de lo que dice su cultura acerca del llanto de los bebés.

La emotividad es un determinante inestable del apoyo. La madre puede acudir en auxilio del bebé rápidamente cuando experimenta el placer de tomarlo en sus brazos, si es una persona feliz y accesible. Por el contrario, tal vez no lo proteja cuando, a causa de una mala relación con el marido o agobiada por sus condiciones laborales, el llanto de su bebé la exaspera.

El auxilio incluye con la mayor frecuencia un determinante histórico arraigado en la infancia de la madre cuando se prometió «dedicarse a su hijito porque ella había sido abandonada y no quiere que a él le ocurra lo mismo» o, por el contrario, cuando decide no responder porque «no quiere convertirlo en un tirano doméstico».

También su cultura le dice lo que hay que hacer: por eso una madre bosquimana tarda de cinco a diez segundos en tomarle la mano a su bebé después del primer llanto, mientras que a una madre occidental le lleva de cinco a treinta minutos dar una respuesta.[34] Este determinante cultural explica las enormes variaciones del auxilio. No hace mucho, en Francia, gran cantidad de médicos afirmaban que había que dejar llorar a los bebés para que no se volvieran caprichosos. Esta guía de conducta tenía su origen en un prejuicio y no en una reflexión clínica o experimental.

Todos estos determinantes se combinan para crear alrededor del recién nacido la inmersión sensorial que regirá el modo en que proseguirá su desarrollo. En términos generales, sabemos hoy que la ausencia de apoyo crea una carencia sensorial que provoca agitación ansiosa. Pero también entendemos que un auxilio sistemáticamente rápido impide al bebé inventar el objeto de transición, el osito de peluche o el paño simbólico que le permite convertirse en actor de su desarrollo.

Tampoco hay que olvidar que una causa difícilmente puede acarrear, por sí sola, un efecto perdurable. Lo que configura el desarrollo es una combinación de determinantes. Un bebé con temperamento llorón con una madre cuya historia le ha provocado el deseo de consagrarse a su hijo, no tendrá necesidad de inventar el objeto transicional, porque todo el tiempo tendrá a la madre a su lado. Mientras que un bebé tranquilo con una madre activa se las arreglará muy bien con su osito.

En realidad, puesto que la memoria biológica se expande con el desarrollo del sistema nervioso, es difícil sostener que una interac-

ción precoz provoca un efecto perdurable, salvo que ocasione un importante deterioro neurológico. Es más adecuado pensar que los efectos persisten si se mantiene la causa de la alteración, o si instituye un ambiente que perturba el desarrollo. Las creencias individuales, familiares y, sobre todo, culturales, construyen alrededor del niño verdaderos tutores del desarrollo que rigen su destino.

El ejemplo histórico más clásico es el de los bastardos, esos niños nacidos fuera del matrimonio a quienes se los denominaba de esta manera porque se pensaba que las circunstancias de su concepción los convertían en camorreros. En realidad, el propio prejuicio provocaba la conducta que predecía. Los adultos, mediante sus actitudes y sus palabras, los impulsaban a la riña, sin contar con que construían instituciones para enseñarles a batirse con el fin de orientarlos hacia las profesiones bélicas. Por lo tanto, se podía observar en la realidad que esos bastardos estaban bien denominados, porque no cesaban de batirse. Nadie pensaba que la mirada de los adultos era la que había modelado la conducta camorrera de esos hijos del pecado.

Con todo, su situación legal era mejor que la de los niños adulterinos, producto de incestos o hijos de clérigos. Pero padecían tales discriminaciones que se los confinaba al margen de la sociedad. Hasta el siglo XIX, no se tocaban las campanas para anunciar su nacimiento o bautismo, no entraban en las iglesias y debían permanecer en la sacristía.[35]

La sensación de ser uno mismo o vivencia de sí queda impregnada en el niño mediante el discurso social: «Los bastardos [...] son producto del vicio e hijos de la iniquidad. Los padres los gestan en las tinieblas y las madres ocultan su concepción [...]. En términos estrictos, son excrementos, en condiciones de que la naturaleza los persiga y los expulse, como centro de porquería y suciedad: no tienen nombre, ni raza ni familia, por eso no pueden admitirse como semejantes».[36]

Cuando un adulto piensa que un niño es un excremento, se comporta con él como debe hacerse en esas condiciones. La criatura se siente mirada como algo repugnante y comprende que su simple presencia puede mancillar una iglesia.

No es necesario hablar para que un niño sepa cómo lo ve el adulto. Esta representación de las representaciones del otro inculca en la criatura un sentimiento de vergüenza, como si dijera: «Comprendo que piensa que soy un excremento y eso me da vergüenza». Esta re-

presentación inculcada por la mirada del adulto suscita una emoción que el niño expresa con un comportamiento.

Hemos tenido la oportunidad de observar en una situación natural[37] alrededor de 50 niños bajo la custodia de una madre de guarda que los recibió en su casa.[38] En esa pequeña población había tres categorías: los tres hijos de la tutora; alrededor de veinte niños que sólo permanecían durante la mañana, como si estuvieran en una guardería, y los buscaban por la noche; y alrededor de treinta niños, entre cuatro y diez años, que habían sido abandonados en los primeros años de su vida y estaban internados en esa casa.

La observación etológica permitía comparar los inevitables momentos de separación y reencuentros de los niños con familia y los abandonados. Habíamos considerado los ítems[39] habituales para caracterizar el perfil de conducta:[40] los gestos orientados hacia los demás (sonrisas, palabras, miradas); los contactos mediatizados por un objeto que el niño conserva o tiende a un adulto; y los comportamientos centrados un uno mismo (acostarse acurrucado, poner la mano delante de la boca, frotarse la nariz con un paño familiar, mirarse los pies, retorcerse las manos y toda otra forma de autocontacto). Al yuxtaponer estas conductas, hemos visto aparecer un diagrama muy sugerente. En el conjunto, los niños que habían sido abandonados a muy corta edad manifestaban en las separaciones un perfil conductual muy diferente del de los niños con familia. Orientaban menos sus conductas hacia los otros niños y ponían de manifiesto más comportamientos autocentrados. El libreto que seguía su conducta podría resumirse del modo siguiente: cuando un niño ha sido abandonado a muy corta edad, la privación afectiva le deja una huella emocional que se manifestará más adelante, en el curso de las inevitables separaciones de la vida cotidiana, mediante una tendencia a replegarse en sí mismo, a mantenerse en la periferia y a socializarse menos.

Sin embargo, sólo se trata de una tendencia adquirida, a veces perdurable, pero reversible, como una huella emocional. Lo que fija la conducta infantil es el pensamiento del adulto. Cuando hemos oído decir: «Estos niños son monstruos, maleducados, toscos, salvajes. Son detestables. ¿Por qué quieren que nos ocupemos de ellos, cuando ya nos resulta tan difícil educar a nuestros propios hijos?, este enunciado, al constatar una verdad momentánea, condenaba a los

niños a quedar desocializados para siempre. El pensamiento colectivo es el que crea aquello que observa.

Los niños abandonados en los orfelinatos de Rumania dan testimonio de que su futuro se modifica radicalmente cuando la sociedad acepta mirarlos con otros ojos.[41]

Las instituciones que pensaron que sus niños eran «puñeteros granujas» han adaptado sus comportamientos a esta representación. Por el contrario, en otras instituciones, docentes, enfermeros, administradores o familias de guarda no han echado una maldición sobre ellos. La mal dicción, que dice el mal y expresa una mala visión, pensamiento que ve el mal, dejó de regir el destino de los pequeños. En cuanto experimentaron un cambio en la mirada de los otros, se sintieron mejor y aprendieron a expresarse en forma diferente. Las transformaciones han sido espectaculares. En pocas semanas, la mayoría adquirió el perfil conductual de la socialización, centrado en los demás, mediatizado por el lenguaje, objetos, gestos y sonrisas, hasta el punto de que algunos de ellos hasta revelaron un gran talento para relacionarse.

Allí hay un misterio. ¿Por qué todos los niños alterados no reaccionaron de la misma manera ante el cambio de mirada? ¿Por qué algunos lo aprovecharon para alcanzar su plenitud a toda marcha y hasta incluso, en contraste, utilizar su privación pasada para experimentar cierta euforia, un placer en las relaciones que los niños con familia, sometidos a la rutina, terminan por no sentir? ¿Por qué otros han padecido con esta apertura al mundo y su socialización resultó tan dolorosa? Sin duda han progresado, pero conservando en el fondo una tendencia a retraerse ante el menor contacto, a experimentar el mundo como una agresión y a defenderse contra ese sentimiento inventando racionalizaciones morbosas para darle una forma verbal a esa sensación. «Yo vivía allí... reconozco mi casa roja», afirmaba un joven que no cesaba de repetir el libreto del rechazo desde que había abandonado el «Camin Spital» donde había sido recogido cuando era bebé. También decía: «Mi madre era maravillosa; era una gitana; reconozco el lugar. Si encuentro a mi madre, la mato...». Pero con esa intensidad emocional sólo lograba volver a interpretar la escena del abandono, cualquiera que fuese el lugar, cualquiera que fuese el interlocutor.

Con mucha frecuencia, los carecientes precoces conservan en sí huellas emocionales y somatizaciones emotivas desprovistas de re-

presentaciones. Las personas que, durante toda su vida, padecen de colitis ante el mínimo acontecimiento que se produce, por lo común han sido aisladas, por razones a veces necesarias, durante sus primeros meses de vida.[42] Esta idea la ilustran muy bien los bebés mericistas, que regurgitan el bolo alimentario cuando están solos y lo mastican sin cesar hasta el punto de deshidratarse o de quemarse el esófago con el ácido clorhídrico del estómago. Más adelante se convertirán en adultos sometidos a arrebatos emocionales que no pueden controlar. Los que estallan ante la mínima expresión afectiva, ante la frustración más corriente de la vida cotidiana, con frecuencia han sido bebés con una voracidad incontenible, seguida de regurgitaciones y rumiaciones del alimento cuando se los dejaba solos en la cuna. Lo que resulta sorprendente es que la mayor parte de los bebés normales dejan de comer cuando se los abandona. Por el contrario, los mericistas se calman, comen normalmente y retoman su crecimiento cuando se los separa de su ambiente familiar.[43] En su hogar, experimentan el menor aislamiento como un vacío afectivo y mantienen una sensación de satisfacción provocándose regurgitaciones que luego mastican sin cesar, a veces hasta que mueren.

Toda estimulación cotidiana que proviene de los padres, como el baño, las comidas o la palabra, provoca en la mayor parte de los recién nacidos un gozoso apaciguamiento, al mismo tiempo que en otros acarrea una perturbación emocional. Estas secuencias de conductas, fáciles de observar, plantean el problema de determinar cuál es la causa que las origina: una diferencia de reacción emocional (apaciguamiento o perturbación) ¿es atribuible a temperamentos que serían diferentes, desde el nivel biológico, o a presiones del ambiente que, desde las primeras interacciones modelaría reacciones distintas?

Para responder a esta pregunta, como es clásico, podrían estudiarse las variables. La del sexo nos indica que los varoncitos manifiestan más perturbaciones emocionales que las niñitas. Pero, después del período sensible de los primeros años, los niños se apaciguan mejor, y las niñas se desequilibran cada vez más hasta llegar a la adolescencia, cuando sólo las jóvenes padecen trastornos de las conductas alimentarias. La variable relacionada con la estabilidad del medio permite comprender que un niño equilibrado mediante las interacciones tempranas adquiere una emocionalidad más estable y que los varon-

citos rumiantes se apegan a cualquier persona de manera indiferenciada,[44] al contrario que la mayor parte de los bebés que sólo se apaciguan en la inmersión sensorial que les proporciona la madre. En conjunto, el estudio de las variables permite precisar el objeto observado, pero no explica que las reacciones emocionales sean tan diferentes.

Perros sustitutos y elección del nombre

Los etólogos clínicos se preguntan cuál es la fuerza que circula entre dos seres vivos hasta el punto en que uno pueda actuar sobre el otro y modelar su estilo emocional. Para intentar responder a esta pregunta, propongo estudiar dos situaciones clínicas, análogas a un experimento. En la primera, un perro sustituto puede enfermarse a causa de la idea que se haga su propietario y, en la segunda, recién nacidos humanos, con estilos conductuales diferentes, suscitan en la madre interpretaciones diferentes, originadas en su propia historia.

El descubrimiento de los perros de reemplazo sólo ha sido posible porque profesionales de especialidades diferentes se relacionaron y trabajaron juntos. El veterinario continuó siendo el médico de animales y el psiquiatra, médico de las almas, pero sus intercambios han permitido que surgiera una clínica nueva que plantea el problema fundamental del poder material de las fantasías.[45]

Los psicólogos han descrito con la mayor claridad lo que sucede cuando, después de la muerte de un hijo, una madre, que no logra hacer el trabajo de duelo, en la urgencia de su sufrimiento extremo, decide tener otro, destinado a reemplazar al pequeño desaparecido. Por lo tanto, no se trata de un hijo reparador, que los padres traen al mundo, le ponen un nombre diferente, lo aman y lo reprenden por la personita en que ha de convertirse.[46] Se trata de un hijo sustituto, que llevará el nombre del muerto, literal o fonéticamente (Christian=Christine), y mediante esa elección se revela la misión fantasmática que se le atribuye. Vestido a veces con la ropa del muerto, se lo trae al mundo para amarlo en lugar de aquel que ya no está. Ludwig van Beethoven, nacido un año después del fallecimiento de un hermano mayor de nombre Ludwig; Vincent Van Gogh, nacido un año después de la muerte de Vincent; Salvador Dalí, nacido nueve meses y diez

días después de la desaparición de un pequeño Salvador, son ejemplos célebres de esta situación.

El experimento natural que nos interesa lo proporcionó M. G..., coronel retirado cuyo perro fue atropellado una noche por un automóvil. Sumamente apesadumbrado, se enteró de que existía en Estrasburgo un criadero de perdigueros alemanes donde podría encontrar un perro parecido. Se dirige a buscarlo durante la noche y, a la noche siguiente, el veterinario que había intentado salvar a Edén, el perro mortalmente herido, ve con sorpresa que se aparece en su consultorio el mismo perdiguero alemán, del mismo color y de la misma edad. M. G... le dice: «Se llama Edén. ¿No le parece que no es tan lindo?»[47] Los primeros meses de la vida de Edén resultarán muy difíciles porque padece una dermatitis infecciosa y una gastritis crónica.

¿Cómo es posible que una representación, en el mundo mental de un hombre, pueda actuar sobre el cuerpo de un animal? Así formulada, la pregunta sorprende, porque parece tener un aspecto mágico. Sin embargo, la clínica la confirma todos los días cuando le pedimos a un pequeño grupo de veterinarios que registraran los trastornos presentados por los perros que atendían. En un cuestionario se asentaban la historia del dueño y los trastornos médicos y conductuales del perro, mientras que en algunas observaciones filmadas se registraban las interacciones entre esos hombres y sus perros.

La historia del propietario siempre era la misma. No soportaba la pérdida de un animal anterior. Para la mayor parte de la gente, todo lo que desaparece es irreemplazable. Pero para algunos, se trata de conseguir otro perro para amarlo en lugar del que falleció. El perro real sólo puede traer decepciones ya que, haga lo que haga, no será tan bueno como el anterior, porque sin cesar se lo compara con el entrañable desaparecido e idealizado.

En la mente del coronel G..., el perro muerto ya no se puede percibir, pero continúa intensamente representado en imágenes, recuerdos y libretos imaginarios. La representación permanente del perro desaparecido provoca en él un sentimiento de amor perdido, doloroso pero a la vez agradable por la evocación de los momentos felices. La emoción producida de esta manera, experimentada en el cuerpo y evocada por una representación, se expresa en guiones conductuales y discursivos del tipo de: «Le voy a poner a este perro el nombre Edén, como el fallecido, y así será "como si" no estuviera muerto».

Pero ese «como si» juega en contra del perro vivo, constantemente comparado con el idealizado, pues sólo los muertos no cometen errores. La simple percepción del animal vivo evoca al entrañable desaparecido y provoca una decepción: «No es tan lindo... ladra mal... el otro jamás hubiera hecho esto...».

Las personas que elaboran un libreto de estas características para defenderse contra el dolor moral con frecuencia tienen una actitud extraña ante la creencia. Intentan que se les crea, sin tratar verdaderamente de engañar. Dicen: «me comunico con los muertos», pero en la frase siguiente aclaran: «pero creo que eso no es posible». La primera parte del enunciado permite negar la muerte, pero en la segunda, sufren. Entonces agreden al perro que tienen delante, que no es capaz de despertar el mismo afecto que el desaparecido.

Este libreto afectivo con el que se engañan expresa una emoción confusa, de esperanza de cariño mezclada con decepción agresiva. A su vez, las mínimas interacciones con el animal sólo provocan trastornos. El mundo sensorial del perro no tiene coherencia. Cada postura, ademán, gesto o sonido vocal del hombre cuya emoción está perturbada por esta representación constituye, en el mundo del perro, una estructura sensorial que lo regocija y lo agrede, al mismo tiempo, dentro de un mismo mensaje. Haga lo que haga, Edén no podrá participar en ningún ritual de interacción coherente, porque en la mente del propietario él está «allí para» evocar al desaparecido y padecer la comparación.

La historia del dueño y su representación mental constituyen en torno al perro un campo sensorial incoherente en el cual no puede tomar ningún lugar. Sus emociones jamás estarán regidas por un ritual de interacción que permita a los participantes funcionar en conjunto. El perro nunca podrá dominar, someterse, jerarquizarse, huir o esconderse, funcionar con un código claro de comportamiento con su amo, porque a la vez se lo convoca y se lo rechaza, enternecido y angustiado.

Ahora bien, una emoción no controlada termina siempre por provocar un trastorno metabólico (enrojecimiento, palidez, aceleración cardíaca, crispación de los músculos...). Por efímera que sea esta emoción, cuando el amo mantiene esos libretos repetitivos, esos trastornos metabólicos terminan por provocar conductas alteradas y enfermedades orgánicas.

Los indicios físicos son los que aparecen primero y constituyen los motivos habituales de consulta a un veterinario. La piel parece el receptor más sensible a estas modificaciones bioemocionales. El perro se rasca y se mordisquea sin cesar hasta el punto de dañarse la piel que a menudo se infecta. El tubo digestivo también es un excelente receptor de emociones, y en un gran número de especies observamos diarreas emocionales. El aparato urinario, cuando se vuelve también sensible, provoca ganas de orinar cuando el animal acaba de vaciar la vejiga. El corazón, la respiración, los músculos también terminan por provocar taquicardia, taquipnea o temblores como se ve en todo ser vivo asustado.

Han comenzado a aparecer muy buenas descripciones de estos trastornos de conducta.[49] El perro no puede quedarse quieto y se refugia de buen grado bajo el armario o detrás del sofá. Todo acercamiento lo deja petrificado, evita la mirada y no sabe orientarse. Las patas posteriores pugnan por acercarse, mientras que las patas anteriores lo frenan, con lo cual adquiere una postura extraña, temerosa, la cola inmovilizada, las orejas caídas, le tiemblan todos los miembros, jadea y se lame el hocico. Parpadea sin cesar y gira sobre sí mismo en una vana búsqueda de alguna postura que lo apacigüe.

En algunas situaciones de la vida cotidiana suelen aparecer libretos inesperados a los que el dueño les atribuye un significado humano. Es el caso de los destrozos tranquilizadores: cuando el amo se va, el perro no puede quedarse solo puesto que nada le da seguridad. Entonces se fascina con los indicios sensoriales que significan algo para él: el olor de las pantuflas con las que se ensaña, el sofá que despedaza, el marco de la puerta, que roe. Manifiesta un superapego ansioso hacia las señales olfativas de su amo y mordisquea ese indicio hasta que lo destruye. Los banquillos blandos quedan librados al albur de sus desplazamientos. Reparte por todos lados chorros de orina para marcar el espacio en el que se siente inquieto.

Cuando el amo vuelve y descubre que la casa está sucia, hedionda y devastada, le otorga a ese cuadro un sentido humano y piensa: «Lo hizo para vengarse... no quiere que salga sin él... la visita a mi amigo lo puso celoso...». Pero «venganza», «resentimiento» o «celos» no son sentimientos de perro. Este no puede representarse el mundo mental de otro y querer actuar sobre ese mundo no percibido. Tal vez entre en rivalidad afectiva con otro perro porque ve que su amo lo acaricia,

pero no puede comerse la pantufla para vengarse de una caricia que le ha hecho a otro perro una semana antes.

El equívoco entre especies se agrava cuando, al castigarlo porque destrozó el apartamento «para vengarse», el dueño altera aún más los rituales de interacción y, al aumentar el malestar del animal, lo predispone para el próximo estropicio.

La respuesta animal se acomoda al orden humano. Cuando ese orden está bien estructurado, la respuesta del perro es adaptada, porque el código sensorial ha sido compartido.[50] En un mundo humano, la intención de lograr que el perro se siente se articula con la palabra «sentado». Si el perro percibe una estructura verbal sensorial, la secuencia «SEEENNNTAAADOO», expresada en un contexto paravocal que le resulte coherente,[51] adapta su comportamiento a ese puente sensorial. El hombre piensa entonces que el perro ha comprendido la palabra. Hasta llega a ocurrir que algunas personas están tan convencidas de esto que, cuando quieren ocultarle algo al perro, se expresan en inglés para que no entienda.[52]

Hablando en serio, puede suceder que este puente sensorial esté alterado porque el hombre, sin saberlo, ha emitido un mensaje mal formado o porque el perro, sordo, reumático o demasiado joven no ha sabido procesar semejante información vocal y paravocal. El hombre interpreta la respuesta atribuyéndole un sentido humano: «Este perro es tonto... está completamente loco». A veces encontramos una idea proyectiva: «Quiere darme vergüenza... lo hace para molestarme...», cuando en realidad debería decir: «No sé afirmar mi autoridad...» o «Este animal es demasiado joven para captar mi mensaje...».

En el caso del perro sustituto, el propietario dice: «El otro jamás lo hubiera hecho... era mejor... este es un felpudo, el otro tenía dignidad». La estructura vocal y paravocal se desorganiza y altera el puente entre el hombre y el perro. Lo que se le comunica entonces al animal es una invitación afectiva impregnada de disgusto.

Un perro tiene la posibilidad de ponerse de acuerdo con el jefe de la jauría lamiéndole el morro. Puede someterse a un hombre agresivo y relacionarse con él sin tensiones. Pero ¿cómo podría vivir en un universo de hombre que le envía dos mensajes contrarios al mismo tiempo? Como si le dijera con su cuerpo: «Ven aquí, yo te amo; vete, porque me disgustas». La emoción del animal imposible de calmar explica el aumento constante de los indicadores fisiológicos del es-

trés (cortisol, catecolaminas, alarma eléctrica en el electroencefalograma). Las consecuencias orgánicas habituales son: hipertensión, gastritis, agotamiento suprarrenal, hipervigilancia, temblores y rigidez muscular, calambres tetánicos que le impiden caminar.

Los trastornos esfinterianos son constantes, enuresis, encopresis, en el caso de un animal en estado de estupor por sus secreciones emocionales cuyos músculos lisos son los más ávidos receptores. El perro se convierte en fóbico, en un mundo en el que todo lo que se mueve lo aterra. Puesto que lo único que percibe como familiar es su propio cuerpo, hacia ese objeto conocido orienta sus rituales alterados. Aparecen los estereotipos, con lo cual se provocan lesiones orgánicas: dermatitis a causa de los lamidos,[53] con frecuencia infectadas, movimientos deambulatorios, pánico manifestado en la conducta ante la menor información inesperada. Estas reacciones injustificadas de alarma explican la elevada cantidad de «accidentes» que padecen estos animales.

Para que el perro mejore, para que desaparezcan sus trastornos emocionales, conductuales, biológicos, esfinterianos, médicos, y las heridas «accidentales», es necesario que el hombre tenga la posibilidad de efectuar el lento trabajo del duelo. A veces no lo hace, porque intenta engañarse a sí mismo y en el curso de su vida siempre prefirió vivir de ilusiones antes que abrir dolorosamente los ojos. Lo más frecuente es que los hombres no hagan el trabajo del duelo porque su entorno se lo impide. Ante la pérdida de un familiar con frecuencia escuchamos decir: «Debes reaccionar... la vida continúa... trata de entretenerte...». Estos consejos son impúdicos para quien está en proceso de duelo, puesto que cuando un hombre entierra a sus muertos, debe decirles «adiós», inventar un ritual, sufrir por su partida y sentirse sostenido por el afecto de los suyos.

En el caso del hombre, un cuerpo puede sentirse conmovido y movido por las palabras «te amo» o «de frente, marchen». El hijo sustituto conmovido y movido por las emociones de su madre, lo está aún más por el mundo de las palabras que ella le dirige. Desde que llegó al mundo, este niño ha experimentado las interacciones tempranas y la modelación sensorial compuesta por los gestos de la madre. Y cuando, hacia los quince o veinte meses, llegan las palabras, ha aumentado su poder de configuración. Puede ocurrir que oiga decir: «El niño se llamaba Daniel. A ella la llamaré Danielle. Con Daniel, to-

do me parecía maravilloso...». Con esa formulación, se le da forma verbal al mundo íntimo de la madre. Pero en un mundo sensorial de esas características es donde deberá integrarse y desarrollarse el bebé. Ese enunciado organiza prácticamente todas las interacciones cotidianas. Decir: «Con Daniel, todo me parecía maravilloso» es como predecir las emociones que desencadenarán todos los acontecimientos de la relación. Es casi como decir: «Con la elección del nombre, le confiero a Danielle la misión de reemplazar al muerto y de curar mi sufrimiento. Por lo tanto, ella debe ser tan amorosa como lo hubiera sido el extinto Daniel». Misión imposible para Danielle a quien, capturada entre la presencia de su madre y su propio impulso de amarla, no le queda más que decepcionarla.

Antes del lenguaje, el mundo de Danielle ya está estructurado por la muerte de Daniel. Con la llegada de la palabra, el poder modelador de un acontecimiento no percibido actuará con mayor intensidad aún. La madre llevaba todos los domingos a la pequeña Aline a limpiar la tumba de su hermana desaparecida y ponerle flores. Apenas aprendió a leer, distinguió: «Aquí yace Aline Enar». «Vi mi propio nombre grabado en la tumba, con la foto de mi hermana, mucho más bonita que yo.»

«Pensándolo bien, soy más extraño que un extranjero en la familia», le escribía Van Gogh a su hermano.[54] A lo cual la pequeña Aline Enar hubiese podido responder, como lo hizo en el transcurso de una entrevista: «En mi familia sólo quieren a los niños muertos. Si deseo que me amen, debo matarme o vivir en la impostura. Para ser yo misma, tengo que renunciar a que me quieran».

La etología de los hijos sustitutos permite describir de qué modo la transmisión de fantasías se hace en el cuerpo a cuerpo. El acceso al universo semántico amplifica un fenómeno ya antes experimentado y transmitido antes de las palabras. Hay un acontecimiento que existió en otro espacio y en otro tiempo, pero que vive todavía en la memoria de la madre y actúa sobre el cuerpo y la mente del hijo.

Hay otros dos indicadores de esta fuerza modeladora que pueden determinarse fácilmente en la elección del nombre y en el curso de las primeras interacciones.

En un mundo humano resultaría muy difícil no nombrar los objetos. Andaríamos como ciegos en medio de formas imprecisas, puesto que basta con otorgarle un nombre a las cosas para hacerlas visibles y

atribuirles historia. Cuando paseamos por la costa de Var, con frecuencia vemos en los pequeños puertos barquillos que van de costa a costa, anónimos, como ordenados en un aparcamiento. Pero cuando leemos en el permiso de circulación de una lancha que la bautizaron «Tú y yo», ya conocemos una parte de su destino. Adivinamos que lo compró una pareja para salir a pescar los domingos, comprendemos por qué está prolijamente pintado de rojo y verde, y casi nos imaginamos a «tú» que abre una sombrilla para protegerse del sol, mientras que «yo» sólo aceptaría controlar el timón por poco tiempo. Mientras que una lancha llamada «Ráfaga» o «Comandante Jofre» evoca una utilización sin duda viril.

«La elección del nombre indica el lugar atribuido al recién nacido en el cosmos, en la cadena de las generaciones y en su grupo social.» Algunos incluso piensan que «dar un nombre equivale a dar la vida».[55] Por eso en la tradición judía se deben nombrar las cosas creadas por Dios, pero no se puede nombrar a Dios, pues Él es el que crea, nadie lo ha creado, ¡y sobre todo no lo ha creado un hombre! La elección del nombre revela el sentido atribuido a la cosa, la intención de actuar sobre ella, la promesa. Ahora bien, el deseo de los padres, del cual el nombre es un indicio, se expresará también en la mínima interacción cotidiana. En algunas culturas se espera ver en el recién nacido una señal corporal o conductual que justifique el nombre recibido. Mediante tal estrategia de denominación, en esas culturas se cree que el niño es coautor de su desarrollo y no un receptor pasivo ni cera virgen.

«Con los nombres se convierte a los hijos en aparecidos», decía Freud, «[...] ¿acaso el único medio de que logremos la inmortalidad no consiste en tener hijos?».[56] No hay que asombrarse de que el nombre que se nos da condense una parte importantísima de nuestra historia íntima: «Quisiera que se llame Abel como mi abuelo, que modelaba títeres y escribía obras teatrales... juré sobre su tumba que tendría éxito... Y además, Abel es un nombre judío. Y los judíos tienen un destino...». Podemos imaginar que cada vez que el pequeño Abel decida resignarse a llevar una vida más segura, su madre pondrá de manifiesto un silencioso desprecio o frialdad afectiva. Se le escapará alguna palabra, o algún gesto, que crearán en torno del niño un campo sensorial lúgubre, frío, tal vez hasta hostil. Mientras que cada vez que emprenda una bonita aventura o escapada, cada vez que escriba una

poesía, se pelee o tenga algún conflicto social, la madre se mostrará atenta y cálida. Mediante su reacción emocional, pondrá el acento en esos pequeños acontecimientos que, al estar destacados de tal manera, constituirán recuerdos. Veinte años más tarde, Abel contará: «Recuerdo muy bien mi infancia. Se desarrolló entre poesías y riñas». No tendrá en la memoria los momentos tristes en los cuales, fatigado, aspiraba a abandonarse a una vida más tranquila.

El nombre que elegimos para otro revela nuestra disposición mental hacia un ser que nos interesa y la misión que le asignamos para inscribirlo en una filiación.

Todo ser que nos interesa afectivamente experimenta esta fuerza modeladora de la que dan testimonio el nombre y los gestos que lo rodean. De una manera más general, la fuerza modeladora que rige en parte el destino de los niños y el desarrollo de los perros sustitutos determina también las elecciones que hacemos y estructura el campo sensorial que las rodea. ¡Las representaciones de uno configuran al elegido!

El perro significante

En un mundo humano, podemos formar un signo con cualquier elemento, basta con que lo entendamos. Pero no se puede formar un signo con nada. El simple hecho de comprar un perro y amarlo ilustra bien esta idea. En el acto mismo de la elección, se revela algo de uno mismo: comprar un perro grande no es lo mismo que comprar un pez rojo. No hablo del perro instrumental especializado, que se compra porque se espera que cumpla ciertas funciones, sabueso, perro guardián, careador, para arrastrar el trineo, perro faldero encargado de calentar el lecho... Hablo del perro con significado, manifestación encarnada del signo. Ese perro está «allí para» evocar y dar vida.

El perro elegido se convierte en un delegado narcisista, un representante del yo íntimo, un señuelo vivo cuya función consiste en encarnar en el mundo percibido una vivencia de sí no percibida. Como si el comprador dijera mediante su elección: «Este perro crea en mí una sensación de fuerza rústica o de rigor guerrero: es como yo. Me gusta esta impresión que vamos a dar al otro». Así es como declara-

mos que el camello es despreciativo, el águila, imperial y la hormiga, laboriosa.

Los calificativos que les atribuimos a los perros sólo hablan de nosotros mismos. Decir: «Me gustan los setters porque son educados y distinguidos», equivale a decir: «Me gusta lo que es educado y distinguido». Decir: «Los boxers son valientes y juguetones a pesar del hocico achatado» significa: «Los boxers son como yo, no muy bonitos pero tan simpáticos que por lo menos pueden quererme».

La impresión producida por el perro da testimonio de nuestra manera de amar. La elección de un boxer indica una retórica sentimental diferente de la de un pastor alemán, de un afgano o de un setter. Si, en lugar de describir al perro, analizamos la impresión que nos produce, llegaremos sin dificultad a descubrir ciertas reglas.

Cuando armamos la cartografía de los perros y sus hábitats, comprendemos que no viven en lugares azarosos. En París, los perros grandes habitan en los distritos elegantes, mientras que en los barrios pobres los perros son más pequeños.[57] No cuestan menos dinero, sino que las viviendas son muy pequeñas y los edificios no tienen jardín. Se verifican fluctuaciones en la compra de perros, por ejemplo, una fuerte reducción en la década de 1960 y luego un ascenso a partir de 1970. De esto se puede deducir que los determinantes psicosociales se añaden a las motivaciones afectivas.

Los propietarios de perros son gente muy socializada. Se trata de hombres más que de mujeres, cuya edad oscila entre los 30 y los 50 años, solteros y viven en las ciudades más que en el campo. Los jóvenes y los jubilados compran menos perros significantes, lo cual pone de manifiesto que quienes tienen una posición social más frágil tampoco poseen este medio de expresión. Como de costumbre, se afirma que con minúsculos indicadores pueden revelarse problemas de fondo, como es el caso de la cifra que señala que desde hace algunos años las mujeres solteras han comenzado a comprar perros grandes. Como sabemos que los agricultores compran en general perros instrumentales y que los solteros ricos y urbanos compran más bien perros significantes, podemos preguntarnos si las mujeres no están evolucionando, como el conjunto de nuestra cultura, hacia la soledad y la potencia.

Un fuerte determinante psicosocial rige la elección de los distritos y estructura el medio ambiente en el que se cría el perro. De manera

que los pastores alemanes habrán de desarrollarse en ambientes muy distintos del de los lebreles afganos. El espacio de la vivienda, las relaciones e interacciones llevarán a estos perros a comportarse en forma diferente. Las promesas genéticas sólo pueden desarrollarse en un medio estructurado por el pensamiento humano. La idea que nos hacemos de nuestra relación con el animal, la necesidad que tengamos de ella, organiza estructuras arquitectónicas, conductuales y afectivas que modelan ciertos comportamientos del perro y rigen su destino.

En primer lugar, podemos asombrarnos de que aumenten los perros enormes y disminuyan los chiquititos, como si estos animales, al convertirse en síntomas de nuestra cultura, sostuvieran un discurso social en el cual el enorme diría: «soy un lobo solitario y poderoso», mientras que el chiquitito daría testimonio de la desaparición del perro manguito, que llevaban en otra época las mujeres amadas, engalanadas y mantenidas.

Pero, si es verdad que los perros se utilizan para significar, su significado tendría que cambiar según las épocas. De la misma manera que existe un desvío semántico, el boxer da pruebas de esta posibilidad de cambio de significado según el contexto cultural. Antes de 1965 se compraba ese perro porque era fuerte, obediente e inspiraba temor y respeto a los demás. Desde 1985 se le dice «gordito bueno»... «inquieto y juguetón»... «tan bueno con los niños». Este perro que se considera tan afable adapta su conducta al discurso que tenemos sobre él, con lo cual su condición ha evolucionado y pasó de ser un perro de combate a feliz compañero de los niños... y de los gatos.

El programa genético del boxer no se ha modificado. Ha asumido formas diferentes según el pensamiento del hombre que organiza en torno de él diferentes tutores para su desarrollo.

Por lo tanto, conviene interesarse por el mundo mental de quienes aman a los boxers[58] y, para comprenderlo mejor, compararlo con la psicología de quienes prefieren a los afganos.[59] Estas personas viven en universos mentales muy diferentes. Quien ha escogido un boxer es un charlatán, amistoso, le gustan los deportes y la televisión. Mientras que quien prefiere al aristocrático afgano es un intelectual, de profesión liberal, silencioso y solitario, que abomina de los deportes. El aficionado al boxer usa ropas informales, mientras que el propietario del afgano se viste en forma más atildada.

Los raros propietarios de hienas que hemos localizado llevaban chaquetas claveteadas, gorras de cuero y numerosos tatuajes. Pero lo que nos ha impresionado sobremanera es la semiótica del pelo de los propietarios. Quien gusta de los boxers lleva el cabello corto, los dueños de afganos tienen el cabello más largo, mientras que entre los amos de pastores alemanes hay un 34% con bigotes, frente al 7% solamente de la población testigo.

Como en el caso de nuestros hijos, la elección del nombre del perro revela nuestra concepción de la vida en sociedad y la misión que le asignamos al animal elegido. Sin dificultad podemos llamar a un boxer Brutus o Sócrates, según su morfología. Es muy elegante llamar a un afgano Rimbaud o Giscard. A una bonita perrita le pondremos fácilmente Voltereta y, si el amo se frustró en su vocación literaria, la llamará Coma. El perro de un brillante sexólogo francés se llama Clito y no lo padece mucho. Pero el perro que posee los amos más típicos es el pastor alemán:[60] trabajador con bigotes, de nivel social medio o bajo, cuya edad oscila entre 30 y 50 años, y es comerciante o artesano. Este perro no tiene propietaria rica, artista o funcionaria. Vive en casitas suburbanas o de ciudades no muy importantes, por lo común en familias con más de tres hijos. Su amo dice que hay que «amaestrarlo», mientras que el dueño de un boxer emplea la palabra «educarlo», y el que tiene un afgano pretende «explicarle». La elección de estos términos implica una estrategia de interacción adaptada al vocablo, mucho más que al animal.

Los perros no nacen con iguales derechos, puesto que su aspecto físico alimenta el discurso que emitimos sobre ellos. Esta representación crea decisiones conductuales y campos sensoriales que rigen destinos desemejantes. Nada de humor, de literatura, ni de sentimientos ni de aristocracia aparecen en los nombres de los pastores alemanes que suenan como órdenes o diminutivos: Bob...Sam...Tom...Lobo...Wolf...Viet. Antes de la guerra, se los llamaba Rex o Duc.

Sin embargo, esos perros despiertan inmenso cariño. A pesar de la misión social y la imagen que están encargados de encarnar, los dueños los consideran «buenos, afectuosos, fieles, obedientes, sinceros...». Los quieren con devoción hasta el punto de renunciar por ellos a sus vacaciones, a algunas salidas e incluso a proyectos personales. Esto no es lo que ocurre con los afganos a los que se les prepa-

ra una comida en vez de abrir una lata, de la misma manera que su amo se compra ropa artesanal y no de confección. Es el más acicalado de todos los perros pero, cuando contrae una enfermedad de la piel, la idea de la eutanasia se le ocurre a su amo con mucha rapidez. Cuando muere, la pena no es tan profunda como en el caso de un pastor alemán.[61] Estos perros confirman así la teoría de moda actualmente entre los sociólogos: en las clases medias y bajas, los vínculos afectivos son fuertes, mientras que en las clases más elevadas los vínculos son más débiles, lo cual permite una mayor libertad individual... al precio de una manera de amar menos visceral y más superficial.[62]

En cuanto al desarrollo reciente del efecto Frankestein, cuando los criadores se aplican a producir perros malformados para darles un aspecto divertido, podemos decir que participan de la aventura moderna de la manipulación genética.[63] También en estos casos, el perro producido por el pensamiento de los hombres habla del productor mucho más que del animal. ¿Por qué los obreros sólo compran perros nobles, dogos o pastores alemanes y por qué la cartografía de perros voluntariamente deformados los concentra en los distritos más elegantes? Cuanto más elevado es el precio del metro cuadrado de terreno, mayor cantidad de perros encontramos con las patas torcidas por la acondroplasia, con la mandíbula saliente por prognatismo, con la lengua colgando, con la piel sin pelo o con formas grotescas.

El cuerpo de esos perros, deformados por nuestros pensamientos, ¿nos autorizaría a entender que la gente simple compra delegados narcisistas bonitos, nobles y valientes, mientras que los habitantes de los barrios elegantes juegan con la imagen de la vida produciendo perros deformes? La función semántica de la imagen de los perros nos permite comprender sobre todo que la manera de amar no es de ningún modo la misma. Comprar un perro-lobo quiere decir: «Me gusta la sensación que me crea este perro. La fuerza, la belleza, la fidelidad y la obediencia son las palabras claves del mundo de seres vivos que yo amo apasionadamente». En tanto que andar en compañía de un perro malformado quiere decir: «Me gusta burlarme de las leyes de la vida. Por otra parte, las manipulo porque soy quien manda. No os equivoquéis, yo quiero mucho a este ser irrisorio que he creado».

Historia de las primeras interacciones

Los perros quedarían muy sorprendidos si se enteraran de que se han convertido en objetos semánticos que revelan las fantasías existenciales de sus amos. Si su desarrollo está modelado en parte por la representación que se hacen los hombres, no veo por qué los niños no experimentarían la huella mucho más fuerte de este poder modelador.

Para responder a esta pregunta, la situación más clásica y más rica en la actualidad la propone la enorme cantidad de estudios sobre las primeras interacciones.

Cuando, en la década de 1970 los etólogos trabajaron sobre las interacciones tempranas en los animales,[64] esas observaciones les proporcionaron a algunos clínicos un argumento suficiente para...¡no hacer el estudio con los bebés humanos! Incluso llegaron a manifestar: «Puesto que esa situación existe en el caso de los animales, por lo tanto no puede existir en los hombres». Esta angustiosa necesidad de demarcación entre el hombre y el animal es una reacción tan habitual que el catálogo de aquello que distingue a ambas especies podría llenar muchísimas páginas.

Mediante un razonamiento evolutivo se evitaría este enunciado ideológico, puesto que permite indicar el lugar que ocupa el hombre en el mundo de los seres vivos. El elemento que estructura la comunicación temprana entre toda madre y su bebé está materializado en la sensorialidad que pasa de uno al otro. En el caso del hombre, las formas de sensorialidad que establecen puentes entre la madre y su hijo están modeladas esencialmente por la palabra materna y los relatos de su cultura.

El objeto «conducta», que es fundante de la clínica y permite un enfoque científico, es difícil de definir, pero es tan fácil de manipular que construye lo esencial de las observaciones que llevamos a cabo. Creo que puede decirse lo mismo de todos los objetos científicos: el objeto «planta», el objeto «animal», el objeto «molécula química», el objeto «corpúsculo físico» son más fáciles de manipular que de definir. E incluso el objeto «lenguaje», en el que estamos inmersos, estructura nuestro ambiente y la visión del mundo que sustentamos, sin que sepamos definirlo aunque lo utilizamos sin cesar todo el tiempo. En lo que respecta a la vida, no sabemos qué es, aunque al parecer, conseguimos vivir, bien o mal.

Una definición suficiente de la conducta consistiría en exponer que es aquello que produce una manifestación exterior en el organismo, un acto motor o una emisión sensorial cuya forma es observable y manipulable.

Los experimentos permiten descubrir las causas: causas pasadas durante los avatares de la especie y grabados en la biología en el transcurso del desarrollo del individuo; causas futuras en las que la conducta anticipada tiene su origen en una representación sensorial o verbal.

La conducta posee una función adaptativa, pues al responder a un estímulo exterior o interior, biológico o verbal, modifica el medio ambiente que acaba de estimularla.

Por lo tanto, el comportamiento etológico es un puente sensorial observable y manipulable que permite la sincronización de dos organismos presentes, pasados o futuros. De esta manera llega a constituirse una biología cruzada e incluso una psicología cruzada.

Con esta herramienta, en los estudios sobre el tema se acaba de descubrir el nuevo continente de las primerísimas interacciones entre un feto[65] y su madre, y luego entre un recién nacido y su medio ambiente de características maternales.

Junto con esta nueva mirada sobre el desarrollo del bebé, debemos anunciar sin más una mala noticia: cuando a Edipo se le manifestó el complejo, ya estaba muy viejo, pues le había alcanzado el tiempo para tener cuatro hijos con su madre, Yocasta, antes de que el oráculo de Tebas le anunciara la terrible verdad.

Como todo ser humano, Edipo pasó primero por el estado de gameto. Y de eso nadie habla, pues de todas maneras un espermatozoide no es una persona. Por otra parte, tampoco lo es un óvulo. Ahora bien, los determinantes de la fusión de los gametos de Layo y Yocasta fueron únicamente fisicoquímicos. En lo esencial, la movilidad de los espermatozoides siempre ha estado regida por la temperatura, acidez, fluidez y porcentaje de calcio. Ningún psicólogo se atreve a pensar que en el origen de Edipo intervinieron minerales, ácido y reservas nutritivas del óvulo de Yocasta. Se requirieron varias semanas para que esas células se dividieran y se transformaran en el organismo denominado «embrión». Meses más tarde, cuando finalizaba el embarazo, el feto ha comenzado la aventura de su interacción con la placenta materna. Pero no tuvo interacciones tempranas con Yocasta,

pues ella se vio obligada a abandonarlo atándole los pies. Cuando se arrancó los ojos y Yocasta se ahorcó, Edipo tenía 30 años y ya cuatro hijos. Cuando Sófocles, Esquilo, Eurípides, Séneca, Corneille, Voltaire y Gide tomaron como objeto a Edipo lo hicieron para construir un relato y no una ontogénesis.

También Freud recuperó a Edipo para que manifestara y pusiera en escena que, puesto que todos hemos nacido de una madre, estamos obligados a dos movimientos opuestos: amarla y abandonarla.

Los biólogos ponen el acento en los determinantes fisicoquímicos de la fusión de los gametos de Layo y Yocasta, al destacar las divisiones celulares de los estadios de mórula y blástula del embrión Edipo. Los hombres de letras ponen en escena la tragedia de Edipo rey que, al engendrar cuatro hijos en su propia madre, proveyó la prueba mítica de que una unión biológicamente posible es psicológicamente insoportable. Pero, de ese estadio de la construcción de su aparato psíquico, Edipo no conservó ningún recuerdo, porque era demasiado pequeño. Resultó necesario interrogar a Yocasta quien nos comentó que, al final del embarazo, Edipo le daba muchas patadas con los pies sin duda ya hinchados. El oráculo de Delfos propalaba entonces un rumor, un discurso social estereotipado que anunciaba a los dos padres, Layo, el padre biológico, y Pólibos, el adoptivo, que el niño se convertiría algún día en un ser peligroso. Layo, aterrado, le pidió a Yocasta que lo diera a luz en secreto y luego abandonara al niño, con lo cual realizó lo que más temía, en una suerte de profecía de autocumplimiento.

Esta breve fábula de la etología de las primeras interacciones entre Edipo y Yocasta permite afirmar que es posible ocupar el lugar que quedó vacío entre las explicaciones relacionadas con el extremo biológico y las del extremo histórico. Yo propongo una conciliación entre ambos enfoques.

Esquemáticamente, antes de la Segunda Guerra Mundial, predominaba el discurso de los teóricos de la simiente. El medio ambiente, la familia y la sociedad no tenían ningún lugar en el desarrollo de un niño. La semilla era buena o mala y no había nada más que decir. No era necesario conocer la genética para elaborar una teoría sobre ella, ya que los criadores de animales proporcionaban un modelo suficiente. Los médicos de la época medían la talla, el peso, lo que ingresaba en los niños y lo que salía de su cuerpo. Y con eso bastaba para saberlo todo sobre él.

Después de la guerra, se instaló la mentalidad de sostener la posición inversa y pensar que un niño era cera virgen sobre la cual el medio podía imprimir cualquier historia.

A partir de la década de 1970, la etología de las primeras interacciones puso de manifiesto los elementos observables durante la relación entre la madre y el hijo. Cada uno de ellos, al participar en la interacción, se convierte en coautor de la relación.

El problema de la observación directa adquiere importancia fundamental. Las frases habituales: «Es evidente... No valía la pena realizar un experimento para llegar a eso... Bastaba con preguntarles a las madres... Basta ver...» son estereotipos que impiden ver.

Numerosos profesionales de mayor edad cuentan de qué modo en el período de posguerra, en el discurso social se instituían tremendas separaciones. En 1948 se hablaba frecuentemente de niños desamparados.[66] No era raro en Francia por ejemplo, que una madre niña, una pareja en dificultades, una madre enferma o abrumada por las circunstancias vieran que llegaba a su casa un automóvil policial. En nombre de la moral y de la asistencia social, se les quitaba a sus hijos y se los colocaba en el «Depósito» de Denfert-Rochereau y de allí se los enviaba con frecuencia al campo. Varios meses más tarde, el niño desamparado ya no reconocía a su madre cuando esta se presentaba para recuperarlo. El vínculo estaba roto y a veces resultaba difícil de reparar.

En el transcurso de los debates políticos de la década de 1930 surgió un discurso social estereotipado. La izquierda promovía el «aire saludable» con el que se entraba en contacto al esquiar en la montaña o nadar en el mar, mientras que la derecha prefería la virtud de los bosques y los prolongados paseos a pie en medio de la naturaleza. Mediante este debate higienista se justificaban separaciones con frecuencia irremediables. Como no había trabajado la idea del vínculo, la cultura de la época privilegiaba el cuerpo y su medio ambiente.

Sin embargo, en esa misma época hubo algunos precursores que intentaron la aventura de la observación directa, con una mezcla lisa y llana entre la etología y el psicoanálisis. Anna Freud, en 1936, y René Spitz, en 1946, describieron «los efectos de la separación madre-hijo». Myriam David y Geneviève Appel tomaron un compromiso personal en la ayuda de los «niños desamparados». En 1958 John Bowlby reflexionaba acerca de «la naturaleza del vínculo entre el hijo

y su madre». En 1962 el matrimonio Robertson filmaba la desesperación de su propio hijo dentro de una guardería. Françoise Dolto, Margaret Mahler y Melanie Klein, el trío de «psicomamis», popularizaron sus observaciones, lo cual permitió cambiar el discurso cultural. En la actualidad, Caroline Eliacheff toma el relevo sobre todo con el «Grupo de la WAIMH».[67]

El batallón de los observadores directos está muy avanzado en el plano internacional. Actualmente está dividido en dos compañías. Una de ellas, compuesta esencialmente por etólogos, se ocupa de observar y experimentar sobre el modo en que la biología del hijo se articula con la historia de la madre para estructurar el campo de las interacciones. Esencialmente recoge datos conductuales e históricos. La otra compañía, fuertemente psicoanalítica, se pregunta mucho más por «las diferencias entre el hijo observado y el hijo reconstruido [por el relato que el sujeto construye sobre sí mismo]; también por la índole del material obtenido mediante la observación en comparación con el material analítico clásico, y por la observación directa como eventual forma de resistencia ante el psicoanálisis».[68]

Para estos dos grupos que se relacionan e intercambian sus datos, un bebé solo no existe. El infante observable y manipulable no es un ser: es un «ser con en devenir».

En mi opinión, la congregación de los etólogos ha estudiado mejor el desarrollo de las conductas durante las últimas semanas del embarazo. En la naturaleza, la existencia de úteros fuera del cuerpo de la madre, como los huevos, y de úteros a cielo abierto como los de los marsupiales, e incluso los fetos nacidos prematuramente, ofrecen situaciones espontáneas que permiten observar a los pequeños antes del nacimiento. En el siglo XVII se hablaba mucho de *homúnculos*, es decir de hombres que salían de otros hombres, como las muñecas rusas. Esta representación retorna en la actualidad dentro de la corriente sociobiológica según la cual los individuos sólo sirven para transportar los genes a través de las generaciones y por todo el planeta.

Antes del nacimiento

Como todo el mundo, sin duda os habréis interesado por la vida embrionaria de los crustáceos en la cámara incubadora de su madre, y

os habréis preocupado por el desarrollo de las larvas de cucaracha en la ooteca materna. Y habréis podido verificar, entonces, que el desarrollo del embrión, si bien rigurosamente regido por su cronobiología, en cada etapa extrae una información exterior diferente. Estos animalitos demuestran que lo innato sólo puede desarrollar lo que adquiere bajo la presión del medio, con lo cual quedan totalmente descalificados los ideólogos que pretenden separar lo innato de lo adquirido.

La vida prenatal de los polluelos se caracteriza porque la motricidad aparece antes que la sensorialidad. Desde el cuarto día de incubación, se manifiestan algunas sacudidas periódicas, en tanto que los primeros circuitos reflejos sólo funcionan a partir del octavo día. Al comienzo, cada segmento del cuerpo se sobresalta por su propia cuenta. Las patas, la cabeza, las pupilas y el corazón se ponen en funcionamiento, cada uno a su tiempo y sin coordinación. Pero, al final de la incubación, cuando ya han desaparecido las reservas nutritivas de la yema del huevo, el polluelo comienza a menear el pico, con lo cual se resquebraja el cascarón y se prepara la eclosión. Se oye un tintineo prenatal varias horas antes del nacimiento e incluso comienzan a piar y se registran movimientos coordinados.[69]

Esta descripción plantea dos problemas: cualquiera que fuese la especie, la autogénesis es la misma. Cuando las células están suficientemente agrupadas y organizadas para funcionar en conjunto, aparece una pulsión motriz. Cuando se produce la emisión conductual, sirve como percepción para otro organismo análogo y afín. Por lo tanto, se trata de un pensamiento que limitó a la biología a las paredes del cuerpo. A partir de un nivel muy simple de la organización de los seres vivos, los organismos se comunican, cooperan y funcionan en conjunto. La motricidad de uno alimenta las percepciones del otro. Se crea un mundo interhuevos, lo cual explica la sincronización de las eclosiones:[70] cuando los huevos se incuban uno junto al otro, las eclosiones se producen en el transcurso de unas veinte horas. Pero, cuando se los separa al final del proceso, las eclosiones se producen con un intervalo de más de sesenta horas. En un mundo interhuevos, ya hay comunicación y sincronización. Al principio, se armonizan las partes del cuerpo de un solo polluelo y luego, antes de la eclosión, se armonizan entre sí los cuerpos de polluelos distintos, con el fin de llegar juntos al mundo aéreo.

En el caso de los mamíferos marsupiales, la comunicación se produce a cielo abierto entre la madre y la cría, y luego entre crías. E incluso cuando el útero está cerrado, hay comunicación entre la madre y el hijo, y entre el hijo y el mundo exterior.

Cuando se trata del hombre, se manifiesta primero la motricidad, bajo la forma de estremecimientos musculares, en el momento en que aparece el sueño paradójico hacia el séptimo mes de embarazo. En las últimas semanas, ya es posible describir un pequeño repertorio de conductas, estimulado a partir de tres fuentes:

- reacciones autógenas, como los sobresaltos producidos al conciliar el sueño cuyo determinante es esencialmente genético;
- reacciones ante estímulos sensoriales alrededor del vientre de la madre: ruidos fuertes, golpes, temperatura, presión mecánica cuando la madre cambia de postura, o incitación haptonómica bajo la cálida presión de las manos;
- reacciones ante objetos sensoriales ya organizados, como la olfatogustación o la palabra sensorial que, a causa de sus bajas vibraciones, acaricia la boca del niño.

En las ecografías hemos comenzado a observar el modo en que los bebés, hacia el final del embarazo, exploran su pequeño mundo intrauterino: pared uterina, cordón umbilical, mano, pulgar, pie e incluso el órgano sexual masculino,[71] más fácil de asir. Hoy contamos con descripciones muy buenas del funcionamiento de los canales sensoriales antes del nacimiento. Se analiza un catálogo de vías sensoriales en el feto porque esto permite explicaciones más fáciles. Pero en realidad la activación de un sistema sensorial estimula o inhibe otro sistema sensorial. Existen transferencias intermodales cuando una información percibida por un sistema es traducida y procesada por otro.[72]

A partir de la séptima semana posterior a la fusión de los gametos, comienza a funcionar el tacto y se perciben todos los estímulos físicos, las presiones, las vibraciones y los pinchazos. La primera zona receptora del tacto se localiza en el labio superior, luego en la palma de las manos, el rostro, el extremo de los miembros y por último en todo el cuerpo, hacia la decimocuarta semana.

Esta verificación embriológica suscita una primera sorpresa teórica: un organismo establece la primera comunicación con su mundo me-

diante una percepción mecánica de los receptores del tacto y la vibración. Además, este tipo de percepción persiste durante toda la vida. En el caso del adulto, la espalda sigue siendo el lugar privilegiado de los masajes, y la palabra, como vibración ondulatoria, se transforma en presión mecánica en el oído interno. Todas las informaciones mecánicas del tacto, de la palabra y de la caricia convergen hacia el lugar en el cual, sobre la corteza humana, se reúnen las percepciones y las órdenes motrices dirigidas a la boca y la mano. El conjunto boca-mano constituye la herramienta corporal más profundamente humana.

Hacia la undécima semana, el gusto y el olfato se incorporan a la danza sensorial. Se puede estimular la lengua mediante una presión, una fuente de calor o de frío intenso. Pero lo característico es que un estímulo químico provoque una sensación. Una molécula de mentol provee una sensación de frescura, aunque la temperatura no haya variado. Una molécula de amoníaco produce una sensación punzante, aunque jamás haya intervenido una aguja. A partir de la undécima semana, el organismo traduce lo que percibe.

El órgano vomero-nasal, tan importante en el perro y en todos los animales que viven en un mundo poderosamente olfativo, retrocede en las crías humanas a partir de la octava semana, lo cual permite confirmar la hipótesis de Freud y Lacan sobre el retroceso del olfato en el hombre. Pero en el feto todavía funciona en asociación con las papilas, como si el pequeñuelo degustara el líquido amniótico con la nariz. Cuando el feto traga cada día cuatro a cinco litros de líquido perfumado, como el suero, al cual una cocinera le hubiera añadido el sabor de lo que come o respira la madre, se acostumbra al olor del ajo, la lavanda o el pitillo. Por eso los prematuros nacidos a los seis meses hacen gestos de sonreír cuando les depositamos en la lengua una gotita de agua azucarada, mientras que ponen una mueca de disgusto ante una sustancia amarga, con lo cual se prueba que, mucho antes del nacimiento y sin ningún aprendizaje, todos los bebés del mundo poseen el mismo repertorio de gustos y ademanes.

La audición ha sido muy bien estudiada gracias a las posibilidades de los instrumentos técnicos para captarla.[73] Cuanto más aumentan las frecuencias, menos presión producen, del mismo modo que una cuerdita ondulante en forma más o menos amplia produciría un golpe para las bajas frecuencias y un estremecimiento para las altas. Es decir que las bajas frecuencias son bien transmitidas por el cuerpo

de la madre, mientras que se filtran las altas. El mundo acuático está lejos de ser un mundo silencioso, ya que está lleno de los ritmos de la placenta y la voz sorda de la madre. La voz del hombre, llamado «el padre», sólo podría transmitirse si apoyara la boca contra el vientre de la madre y gritara muy fuerte con una voz grave, lo cual no constituye una situación corriente de conversación.

Las vibraciones de la voz estimulan la cóclea como un diapasón ante el cual el pequeño reacciona cuando no duerme. Se le acelera el corazón, a veces cambia de postura y sobre todo se habitúa a esta información: si se emite cada cuatro segundos una señal sonora de 25 decibeles, el feto finalmente deja de reaccionar. Pero, después de un breve intervalo, responderá más rápido al mismo estímulo, con lo cual revela que tiene capacidad para alguna forma de aprendizaje.

La visión es capaz de funcionar antes del parto, aun cuando en la situación natural no tiene la posibilidad de hacerlo. Al realizarse amnioscopías, cuando el médico envía un rayo de luz para iluminar la caverna uterina, el corazón del pequeño se acelera, lo cual prueba que ha percibido una señal luminosa y que esto lo ha conmovido.

El hecho de que la oreja todavía esté cerrada y que los fotorreceptores de la mácula ocular todavía no estén completos no es un buen argumento para sostener que el bebé no percibe nada, ya que puede brincar cuando las vías piramidales que rigen la motricidad todavía están inmaduras y puede gritar, llorar y escuchar mucho antes que su cerebro temporal esté totalmente desarrollado.

Con todo, el aprendizaje fetal es una ilusión porque la memoria es extremadamente breve. Sólo se extenderá cuando se produzca el desarrollo del sistema nervioso, con lo cual resulta totalmente inútil pensar en la creación de universidades intrauterinas.[74] Las dificultades que ya tenemos con los adolescentes, en las universidades extrauterinas, nos incitan a no agregar nuevos experimentos. Lo mismo que no tenemos ninguna prueba de los efectos tardíos de los acontecimientos tempranos. Todo lo contrario; los embriólogos nos indican que si se corta un trozo de embrión y se lo injerta en otro se inducen desarrollos diferentes según la competencia del tejido receptor, como si el impulso vital, muy importante en los primeros tiempos, pudiera llegar a compensar o a recuperar una falencia inicial.

Tampoco sabemos qué es lo que constituye un acontecimiento en la vida de un feto: ¿un ruido? ¿El olor a ajo? ¿Una canción suave? En

ese estadio del aparato psíquico, estamos más cerca de la experiencia del sistema neurosensorial que de la autobiografía. Lo cual no impide que ese estadio sea sin embargo necesario para la aparición de un sexto sentido: el del yo.[75] No se trata de la sensación de ser uno mismo, que es una emoción provocada por la idea que uno se hace de sí mismo, bajo la mirada de los otros. Más bien se trata de una sensorialidad que permite saber qué es uno y qué no lo es.

Despues del nacimiento

Un sistema nervioso no estimulado, no frecuentado, no se estabiliza. Se dispara en todas direcciones. Las interacciones tempranas constituyen los primeros contactos, las primeras huellas sinápticas. Pero serán necesarias numerosas revisiones, numerosas repeticiones para estabilizarlas. Y, todavía mucho tiempo después, se hace posible una corrección cerebral, a tal punto es sorprendente la plasticidad nerviosa.

Además, no todo estímulo deja huella, pues el cerebro no es pasivo y sólo percibe lo que está dispuesto a captar. A la visión humana le traen sin cuidado los ultravioletas, y nuestros oídos no oyen los ultrasonidos. Tenemos la impresión de que las zonas más arcaicas del cerebro son las más intensamente gobernadas por la genética: respirar, comer-beber, dormir, defenderse son los elementos que permiten a las pulsiones extraer del medio ambiente aquello que necesitamos para sobrevivir. Por su parte, el cerebro emocional requiere huellas y recuerdos para modular su respuesta. En cuanto al cerebro reciente, el neocórtex, diremos que está fuertemente influido por las presiones del medio: si un lóbulo temporal, que procesa los sonidos, no percibe ningún sonido, se atrofia. Si un lóbulo occipital, apto para procesar las imágenes, no percibe ninguna imagen, la persona jamás podrá ver los objetos, ¡aunque no sea ciega!

Si bien es cierto que, desde que un recién nacido accede al mundo, ya posee una pequeña reserva de referencias sensoriales a las que se sujeta: las bajas frecuencias de la voz materna, el brillo, el olor y el calor le proporcionarán los primeros materiales para escalar. Por lo tanto, no podemos hablar de período sensible ni siquiera de trauma del nacimiento, aun en el caso de que el niño padezca algún sufrimiento, porque su memoria biológica es demasiado breve. Por su parte, la

plasticidad cerebral es tan grande que durante mucho tiempo siguen siendo posibles las recuperaciones.

Podemos entonces preguntarnos cuál es la función de esos estímulos prenatales. Cuando el recién nacido arriba a su nuevo mundo, tal vez experimenta lo mismo que nosotros sentimos cuando, en un país extranjero, percibimos un rostro familiar, si bien es cierto que existe una «continuidad de la comunicación madre-feto al final del embarazo y una materialización de la comunicación entre la madre y el bebé desde los comienzos de la vida posnatal». [76] Esta continuidad sensorial permite constituir día tras día, gesto tras gesto, la percepción de un mundo organizado. Las categorías perceptivas son binarias, como lo son todos los comienzos del pensamiento: el mundo se diferencia en duro o blando, intenso o suave, brillante u oscuro y, gracias a la memoria reciente, en familiar o no familiar. Cuando se destaca algún elemento, se ponen de manifiesto los objetos de un mundo que, sin esta extensa categorización, no tomaría forma alguna. Cuando todo vale todo, nada tiene valor. Gracias a estas categorías sensoriales, la realidad deja de ser un magma. El bebé puede extraer de ella formas destacadas a las que responde por medio de emociones y conductas.

Desde la electricidad de las células que coordina las respuestas hasta la percepción de una figura materna que pone orden en el estar juntos de dos mundos mentales, todo organismo vivo se aleja gradualmente de los fenómenos de la materia.

El acto de un animal sería una respuesta adaptativa, una inscripción en su medio. Mientras que el acto humano sería una búsqueda exploratoria, una avidez sensorial, un anhelo de significantes. Este razonamiento esquemático sólo es pertinente en los extremos del espectro de lo viviente, puesto que los actos de una cría humana al principio sólo son sacudidas mioclónicas y hay algunos animales que manifiestan intenciones. Mediante voces y gestos, un chimpancé sabe orientar a un hombre hacia el tazón de pasas de uva que no puede alcanzar. Un gato motivado para salir del apartamento se pega contra la parte móvil de la puerta y, mientras maúlla, mira alternativamente el picaporte y el rostro del humano.

En el mundo de los seres vivos, todos los que nacieron de un huevo están obligados a la alteridad. Cuando la reproducción es asexuada, las células se separan y se aglutinan bajo el efecto de presiones fi-

sicoquímicas. La alteridad se hace sensorial cuando el polluelo sigue a su madre y se adhiere al conjunto de estímulos que compone su cuerpo. Pero, a pesar de que pueda brincar, un bebé no acompaña sus voces y ademanes. Entonces sigue con la vista a ese ser fascinante que los adultos llaman «madre», aguza el oído y busca el menor indicio conductual del cuerpo de ese gigante que lo captura para su mayor placer.

La infancia prolongada del hombre y su particular estatuto motor explican por qué un polluelo percibe y responde mediante su motricidad, mientras que una cría humana percibe y alimenta una representación sensorial. Cuando un polluelo percibe y actúa, un bebé busca las percepciones y se las representa. Y, a partir de esas representaciones, alimentadas por percepciones, el bebé humano manifiesta su intención de actuar sobre el otro.

Desde la década de 1970, gracias a la etología, sabemos observar de qué modo un bebé responde a lo que percibe. El estudio de las conductas espontáneas y provocadas permite imaginar su pequeño mundo, del cual hemos perdido la memoria. A partir de las primeras interacciones (esquemáticamente, de menos de seis a más de doce semanas), el bebé vive en un mundo organizado, al cual responde y sobre el cual intenta actuar, mediante sus cabriolas emocionales, sus sonrisas direccionales y sus voces y gestos ya intencionales. El alejamiento material es gradual pero, desde las primeras semanas, podemos observar que, cuando un bebé ya no está sometido a las presiones de la supervivencia (comer, beber, dormir, evitar el escozor...) utiliza lo que percibe para actuar sobre su entorno.

En esta concepción de un mundo presemantizado, las interacciones tempranas nos muestran cómo el bebé, en pocas semanas, pasa de la sacudida al reflejo y luego a la búsqueda sensorial, para explorar su mundo y actuar sobre él, como lo hará más tarde con el lenguaje.

La inteligencia preverbal es primero sensorial. Permite comprender que las percepciones de un bebé no son informaciones neutras depositadas en un recipiente pasivo. Percibe una estructura del mundo y se la representa con el fin de actuar sobre él y encontrar su lugar.

A partir del nacimiento, la función tranquilizadora del tacto es sorprendente. Un recién nacido acostado sobre el vientre de su madre se calma, mientras que basta con interponer un trozo de tela para

que se agite durante mucho tiempo. El contacto de la piel, su calor y olor constituyen un tranquilizante natural que jamás provocará acostumbramiento porque sigue siendo eficaz durante toda la vida. Un niño con pánico se arroja en brazos de la madre. Dos adultos desdichados se aferran uno al otro, mientras que los ancianos moribundos sonríen cuando se les toma la mano.

En el caso del tacto, observamos dos grandes estrategias conductuales. A la mayoría de los niños les agrada, lo buscan y, cuando lo hacen durar, lo transforman en caricia. Mientras que otros se ponen tiesos y tratan de evitarlo, con lo cual ponen de manifiesto, desde los primeros meses, un temor al apego.

Para algunas especies, el tacto no es un sentido privilegiado. Los saurios se patean, los insectos se golpean y los mamíferos comienzan a codificar determinados lugares del cuerpo. El hombre le otorga a la piel un sentido particular, tal vez porque, al no tener pelos, ¿experimenta una sensación extrema? Pero sobre todo porque el tacto participa en la verbalidad en mayor medida de lo que creemos. En neuropsicología no es raro observar sujetos que padecen de afasia óptica:[77] una lesión occipital, postero-lateral izquierda en el caso del diestro, provoca un síndrome parecido a la agnosia visual. El paciente no puede nombrar, ni siquiera designar con un gesto el objeto que ve correctamente. Le basta con tocar el objeto o simplemente imitar su uso, para ponerse en condiciones súbitamente de articular la palabra adecuada. Comienza a hablar cuando toca, en tanto que parecía afásico cuando se contentaba con mirar. Esta disección natural del cerebro prueba que todos los sentidos participan en la palabra y que hemos caído en la trampa del lenguaje cuando, con el pretexto de que nuestra lengua distingue cinco sentidos, creemos que están separados en lo real.

Cuando desconfiamos de esta trampa nominalista, hemos podido observar el olfato desde los primeros días de vida. Hace mucho tiempo que sabíamos que el recién nacido se calma y comienza a succionar cuando se lo coloca junto a un algodón impregnado con el olor de su madre, mientras que se despierta y deja de mover la boca en cualquier otra atmósfera olfativa.[78] Dentro de la óptica sinestésica que organiza nuestras observaciones, cuando a una percepción habitual se le añade una sensación normalmente percibida por otro canal, verificamos una armonización de los comportamientos. De este mo-

do, el análisis en cámara lenta de imágenes en vídeo registradas en el transcurso de la primera mamada, revela una estrategia conductual de la boca y la nariz de una increíble complejidad.[79] En el primer minuto posterior al nacimiento, cuando el bebé siente el olor del seno materno, se calma, distiende las pupilas, adelanta los labios y mastica mientras aspira. Las manos están asociadas al movimiento de la boca, como hará más adelante cuando hable. Advertimos entonces un minúsculo comportamiento, esencial para la succión, apenas observable en tiempo real: el recién nacido, antes de crear en su boca la presión negativa que le permitirá mamar, olfatea el seno, balancea la cabeza en un movimiento exploratorio cada vez más preciso, se detiene ante el pezón y con mucha frecuencia lo lame.

Cuando esta secuencia conductual complicada no puede efectuarse, porque el bebé duerme, porque llora o porque nos precipitamos a introducirle el pezón, esta agresión a pecho armado impide el reflejo exploratorio, y con frecuencia le pega la lengua al paladar. Una conducta de la madre que se origina en su angustia, o en su deseo de desembarazarse de una tarea molesta, puede provocar un trastorno de las conductas alimentarias. Por eso cuando un psiquiatra le dice a una joven madre: «Señora, su bebé rechaza el pecho porque usted intentó seducir a sus padres cuando era niña», esto provoca una carcajada o bien incredulidad. El psiquiatra debería tomarse el tiempo para comentarle: «Su bebé está incómodo cuando lo pone al pecho porque en dos o tres intentos le enseñaron a respirar mal. No pudo familizarse con el pezón olfateándolo, lamiéndolo y luego explorándolo. En su deseo de hacer las cosas bien, usted se apresura, lo que impide la secuencia de estos comportamientos. Usted se precipita porque desea tanto convertirse en una madre perfecta. Y usted ha hecho esta promesa porque ha padecido la indiferencia de sus propios padres».

Este es un ejemplo de cascadas de interacciones que, partiendo de la historia de la madre, le impiden mamar al recién nacido. La succión exige un libreto conductual en el que los dos actores interpreten su papel a la perfección. La primera mamada pone en escena un encuentro en el cual la ontogénesis del recién nacido se articula con la historia de la madre, poco más o menos en la ventana de la nariz, con el menor movimiento de la lengua.

Los otros elementos de la escenografía no son insignificantes. Todo se juega en la escena. Sólo en nuestro lenguaje se ha desprendido

el olfato, el gusto o la interacción de las miradas. Desde que comienza la lactancia, los participantes cruzan miradas y la madre, silenciosa, guía a su hijo. El seno y la leche materna facilitan la aparición armoniosa de todos los canales de comunicación, porque los bebés alimentados a pecho intercambian más informaciones sensoriales que los que reciben un biberón.[80]

Tampoco es imposible que el sabor de la leche materna cree además una sensación de familiaridad, de algo ya visto, ya degustado, al evocar el gusto del líquido amniótico. Porque el gusto está muy próximo al olfato. Sólo los separa el medio aéreo. Y además, degustamos con la nariz una muestra del otro. Algunos catadores son tocadores olfativos con la lengua, como algunos animales tocan con el tubérculo vomero-nasal al palpar con la nariz el objeto por explorar. El encuentro entre el organismo y la sustancia no requiere ningún aprendizaje. Pero en el caso del hombre, está fuertemente impregnado de cultura.

El silencio se convierte por sí mismo en un objeto estimulante cuando se asocia a la vocalización para crear una sensación de ritmo, precursor de los intercambios corporales y verbales. Desde las primeras semanas, cuando la madre habla, el bebé, fascinado por sus palabras sensoriales, no le quita los ojos de encima. Cuando ella disminuye su elocuencia o en su momento se calla cuando pone al niño al pecho, parecería como si el silencio inmóvil de la madre le diera al bebé el tiempo de vocalizar cuando está frente a ella o de mamar cuando está frente al seno. Estas conversaciones preverbales, o más bien, estos diálogos conductuales, les enseñan a los participantes a armonizar sus emociones, a experimentarse en forma mutua. Desde las primeras comidas, el cuerpo se transforma en lenguaje. Este estímulo es un acto total que constituye el ambiente del recién nacido y lo prepara para el encuentro verbal.

Sin embargo, el objeto sonoro es algo muy singular en un mundo humano. Si hacemos sonar una matraca alrededor de un recién nacido, provocamos una crispación en el rostro, logramos que abra los ojos, una respiración irregular y con frecuencia el llanto, pues el sonido de la matraca es una señal de alerta para él. Mientras que una voz de mujer lo calma inmediatamente, más que la de un hombre pero menos que la de su madre, como si el sonido ya no fuera un ruido en el mundo del recién nacido.[81]

Modelado por el diálogo preverbal, aprende muy rápido la forma de lo que escucha, pues la música de la lengua materna imprime en sus estructuras nerviosas una aptitud para percibir determinados fonemas mejor que otros. Por eso los japoneses, durante toda su vida, tendrán dificultades para distinguir entre la *r* y la *l*, mientras que para un niño francés esto constituye algo evidente.

Las primeras interacciones constituyen un período sensible que hace al recién nacido susceptible de recibir un imprinting verbal. En efecto, los niños menores de seis meses reaccionan emocionalmente ante los fonemas prototípicos de su lengua materna, al tiempo que no reaccionan ante los de otra lengua, a los que perciben como ruido. El simple contacto pasivo con la lengua materna durante los seis primeros meses permite a los pequeñitos aprender y localizar las diferentes categorías de los sonidos hablados, como si fueran música.[82] Pero sólo alrededor de doce a dieciocho meses más tarde comprenderán que las estructuras sonoras singulares pueden formar un signo, al atribuirle un sentido acordado a esos objetos sonoros. Este proceso no se observó en los niños autistas, que siguen fascinados, pegados a las palabras de los demás, como si se tratara todavía de un estímulo psicosensorial.

Cuando aplicamos este procedimiento sinestésico al canal de la visión, se puede observar fácilmente que, desde las primeras semanas, un simple cambio de color del contorno de la cabecera de la cama cambia la estructura biofísica del llanto.[83] La maduración rápida de su sistema nervioso le permite al bebé interesarse muy temprano por las formas y los contornos. Percibe primero el contorno, pero desde los dos meses de edad queda cautivado por los elementos internos del rostro (ojos, nariz, movimientos). Habrá que esperar al quinto mes para que pueda diferenciar entre el rostro de un hombre y el de una mujer.[84]

Estos trabajos sobre la competencia básica del recién nacido, comenzados hace alrededor de 20 años, sirven como punto de partida para miles de otras observaciones que precisan mejor el objeto y refuerzan la idea de la sorprendente precocidad de los bebés. La más célebre es aquella que prueba que, desde el segundo mes de vida, un bebé puede imitar los gestos faciales de un adulto.[85] El simple hecho de percibir la gesticulación facial de un hombre que le saca la lengua, provoca en él un contagio emocional que expresa mediante la con-

ducta de sacar también la lengua. No se trata de mímica semántica en la cual sacar la lengua quiere decir: «Me burlo de tu poder». Tampoco se trata de un gesto cuasi lingüístico porque el bebé no sabe dar un palmo de narices ni hacer la V de la victoria. Pero la simple percepción de este gesto desencadena en él una respuesta análoga.

Por último, a partir de esta acumulación de observaciones, surge que las aptitudes del bebé real son muy diferentes de las del bebé reconstruido por la memoria. Las observaciones directas provocan entonces un nítido cambio de actitud: la causa de sus comportamientos se encuentra en su ambiente humano. Desde su nacimiento, el mundo de un bebé está estructurado por la figura de otro.

Cómo se transmite la historia en el cuerpo a cuerpo

Se nos ocurrió entonces una idea que a mi entender es simple y fecunda. Solicitamos a los profesionales presentes en el momento del nacimiento que advirtieran cuál era la frase inicial pronunciada por la madre, cuando por primera vez en su vida se pone en contacto con el bebé y lo toma en brazos. Al mismo tiempo, realizábamos algunas observaciones directas, para ver si esa frase poseía un valor organizador de los primeros gestos. Luego, mucho tiempo después, procurábamos averiguar en qué se habían convertido esos niños y enterarnos de su historia.

Este método, que asocia la observación directa, el seguimiento del desarrollo y la reconstrucción histórica, nos proporcionaba una muestra relacional de adecuado valor predictivo.

Quisiera comenzar por un hombre. El señor Gau..., de 47 años, quedó sumamente fastidiado cuando su joven amiga, de 30 años, le anunció que esperaba un hijo. Acababa de divorciarse en circunstancias dolorosas, sus dos hijos mayores ya se manejaban en forma autónoma, y recibió la noticia con gran abatimiento. «Otra vez lo mismo...cargar con un bebé...». El embarazo siempre fue difícil para todo el mundo, sobre todo cuando la ecografía anuncia la llegada de un varón. Después del parto, la obstetra va a buscar a Gau..., lo lleva hasta la cuna y le presenta... ¡a una niña! El señor Gau... al ver al bebé experimentó la sensación de haber recibido un flechazo. Se le abre el pecho con una inmensa esperanza, y dice: «Tengo exactamente lo

que quería: ¡una hija! ¡Voy a poder darle todo lo que jamás recibí!». Entonces Gau... cuenta su historia. Su padre provenía de una clase social muy desfavorecida, siempre estaba borracho y maltrataba a su familia. A los 15 años, el joven Gau... se vio obligado a huir de su casa. Se casó a los 19 con la primera mujer que se le cruzó. Sumamente ajetreado con el trabajo, no tuvo tiempo de sentirse padre de dos varones que por lo menos se desarrollaron bien. Después del fracaso del divorcio, cuando su nueva pareja dio a luz a una niña, Gau..., con más años, más tranquilo, menos trajinado por la vida, finalmente pudo sentirse padre y capaz de vivir un deseo profundo, encubierto por las urgencias cotidianas: hacer feliz a una niñita. Por fin tenía una bebita que lo esperaría todo de él. Gracias a esta niña, la vida tendría sentido, podría convertirse en una persona feliz. En suma, podría reparar su infancia.

Casi al mismo tiempo, el flechazo desencadenó una angustia insoportable: «Es la primera vez en mi vida que amo con tanta intensidad. Sería terrible que la perdiera...». Desde ese momento, el señor Gau...no pierde de vista al bebé, vigila a su mujer, la acosa, la aconseja sin cesar. Lee todos los libros, interroga a los médicos e impulsa a su mujer a salir a jugar al tenis, puesto que «¡ella es tan joven»! Entonces Gau..., torturado de angustia y pletórico de felicidad, queda solo con la niñita y entabla un placentero apego ansioso.

La ontogénesis del niño comienza en la historia de su padre. Apenas llegado al mundo, un recién nacido hereda el problema de sus padres. La condición de los bebés humanos es de tal índole que casi siempre deberán cargar con el problema de otro.

La señora Lem... padeció enormemente, durante su infancia, el maltrato que le infligían sus padres. Cuando, después de una única relación sexual, se da cuenta de que está embarazada, piensa: «Quiero ese bebé para mí», y se aleja del padre. Sola, analfabeta y sin trabajo cae en una profunda melancolía. Cuando su hijita llega al mundo, la señora Lem...estalla en sollozos e insulta a la partera: «¡No se da cuenta de que tiene ganas de morirse!», será su primera frase.

Durante los días siguientes, dice: «Sueño con estar encerrada, sola con ella; seríamos felices». También expresa: «Todos los que amo mueren... No quiero llevarla a la guardería porque allí se sentiría abandonada... No quiero que hable, porque la palabra la alejaría de mí... No quiero que vaya a la escuela, porque me abandonaría...». Es-

tas frases de los primeros días no son comprendidas por el bebé, pero de todas maneras poseen un valor predictivo del modo en que la madre ha de estructurar el campo sensorial que modelará a la niña. En cada acontecimiento de su vida, estos enunciados actuarán sobre ella.

Más tarde, cuando la niña se propuso separarse de su madre, este signo de salud provocó en la mujer una reacción ansiosa y agresiva. Cuando la niñita intentó la aventura de las primeras palabras, la madre prorrumpió en llanto. Cuando la niña entró en la escuela, la madre quedó pegada contra la reja.

Con frecuencia las primeras frases permiten predecir el modo en que se organizarán las interacciones cotidianas y las respuestas ante cada acontecimiento:

– «Este bebé me tiene ojeriza...»
– «Se parece a mí, es terrible...»
– «Ya me desilusiona...»
– «Cuando salió, vi el rostro de mi padre entre mis piernas...»
– «No me atrevo a tocarla, es sagrada...»
– «Es un rayo de sol, es el hombre de mi vida...»
– «Vamos a ser compinches los dos...»
– «Esta niña va a amar la vida...»
– «Quiero otro bebé, mejor que este. ¿Me harás otro?...»
– «Tiene la mirada fría...»
– «Es un maravilloso Buda en miniatura...»
– «Déjame sola con ella. Vete...»

Todas estas frases pronunciadas, y otras más bonitas, más alocadas, más terribles o maravillosas, están arraigadas en las representaciones de la madre. Pero esas representaciones no caen del cielo. Son el resultado de su historia y su contexto actual, afectivo y social.

La señora Laou... amaba muchísimo a sus cuatro hijos, nacidos en Argelia. Cuando su marido encontró trabajo en Toulon, ella tuvo la sensación de caer en un agujero negro. No comprendía ni la lengua ni los rituales y se desesperaba pensando en su familia y sus amigos que quedaron en Argelia. El hecho de haber quedado embarazada, a poco de llegar, constituyó una catástrofe adicional. Eligió para la niña el nombre «Fathma», que evocaba muy bien su país. Pero, cada

vez que pronunciaba ese nombre, apretaba los dientes y se ponía triste pensando en el paraíso perdido. Luego se adaptó y tuvo cuatro hijos más. Pero sólo con uno la relación fue muy difícil. Fathma, después de haberse comportado en forma anormalmente afable para seducir a su madre y ganar su afecto, se convirtió en una adolescente infernal.

«¿Por qué decimos que un bebé se porta bien? ¡Se porta bien cuando se lo portó bien!».[86] Se lo portó bien cuando su portador se porta bien. El contexto afectivo y social del portador desempeña un papel fundacional en la constitución del sentido que la madre atribuye al recién nacido: «Desde su nacimiento, Cecilia me decepcionó. Tenía el cabello rizado y no sonreía. Su llanto me angustiaba. No la cargaba en brazos. A la primera ocasión, la depositaba en la cama... pero cuando tuve a Anna [la segunda] fue como una declaración de amor. Yo reconocía su tipo de llanto y la calmaba inmediatamente. Me daba mucho placer hacerla feliz...». Estas frases organizaron campos interactivos observables muy diferentes que han modelado a las niñas, al rechazar a Cecilia y calmar a Anna. Cada niña nació en un contexto afectivo e histórico diferente: «Estuve mal antes de quedar encinta de Cecilia... ella le sonreía al padre y se dormía en sus brazos... yo estaba celosa... me casé con Michel para no estar sola... yo padecía una excesiva angustia...». «Anna llegó cuando yo tenía 22 años; después de la muerte de mi padre biológico... mi madre me dijo: "es tu padre". Yo creía que era un amigo de la familia. Le dije a mi madre: "Debiste decírmelo antes. Yo hubiera amado a ese padre..."». Después de esa revelación, la joven se sintió aliviada de no ser la hija de un padre al que no amaba. Cuando Anna llegó al mundo, en ese contexto histórico, adquirió para su madre el significado de una renovación afectiva, como si la llegada del bebé hubiese significado: «A partir de hoy, puedes amar como quieras».

Los libretos que atribuyen sentido al niño son innumerables y cuentan esencialmente relatos históricos, afectivos y sociales. «Sólo intercambio agravios con Sandrine. La detesto. Le tiro de los cabellos porque su presencia me impide abandonar a su padre», decía una comerciante, muy estimada. «Sólo me siento madre cuando estoy sola con un bebé. Si mi marido quisiera cumplir su rol de padre, debería irse. Mientras él está, no experimento ningún placer con un hijo...».

«Como nació antes de tiempo, Gérald me robó el último mes maravilloso de embarazo. Yo siempre lo quise, desde el primer día que lo pusieron en mis brazos». «El segundo [hijo] siempre me produjo angustia. Yo estaba embarazada mientras esperaba la muerte de mi madre [mal de Alzheimer]. Cuando nació, entré en pánico. Tardaba mucho en comer. Yo llamaba todo el tiempo... el mayor se levantaba solo, como yo quería... Desde que lo adoptaron [al segundo], mi angustia desapareció. Estoy menos maníaca. Tomo el avión, hago giras campestres...».

Todos los factores se conjugan para dar sentido. No es por haber sido una embarazada feliz que una madre se encariña automáticamente. A veces incluso la angustia proporciona un buen vínculo afectivo: «Con Sylvain, me dijeron: "No te inclines sobre la cuna, porque se pone caprichosa...". Con la segunda, el embarazo fue tan difícil que yo misma decidí [las condiciones del parto]. Nació vestida. Estaba espléndida con su capucha azulada... Desde la primera mirada pensé: "Nos vamos a entender las dos... y eso continúa desde hace quince años"».

Contrariamente a lo que podría pensarse, algunos embarazos no deseados pueden desembocar en un amor intenso: «Yo no quería traer hijos al mundo, pero cuando vi su belleza, su perfección, su piel de melocotón... me quedé 24 horas admirándolo... Nuestra relación siempre ha sido fácil». «Yo no deseaba ese embarazo. Todo se desplomaba en torno a mí: mi marido que se fue [muerto], mi vida social sin rumbo. Cuando el bebé llegó, se convirtió en mi rayo de sol...».

La atribución de sentido no es automática. No podemos decir que una causa provoca un efecto, ya que un mismo acontecimiento puede adoptar mil sentidos diferentes según la historia y el contexto de la persona que lo vive.

Todos los bebés nacen bajo la influencia de algo. Pero «la temática conflictiva no se transmite por una aureola... debe articularse en gestos, actitudes, miradas concretas, como más tarde se inscribirá en el lenguaje como instrumento de la interacción».[87] Las representaciones maternas que estructuran la concreción de gestos, actitudes y miradas tienen su origen en la historia privada de la madre y su contexto afectivo, pero también son constantemente prescritas por el mito del grupo. No se le da al bebé el primer baño con los mismos gestos y los mismos objetos en el caso de los bambaras, los parisinos, los argelinos o los mexicanos. Cada relato mítico cuenta cómo se debe asear a

un recién nacido. Entre los bambaras, el mito dice que de esto debe encargarse la abuela. Para ahuyentar a los malos espíritus, debe limpiar todos los orificios y soplar dentro,[88] luego lanzar al aire a los pequeñitos para que no se vuelvan miedosos, puesto que para ellos el coraje físico sigue siendo un valor. En México, el mito dice lo contrario, y antes de asearlos las madres tapan con algodones los orificios del cuerpo del bebé para impedir que los malos espíritus se cuelen por allí. En Occidente el mito pasteurizador ha cobrado tal centralidad que los hisopos representan el arma de la lucha contra los microbios que míticamente se caracterizan como un equivalente de los geniecillos (*djinns*), malos espíritus occidentales a través de los que llega el mal.

El discurso consciente está justificado por la higiene, mientras que el primer aseo es un ritual alimentado por la estética y lo sagrado en el que las madres expresan sin saberlo su propia idea del mundo.

En todo esto está inmerso un recién nacido. Desde el primer minuto, cae en un mundo estructurado por los relatos de su madre y de su cultura, y configurado por gestos, actitudes, ademanes y extensos libretos conductuales cargados de sentido.

A las conductas fisiológicas universales, como la respiración, la deglución, el sueño y la excreción, se añaden desde el primer minuto comportamientos semióticos, que constituyen signos y colocan alrededor del niño coacciones evolutivas, verdaderos tutores del sentido.

Otra vez hemos olvidado al padre

En este nivel del encadenamiento de las ideas, es muy habitual oír: «Y el padre...¡Otra vez nos olvidamos del padre!». El lugar del padre sólo es fácil de definir si nos negamos a frecuentar o consultar a los historiadores. El padre es «el que hizo al niño» hoy, en Occidente. Para un romano, la evidencia es muy diferente, porque el padre es el que adopta al niño. En África, con frecuencia es el hermano de la madre; en el Lejano Oriente a veces es el abuelo y en América Central, entre los afronorteamericanos, ocurre que se trata de un equipo de hombres.

El padre precoz [el que establece con el niño la primera relación] que acaba de surgir, todavía es más difícil de definir, en la medida en

que no llega al mundo en cualquier parte. Lo encontramos sobre todo en Europa, en las familias de docentes y de asistentes urbanos. En ese medio prolifera más desde la década de 1970.

En los estudios sobre las primeras interacciones entre padre y bebé, se habla mucho de diálogo fásico.[89] No es difícil describir el comportamiento de esos hombres, llamados «padres» cuando se ocupan de sus hijitos.

Las estructuras sensoriales y conductuales tienen el mismo estatuto que el de las madres, porque se trata de actitudes, gestos y ademanes descritos por la fisiología y la semiótica. «El padre es primero una madre»,[90] pero las estructuras sensoriales que componen el medio ambiente del bebé adoptan rápidamente formas diferentes según el sexo del interactor. En conjunto, las mujeres son más viso-vocales y los hombres más táctilo-cinestésicos. Lo cual quiere decir que las mujeres sonríen y vocalizan más que los hombres, pero estos tocan y mueven más a los bebés. El bebé sostiene diálogos preverbales diferentes según el sexo del preinterlocutor.

Estos diálogos diferentes producen efectos observables, en lo inmediato y más adelante. En forma esquemática, las madres parecen más tranquilizadoras y menos nutricias. Mientras que los padres parecen más estimulantes y mejores proveedores. En conjunto, esas diferencias de efecto son mínimas, mientras que los estilos de interacción son diferentes. Por una sencilla razón, los bebés que todavía no han adquirido la estabilidad interna se adaptan a todos los ambientes, siempre que les resulten familiares, sobre la base de su corta memoria.

Al principio los investigadores afirmaron que no había diferencia entre los hombres y las mujeres precoces.[91] Pero al precisar el objeto, refinar el método y al crear situaciones de reconocimiento, como las situaciones extrañas o las separaciones y reencuentros,[92] se pudo hacer observable que los bebés no reaccionan de la misma manera en un ambiente masculino y en uno femenino. En términos generales, se muestran más serenos en un medio femenino y con mayor actitud de exploración en el masculino.

Por lo tanto, el ambiente temprano tiene una estructura sensorial diferente según el sexo del adulto, y los efectos diferidos son diferentes según el sexo del niño. A los quince meses, los varones criados en un ambiente paterno tienen actitudes exploratorias muy desarrolla-

das, pero las niñas parecen menos sensibles a las presiones sexualizantes del medio, porque una niña criada en un medio paterno no presenta muchas diferencias con otra educada en un ambiente materno.

Los efectos diferidos de los padres precoces consisten en que mejora el desempeño social exploratorio y lúdico de todos los niños, especialmente de los varones, y disminuyen los resultados escolares.[93] El estilo socrático de los padres[94](«Ya ves que sabías hacerlo») se diferencia de la estrategia de las madres que oscilan entre Blanca Nieves y la Cenicienta. Blanca Nieves dice «vamos a cantar todos mientras hacemos los quehaceres», en tanto que Cenicienta propone «vete al baile que yo me encargo de la vajilla».

El bebé es pensado, sentido y manipulado de manera distinta según el sexo del progenitor y los estereotipos de su cultura. Pero el niño, pequeño actor, percibe, selecciona y experimenta ese campo sensorial según las modalidades de su propio sexo.[95]

Probablemente la sincronización de los sexos parentales es la que crea el campo sensorial que modela al niño: una madre observada por su marido vocaliza menos en dirección al bebé. Y un padre observado por su esposa se interesa menos por él. Por eso, en un medio ambiente espontáneo, la distribución afectiva y cultural de los roles sexuados en el transcurso de las primeras interacciones proporciona el impulso inicial para la socialización preverbal de los pequeños. Existen cuatro situaciones espontáneas en nuestra cultura: 1) la madre que educa sola a su hijo; 2) la madre y el padre asociados en las primeras interacciones y cuyos actos son indiferenciados (cada uno puede hacer lo que hace el otro); 3) la madre y el padre asociados, pero diferenciados (yo hago esto y tú haces esto otro), y 4) algunos padres solos. Cuando se observan en las guarderías, sobre la base de esta grilla, los comportamientos de socialización de los niños, se verifica que quienes se socializan mejor en esa institución pertenecen a la población que tiene madres y padres asociados y diferenciados.[96]

En realidad, no es necesario buscar una causa que provocaría un efecto. Es preferible estudiar en torno del niño una red de causas múltiples que disponen las mallas y tutores del desarrollo donde las fuerzas interiores del pequeño lo impulsarán a formarse.

De la infinidad de trabajos sobre los padres precoces, en un contexto cultural en el cual nos lamentamos de su falta de presencia, se

extraen muy pocas informaciones fiables. La ausencia física del padre no impide que un niño se desarrolle. Algunos hijos de navegantes tienen un padre más presente cuando se encuentra de viaje, porque se habla de él todo el tiempo. A veces, al volver a tierra firme, ensombrece su hogar con su presencia física.[97]

Cuando el padre desempeña un papel maternal, el niño se desarrolla bien, pero convengamos en que un padre, para serlo, primero no debe ser madre. Esta diferencia perceptiva probablemente crea en el niño un fuerte impulso hacia la vida psíquica. En el momento en que el niño se pregunta «¿por qué hay dos sexos?», accede al mundo de las representaciones. Lo que equivale a decir que el padre precoz tal vez no tiene nada que ver con el padre perdurable. La permanencia del padre en la verbalidad cambia la estrategia relacional del niño, como si le dijera a su madre: «Ayúdame» y a su padre: «Ayúdame a hacer las cosas por mí mismo».

El período sensible y la locura de los cien días

Es difícil establecer el valor predictivo de las primeras interacciones. Durante la década de 1980, los profesionales relacionados con el nacimiento disputaban acaloradamente a propósito de un trabajo en el que se sostenía que «después del nacimiento existe un estado psicoafectivo particular que define un período sensible durante el cual el vínculo madre-recién nacido se establece de manera óptima».[98] Otras publicaciones sacaban la conclusión de que si se prolongaba en unos cuantos días después del nacimiento el período de contacto entre la madre y el bebé, mejoraba el vínculo afectivo durante muchos años. Esos pediatras sostenían que un aumento de las primeras interacciones durante el amamantamiento permitía observar, años más tarde, un mejoramiento de la proximidad afectiva.

Estos trabajos fueron criticados por sus propios autores, quienes reconocieron que habían sobrestimado la importancia de las primeras interacciones.[99] Tal vez, simplemente, el problema estaba mal formulado: un período sensible no crea forzosamente una impronta perdurable. En el caso de un polluelo, si se produce un acontecimiento en el transcurso de un período preciso del desarrollo de su organismo, que se encuentra hiperreceptivo por la secreción de un neurome-

diador de la memoria, ese hecho crea una impronta prolongadamente perdurable.[100] Pero es necesario aportar una información filética que matiza fuertemente la lección que provee este modelo: cuanto mayor capacidad adquieren los cerebros para procesar informaciones no percibidas en lo inmediato (memoria, anticipación), más lento se hace el desarrollo del organismo y más se diluye en el tiempo la sensibilidad ante los datos. Si bien el concepto de fase crítica no se utiliza en el caso humano,[101] puede recurrirse al de sensibilidad variable ante los acontecimientos porque la aptitud para los aprendizajes se modifica con la edad. La irrupción del lenguaje se produce siempre entre los veinte y los treinta meses, cualquiera que sea la cultura en la que esté inmerso el niño. La pérdida de la madre no tiene de ninguna manera los mismos efectos biológicos y psicológicos si se produce en el caso de un bebé, de un adolescente o de un adulto.

¿Podemos proponer la idea de que la ontogénesis emocional del hombre crea sensibilidades variables? La avidez perceptiva del bebé engendra el primer nudo del vínculo que, sin ser una impronta, es indispensable para preparar el segundo. Los prematuros o los bebés abandonados y aislados que no establecen ese primer lazo en el momento previsto, se las arreglarán más tarde. Después de un breve período de desorganización, recuperan la demora.

Esta propuesta no es posible en el mundo de un polluelo, en el que la adhesión afectiva sólo puede producirse durante un período preciso del desarrollo biológico. En cambio, para el caso del hombre, en el cual el proceso es neoténico, particularmente lento y prolongado, tendríamos que formular la idea en forma diferente, haciendo referencia mayormente a los cambios de sensibilidad para las adquisiciones según la especie, la edad y el contexto. Miles de otros determinantes de índole diferente permitirán corregir el trastorno... o lo agravarán. En Europa, durante mucho tiempo, el mito de la lucha contra nuestros aspectos animales, recomendaba a las madres envolver totalmente a los bebés con fajas bien apretadas desde el cuello hasta los pies. Este consejo debía constituir para los niños una enorme limitación, porque perdían el aspecto tranquilizador de la motricidad. Sólo les quedaba la boca para gritar. Algunos psicoanalistas han utilizado esta costumbre para explicar la constitución de los caracteres nacionales: «las personas parecen al mismo tiempo aisladas y expansivas. Es como si cada individuo estuviera extrañamente

aprisionado dentro de sí como en una picota de emociones bajo presión... ¿El alma rusa está envuelta en fajas?».[102] La costumbre de fajar era la misma en Florencia, como puede verse en los escudos del hospital de los Inocentes. Apretadamente fajados estaban los recién nacidos de Vic-sur-Seille pintados por Georges de La Tour, del mismo modo que los niñitos rusos. El alma italiana se encuentra lejos de «estar fajada» y para referirse a los niñitos franceses por lo general se habla de su espíritu desbocado.

Un bebé no puede apegarse a un trozo de hielo, a una lámina ardiente o a un paquete de agujas. Es necesario que se establezca un puente sensorial entre él y el adulto materno para que puedan alimentarse mutuamente. Pero el adulto sólo puede tender un puente si el bebé lo recoge. El momento privilegiado en el que los ganchos se traban mejor está constituido, de parte del bebé, por su avidez perceptiva y, de parte de la madre, por «la locura de los cien días [...], preocupación maternal primaria que experimenta un verdadero paroxismo emocional a los cien días».[103] La metáfora de los «cien días» corresponde a una fuerte emocionalidad, a un momento intenso experimentado por la madre que acaba de dar a luz. Con este estado de hipervigilancia, presta tal atención a su bebé que queda cautivada por el menor indicio de su cuerpo y, gracias a esta extrema sensibilidad, puede impregnarse de su hijo y conocerlo bien en el transcurso de esos meses.

A partir de su nacimiento, el niño puede impregnarse de todo lo que ocurra en ese puente sensorial: el olor, el calor y sobre todo la vocalidad de las palabras maternas. Puede llegar a familiarizarse con cualquier ambiente que lo estimule y lo tranquilice. Para él, la madre es el objeto más significativo. Pero puede calmarse al percibir el contorno de su cama, el conducto de goma que le pasa por el estómago y que succiona en el hospital, o el ruido de un aeropuerto cercano que impide dormir a sus padres.

El paroxismo materno se aplacará bajo los efectos de la rutina, de la fatiga y de su reintegración al ámbito de sus amigos y relaciones sociales, externo al bebé. Progresivamente se estructura una forma estable, permanente, que ha de caracterizar la espiral transaccional, la manera en que la madre y el niño establecen sus relaciones.[104]

Por el lado del niño, el final de los cien días se descubre mediante dos indicios conductuales: la percepción discriminadora del rostro y la aparición de pequeños libretos intencionales.

Un bebé ciego se desarrolla completamente bien sin haber visto jamás el rostro de su madre. Pero la percepción de ese rostro sirve como elemento de atracción y facilita el desarrollo. El bebé ciego experimenta un efecto idéntico por medio de atractores no visuales como la vocalidad, el olor y un estilo de conducta de la madre.

La ontogénesis de la percepción del rostro comienza desde el nacimiento cuando el recién nacido percibe una cara que Picasso ha pintado sin saberlo. El brillo y el movimiento generan progresivamente la percepción de los contornos pero, «a los dos meses de edad, las cosas cambian: la atención visual de los bebés ya no resulta atraída por el nivel de energía de un patrón, sino por su forma».[105] A esta edad, el rostro de la madre es privilegiado, sin ser memorizado en forma permanente.[106]

Desde las primeras horas de vida, los bebés pueden imitar algunas muecas faciales. Pero cuando el psicólogo saca la lengua y el bebé hace lo mismo como respuesta, ¿lo está imitando? Cuando le acercamos un lápiz a la cara, el bebé también saca la lengua. ¿Tal vez en el mundo del recién nacido la protusión de la lengua del psicólogo o el acercamiento del lápiz constituyen un análogo perceptivo del pezón?

En cambio, cuando a partir del tercer mes, un bebé reconoce el rostro de su madre, en una fotografía o en la pantalla del televisor, la identifica a ella misma porque su imagen provoca una fijación visual y una búsqueda de la mirada. Prefiere ese rostro a cualquier otro.

La coincidencia entre la finalización de los cien días maternos y la preferencia de su rostro de parte del bebé también puede estar coordinada por un cambio de estrategia interaccional. En ese momento, las relaciones entre la afectividad y el desarrollo psicomotor podrían describirse en tres etapas:[107] 1) la mimetización afectiva, una especie de sincretismo indiferenciado en el cual el bebé experimenta al otro por contagio emocional; 2) un sincretismo diferenciado, cuando el bebé hace lo mismo que el otro, para imitarlo, y 3) un transitivismo cuando se vuelve capaz de hacer «como si», es decir de producir una representación gesticulada o verbalizada, con el fin de actuar sobre las representaciones del otro.

El paso a la segunda etapa se identifica hacia el tercer mes, cuando el bebé deja de ser lo que es el otro para ser-con el otro. El paso al «como si» se identifica un poco antes del segundo año, cuando el niño

sepa utilizar el lenguaje de los gestos, de las palabras y de la pantomima.

Cuando, hacia el tercer mes, estimulamos al pequeño con muecas y juegos del «cuco» responde con una gozosa agitación de voces y brincos. Esta cadencia constituye un intercambio emocional, una especie de «giro emocional», como más tarde tendrá un «giro lingüístico». A partir de ese instante, cambia su manera de estar en el mundo. Hacia el tercer mes, deja de estar dentro para estar con...

Esta semiología de los cien días permite identificar el final de las primeras interacciones, cuando la madre nuevamente mira hacia otro lado, porque ya está menos hechizada con su pequeño. Al mismo tiempo, el bebé reconoce su rostro y lo distingue de aquellos que lo rodean. Descubre que puede seguir siendo él mismo en contacto con los demás.

Para aquellos que tienen una mente verdaderamente experimental, convendría suprimir los cien primeros días con el fin de observar los efectos de la privación. Cuando Alphonse Allais, que es un gran científico, verificó que en los accidentes ferroviarios los primeros vagones son los más afectados, propuso suprimir todos los primeros vagones para impedir ese avatar de la suerte. Y tenía razón porque, cuando un ser vivo llega al mundo y una catástrofe natural lo priva de los cien primeros días o los altera, los cien días siguientes ¡ya no serán los primeros! Este tipo de razonamiento matemáticamente absurdo está bien fundamentado desde el punto de vista biológico, porque el organismo no atribuye el mismo significado biológico a la misma información, cuando la percibe durante los primeros días o en el curso de los días posteriores. El tiempo biológico del organismo, al procesar en forma diferente una misma percepción, modifica su efecto: un ruido enviado en tiempo T no será percibido de la misma manera y no tendrá los mismos efectos que en el tiempo T'.

Las primeras experiencias

El poder enfermante del estrés y la virtud curativa del bienestar son conocidas desde hace mucho tiempo, pero lo que cuenta para el problema que nos ocupa es el efecto de una experiencia en el curso de los primeros días de vida.

Esta cuestión resulta más fácil de tratar en el caso de los animales que nos permiten comprender que, cuando se produce una alteración temprana en sus interacciones, responden con un trastorno en la formación de las conductas, con malos aprendizajes y modificaciones metabólicas. Los inunda la cortisona que segregan, la cual les ablanda los músculos y los hincha. Ante el menor problema ulterior, reaccionan con tetania, que es una suerte de calambre muscular difuso. Este fenómeno constituye un drama para los criadores, porque la carne de estos animales adquiere un gusto ácido que hace bajar su precio.

La calidad de las primeras relaciones madre-hijo en los criaderos facilita la socialización ulterior de las crías que aprenden a orientarse hacia sus congéneres. La simple percepción de un congénere familiar posee un efecto tranquilizador. Cuando se traslada a los animales de criadero en un grupo familiarizado por interacciones tempranas, los efectos del estrés o de la frustración se soportan mejor: «De modo que la pertenencia a un grupo social protege a los sujetos de los efectos estimulantes de la frustración».[108]

La idea que surge de estas observaciones conductuales y biológicas es que las relaciones del animal con el medio ambiente dependen de su pasado. Los animales no tienen historia, en el sentido de que no hacen el relato de su vida, pero las huellas del pasado generan una aptitud conductual que se manifestará en ellos en forma perdurable.

Ya hemos visto que cuando los criadores comparan una población de corderos aislados desde su nacimiento con otra, familiarizada en el transcurso de interacciones tempranas, verifican que los dos grupos para nada reaccionan de la misma manera ante un mismo acontecimiento. Muchos meses más tarde, cuando se los coloca en una situación extraña al hacerlos entrar en un terreno desconocido, los corderos alterados tempranamente vocalizan menos, sus movimientos son más lentos y permiten que se los deje en la periferia, lo cual en un medio natural constituye un factor de riesgo porque este aislamiento los expone a la acción de los depredadores.

Pero sabemos que, desde los primeros días e incluso hacia el final del embarazo, el mundo de las crías humanas no es el mundo de los corderos. En el mundo humano la palabra y el rostro son objetos sensoriales particularmente significativos. Cuando el objeto materno se deprime, cambia de forma y el pequeño no adquiere las mismas ap-

titudes. Este enunciado, verificable mediante observaciones sincrónicas, se convierte en cada vez más falso en el curso de observaciones diacrónicas a causa de dos factores decisivos de corrección: la lentitud del desarrollo del sistema nervioso que permite las recuperaciones, y la preparación para el lenguaje, que incita al cambio de mundo.

Durante las observaciones sincrónicas, todo objeto significativo percibido por el bebé se convierte en un atractor y organiza sus comportamientos. Al analizar simplemente los intentos de aprehensión temprana de un objeto situado a treinta centímetros en un bebé de seis semanas, observamos un libreto de atención cautivada. En esa situación natural, la cabeza y el tronco se orientan hacia el objeto, cualquiera que sea su posición en el espacio. A las seis semanas, advertimos que acerca los hombros, las manos y los pies en dirección al objeto. El rostro es un elemento particularmente sugerente. El bebé orienta su mirada hacia el objeto y puede fijarla durante dos o tres minutos, con gesto adusto. El adelantamiento de los labios y de la lengua aparece en ese momento, lo cual prueba que el niño no imita verdaderamente, sino que responde a un objeto que le interesa. Este adelantamiento no se observa en las videocintas familiares de los niños autistas. Muchos años más tarde, cuando el diagnóstico se hace evidente y se les pide a los padres que traigan las videocintas de Navidad o de algún aniversario, no se observa ese minúsculo movimiento de los labios, de la lengua y de los hombros que da testimonio de un inicio de anticipación.[109] Este método artesanal permite observar directamente un acontecimiento ocurrido hace muchos años y que jamás se habría recordado si la familia no lo hubiera filmado.

Una vez que contamos con una descripción estandarizada sobre una población testigo, podemos introducir una variable y pedirle a la madre, por ejemplo, que mantenga el rostro impasible:[110] en los segundos siguientes, el comportamiento del bebé cambia completamente. Durante un breve lapso, continúa orientándose hacia ese rostro que ya no quiere decir nada.

Sin respuesta, se vuelve hacia el vacío, luego retorna a ese rostro extraño, luego hacia el vacío... Entonces se retuerce las manos, aumenta las actividades centradas en sí mismo, se succiona los labios o un dedo, desvía la mirada, se pone serio, como vacío, y de pronto pone tieso el tronco.

Un bebé solo nunca pone de manifiesto este libreto conductual. Se interesa por las señales luminosas, coloridas, sonoras o por el movimiento de sus manos. Su mundo está poblado de acontecimientos sensoriales apasionantes.

Pero, cuando su madre está copresente, se vuelve un atractor de su psiquismo y el bebé organiza su mundo en relación con ella. Cuando la mujer responde cándidamente con sus juegos, gestos o actividades, el mundo del pequeño se expande y se intensifica. En cambio, cuando ella está copresente y no responde, el niño no puede siquiera organizar su mundo. No puede ni jugar solo, ni encontrarse con el otro, ni estar solo, ni coexistir... Como si quedara fascinado por un atractor extraño y vacío.

También la madre puede sentirse descorazonada o fatigada con un bebé que no responde, como esos niñitos que no se adaptan, evitan la mirada o no responden a los estímulos, con lo cual se crea un desinterés mutuo.[111]

El error puede provenir de una deficiencia en cualquier punto del sistema: bebé enfermo, madre depresiva porque su marido la hace desdichada, porque a causa de su historia teme a los bebés, porque la sociedad le impone engendrar un bebé y le impide ocuparse de él... Como atractor del psiquismo sensorial de su hijo, la madre es una encrucijada, un conjunto de presiones que convergen hacia ella.

Cuando se deprime, crea un objeto que deja vacío al niño. Si el trastorno no dura mucho tiempo, el bebé puede hacer una reparación con la primera sonrisa, cuando la madre se pone cálida y se constituye en fuente de vida. También puede mejorarse en la guardería, en su cofradía o comunidad o en contacto con un animal familiar. «Las interacciones sociales se producen con frecuencia entre individuos que tienen aproximadamente la misma edad, la misma talla, la misma experiencia, las mismas aptitudes sociales y las mismas necesidades psicológicas».[112] Por eso los bebés frente al espejo se desentienden un poco de su madre para deleitarse con su propia imagen y por eso mismo los compañeritos o un animal familiar pueden suplir una deficiencia materna.

Sin embargo, si bien «existe incuestionablemente una relación entre la depresión de la madre y los trastornos emocionales del niño»,[113] no todos los bebés poseen la misma capacidad de reparación. Tal vez porque la prolongación de los trastornos de la madre constituye un

factor de agotamiento de las defensas conductuales del niño. Se ha observado a una población de mujeres que padecían una depresión posparto.[114] Los factores para predecir la depresión eran esencialmente históricos y sociales: antecedentes, experiencias repetidas y mala adaptación social. También existía un factor biológico: la tasa de estriol. Todos los hijos de estas madres deprimidas manifestaron comportamientos desorganizados, cuando la mujer se alejaba y cuando volvía. Pero cuando su madre mejoraba, en pocas semanas los bebés se convertían en pequeños exploradores.

En cambio, dentro de la muy reducida población de madres que permanecieron deprimidas durante mucho tiempo, hubo catorce veces más trastornos conductuales que en el grupo testigo. La prolongación del padecimiento de la madre altera las defensas conductuales del bebé. Lo cual no quiere decir que más adelante el hijo adulto no pueda encontrar otras maneras de protegerse. Incluso no es imposible que un padecimiento impulse al hijo a desarrollar sus facultades de empatía y creatividad que constituyen las aptitudes humanas más nobles.

No todos los bebés reaccionan de la misma manera cuando la madre está enferma o cuando simula un padecimiento.[115] Algunos se quedan petrificados cuando la mujer hace el gesto de ponerse a llorar, otros buscan la «herida», a veces imitan las gesticulaciones de la madre, la acarician, le ofrecen algo... ¡o le dan una zurra!

Entre las defensas tardías contra estos primeros padecimientos, es muy frecuente la empatía. Antes del lenguaje, un gran número de niños están muy preocupados por su madre y manifiestan una empatía precoz mediante sonrisas, caricias o regalos, como si dijeran: «¿Está bien así? Quisiera que te sientas mejor gracias a mis caricias o a que te regalo este trozo de chocolate».

En la clínica de adultos no es raro advertir que el más considerado hacia su madre en toda la cofradía es el que tuvo una madre melancólica cuando era bebé. Padece más que los demás de colitis o de angustia, pero ¡es tan bueno! Entre los bebés que han sufrido mucho la privación afectiva, una vez que el medio ambiente pudo apuntalar al niño, encontramos una cantidad muy elevada de «compulsiones a ayudar».[116]

Por último, la diferencia principal entre las primeras interacciones del cordero y las de la cría humana es que el período sensible no de-

termina la misma duración de los efectos. En el caso del cordero, el fracaso de la primera interacción durante el período sensible habrá de perturbar la continuidad de su desarrollo. Mientras que en el pequeño humano un trastorno precoz provoca sin duda alguna una perturbación del desarrollo, a corto plazo, pero en el capítulo siguiente de la evolución otros determinantes podrán compensar esta deficiencia... o agravarla.

Las primeras interacciones permiten engarzarse, como un trozo de velcro que asegura el contacto entre el terciopelo sensorial de la madre y el de su hijo. Por eso ese velcro sólo engancha a partir de los últimos meses de embarazo hasta el tercer mes posterior al nacimiento. Antes, no resulta posible todavía porque la sensorialidad del pequeño funciona demasiado poco. Después, ya no se trata de primeras interacciones porque intervienen otros determinantes. Este período sensible no constituye una impronta análoga a la de los animales, aun cuando deje huellas. Los determinismos animales y humanos son sumamente diferentes. En el momento en que el cordero se constituye, el niñito agrega la escritura de los primeros capítulos de su biografía.

Capítulo 3

EL ARTIFICIO

El señuelo en el mundo de los seres vivos

¿Por qué misterio un señuelo consigue embrujarnos? El artificio es capaz de engañarnos porque posee un fuerte poder de atracción. Y, si consigue atraernos, es porque nuestro organismo está ávido: lo que nos engaña mejor revela aquello que más deseamos.

Pero «en nuestra vida, el placer más puro es el vano placer de las ilusiones [...] de modo que las ilusiones son necesarias y forman parte integrante del orden de las cosas».[1]

El anzuelo nos atrapa porque tiene aspecto de verdadero, mientras que la ilusión nos seduce por su falsa apariencia, una imagen que no se corresponde con lo real. Sin embargo, existe un enlace entre estos dos objetos sensoriales. El anzuelo nos atrapa porque constituye una superapariencia, una percepción todavía más fuerte que el estímulo natural, mientras que la ilusión nos retiene porque nos hacemos cómplices de lo que percibimos. La ilusión es algo mal percibido cuando el sujeto está en connivencia con su deseo, mientras que el anzuelo es una superseñal que captura a un sujeto sano.

Por eso, en etología, los anzuelos con frecuencia sirven para explorar el mundo íntimo de un ser vivo. Al analizar los estímulos aislados o combinados que originan un comportamiento, se puede observar qué es lo que le interesa a un organismo hasta el punto de capturarlo.

No es difícil estudiar a un sapo que se zampa a una mosca que revolotea. La manipulación experimental del embrujamiento consiste en fabricar anzuelos de mosca de cartón, en los que se introducen variaciones de color, brillo, olor y movimiento. Verificamos entonces que lo que fascina al sapo es el movimiento del anzuelo que desencadena un salto para atraparlo, sea una hoja que vuela o una gotita que cae.

El petirrojo resulta más estimulado por el color que por el movimiento. Basta con colocar un manojo de plumas rojas en su territorio

para provocar comportamientos vocales que el hombre denomina «cantos», pero que indican en el animal un alerta territorial.

Los pescadores son los virtuosos del anzuelo ya que, por tanteos, han acabado por perfeccionar el artificio que espera el pez... que ellos a su vez esperan capturar. Una armonización de formas, colores y movimientos compone el fraude que le resulta tan apetitoso al pez.

Estas observaciones espontáneas y algunas experiencias en el ambiente natural y luego en laboratorio conducen a pensar que la evolución no ha concluido. Mediante sus conductas, algunos animales se transforman ellos mismos en anzuelo y aprovechan esta situación con grandes beneficios. La tortuga aligator de América del Norte posee en el borde de la lengua dos filamentos carnosos rojos en forma de gusanillos que se agitan suavemente en el agua que les da movimiento. Cuando un pez los ve, se precipita hacia ellos y a la tortuga no le queda más remedio que zampárselo[2] (palabra perfectamente adaptada al mundo de los anzuelos).

Al cucú, ave parásita, le basta con abrir muy grande el pico, que deja ver una garganta más coloreada que la de sus vecinitos para que los padres, muy fuertemente estimulados, lo alimenten primero que a sus propios pequeñuelos.

El otro día, en Venecia, mientras bebía un capuchino en la Giudecca, provoqué un drama de fascinación en una pareja de gorriones. El macho comenzaba a devorarse las migajas de mi croissant cuando la hembra se posó junto a él. Adelantó el cuello, emitió gritos sobreagudos y abrió grande el pico. Esta postura de demanda infantil desencadenó irresistiblemente en el macho una conducta de alimentación. Y cuando, ya satisfecha, ella se marchó, a él no le quedaba nada para picotear porque el encanto de la hembra infantil había sido superior a la atracción de mi croissant. Y yo también me fui.

La ilusión es una señal perturbada que el organismo acepta porque la procesa mal, mientras que el anzuelo es una señal sumamente clara a la que no puede sustraerse. La simple existencia de un estímulo inicial exagerado, superior al estímulo habitual, prueba que la evolución no ha llegado a su término. Pues esta imperfección, modesta falta de adecuación, ofrece una nueva posibilidad de adaptación.

Las plantas también participan de la aventura del anzuelo. Las orquídeas, recientemente aparecidas en la tierra, deben atraer a las abejas para que las fecunden. Pero estas sólo se interesan por el néctar.

Entonces la orquídea fabrica una sustancia cuya fórmula química es exactamente la misma que la que utiliza la reina de las avispas para atraer al macho.[3]

El anzuelo más célebre es el de la danza en zigzag de los picones de Tinbergen. Estos pececitos, después de haber obtenido el premio Nobel de medicina en 1973, no cambiaron en nada su comportamiento, lo cual prueba su gran estabilidad emocional. Esa danza sólo puede efectuarse entre dos participantes motivados, en una verdadera armonía conductual en la que cada uno impulsa al otro a exhibirse.

Yo no sé si los picones experimentan el placer de bailar, pero puedo decir que se ponen en movimiento en una ceremonia sagrada. Cada secuencia conductual de uno acarrea una oscilación del otro como respuesta, en un minué en el cual la actitud de uno pone en movimiento al otro. Este minué de los picones despertó un gran entusiasmo en Lacan, quien quiso participar en el ballet: «¿Qué es lo que funciona para poner en marcha la conducta complementaria del picón macho y del picón hembra? *Das Gestalten*[...] la imagen que rige la plena iniciación de un determinado comportamiento motor, que produce en uno mismo y envía al compañero, en un determinado estilo, la orden de proseguir con la otra parte de la danza».[4]

A cada etapa de la danza, a cada paso del minué de los picones, le corresponde un anzuelo diferente: nido preparado por el macho, vientre redondeado de la hembra, color diferenciado de los costados del macho, actitud de la hembra con la cabeza hacia abajo, postura de huevos, fecundación, protección de los huevos... Estos anzuelos desencadenan comportamientos porque el animal fascinado los percibe como una forma destacada en el ambiente.[5]

Las avocetas, aves zancudas de pico largo encorvado hacia arriba, expresan un anzuelo conductual altruista: cuando el macho está conmocionado por algún peligro inminente, se le paraliza un costado por efecto de la emoción. Renquea ligeramente y gira en redondo, mientras que una de sus alas cuelga en forma extraña. El depredador, interesado por todo aquello que parezca atípico y por lo tanto, vulnerable, se precipita sobre él mientras que la hembra se lleva a los pequeñuelos en otra dirección. Entonces el macho se vuela con las dos alas, y el observador humano comete antropomorfismo: habla de fingimiento o de coraje, según su propia representación.

El simple contorno de los ojos constituye una superseñal muy emocionante, por lo cual se la utiliza muchísimo. Los anzuelos más eficaces son los que usa una especie de mariposas que, apenas perciben una variación de calor, abren de pronto las alas, con lo cual se perfila una imagen, parecida a grandes ojos de lechuza, que espanta a los depredadores.

Si el anzuelo posee tal efecto sobre el otro es porque funciona como una superseñal que lo captura y lo gobierna. Cuando un animal es seducido, percibe esa superseñal como una evidencia no negociable y se sumerge en la trampa sin vacilar. El señuelo atractivo está integrado por aquello que más le gusta. Los meros con frecuencia están acompañados por peces limpiadores que penetran en su boca para comerse algunos desechos que les quedan entre los dientes. Llegan entonces los pequeños labridos, otros peces de mar, que tienen la misma piel y ejecutan la misma danza vertical que el pez limpiador, lo que provoca que el mero, ávido, abra la boca. Entonces el pequeño depredador se sumerge en la boca, le arranca un trozo de la lengua y huye.

Cuando algunas aves, como el chorlito real, tienen que hacer la elección entre un huevo enorme que funciona como anzuelo y sus propios huevos, más pequeños, jamás vacilan y ¡se orientan hacia el falso!

El misterio consiste en preguntarse: ¿por qué los anzuelos, tan frecuentes en el mundo de los seres vivos, tienen más efecto que los objetos naturales? A pesar de todo resulta extraño verificar que el objeto adecuado, menos estimulante, funciona sin llegar a su máximo biológico. Un menor estímulo natural, ¿ofrecería algún beneficio adaptativo? Podemos proponer un esbozo de respuesta diciendo que, si una sinapsis estuviera constantemente estimulada al máximo, todas las neuronas estarían saturadas, bloqueadas, como contracturadas por una información máxima y, por lo tanto, constante y monoforme. Ahora bien, un estímulo que no varía termina por dejar de estimular. Se convertiría en la norma y su efecto desaparecería... pero no el agotamiento. Esta es una comprobación cotidiana en la clínica, en la que vemos que algunas personas, acosadas por sus preocupaciones o por su modo de vivir, están fatigadas aunque tienen la sensación de que no hacen nada. Paradójicamente, el estímulo natural, como es variable, crea la sensación de que se trata de un acontecimiento. ¿Tal vez la función del tedio es la de poner al organismo en ávida disposición de buscar aventuras?

Cuando establecemos el catálogo de los anzuelos en el mundo de los seres vivos, conseguimos clasificarlos en tres temas: alimento, sexo y territorio. Podemos armar un escándalo con estas tres palabras. Estos temas fundamentales para sobrevivir son los más emocionantes. La naturaleza no mistifica con el aire, no lo convierte en anzuelo, porque todos los seres vivos respiran antes de tener tiempo de hacerse una representación: o respira o se asfixia. Es necesario un desfase temporal para que pueda surgir una representación, así como es necesaria una discriminación sensorial para crear en el organismo la sensación de un acontecimiento. La imperfección se convierte en fuente de evolución biológica y de representación mental.

Los gorriones son grandes comedores de avispas, hasta el día en que los pican. A partir de allí las evitan e incluso también a todos sus análogos. Esta observación permite pensar que el acontecimiento «picadura de avispa» ha creado una revolución mental en el gorrión. Gracias a la picadura, puede temporalizar lo que experimentó en un antes y un después del hecho. Categoriza su mundo en una forma de avispa, que generaliza a toda forma análoga, y formas que no son avispas. Así, puede calcular que una forma que no es avispa lo va a atraer, mientras que la forma de avispa provoca una emoción de alerta y huida con voces de alarma. Gracias a este acontecimiento doloroso, el gorrión ha ascendido un escalón en la vida mental: ha aprendido que un señuelo indica un peligro destacado en un mundo atrayente.

Este gorrión nos permite comprender la función del anzuelo como superseñal. Si sólo hubiera señales absolutas, la adaptación perfecta produciría una estrategia de vida muy simple: se vive o se muere. Pero el medio ambiente no cesa de cambiar, y con el desgaste del individuo, su organismo se vuelve sensible en forma diferente a ese mismo medio y, en la escala de la especie, también varía el genoma. La imperfección de la señal fisiológica ofrece un margen de maniobra. Un organismo imperfecto que percibe una señal no absoluta inventa nuevas estrategias de vida. Aquello que permite la evolución y la supervivencia es la inadaptación, la fluctuación orgánica, la imperfección del contacto. Un organismo perfectamente adaptado quedaría eliminado a la menor variación del medio ambiente. Por suerte, el sufrimiento y el terror le ofrecen medios de supervivencia.

La existencia del anzuelo permite comprender que la imperfección de las señales crea las tres categorías emocionales que rigen el

mundo de los seres vivos: lo horrendo, el bienestar y lo maravilloso. Los sentimientos animales, emociones provocadas por representaciones sensoriales, motivan la huida, la calma o la atracción. Se hace entonces posible la sensación de acontecimiento, con la percepción de un mundo estructurado por las imágenes y un tiempo que sigue el ritmo de los acontecimientos.

El estudio filogenético de las estructuras neurológicas ávidas de señuelos nos conduce a la siguiente pregunta fundamental: ¿las babosas de mar son felices? A modo de cerebro cuentan con un cruce de veinte mil neuronas y disponen de las categorías fundamentales: horror, bienestar y maravilla. Pueden evitar un producto tóxico, precipitarse hacia una sustancia atractiva, y luego adormecerse con el bienestar, lo cual daría una biografía de babosa medianamente dichosa.

Pero las sustancias que segrega un organismo son estimuladas o frenadas por el contacto con su anzuelo preferido: un cordero o una rata, lamidos por su madre, aumentan la secreción de ornitina-decarboxilasa, mientras que la separación o el abandono provocan una disminución de esta enzima.[6] Además, un cordero o una rata abandonados alteran su desarrollo hasta el punto de automutilarse y con frecuencia morir, con lo cual se prueba que la ornitina-decarboxilasa podría darnos la fórmula química de la felicidad.

Asimismo, un cachorro recién nacido higienizado por su madre excreta una sustancia de color azulado que libera el intestino. Pero, si por alguna forma de separación se ve impedida esta limpieza, el cachorro muere por oclusión intestinal. No es suficiente decir que el contacto de la madre con el vientre de la cría desencadena un reflejo. Este razonamiento nos priva del concepto de placer que, al modificar las secreciones del cuerpo, provoca determinados comportamientos. Si se inyecta naloxona, una sustancia antimorfínica que bloquea la transmisión de morfinas naturales, comprobamos que ya no varía la secreción de ornitina-decarboxilasa. Sometida a los determinismos del organismo aislado, esta sustancia se hace insensible a los estímulos de placer provocados por el señuelo materno. El contacto de los corderos con el objeto materno superestimulante produce un aumento de las morfinas naturales del cerebro. El placer de los corderos se expresa cuando se acurrucan contra el flanco de la madre y por medio de la movilidad intestinal. Los poetas sólo celebran

el amor maternal de la oveja y el cordero, pero ignoran la contracción de la ampolla rectal que participa también en la sensación de bienestar.

Un enfoque naturalista nos permite comprender que el entorno del cordero está compuesto por un enorme objeto sobresaliente que lo cautiva para su mayor felicidad. El simple hecho de relacionarse con una estructura sensorial de esas características modifica todos los metabolismos hepáticos, intestinales y cardíacos e impregna su cerebro con un flujo de endorfinas. Basta con que la cría perciba en su mundo un señuelo materno para que su fisiología funcione en forma óptima. Cuando se percibe este objeto destacado (mosca que revolotea en el caso del sapo, estructura sensorial vocal y odorífera para el cordero), se crean impresiones más o menos eufóricas en el mundo mental de la cría, lo que explica que un hijo de madre dominante, puesto que experimenta bienestar, se vuelve a su vez dominante. Mientras que el hijo de una madre enferma o dominada se sentirá menos eufórico y expresará menor combatividad o impulso hacia los demás. Estos ejemplos corrientes muestran que la biología del hombre solo verdaderamente es el producto de la ilusión individualista del siglo XIX. No tenemos más remedio que *estar con*, y el padecimiento del otro nos altera...cuando lo percibimos.

Por eso todo organismo se ve obligado a buscar el acontecimiento para crear en sí una sensación de vida, como una hormiga que palpa el aire con las antenas, con la esperanza de encontrar a otra hormiga, o como un gato que de pronto inicia el juego de dar caza o huir, o como un perro que tiene que pasear junto a otro, para sentirse de paseo.

Un organismo embotado tiene poca necesidad de su medio, mientras que el que busca sensaciones nos ofrece un factor predictivo de dependencia. Un animal que sale en busca de sensaciones corre el riesgo de encontrarse con algo que lo subyugará. A la inversa, los animales temerosos, como se han desarrollado en un mundo en el que los objetos destacados los han alterado, por ejemplo una madre enferma o el aislamiento social, evitarán todo contacto y se pasarán la vida agazapándose en su nicho o bajo un armario, espantados ante toda novedad. Liberados de la dependencia que provoca un placer, experimentan todo acontecimiento como una agresión terrorífica. Ya no son hechizables porque nada los atrae y todo los horroriza: un rui-

do inesperado, la presencia de un desconocido o un movimiento fuera de lo habitual.[7] Experimentan toda información como un horror y jamás salen en busca de la novedad que los cautivaría.

La droga animal: morir de placer

A la inversa, los animales que se han vuelto audaces porque se desarrollaron en un mundo sensorial en el cual los objetos sobresalientes les han provocado euforia, aprecian el riesgo de vivir. Pero, a veces, al buscar la novedad, se encuentran con la droga y, enloquecidos de placer bajo el efecto del señuelo químico, dejan de lado los estímulos fisiológicos, que se transformaron en algo intrascendente.

Todos los cerebros del mundo están dotados para el placer. El experimento más célebre ha demostrado que bastaba con implantar un microelectrodo en el área septal de una rata (situada en la bóveda profunda y anterior del cerebro o en una pequeña franja longitudinal anterior en la cara inferior y profunda del lóbulo prefrontal) para que el animal no cesara de enviarse estímulos eléctricos al apoyarse sobre un pedal.[8] Incluso termina por morir de placer puesto que, al «pensar sólo en eso», renuncia a toda otra actividad para sobrevivir en el mundo de las ratas.

En un medio natural, existen numerosas anécdotas que dan testimonio del encuentro de un animal con su droga, pues cada especie es sensible a alguna sustancia en particular.[9] Nos han relatado de qué modo las chovas se congregaban en torno del humo del fuego de sarmientos hasta embriagarse y rodar sobre sí mismas. Parece que a todas las aves les gustan las bayas negras que contienen una sustancia venenosa, la belladona, cuyo efecto atropínico y antiespasmódico les permite un exceso de distensión. Las hormigas y los pulgones son compañeros ecológicos que intercambian regularmente señales táctiles y químicas. Por ejemplo, aceptan que un coleóptero, la lomechuza, que es una especie de pulgón, entre en el hormiguero. Sus pelos segregan un jugo que enloquece a las hormigas hasta el punto de abandonar toda otra búsqueda de alimento. Entonces el hormiguero se desorganiza y muere en medio de la mayor euforia.

Más cerca de nosotros, en ambiente doméstico, las palomas que han probado granos de cáñamo se dejan morir cuando no los en-

cuentran más. Los gatos se enloquecen con la hierba para gatos, planta herbácea de flores de color rosado y blanco, de la que los farmacéuticos extraen la valeriana que tiene efectos antiespasmódicos y... tranquilizantes. A los ovinos y bovinos herbívoros les atraen los secaderos de tabaco porque la nicotina, que tiene un efecto antidepresivo, estimula las células del diencéfalo, cuando las quema.[10] Se trata exactamente de las mismas células en las que los neurofisiólogos habían implantado electrodos para enloquecer de placer a los ratones. Los aduaneros explican que los perros amaestrados para olfatear la cocaína jamás se vuelven dependientes mientras trabajan pero, apenas se retiran, no hay que ponerlos más en contacto con la droga, porque entonces ya no se podría privarlos de ella, como si el hecho de no trabajar más pusiera al perro en una mayor disposición para el placer pasivo de la droga, con lo cual aumenta el riesgo de que se vuelva dependiente.

Algunos veterinarios declaran que los perros desdichados apoyan los morros contra los conductos del caño de escape de los automóviles porque el óxido de carbono tiene un efecto tranquilizante al destruir las células del sistema límbico, con lo cual ¡se realizan pequeñas lobotomías! Y en la clínica animal abundan ejemplos de perros autotoxicómanos que, constantemente ávidos de acción, emprenden un ritual y de pronto lo interrumpen para retomarlo de inmediato. De este modo lo transforman en un estereotipo que ya no permite armonizarse con un compañero pero aumenta la secreción cerebral de beta-endorfinas.[11]

Los síndromes de destete son una condición ineludible en los animales sociales porque el apego es necesario para la expansión de la conciencia sensorial. Percibir una figura de apego colma su mundo, los estructura y los calma. Esto implica que la desaparición de esa figura provoca un verdadero estado de carencia, con la aparición de alaridos, gemidos superagudos, incontinencia esfinteriana y búsqueda de sustitutos tranquilizantes (motores, afectivos, sensoriales o químicos).

Estos ejemplos de drogas en el caso de los animales parecen hablar a favor de la dependencia. Puesto que tienen necesidad de otro para ser calmados o estimulados, aprovechan la necesaria imperfección de los estímulos para permitir una modulación sensorial entre dos seres vivos. El monopolio sensorial de la droga, que funciona con

la modalidad del todo o nada, impide el sentido animal, vuelve inútiles las exhibiciones de colores y voces, los ofrecimientos de alimento, los conflictos jerárquicos y la búsqueda de situaciones nuevas para dar forma a las emociones. Para un animal drogado, la sensación de acontecimiento se reduce a una elección brutal: el placer o la falta de vida. Puesto que no es necesario estar muerto para no vivir. Basta con perder la gradación del mundo que va del temor al placer. No hay ningún error posible con la droga animal: es esa señal o nada. El animal drogado vive en un mundo de evidencias, de absolutos conductuales. Está sobreadaptado.

La plasticidad de los seres vivos se hace posible por la imperfección de las señales. La eventualidad de que se produzcan errores permite la fluctuación, la búsqueda de impresiones y expresiones nuevas. Se hace factible la innovación.

Sin embargo, debo introducir dos matices en esta demostración para que no sea demasiado clara, como lo sería la superseñal de un anzuelo: la droga animal no es la droga humana y el placer no es repetitivo.

Un animal drogado responde a un señuelo químico o sensorial que corresponde a la descarga que experimentaría un hombre dormido a quien se le inyectara heroína, sin que él lo supiera. Esa situación podría introducir placer en sus sueños, pero él no podría decir: «Tomé droga... volveré a hacerlo... estoy drogado». Experimenta la droga en el mundo de esas representaciones. Por eso, en el caso del hombre, se comprueba actualmente la aparición de fenómenos de dependencia no relacionados con ninguna sustancia psicoactiva:[12] ¡basta con una simple representación! Los jugadores patológicos experimentan una intensa emoción, con dentera, una agradable tensión abdominal, a veces estremecimientos sexuales, apenas dicen: «Voy a jugar». El mismo fenómeno se registra en los compradores patológicos o en los cleptómanos que sólo experimentan placer ante la inminencia del robo, y luego se desinteresan de inmediato por el objeto sustraído. Estos juegos emocionantes pertenecen a la familia de la pasión del riesgo cuya «importancia [...] es contemporánea de la aparición del tema de la seguridad en el discurso político y social hacia comienzos de la década de 1980».[13] En una sociedad lúgubre, para sentir que existen, los hombres se provocan sensaciones por medio de representaciones que ponen en escena los juegos con la muer-

te. El efecto euforizante y antidepresivo de estas conductas de riesgo es sumamente sorprendente y todos los sobrevivientes dan testimonio de esto.

Si combinamos los datos antropológicos, clínicos, veterinarios y neurobiológicos, en lugar de oponerlos, podemos explicar este misterio. Los animales nos enseñan que una vida con todas las seguridades crea una sensación de falta de vida rutinaria que impulsa a la búsqueda de nuevas formas de excitación. Así podemos ver cómo un gato embotado desde hace mucho tiempo se pone a brincar sobre un corcho e inicia un espléndido regate de fútbol que la mayor parte de las veces termina debajo de un armario. Se puede observar que un águila, pacífica durante varios días, comienza a atacar a todo lo que se mueve, con lo cual pone de manifiesto su profunda motivación para la caza, provocada por una falta de movimiento y de acontecimientos.

Los neurobiólogos explican que la creación de la sensación de acontecimiento en un organismo en estado de carencia modifica las secreciones neuronales y produce incluso la síntesis cerebral de cannabis.[14] El principio activo que interviene al fumar marihuana (cannabis) es el delta-9-tetra-hydro-cannabinol (THC), cuyos receptores más ávidos están situados abundantemente en el cerebro profundo de la memoria y las emociones, y un poco menos en la corteza y los núcleos que rigen la armonía de los movimientos. La cartografía de estos receptores explica los efectos psicológicos, afectivos y conductuales del hachís: bienestar eufórico por estimulación límbica, apaciguamiento motor por acción sobre los núcleos que rigen la neuromusculatura, trastornos de la memoria y eliminación de la angustia por saturación de los circuitos entre la corteza y el rinencéfalo.

Puesto que todo organismo segrega un canabis de fórmula química muy parecida a la de las plantas, la anandamida (palabra derivada de *ananda*, «felicidad» en sánscrito), se hace posible actuar sobre el cerebro con medios químicos, existenciales o artísticos. Los medios químicos son conocidos y comercializados, como los comprimidos de tranquilizantes, los pitillos o las tisanas de marihuana. La fórmula química de estas sustancias naturales o sintéticas, parecida a la que segrega el organismo, inunda los receptores cerebrales y provoca los previsibles efectos de euforia, de distensión tranquilizante y de modificaciones no conscientes de la memoria y del juicio.

Pero nuestra sociedad industrial, fascinada por sus proezas técnicas, no tiene en cuenta el hecho de que un simple acontecimiento, por la emoción que provoca, también puede actuar sobre las secreciones de los neuromediadores canábicos. Por eso los que asumen un riesgo sienten tal euforia después de la experiencia. Al arrojarse por encima de un puente (con una cuerda atada a los pies), no saben que provocan la secreción asociada de catecolaminas, hormonas del estrés y de la vigilia, y de anandamida, neuromediador de la euforia. Si se arrojasen por encima del puente después de haber ingerido naloxona, que bloquea los receptores neuronales de esas sustancias, impedirían el efecto estimulante y euforizante que supone asumir un riesgo.

Estilo existencial y cannabis cerebral

Ahora es necesario destacar que en el hombre existe un tercer procedimiento que induce la secreción de canabis natural y es ¡el relato! Una simple representación posee un efecto emocionante muy superior a las percepciones. Cuando se pone en escena en el cine la muerte del abuelo, vertemos torrentes de lágrimas y nos conmueve infinitamente más que la muerte en la realidad. Lo cotidiano nunca es puro. En el instante en que experimentamos la máxima pena por su pérdida, nos hemos regocijado al ver al niño que estiraba la cabeza para observar al abuelo, y pensamos que era tan encantador... en el momento de nuestra mayor tristeza. La impureza de lo cotidiano, la ambivalencia de lo habitual no existen en las obras de arte en las que el talento del artista apunta a depurar. Cuando Delacroix dibuja sus acuarelitas de Marruecos, representa en dos trazos y tres manchas de color lo esencial de aquello que se caracteriza. El espacio, la elevación e incluso la ambientación evocan un mundo no percibido cuya potencia emocional es de índole diferente a la de la percepción del paisaje real. Como si la parte sensorial del símbolo creara en nosotros una suerte de condensación de la emoción. La representación, que se hace por medio de imágenes en el caso de los pintores, de conductas en el caso de los actores o verbal en los poetas, constituye el análogo humano del señuelo, esa superseñal que nos cautiva porque tanto la esperamos. El hombre es un cuerpo que hace alianza

con el anzuelo para crear la existencia. Si fracasa un solo elemento del conjunto, se derrumbará la sensación total de existencia. Para sentir que existe, todo ser vivo está obligado a la búsqueda de sensaciones. Depende de ellas y aspira a encontrarlas. Por eso nos resulta tan difícil resistir a los impulsos que experimentamos. La tensión creciente nos crea un agradable malestar que nos incita a la búsqueda. Por último, cuando estamos poseídos por el encuentro con el objeto deseado, experimentamos el placer y el alivio a los que aspirábamos sin saberlo, y de pronto comprendemos que en ese objeto nos revelamos.

Si la conducta no desembocó en el encuentro, experimentamos la sensación de una falta. ¡Desdichado el insatisfecho! La necesidad de sensaciones explica por qué los morrongos que lo tienen todo para ser felices en un hogar humano al que han domesticado, de pronto se ponen a buscar aventuras y salen a la calle por la noche, en medio del frío, a buscar el encuentro con la hembra que ha de golpearlos, morderlos y arañarlos antes de aceptar el acoplamiento. Entonces el gato, calmo, feliz y lastimado, volverá a su casa para dormir allí durante varios meses.

Con la verbalización, los hombres experimentan los mismos sentimientos. Cuando un deseo no se satisface, la carencia los exaspera. Sólo el resultado podrá lograr que se tranquilicen, lo cual no es lo mismo que la euforia. Esto explica que tantas personas, que han perseguido un sueño durante años, se asombran cuando, el día que se realiza, experimentan una sensación de calma mientras que esperaban una explosión de alegría.

Una misma sensación puede provocar sentimientos opuestos. Algunos adolescentes, fascinados cuando descubren el efecto de las primeras masturbaciones, lo buscan constantemente, mientras que a otros esta situación les provoca una terrible angustia. Ni bien se lo experimenta, el orgasmo queda integrado en una representación que puede ser gozosa o culposa según los discursos familiares o sociales. La historia del niño en su medio atribuye a una misma sensación un sentimiento diferente según la representación. Ahora bien, los hombres manifiestan estrategias contrarias frente a las sensaciones. Algunos experimentan avidez y buscan constantemente las sustancias, los libretos o los relatos que provocan emociones deliciosas para ellos. Mientras que otros, aterrorizados por esas mismas sensaciones, se

ocupan de evitarlas para que nada se mueva y la apacible uniformidad de los días cree en ellos un efecto tranquilizante.

En la época en que nos gustaba hablar sencillamente denominábamos a esas estrategias de vida con los términos ocnofilia, cuando las personas elegían una vida hogareña, y filobatía cuando, por el contrario, les gustaba salir al exterior en busca de aventuras. Estas palabras no tienen acepciones imprecisas, sino que corresponden a maneras de vivir: en casa o en la exploración. Los hogareños erotizan lo familiar y sólo se sienten bien en su jardín, con su familia y dentro de su concepción de la vida. Voluntariamente desean ignorar al resto del mundo. Su droga es la tranquilidad y dependen de ella con gusto. En cambio los aventureros quieren explorar el mundo. Lo desconocido les fascina porque provoca un efecto de novedad que crea en ellos la sensación de acontecimiento satisfactorio. «Lograr que pase algo en mi vida», dicen los adolescentes cultores de lo nuevo. «Hasta un sufrimiento ha de constituir para mí una aventura y yo la convertiré luego en una epopeya, placentera en la palabra». Por eso la palabra «erotizar» sirve para caracterizar estas dos maneras de vivir. Los hogareños erotizan la vida familiar tranquila, mientras que allí los exploradores padecen un gran aburrimiento. Mientras que los que deciden correr mundo erotizan la novedad que crea en ellos la sensación de vida, los hogareños experimentan angustia en esas situaciones.

El misterio consiste en que se han configurado estrategias de vida opuestas. Los estudios ontogenéticos pueden ofrecer un inicio de respuesta. Tal vez existe un temperamento biológico, ya que es clásico decir que un kilogramo de animal pequeño (ratón) se mueve más y gasta más energía que un kilogramo de animal grande (elefante). Los modernos ecografistas describen en el útero perfiles conductuales diferentes, según los cuales algunos niños[15] son ya pequeños exploradores mientras que otros son hogareños intrauterinos.[16] Desde los primeros días posteriores al nacimiento, algunos bebés están siempre tranquilos y poco sensibles al ambiente, mientras que otros no dejan pasar ocasión de responder a los estímulos, e incluso se despiertan «en forma»,[17] atentos a la mínima información sensorial.

Al envejecer, estos temperamentos son moldeados por la epigénesis, cuando el medio ambiente deja su huella en la biología. Un aisla-

miento sensorial, accidental o necesario, puede modificar un temperamento precoz y transformar en pocos días a un saltarín en hogareño. La biología periférica, compuesta por la ecología y la sensorialidad que rodea al cuerpo, participa en la primera formación del temperamento de los recién nacidos. Más adelante, esos niños se vuelven inestables, incapaces de fijar la atención y, por lo tanto, de aprender y socializarse, mientras que otros se vuelven más estables, anormalmente prudentes y buenos alumnos, precursores escolares de los adultos hogareños que experimentan angustia frente a toda novedad.

Como siempre, la adolescencia exacerba los temperamentos y esta población de doce millones de jóvenes se separa en una mitad «sosegada» que no quiere que nada se mueva y espera la jubilación, y otra mitad explosiva que ama el peligro y busca las experiencias nuevas o los festejos bravíos. En el caso del adulto, estos modos de vivir persisten incluso cuando no son verbalizados. Algunas personas cuentan que jamás han sentido deseos de ver el mar, aunque viven a pocos kilómetros de la costa. Son el polo opuesto de aquellos que sólo se sienten bien en el extranjero y se deprimen ante la idea de ver siempre los mismos rostros y los mismos lugares.

Los alcohólicos, toxicómanos, fumadores, los jugadores, camorristas, compradores, temerarios y viajeros, todos ellos cuentan que aman la vida y desprecian a los hogareños. No les creáis: se trata simplemente de mantener un nivel de activación cerebral suficiente para sentirse vivo. Los hogareños se sobresaltan ante el menor ruido y se espantan con todo acontecimiento porque, para ellos, toda información genera estrés. Llegan a erotizar la vida entornando los postigos, mirando crecer los tomates y pensando que Mozart es tal vez demasiado *tecno*. Para obtener el mismo resultado, los exploradores necesitan sensaciones fuertes que no requieren necesariamente un estímulo intenso. Porque, una vez que se han puesto en situación de extrañamiento, todo se vuelve estimulante para ellos. Es el caso de los nómades, personas que sólo se sienten bien en viaje o en el hotel. El simple hecho de no estar en casa, en una situación de familiaridad que los embota, los obliga a tomar conciencia del mínimo acontecimiento: el color del autobús, el panorama en la calle, las ropas de los transeúntes se convierten en elementos fascinantes por la novedad. Lo cotidiano ya no existe, todo se vuelve aventura.

Por lo tanto, la elección se da entre la estrategia de los exploradores que combaten contra la depresión o la de los hogareños que luchan contra la angustia. Esta alternativa caracteriza la condición humana, porque el simple hecho de la edad nos plantea el mismo problema: los jóvenes beben para crear un acontecimiento, lo que lleva a los excesos del alcoholismo, mientras que los mayores beben para distenderse, lo que conduce a la tranquilidad crónica y la caída en la trampa de la alcoholemia. La misma sensación inducida por el mismo alcohol adopta sentidos opuestos según el contexto y el momento.

El determinismo histórico no excluye la dimensión cerebral. Nuestras universidades recortan un trozo de hombre psicosocial y lo oponen a un trozo de hombre neuronal. Los cursos de posgrado, que forman el pensamiento y acumulan en él determinados conocimientos, producen imágenes diferentes del hombre. Pero, en la realidad, un simple cambio contextual en el transcurso del desarrollo del individuo modifica el funcionamiento de sus neuronas.

Existen modelos animales para aclarar el problema de la atracción o el temor a la novedad. Los ratones aislados segregan menos dopamina que los socializados.[18] Asimismo, los ratones exploradores poseen en sus núcleos accubens, en la confluencia del tronco cerebral y el diencéfalo, un porcentaje de dopamina claramente superior al de los ratones hogareños. Para comprender el papel que desempeña un neuromediador como la dopamina en el hedonismo, es necesario descomponer el placer en dos secuencias articuladas: un momento de apetencia, en el cual es necesaria para experimentar una emoción, y un momento en el cual la realización de la apetencia requiere el encuentro con el objeto que extingue el proceso, al crear una sensación de plenitud... momentánea.

La clínica humana permite defender fácilmente esta idea: en el mal de Parkinson la dopamina cae del 30 al 40%, hasta el punto de que se vuelven de color gris pálido los núcleos de la base del cerebro que rigen la motricidad y que normalmente son de color gris oscuro. Todo aquello que produzca la caída de dopamina, como el mal de Parkinson, la ingestión de neurolépticos o antagonistas de la dopamina, debilita la iniciación del deseo. A la inversa, todo lo que la aumenta, estimula la apetencia: en la juventud, cuando los núcleos son de color gris oscuro, las anfetaminas que provocan una descarga de

dopamina, el hachís e incluso determinados genes que codifican los receptores de la dopamina, los vuelven más sensibles al deseo y aumentan el riesgo de dependencia.[19]

La manipulación química del placer también es algo corriente. Todas las culturas pretenden haber encontrado sustancias para estimularlo. Los animales se llevan las palmas con este mito cuando los rinocerontes desaparecen para extraer de sus cuernos el polvo afrodisíaco, o cuando se aplastan los sapos para secarles las vísceras. Inventemos cualquier tipo de embuste, cualquiera que fuese, siempre encontraremos hombres que dirán que funciona, pues tan intensa es nuestra necesidad de ilusión. Pero lo que resulta sorprendente es que un mito que sólo existe en la verbalización pretenda que puede actuar sobre otro gracias a una sustancia, como si la palabra no fuera suficiente para modificar las emociones de los demás mediante las representaciones que suscita.

Los mediadores químicos del placer son numerosos: noradrenalina, cocaína, anfetaminas y dopamina, sustancias exteriores ingeridas que engañan al hipotálamo y desencadenan un placer artificial, auténticamente experimentado. En la actualidad, los péptidos opiáceos, las endorfinas, son considerados como las moléculas del goce, cualquiera que fuese el origen del estímulo: alimentario, deportivo, sexual, artístico o místico.[20] El poder del artificio es muy grande pero, cualquiera que fuese su origen, se requiere siempre un cuerpo para gozar y aliarse con el señuelo.

La filogénesis del cerebro nos hace pensar que la evolución ha permitido que aparecieran estructuras nerviosas capaces de hacer vivir al organismo en un mundo cada vez menos percibido,[21] y la observación natural nos deja pensar que cuanto más se acerca al hombre, más se somete el ser vivo a los señuelos que inventa.

En el caso de una mariposa, el anzuelo sólo es químico. Una molécula de feromona se fija en la bóveda de las antenas y la rige con tanto poder que esta responde a la molécula artificial mucho mejor que a la que segrega la hembra. También en el hombre existe ese placer sináptico. Aspirar un olor que despierta la apetencia, o experimentar el suave contacto de una caricia constituyen los placeres sinápticos cuya droga es la superseñal. Pero al placer de la mariposa se le agrega rápidamente un placer afectivo, un excedente contextual. El simple hecho de percibir una sonrisa aumenta la secreción de mis endorfi-

nas porque me enternece y me provoca una euforia cariñosa. Del mismo modo que un gesto o una postura amenazante aumentan la secreción de catecolaminas, porque se me acelera el pulso y se me seca la boca. Pero también ocurre que puedo percibir sin representarme, como cuando camino junto a un amigo que me cuenta sucesos apasionantes. Mi organismo resuelve todos los problemas de la caída de los cuerpos, las trayectorias producidas en la esquina de la calle y no se lleva por delante a los transeúntes. Pero lo que se constituirá en un acontecimiento psíquico es la historia que hemos fabricado juntos. Lo cual es injusto porque mi cuerpo resolvió todos los problemas del procesamiento de las informaciones, sin ningún tipo de reconocimiento. Lo que me resulta sorprendente es que experimento el placer de la representación de una manera intensa, aunque con un carácter diferente que el del placer de la percepción. Algo que ha sido interpretado, puesto en escena, traducido en gestos y en música verbal, despierta en mí un placer desencadenado por una causa no percibida. Las palabras, los gestos y la música, en el lugar del objeto evocado, han provocado en mi cuerpo modificaciones reales. El contagio de las intimidades ha sincronizado la biología de los cuerpos y lo que ha permitido la transmisión es una representación.

La felicidad es tan contagiosa como la desdicha. Por eso el sentimiento de amor suprime las ojeras mientras que el acto amoroso las provoca. La percepción de la representación amorosa del otro modifica la secreción de mis propios neuromediadores. Todavía es necesario saber teatralizar el amor, lo cual constituye un talento muy mal repartido. Puesto que, si enamorarse exige el encuentro con un señuelo que dispone sobre el cuerpo los signos que esperamos, continuar enamorado requiere un trabajo sobre lo cotidiano, una representación elaborada, una teatralización del amor que se sitúa en las antípodas de la percepción pasiva. Nos encontramos con que la continuidad que crea rutina en todas las parejas impide la emoción del teatro del amor. Ya no nos tragamos el anzuelo. Cuando conocemos excesivamente al otro podemos percibir en forma directa sus propias percepciones y ya no la puesta en escena de sus representaciones: la emoción no es la misma.

Puedo ilustrar esta idea con el relato de mi aventura con Claudia Schiffer, el camino que tomó mi emoción que comenzó con la percepción de su cuerpo, pasando por la representación de sus representa-

ciones, para terminar con la percepción de sus percepciones. No estáis obligados a creerme pero, cuando la vi por primera vez, quedé deslumbrado por lo que decía su anatomía. Sus largas piernas daban testimonio de su evolución, mientras que unas cortas extremidades hubieran puesto de manifiesto su rusticidad. El modo de desplegar la cabellera y hacerla flotar expresaba su orgullo de ser mujer. Y, sobre todo, sobre el cuerpo, se había puesto un vestido de alegres colores que, al permitir el movimiento y el erotismo, ponía de manifiesto lo que provenía de lo profundo de su ser: una suave voluptuosidad traviesa, ligera y deportiva. Esta revelación de lo profundo de su ser se correspondía con lo que yo esperaba en lo profundo de mí. Estábamos en condiciones de encontrarnos.

Cuando la acaricié, conocí el placer de la mariposa capturada por la percepción de la dulzura de su piel, de la calidez de sus hombros y de la fragancia perturbadora de su cuello.

Pero cuando el calor del encuentro se aplacó, cuando pude escapar a la inmediatez de las percepciones, entré en el mundo de las representaciones íntimas. Intenté recuperar las imágenes de lo que acababa de suceder para convertirlas en representaciones y alimentar mi perturbación. En un abrir y cerrar de ojos, accedía al mundo de la puesta en escena y, en mi fuero íntimo, me contaba el relato del acontecimiento: «¡Te das cuenta, acabas de acariciar a la propia Claudia Schiffer!». Desde hacía mucho tiempo me había apartado del placer de las mariposas para cultivar mis emociones y hacerlas durar en el universo del lenguaje interior.

Todo se echó a perder cuando quise cambiar la índole del placer experimentado y socializar el acontecimiento al contárselo a mis compañeros. En ese nivel del señuelo, mi placer ya no dependía de mis percepciones inmediatas, sino de la evocación de percepciones pasadas, y sobre todo de la manipulación de las representaciones que, gracias a mis palabras, yo instalaba en la mente de mis compañeros envidiosos.

La cadena evolutiva del placer se cortó cuando apareció David Coperfield y yo comprendí que todo esto no era más que una ilusión.

En este relato han aparecido todos los niveles del señuelo: el placer sináptico de las mariposas y de las personas drogadas, el placer afectivo de los corderos y sus representaciones sensoriales, hasta llegar al placer de las representaciones de gestos y palabras.

Gozar y sufrir con los mundos no percibidos

El hombre no puede prescindir del cerebro para gozar: es necesario que segregue dopamina en cantidad suficiente y poner en circulación correctamente las neuronas del haz longitudinal inferior. Esta dotación, absolutamente necesaria, es del todo insuficiente porque, mediante sus relatos, el hombre modifica la índole de sus emociones. Al crear un mundo de representaciones no percibidas, el hombre habita un no lugar. Y, al elaborar relatos, lo puebla de utopías cuyos encantos lo poseen. Pues las utopías son al pensamiento lo que los vestidos son a Claudia Schiffer, expresan y dan forma a nuestros deseos más profundos. No hace falta quitarlas, pues las utopías y el anzuelo constituyen un engaño que tiene éxito porque habla de nuestros sueños y de los temas fundamentales de la condición humana. Así como el anzuelo es una superseñal, la utopía es un superrelato. Un perfume debe ser percibido, es agradable contemplar un escote, cuya imagen podremos evocar inmediatamente, un gesto puede convertirse en símbolo y nuestras sonoridades verbales nos fascinan con sus rasgos prosódicos en la medida en que nos conmueven por lo que evocan.

El hombre experimenta emociones mediante estímulos ausentes. Puesto que habita un mundo semantizado, experimenta la representación de un acontecimiento que jamás ha conocido. Esto le resulta tan placentero que no cesa de alejar la fuente de las satisfacciones reales para advertir la delicia de las representaciones: «esta necesidad de alejarme para amarla más»[22] permite hablar de ella para gozarla todavía más en la palabra e incluso en la escritura, porque «su pluma debía hablar el lenguaje de las pasiones mejor que su lengua».[23]

Los sueños que tenemos latentes se despiertan durante la noche mediante los impulsos eléctricos del sueño paradójico, y los sueños despiertos los activan durante el día nuestros deseos locos, utopías necesarias para dar forma a la esperanza: «viviríamos juntos [...] sólo comeríamos frutos para evitar la agricultura que establece en los hombres el gusto por la propiedad y provoca las guerras [...] nos dedicaríamos todo el tiempo a amarnos y a cantar[...] necesitamos una isla para eso [...] un no lugar».

La utopía es el más hermoso momento patológico de una sociedad normal que aspira a la felicidad. La desdicha es que al no expe-

rimentar los mismos deseos no inventamos las mismas utopías. Las de los otros nos agreden. Por suerte la guerra puede preservarnos de ellas y hacer triunfar la nuestra, que es la adecuada. Así se justifican las cabezas cortadas, al principio.

Mediante su cerebro, que descontextualiza las informaciones, y la palabra, que le permite habitar en el mundo de lo no percibido, el hombre se convierte, entre todas las especies, en el campeón del señuelo que se aleja y se desmaterializa para nuestro mayor placer y nuestro mayor sufrimiento, pues felicidad y desdicha se conectan para engendrar la historia.

A partir del nivel biológico, los beneficios del individuo se oponen a los del grupo. El «sálvese quien pueda» del sujeto que no tiene tiempo de negociar las necesidades fundamentales de la supervivencia se opone a la postergación necesaria de la satisfacción que otorga a los acontecimientos el tiempo de adquirir sentido. Tal vez esto explique que el placer no sea repetitivo. Apenas experimentado, se extingue, puesto que las sinapsis vaciadas ya no pueden responder a un estímulo feliz. Todo lo contrario, el intento de repetirlo provoca disgusto y a veces hasta sufrimiento.

La evolución, que forzosamente hace bien las cosas pues si no no estaríamos aquí para contarlo, ha establecido en todo organismo una sorprendente proximidad entre el placer y el dolor. Los sitios del sistema nervioso donde se procesan las sensaciones de placer son las propias estructuras que controlan las vías del dolor: la sustancia gris periacueducal en el centro de la médula y las láminas superficiales de los cuernos posteriores en la periferia; en el cerebro, el tálamo, centro de clasificación de las informaciones, y el sistema límbico, cerebro de las emociones y los acontecimientos pasados.

Con su gran sabiduría, esta organización anatómica plantea un problema de fondo: si se estimula directamente en el cerebro lo que se denomina «el haz de la recompensa» (la franja que ocupa la cara inferior), el placer así provocado sólo puede repetirse si se espera el dolor de la falta. Si persistimos en estimular el cerebro del placer, provocamos al mismo tiempo un fenómeno de falta de respuesta por el hábito, y de sufrimiento por extenuación. Esto equivale a decir que, desde el nivel neurológico, el organismo hace un equilibrio entre el sufrimiento del exceso y el sufrimiento de la falta. Entre los dos, en la estrecha cumbre de la armonía, se experimenta el placer. Ya se

trate de la Rata neuronal o del Hombre neuronal, todo organismo está obligado a hacer esta elección, al combate armonioso entre un par de opuestos en el que el placer fugaz se experimenta en el intervalo entre ambos. Esto explica el aspecto paradójico de esta armonía cuando accedemos a las representaciones. Desde el instante mismo en que experimentamos la felicidad, al correr el riesgo de perderla, se abre la puerta de la desdicha. Y apenas experimentamos una desdicha, sólo podemos esperar la felicidad.

La activación del sistema del placer acarrea la secreción de fenilalanina que aumenta la síntesis de noradrenalina (neuromediador del alerta cerebral) y de endorfinas (morfinas segregadas por el cerebro). Pero, por encima de un determinado umbral, estas sustancias estimulan el locus ceruleus (núcleo gris azulado del tronco cerebral) que, como respuesta, segrega una sustancia que facilita el dolor físico e incluso moral. [24] Las moléculas más conocidas de la desdicha son actualmente el lactato de sodio que al inyectarlo desencadena un pánico angustioso, que se experimenta hasta el dolor físico; algunas cortisonas que provocan euforias suaves mientras que otras producen furor incontrolable; los betabloqueantes centrales y algunos antihipertensivos que provocan a veces bonitas depresiones. Los deportistas hombres y mujeres dopados con hormonas masculinas dan muestras de un ansia de vivir y de pasar a la acción a la que le sigue luego un efecto depresivo. Algunas enfermedades provocan estados de rabia furiosa, que nada puede detener y que son desencadenados por un aumento del ácido úrico, como por ejemplo la enfermedad genética de Lesh-Nyhan. Por el contrario, a menudo los trisómicos son de una enorme amabilidad. Sin contar la sorprendente acción que ejerce sobre la preferencia sexual el acetato de cyproterona que a veces se les receta a los pederastas y que en determinadas dosis extingue la sexualidad perversa, sin alterar la del padre de familia.

Los circuitos neurológicos procesan el problema de la misma manera: la estimulación excesiva de la franja longitudinal inferior (del placer) activa el haz lateral del tálamo (del dolor), lo cual refrena la sensación agradable. Y cuando no está bloqueado, ¡el placer conduce al sufrimiento! El ejemplo más claro es el orgasmo doloroso. Pero la risa que provoca una crisis asmática o el hincha de fútbol que experimenta una crisis de angustia cada vez que su equipo marca un gol, constituyen otros casos ilustrativos.

Cuando uno está preparado para razonar en términos de gradación, se puede pasar del mundo biológico al de la psicología sin recurrir a la metáfora. Una gran felicidad atribuible a un acontecimiento (acabo de encontrar trabajo) provoca a veces una sensación que se transforma en angustia. Los acontecimientos biológicos y psicológicos se asocian, no se excluyen. Por eso nos hace llorar el izamiento de una bandera. El estímulo que provoca la secreción de las glándulas lacrimales no es la relación entre las longitudes de onda de los colores de la bandera, sino lo que esta representa.

Por lo mismo que las emociones son breves, no puede haber placer durable o felicidad infinita. Lo que adquiere valor de estímulo es el par de opuestos placer-displacer y felicidad-desdicha.[25] Todos los seres vivos entienden la dialéctica conductual entre atracción y huida. El hombre conoce el par sufrimiento-placer en su mundo de sensaciones, al cual se añade el par angustia de la falta y obra de arte en su mundo de representaciones. El sufrimiento del niño que cree haber perdido a su madre cuando ella sale de la habitación, lo obliga a inventar el objeto transicional en el que percibe la dulzura y el olor. Utiliza ese objeto para representar a su madre perdida y asumir en su lugar el sentimiento de familiaridad tranquilizadora. Más adelante, los adultos prosiguen ese trabajo con las obras de arte. En este caso, la representación artística ocupa el lugar de todo objeto perdido. Los pequeños sufrimientos impulsan a la creatividad que los transforma en placer. Esta asociación de malhechores impulsa al acto bienhechor e implica la idea de que un placer perfecto destruiría la felicidad al suprimir toda sensación de acontecimiento. La oscilación constante entre los opuestos asociados crea la sensación de existencia que nos incita a la creatividad y nos hace tan felices por haber sabido triunfar contra la desdicha.

En nuestra cultura occidental «la desdicha se ha convertido en una anomalía de la felicidad naturalizada».[26] Todos los sistemas nerviosos del mundo están dotados para procesar la oposición entre los pares atracción-huida, bienestar-malestar o felicidad-desdicha. No hay vida sin sufrimiento y el modo de mirarlo caracteriza un discurso social. En la Edad Media se nos relataba que la desdicha padecida en la tierra, en un valle de lágrimas, nos permitía esperar la felicidad en otra parte. En el siglo XIX se nos explicaba que la felicidad es algo que se merece y que los desdichados se encuentran en ese estado

porque no han logrado conquistar esa gracia. En la actualidad, el discurso que legitima nuestras proezas técnicas nos pide que creamos que la desdicha es una enfermedad provocada por la caída de serotonina.

La idolatría molecular siempre ha triunfado, puesto que las religiones amerindias ya habían descubierto el efecto psicotrópico del peyote,[27] en el Alto Egipto ya sabían extraer el opio para aliviar los sufrimientos y... hacer dormir a los bebés, el vino judeocristiano se les ofrecía a nuestros valientes soldados antes del ataque enemigo, bajo la denominación controlada de «vino ordinario», por generalización, alcohol que se recetaba luego como anestésico antes de amputarles las extremidades. La hoja de coca, mucho menos tóxica que la uva de viña, les produce a los pobres de América una sensación euforizante y estimulante de reducción del hambre, mientras que el hachís les permite a los habitantes de Medio Oriente adormecer sus desdichas.

Occidente, en su discurso industrial, demoniza esos productos naturales y fabrica moléculas análogas que angeliza cuando las denomina «medicamentos». Aparecen entonces varios discursos opuestos: el industrial, que utiliza los descubrimientos científicos para dar la imagen de un hombre aliviado por la tecnología triunfante, y el discurso rousseauniano que nos explica que el sufrimiento no es tan doloroso como se cree. En cuanto al discurso de las masas, se recita en voz alta el discurso dominante hostil a los psicotrópicos, pero luego, estas personas, acosadas y angustiadas, los consumen a escondidas.

Estos discursos sólo son coherentes porque son parciales. Mediante un a priori teórico han podido recortar un fragmento de hombre biológico, o histórico, o metafísico. A partir de esta coherencia parcialmente verdadera, una generalización morbosa proporciona una idea falsa del hombre. El biólogo que acaba de descubrir que se produce una disminución de la dopamina en el caso de las depresiones, puede sostener que ese neuromediador proporciona la fórmula química de la felicidad, porque la visión parcial y coherente de su fragmento de hombre biológico le impide comprender que una simple fogata en un campamento o el relato de un dolor experimentado bastan para elevar el porcentaje de dopamina.

A la inversa, el psicosociólogo cuyos estudios demuestran el origen cultural de las depresiones, a causa de emigraciones, fracasos sociales o rígidas estructuras culturales, piensa que ha encontrado la

explicación total de la depresión, porque el a priori de su teoría social le impide saber que una sustancia que cause la caída de la dopamina provoca depresión, aun cuando no intervenga ninguna razón psicosocial.

Con su ingenuidad metodológica, los clínicos escapan a estas trampas teóricas porque sus pacientes los toman por testigos del modo como funciona un par de opuestos. De la misma manera en que un exceso de placer provoca una retroacción que lleva al displacer, el exceso de felicidad conduce al desamparo. He conocido a pacientes enfermos de felicidad, como aquel hombre de 30 años que había llegado a convertirse en inmensamente rico con la industria cinematográfica. Vivía dentro de una sucesión ininterrumpida de placeres. Su éxito social funcionaba como un anzuelo existencial: bastaba con que remotamente deseara algo, para que en forma inmediata su deseo satisfecho extinguiera todo deseo. Al disponer de todo, no experimentaba ni la gratitud que provoca el auxilio ni el vínculo que crea la ayuda. Continuamente rodeado de personas, se sentía completamente abandonado.

De la angustia al éxtasis

Con la felicidad el par de opuestos funciona en los dos sentidos y, a su vez, el sufrimiento puede llevar al éxtasis. ¿Sería la pasión un análogo humano de la superseñal, un señuelo maravilloso que nos captura y nos enloquece, pues tanto lo habíamos deseado cuando nos encontrábamos mal? La exaltación monopoliza la conciencia y captura los sentidos. «Desde que me enamoré, sólo lo veo a él... a nadie más que a él... no veo a nadie alrededor. Nada más me interesa, ni mi jardín, ni mis hijitos...» me explicaba una mujer que durante muchos años había experimentado minuto a minuto la tortura doméstica de tener padres dementes, un marido moribundo y un hijo encarcelado. La aparición en su vida de un hombre que por otra parte no le daba gran cosa, había sido suficiente para inflamar su pasión, como un anzuelo que resultaba mucho más eficaz en la medida de su avidez porque había estado privada de eso desde hacía muchísimo tiempo.

El anzuelo de la pasión no conduce a la felicidad ya que se trata de una superseñal demasiado eficaz como para permitir los matices.

Precisamente al contrario, la pasión lleva a la angustia: «Cada mañana me despierto inundada de angustia. Necesito varias horas para relajarme un poco», me comentaba una mujer. «¡Lo amo! ¡Lo amo! ¡Lo amo! Y de pronto me digo que si no viene, moriré de pena... Y si él muriera... prefiero morir antes que él...».

El movimiento de liberación de los «adictos al sexo» que se lleva a cabo a instancias de ellos mismos en Estados Unidos y en Francia parece de la misma familia. Para los apasionados, el orgasmo se convierte en algo accesorio porque el placer que proporciona les parece insignificante. Su intensidad es muy inferior a la de su pasión, como expresan los grandes enamorados y los místicos. El orgasmo llega por añadidura.

Los adictos al sexo están sometidos a la búsqueda del orgasmo por el cual sacrifican toda vida afectiva y social. Representan el 6% de la población.[28] No pueden establecer un vínculo, ni constituir una red de amigos, ni fundar una familia, ni aprobar un examen, ni intentar una aventura social o intelectual y menos aún espiritual, hasta tal punto están dominados por la búsqueda incesante de ese clímax que les impide vivir. Prisioneros de la sensación, no pueden elaborar un proyecto de vida, porque este se limita a un antes y un después del orgasmo. Como los lobotomizados, estas personas sólo viven sucesiones de presentes, breves historias de ligues desprovistas de sentido: diez a quince masturbaciones por día, de una a tres relaciones sexuales con parejas cuyo nombre ni siquiera conocen y de las cuales no reconocerían tampoco el rostro.

La pasión es un señuelo sentimental, una exaltación inducida por una representación, mientras que el orgasmo es el anzuelo de una sensación, un placer totalizador provocado por una superseñal, parecida a la droga. Pero, en ambos casos, las superseñales que capturan a estas víctimas de la felicidad impiden toda historización. Nada tiene tiempo de adquirir sentido cuando se experimenta un éxtasis apasionado u orgásmico. Sólo cuando la pasión se extingue o cuando Don Juan se vuelve impotente, las personas, finalmente liberadas del amor, pueden tomarse el tiempo y la perspectiva necesarios para elaborar el relato de su terrible y maravillosa captura.

Lo que dicen los neurobiólogos se expresa aquí con palabras cotidianas, lo cual no resulta sorprendente porque se trata de traducir una experiencia y no una idea abstracta. Sin embargo, el sentimiento

de lo absoluto que proporciona la pasión crea una sensación de elevación por encima de la abyecta inmanencia, una especie de desmaterialización, como una entidad sin representación posible, un éxtasis místico, un placer inaudito, una felicidad sublime, inefable, que sólo con palabras divinas podría mencionarse. Cualquier imagen o cualquier explicación disminuiría una emoción de ese tipo.

Quienes han experimentado el éxtasis místico refieren un sentimiento de inmersión vertiginosa, como una especie de angustia, que de pronto se revierte en una elevación en éxtasis, como una desencarnación.

Las situaciones extremas de la vida permiten observar «las condiciones de los estados de elación»,[29] una dulzura intensamente eufórica, un júbilo suscitado por conductas triunfalistas.

Si fuéramos seres lógicos, lo que debería causar la elación y justificarla es un cambio externo. Pero, como somos seres psicológicos, lo que provoca brutalmente el paso al éxtasis es, en cambio, una inmensa angustia. Por el contrario, ganar el Loto o tener éxito en un concurso provoca con frecuencia estupor emocional. Lentamente, la vida cotidiana se impregna de un sentimiento de felicidad difusa, constante, discreta, pero sin explosiones.

No faltan los testimonios clínicos relacionados con el par angustia-éxtasis. Recuerdo a aquel pastor protestante que, durante la Segunda Guerra Mundial, viajaba en tren con una maleta en la que llevaba un cuaderno con las direcciones de los miembros de la resistencia de su grupo. De pronto, el tren se detiene en campo raso y por cada extremo del vagón suben soldados armados. El pastor no tiene más remedio que quedarse sentado en su lugar, inmóvil, con la valija que lo condenará a muerte al igual que a sus compañeros. Al principio, se asombra por la calma que experimenta, prácticamente una especie de indiferencia. Oye el ruido de los soldados que se acercan y sus órdenes, cada vez más estruendosas. Una angustia, pequeña tensión desagradable, le oprime el abdomen. Los soldados se aproximan y sus voces se oyen cada vez más fuerte. Ya le llega el turno. Aumenta la angustia y se vuelve dolorosa. Está fascinado hasta tal punto por la percepción del ruido que hacen los soldados que ya no puede pensar. Quedó cautivado por lo que percibe, lo cual significa la muerte para él y, para colmo, la culpa que experimenta por la muerte de aquellos a quienes ama. Entonces la angustia lo hace sufrir

hasta el punto de experimentar malestar. Y cuando la puerta de su compartimiento se abre brutalmente y escucha la orden en alemán de mostrar sus documentos, todo se transforma de repente en angustia extática: el sacerdote experimenta la impresión de elevarse por encima de su propio cuerpo, como si levitara, y finalmente fue detenido y deportado en un estado de radiante euforia.

Las guerras abundan en ejemplos análogos: con unos cuantos hombres, un oficial debía conquistar un campo descubierto arrasado por cuatro ametralladoras enemigas. Sabía que, cuando diera la señal de avanzar, eso significaría su propia muerte y la de los demás. Sentía un peso enorme sobre los hombros que aumentaba mucho cuando se aproximaba el momento de dar la señal. De pronto lo invadió un inmenso júbilo: «Se me había cuadruplicado la visión, me daba cuenta de todos los lugares de donde podría salir una bala, y de la orden que tendría que dar para evitarla. Mi mente trabajaba diez veces más rápido que de costumbre, y con mayor seguridad, y yo experimentaba una sensación de intenso regocijo, el sentimiento de encontrarme por encima de mí mismo: la guerra es el estado ideal».[30]

La señora Mar... tenía nueve años cuando fue detenida junto con su padre entre los rehenes alineados en la estación del ferrocarril para ser fusilados allí. La ametralladora comenzó su tarea y las personas caían una tras otra. La pequeña sabía que su padre iba a morir, precisamente antes que ella. Cuanto más se acercaba el momento, más tensión angustiosa experimentaba, cuando de repente sintió por su padre un chispazo de amor, como un flechazo afectivo, un impulso de acercarse a esa persona con la que iba a vivir todavía uno o dos segundos más. Entonces llegó la orden de detener los fusilamientos y los sobrevivientes retornaron a su casa. Después de este instante de intenso éxtasis amoroso antes de la muerte, la señora Mar... nunca dejó de amar a su padre. Pero lo que más le sorprende es que, antes del arresto, ¡ella detestaba a ese hombre brutal y poco afectuoso!

Las emociones intensas pueden ser fulgurantes como un orgasmo; los sentimientos son más duraderos y, por su parte, las representaciones que los producen pueden persistir más allá de la muerte del sujeto. De este modo, una obra de arte realizada por un egipcio hace 3500 años nos conmueve todavía hoy por su gracia y belleza, al igual que una filosofía pensada hace muchos milenios todavía organiza

nuestras sociedades, el modo como vivimos en ellas y experimentamos emociones cotidianas.

El exquisito Arthur Rubinstein da testimonio del paso de la angustia al éxtasis que luego puede continuar durante toda la vida. Hasta los 20 años, se sentía torturado por la angustia que, como en el caso de Montherlant, le hacía insoportable la idea de tener que vivir el minuto siguiente. Aspiraba a morir para dejar de experimentar la angustia de la muerte, cuando de pronto lo asaltó una idea que le cruzó por la mente: «Pero ¿qué espero para ser feliz?».[31] A partir de este resplandor que daba forma a su emoción extática, jamás dejó de ser feliz, aun con las terribles pruebas por las que pasó en su vida: «Hasta la muerte la espero feliz», decía varios años antes de dejarnos. Todo esto no es lógico, sino sumamente psicológico.

Estos testimonios explican la confusión sentimental de los prisioneros que siguen enamorados de sus carceleros durante toda la vida y de los soviéticos que, después de quince o veinte años de deportación, cuando salen vuelven a inscribirse en el comité del barrio, para preparar la manifestación de práctica el domingo.

El escándalo de este camino etoclínico consiste en que nos lleva a la conclusión de que una sociedad con toda clase de seguridades, al eliminar el acontecimiento que podría provocar la angustia, suprime toda posibilidad de experimentar el éxtasis. Modifica la construcción de las identidades al privar a los individuos de las ocasiones que les permiten decirse un día, en su fuero interno: «Yo soy aquel que...». La ausencia de objetos de temor desarrolla la angustia y borra todo sentimiento de victoria. Por eso vemos cómo se desarrollan en las sociedades con seguridad los deportes de riesgo que crean el placer del temor y provocan la sensación de orgullo.

Nacimiento de la empatía

El contexto social es lo que modela la sensación de ser uno mismo, la vivencia de sí.

El señor Glo..., en una maravillosa ciudad de Luberon, pasó una infancia muy dolorosa a causa de su padre alcohólico. Este lo golpeaba todos los días y, sobre todo, sufrió la humillación de verlo con paso vacilante en la plaza pública y rodar por el suelo los días de fiesta.

Como muchos hijos de alcohólicos se hizo «adulto» demasiado pronto y tuvo que hacerse cargo del padre, ir a buscarlo cuando estaba demasiado borracho, ordenar las botellas que su madre nunca olvidaba de comprar, rellenar los formularios administrativos, con la esperanza de que un día se aplacara y dejara de beber. En este tipo de infancia, cualquier cosa forma un signo: el portazo demasiado fuerte por la noche anunciaba la pelea, los pies que se arrastraban hacían temer la caída y determinadas palabras intrascendentes se convertían para él en preludio de una disputa.

A los 17 años Glo... huyó de su casa para aprender un oficio, fundar una familia y convertirse en un ciudadano notable de Marsella. Pero, cuando heredó la bonita casa de sus padres, jamás pudo volver a la ciudad de su infancia, en la que continuaba siendo el hijo del borracho. Cuando, por determinadas circunstancias, se vio obligado a volver, sentía la angustia que le oprimía el pecho simplemente al ver el campanario de la iglesia. Hasta que llegó el día, cuando iba a cumplir 50 años, en que se sintió muy sorprendido de estar caminando una noche sin experimentar las dificultades habituales para respirar. La explicación mediante el aire puro y el silencio del campo no se sostuvo durante mucho tiempo, ya que al cabo de unas cuantas reflexiones, Glo... se dio cuenta de que ya no sentía angustia en esa ciudad porque sus nuevos vecinos eran todos ingleses o parisinos. Para la mirada de los otros, él ya no era el hijo del pobre, el que recogía a su padre y no pagaba el vino tinto que pedían en el almacén.

Lo que crea la vivencia de sí es esencialmente el modo como los recuerdos construyen nuestra identidad. Ahora bien, no existen recuerdos íntimos sin función social de la conciencia,[32] ni acontecimientos que los pongan en escena. La emoción atribuida al acontecimiento depende tanto de la secreción de los neuromediadores como de la carga emotiva que se le asigna al acontecimiento mediante la mirada de los demás.

Para experimentar la sensación de ser un yo, con una vergüenza que lleva hasta el malestar, era necesario, primero, que Glo... poseyera un cerebro sano inmerso en los mediadores adecuados; segundo, que en el discurso social se menospreciara al borracho y al pobre niño sucio que se ocupaba de él. Y tercero, que Glo... fuese capaz de sufrir por la idea que él se hacía de la idea que tenían sus vecinos socarrones: «se constituye una subjetividad cuando dos individuos

habitan el mismo mundo. Lo que la hace posible es esa competencia que cada uno tiene de ponerse en el lugar del otro, su capacidad de empatía».[33]

Yo creo que mi perro no sabe mentir. Esta comprobación doméstica plantea un problema gnoseológico de fondo: la autenticidad de mi perro proviene del hecho de que, en su mundo mental, se hace representaciones sensoriales alimentadas por lo que percibe y lo que ha percibido de mí. Pero él no se ofende si yo lo desprecio porque es un bastardo. Todo lo contrario; si tengo un pensamiento negativo con respecto a él y se lo expreso con una sonrisa, me pongo en cuclillas y abro la palma de mi mano hacia el cielo, se precipita hacia mí, afectuosamente, a pesar de mi pensamiento desvalorizante. En un mundo interhumano, el otro podría pensar: «Me sonríe para halagarme, pero sé muy bien que me desprecia porque soy un bastardo». Adaptará sus emociones y sus conductas a la idea que se hace de la idea que yo me hago de él. Mi perro puede llegar a desconfiar de mí cuando, antes de esta escena atractiva, ha percibido que mi cuerpo expresaba indicios agresivos sin darme cuenta. Pero él jamás desconfía de mí por la representación que me hago de su carácter de bastardo.

Un hombre adecúa sus emociones, sus conductas y sus ideas a lo que imagina sobre el mundo mental del otro. Puede adivinar o bien delirar, pues la empatía requiere aptitud sensorial para percibir los indicios y señales emitidos por el cuerpo del otro, y una aptitud neurológica para convertirlos en signos que formen una representación del mundo del otro. Por lo tanto, se necesita un cerebro que ponga al individuo en condiciones de habitar un mundo no percibido, pero representado. También se necesita que haya una intención de habitar el mismo mundo, un impulso hacia el otro y una anticipación [34] que sólo pueden experimentar los individuos que poseen un lóbulo prefrontal. Representarse el mundo que se representa el otro permite comprenderlo, pero no necesariamente experimentarlo. La simpatía requiere un contagio emotivo que se intercambia entre dos individuos, mientras que la empatía exige una representación compartida entre dos sujetos.

Cuando una gacela deja pistas falsas mientras huye despavorida de un depredador, lo hace porque así ha aprendido a expresar una intensa emoción de terror en los juegos de su infancia. El depredador

percibe un anzuelo del que está ávido y adapta sus comportamientos de caza a ese objeto que zigzaguea y que con mucha frecuencia se le escapa. Aquí no existe ni empatía ni simpatía, ya que el depredador percibe los indicios y señales de un anzuelo cuyo mundo interno no puede representarse. No hay agresividad en el águila que atrapa a un conejo. Y sí mucha ternura en la leona que se restriega contra la gacela que acaba de degollar.

En virtud de su dotación neurosensorial, los animales se representan el mundo y extraen de él sus emociones. Pero los humanos semantizan el mundo en el que viven. Por eso, el hombre de Neandertal, cuando colocó flores y guijarros alrededor del cuerpo de un difunto, los transformó en guijarros semánticos. Cuando un guijarro está «puesto allí para» representar el mundo no percibido de la muerte, deja de ser una cosa porque el hombre lo convierte en signo. En un mundo humanizado, todo puede formar un signo: un movimiento de la lengua, un gesto con las manos, la ornamentación del cuerpo o de las cosas. Basta con entenderse y ponerse de acuerdo.

El mundo de los gatos es un mundo de simpatía, un intercambio en el que la emoción de uno provoca una impresión en el otro. Están ligados a nosotros por un mundo emocional, pero no comparten nuestras representaciones semánticas.

En este estadio de la evolución, la filogénesis de la empatía corresponde a la conducta del bebé frente al espejo cuando, desde las primeras semanas de vida, percibe una forma infantil que le produce un regocijo mucho más intenso que cuando divisa a su madre.[35] Pero ese mundo peribebé, análogo a un mundo perigato, a partir del tercer mes se convierte en un mundo interbebés en el que los niños manifiestan la intención de entrar en comunicación apenas se ven.[36]

Se observa entonces la construcción de un espacio psíquico, primero próximo y sensorial (tocar, golpear, lamer) que gradualmente se modaliza al irse alejando (sonrisa, emitir un gritito, tender la mano o el pie en dirección al otro) para llegar en el transcurso del segundo año a la comunicación intencional de una representación (gesto simbólico, libreto de amenaza o de atracción).

La «experiencia» de los románticos alemanes (*Einfühlung*[37]) progresivamente ha evolucionado en el mundo de los seres vivos, desde el conocimiento perceptivo de las sensaciones, pasando por el cono-

cimiento emocional del mundo, hasta llegar al conocimiento racional de las representaciones.

Pero no todas las representaciones se sitúan en el mismo nivel de abstracción. La representación de las informaciones grabadas en la memoria, la de las imágenes impresas en el transcurso de un período sensible, los aprendizajes, las figuras o los signos no crean los mismos mundos.

Parecería que la evolución del cerebro permite abstraer cada vez mejor la información. Primero la sensación está desencadenada por una percepción. Luego se hace posible la simpatía por el contagio de emociones. Por último, la empatía es una construcción en dos etapas: la empatía emocional, parecida a un pensamiento analógico (comprendo lo que experimentas), sirve de base a una empatía de abstracción (comprendo lo que comprendes). El hecho de habitar un mismo mundo emocional implica una representación de similitudes: «Postulo que si yo estuviera enfadado expresaría mi emoción mediante estos ademanes, gestos y palabras. Como percibo en ti ademanes, gestos y palabras análogos, deduzco entonces que estás enfadado».

La simpatía no es analógica. Pasa de un cuerpo a otro como contagio. Cuando una madre está deprimida, se desorganizan sus conductas, lo cual desorganiza el mundo sensorial peribebé que ya no puede manifestar allí sus propios comportamientos.[38]

La empatía me permite, a partir de indicios perceptivos minúsculos, representarme tu mundo de emociones, imágenes y signos. Resulta que esta frase puede trasponerse a la lingüística donde, a partir de la percepción de sonidos, gestos o grafismos minúsculos, puedo representarme el inmenso mundo no percibido de tu subjetividad. Por lo tanto, la «transposición imaginaria de uno mismo en los pensamientos, afectos y reacciones del otro»[39] se hace entonces posible por la copresencia de dos sujetos cuyos cerebros, capaces de procesar informaciones no percibidas, han podido dominar la convención del signo verbal, gestual u objetal.

En suma, se trata de una aptitud para compartir las acciones (paseos, rituales), los afectos (aplaudir, indignarse) y los pensamientos (emocionales o abstractos) del otro.

La ontogénesis de la empatía humana requiere la integridad de todos los estadios de la construcción del aparato psíquico. Un lobotomizado queda prisionero de los estímulos sensoriales y verbales de

su contexto. Un afásico, que padece una suerte de lobotomía verbal, vive en un mundo privado de la dimensión del mundo del otro.

La biología periférica, sensorialidad que nos rodea y nos penetra, puede desintegrarse como en el caso de los niños abandonados y aislados que poseen un cerebro apto para el lenguaje, pero como nunca están en contacto con él jamás hablan, están centrados en sí mismos y, al estar privados de alteridad, se dejan morir.

Las falencias en el desarrollo de la empatía pueden orientar a un sujeto hacia el interior de otro que, al producir mediante sus palabras, gestos y objetos un mundo de representaciones alteradas, perturba el mundo compartido. El trastorno experimentado por uno arraiga en el mundo perturbado del otro. Así podemos describir la malformación sentimental del paranoico, del perverso y del melancólico. Los primeros estadios de su aparato psíquico están bien desarrollados, y a veces esas personas se desempeñan en forma excelente en los aspectos intelectuales y sociales. Pero, mal incitados a compartir el mundo de los demás, cuando se van configurando sus sentimientos, jamás pueden representarse otras representaciones salvo las propias.

Los paranoicos autohipnotizados, fascinados por su propio mundo mental, ni siquiera sospechan la existencia de otros mundos. A la menor depresión, ante el mínimo malestar, les atribuyen a los demás lo que proviene de ellos mismos, pues hasta tal punto están centrados en sí mismos y poco entrenados para compartir otras representaciones.

Los perversos están extraordinariamente desprovistos de empatía. Los pederastas se declaran dueños de los niños que han adoptado, para luchar contra sus carencias afectivas, según dicen. La interrupción del desarrollo de su proceso empático coincide a veces con una cultura sin empatía, un discurso social que sólo se piensa a sí mismo y sólo se representa al otro en la forma de *ein Stück* («un trozo»),[40] y no de una persona. A poco que el discurso social considere moral que se purifique la nación, a poco que los estereotipos culturales declaren que «los gitanos no son hombres en absoluto», como he oído decir, matar a un gitano se convierte en algo normal y que no tiene importancia: «En realidad no es un crimen, porque un gitano no es en verdad un hombre». Los perversos no son obligadamente agredidos por su cultura, ya que a veces es ella misma la que propo-

ne como modelo de conducta lo que otras civilizaciones estiman como un delito. El turismo sexual de los pederastas desde hace mucho tiempo está considerado como una especialidad mediterránea. E incluso el infanticidio no ha sido pensado como un crimen en Occidente hasta el siglo XIX. Un sádico puede matar a un niño en el transcurso de un acto sexual. Si vive en una cultura en la que esta conducta no se considera un crimen, pierde su carácter monstruoso. Esto no quiere decir que una criada, embarazada por su empleador, haya estado encantada de matar a su bebé, o que un niño utilizado para prácticas sexuales no conserve esas huellas durante toda su vida. Sólo significa que una costumbre puede no estar criminalizada, aunque sea traumatizante.

Por el contrario, los melancólicos viven con tanta intensidad el mundo de los demás que terminan por despersonalizarse, hasta el punto de que a veces ya no saben quiénes son y ni siquiera que poseen un cuerpo. En la clínica se da el caso de que afirman que no tienen corazón ni estómago, que están vacíos e incluso que no existen.

Los intermundos creados por la empatía no son siempre igualmente compartidos. El simple hecho de habitar el mundo de otro posibilita que desarrollemos creencias a las que nos sometemos, con frecuencia mucho más que a nuestras propias representaciones. La palabra de otro nos parece perfecta, superior a la nuestra, y el sistema de creencias que rige nuestra cultura no nos parece negociable, hasta el punto de que experimentamos como una verdadera blasfemia la mínima crítica de la autoridad de un jefe o de un antepasado. Del mismo modo como los melancólicos creen más en la existencia de los demás que en la propia, el seguidismo (panurgismo) intelectual se explica por nuestra tendencia a aceptar las ideas de otro por encima de las nuestras.

La articulación de nuestro psiquismo con el «psiquismo social» (discursos, creencias, valores y estereotipos) puede o no proporcionar un alivio morboso a una pulsión. Pero, cuando habitamos un mundo mental mal formado por los otros (familia o cultura), la ontogénesis del proceso empático puede detenerse. Por eso se expresan tantas perversiones durante las guerras, sin que se las penalice. No habitamos el mundo mental del grupo perseguido. «¡Que muera! ¡Está muy bien! Incluso el sadismo o el masoquismo pueden convertirse en la manifestación de un compromiso social, con frecuencia

moralizador, como el coraje de los combatientes o su resistencia ante el sufrimiento.

Cuando todo se desarrolla en buenas condiciones, los encuentros empáticos intermundos permiten una fantástica ampliación de la conciencia. Existen tantos mundos humanos por descubrir que la invención de las culturas de alianza no se interrumpirá jamás. Pero los fóbicos de la cultura, los nidícolas aterrados por toda novedad se hundirán en el vientre de su madre para tener seguridades ante el contacto de las culturas de la filiación. Cuando la empatía permite compartir las emociones de otro,[42] el mundo así creado puede expandir a los participantes o ponerles obstáculos. Esto es lo que ocurre en la pareja psicoterapéutica en la que el proceso empático compromete al terapeuta «no en el descubrimiento de una verdad, sino en la producción de una nueva experiencia afectiva para su paciente».[43]

Esta distribución se registra también en las parejas en las que uno de los dos altera o cura al otro. Por eso los cónyuges y los hijos de paranoicos a menudo consultan a causa de depresión ansiosa: es demasiado difícil vivir en este mundo. El estado de alerta es constante y todos los mecanismos espontáneos de aplacamiento son destruidos. Se actúa poco, para no exponerse al mundo social que conspira; se habla poco, porque es necesario desconfiar y no exponerse al dar argumentos que podrían volverse contra nosotros; se ama poco, pues la demostración afectiva sin duda es una tentativa de seducción para manipularnos. En ese mundo, nada puede regocijarnos ni tampoco sosegarnos. La morosidad y la pesadez se instalan hasta el día en que, «como cuando uno oprime un botón eléctrico», dicen los compañeros del paranoico, la depresión sacude al más sano de ambos.

Nadie permanece pasivo en un mundo compartido, pues no todos aceptamos habitar el mundo del otro hasta el punto de dejarnos despersonalizar. Algunos de nosotros nos hacemos cómplices inconscientes de esta limitación psicológica. Son aquellos que experimentan una autoimagen intensamente desvalorizada. Los melancólicos, que se sienten como desperdicios, tienen tanta vergüenza de que aceptemos amarlos que no dejan pasar ninguna ocasión de despersonalizarse precipitándose en el mundo del otro: «Desde que te amo, ya no sé quién soy». Y quienes han tenido una historia que los avergüenza se sienten anormalmente imperfectos y tan sorprendidos de que uno acepte amarlos que no tienen en cuenta sus propios

deseos y se dedican a satisfacer únicamente los de los demás: «Me desprecio por ocuparme de mí... lo que importa son los demás. No sé qué dar. Cuando era niña, entregaba mis juguetes y luego me sentía desdichada porque les había tomado mucho cariño», me explicaba una institutriz demasiado amable, devastada por los problemas de los demás.

Una babosa de mar probablemente no sabe ponerse en el lugar de otros. Percibe una vibración o una sustancia química y se adapta a ella, precipitándose hacia el indicio o huyendo de él, lo cual resulta suficiente para su bienestar o malestar. Cuanto mayor es la aptitud que el sistema nervioso le otorga al organismo para vivir en un mundo más distante, en mayor medida su felicidad-desdicha depende de otro al que frecuenta. Hasta el momento en que su cerebro, cuando le permite experimentar un mundo esencialmente representado, le otorga la capacidad de vivir y de compartir un mundo no percibido, creado por las representaciones de sus congéneres.

Biología del sueño, el juego y la libertad

La idea filogenética propone que la expansión del mundo de los seres vivos ha permitido un proceso de separación-individuación. Una planta vive en un contexto inmediato. La grasa de un animal constituye una reserva de energía que le hace posible visitar un pequeño extremo del planeta. La homeotermia les permite a determinados organismos conservar la misma temperatura interna cuando varía la del ambiente. Y el sueño paradójico, receptor biológico de los sueños, esboza un inicio de mundo interno. El organismo que segrega ese sueño rápido conserva en él la memoria de la especie y le añade la del individuo. Luego el juego prosigue el proceso de individualización en el mundo viviente. Por último, la mentira y la comedia preparan para la palabra, que completa ese proceso cuando el sujeto dice «yo» y se convierte en una persona.

El sueño paradójico y el juego constituyen las premisas de una vida psíquica que el lenguaje ha de cincelar y poner en circulación en el planeta de los signos.

La conducta no es suficiente para dar testimonio de una vida psíquica. No porque una babosa de mar se comporte correctamente

podemos deducir que ha resuelto su complejo de Edipo. En cambio, podemos sostener la idea de que en el mundo de los seres vivos aparecen gradualmente representaciones sensoriales, cuando un organismo adquiere la capacidad de la memoria. Mucho más adelante, en las especies evolucionadas, la aparición del lóbulo prefrontal permitirá las representaciones anticipadas, sin relación con la situación presente. Ahora bien, también el sueño es un esbozo de representaciones, en imágenes y en emociones.

Los peces, los batracios y los reptiles no sueñan, aun cuando algunos estados de quietud alternan con fases de vigilia. Sometidos a las percepciones del contexto y a la temperatura según la cual varían, podemos pensar que no tienen representaciones de imágenes. Lo cual no les impide resolver problemas a veces difíciles: en Toulon, huyen de las costas superpobladas de pescadores y frecuentan los estanques de militares ocupados en otras tareas.

El reposo con sueños aparece en los pájaros con temperatura estable y en los que el neocortex comienza a asociar informaciones dispersas en el tiempo y en el espacio. En ese caso el juego adopta esa función y aparece en los animales cuyo sistema nervioso desarrolla los circuitos del placer y de la descontextualización. Cuanto más capaz de asociar es el sistema nervioso, más durables son los sueños: treinta segundos en la gallina, seis minutos en el gato y veinte en el hombre, cuyo cerebro es el que más asocia. Un gato produce 200 minutos de sueño paradójico cada 24 horas, mediante fragmentos poco asociativos de seis minutos. Mientras que el hombre sólo segrega 100 minutos de sueño paradójico por día, pero mediante secuencias de 20 minutos, mucho más asociativas. Ahora bien, las especies con un alto porcentaje de sueño paradójico son también las más juguetonas. Los polluelos no son muy juguetones, pues hacen el imprinting con su madre y ese aprendizaje les resulta suficiente. Mientras que los gatitos, que se llevan las palmas entre todas las especies respecto del sueño paradójico, están siempre al acecho de un trozo de lana, de un corcho, de un rabo que se menea y que pone en marcha un juego de depredación. Como son hipersensibles a toda novedad, todo lo que se mueve los estimula y los incita a la caza.

La comparación entre especies respecto del reposo con sueño casi podría proporcionarnos un indicio biológico de curiosidad. Por otra

parte, todos los recién nacidos del mundo segregan más sueño paradójico que los mayores. Los ratones nidícolas, durante su primera semana, «sueñan» durante el 80% de su tiempo de reposo. Pero, cuando aparece la corteza, bajan al 10 o 15%. Mientras que los cobayos nidífugos, cuya maduración está completa cuando nacen, segregan del 7 al 8% desde el primero hasta su último día. Las ovejas, con un 25% en el caso de las crías, terminan su vida con el 30%. Los chimpancés arrancan con el 30% en su juventud y tienen un 25% cuando llegan a viejos. Mientras que los hombres pasan del 80% en el momento del nacimiento al 15% a partir de los 60 años.[44]

De modo que podríamos distinguir dos categorías de soñadores en el mundo viviente: aquellos cuyo sistema nervioso, prácticamente completo en el momento del nacimiento, segrega el mismo porcentaje de sueño durante toda su vida, y aquellos con una expectativa de desarrollo perdurable, pues su cerebro, a causa de la lentitud para evolucionar y su plasticidad, permite un prolongado período de aprendizaje... si el medio ambiente no tiene nada en contra.

Esta expectativa biológica de desarrollo concede tiempo para los aprendizajes, lo cual permite escapar a la inmediatez de los estímulos y, por eso mismo, da lugar a la aparición de perturbaciones en el desarrollo. Una babosa de mar se adapta al medio, pues de lo contrario, muere. Un cordero se apega a su madre o queda eliminado. Mientras que un gato o un perro, con prolongados aprendizajes, pueden incorporar conductas alteradas, trastornos del humor, apegos nocivos y pasarse la vida con este sufrimiento aprendido.

Antes de acceder al lenguaje, también el hombre padece malformaciones, atrofias cerebrales o trastornos en el circuito neuroendocrino. Pero, cuando comienza a hablar, vive en mundos no percibidos y los experimenta. Así, habría muchos niveles de locura: la locura evolutiva del sistema nervioso, la locura con imágenes del reposo con sueños y la locura verbal de nuestros relatos. Al igual que los animales, el hombre padece algunas perturbaciones en su desarrollo. Durante el sueño paradójico, los arrebatos delirantes provocados por un trastorno de la vigilia permiten que el sueño haga irrupción en la conciencia todavía alerta.[45] Pero nuestras peores locuras existen en la palabra, como ocurre en las guerras, en las que un relato colectivo conduce a la conclusión lógica de que es necesario destruir al otro, por importantes razones de género: «sus cabellos no tienen el

mismo color que los míos», o: «hace tres mil años, mis vecinos adoraban al becerro de oro», o bien: «hace seis siglos, trasladaron la frontera al otro lado de la calle». Tales enunciados ya han legitimado millones de torturas y asesinatos que jamás fueron experimentados como delitos. Cuanto más se someten los hombres a un relato que atribuyen a alguien de labia no percibido, más dogmático se vuelve su discurso: mi hermano conoce la cuestión mejor que yo; mi padre, mejor que mi hermano; mi abuelo, mejor que mi padre, y Dios, mejor que todo el mundo. Por otra parte, cuando se invoca a Dios para resolver un problema inmobiliario, esto equivale a decir que se prepara una guerra.

La expansión del mundo de los seres vivos, desde la percepción hasta la representación, organiza los sistemas nerviosos de modo de hacer posible la evocación: toda percepción evoca. Y cuando se habla, se historiza.

El juego está situado entre el sueño y la palabra. Un animal que sueña experimenta las representaciones de las imágenes que se forman en él durante el reposo. Lo que llega a convertirse en sueño es lo que deberá aprender para llevar su vida de perro, de gato o de chimpancé. Cuando Michel Jouvet coaguló el locus ceruleo, esa pequeña pila de neuronas azuladas del tronco cerebral que normalmente deja a los gatos en estado de atonía y les permite soñar sin actuar, descubrió que, en el momento del sueño paradójico, los animales adoptaban posturas de acecho, de persecución de presas imaginarias, búsquedas exploratorias, accesos de rabia y terror. El animal duerme profundamente, puesto que no responde a los llamados, a los ruidos, ni aun cuando se lo toca, pero responde intensamente a la amenaza imaginaria que proviene de su mundo interior, o a la presa que pasa delante de sus ojos cerrados.

«En el caso del hombre, el sueño adopta otro significado».[46] Lo que se convierte en imágenes y en emociones en el mundo interno del hombre dormido, son los grandes temas autorizados por su programa genético y el cumplimiento de deseos no conscientes. Un deseo impreciso, no muy claro, no muy bien expresado en imágenes ni en palabras, hace irrupción durante los sueños cuando, en una situación de menor alerta, nos censuramos menos. La autenticidad de los sueños se expresa en libretos «incoherentes, confusos y absurdos»,[47] que se hacen posibles en virtud de que tenemos un cerebro prefrontal

que crea la anticipación, mediante la palabra que hace presente un mundo ausente y mediante el reposo con sueños en el cual el impulso bioeléctrico del tronco cerebral pone en alerta la mínima huella no consciente de nuestros recuerdos o deseos.

El placer y el displacer, cuyo apoyo neurológico pasa por los sistemas de la recompensa o de la aversión, aparecen al mismo tiempo que la homeotermia. En el momento del sueño, estos circuitos situados en la base del cerebro, son activados por los impulsos eléctricos provenientes del tronco cerebral, que ponen en alerta al mismo tiempo el cerebro de las imágenes y el de las emociones, lo cual explica la intensidad emocional y a veces sexual experimentada durante la noche, sin mediar ningún estímulo externo.

El juego coloca en la realidad exterior el placer del aprendizaje y la familiarización. Y el sueño coloca en la realidad interior la emoción proveniente de la revisión de esos aprendizajes. El juego, entre el sueño y la palabra, prepara la realización de los deseos. Al proporcionar placer en los actos que ponen en escena las motivaciones internas, le da una forma visible y palpable, como una especie de muestra. El juego articularía nuestros deseos apenas conscientes con la realidad exterior. Al proporcionar placer en las puestas en escena, crea un proceso de familiarización que une el mundo interno y el externo.

La familiarización interna es fácil de observar con el electroencefalograma que registra todas las noches las cantidades de sueño paradójico. Cuando los babuinos se refugian en los árboles para dormir, segregan muchos más sueños que cuando duermen en la sabana o en árboles no familiares. Las vacas sueñan más en los establos que cuando pastorean, como los polluelos en el huevo, los fetos dentro del útero y los gatitos que se restriegan contra su madre. Al adormecerse con todas las seguridades en un mundo externo familiar, se dejan llevar para producir el sueño de alerta interna. Cuando la sensación de seguridad es genética, el organismo sueña mucho, como lo hacen los depredadores y los carnívoros. Mientras que las especies perseguidas y herbívoras, siempre en alerta externa, sueñan poco, porque están siempre en guardia, como las ovejas (20 minutos en 24 horas) y los conejos (10 minutos en 24 horas). Las presas deben buscar la seguridad en refugios y madrigueras porque no poseen la misma seguridad genética que sus depredadores.

La familiarización externa mediante el juego nos proporcionaría entonces un indicio de la aptitud de un organismo para el acostumbramiento interno mediante el sueño. Los organismos jóvenes juegan poco, pues su tarea es insertarse en el mundo externo. Pero no todas las especies juegan de la misma manera. Las crías de los invertebrados y los recién nacidos de los vertebrados no juegan jamás. El mundo externo penetra en su organismo y limita su metabolismo. El juego aparece en algunas aves: cuanto más inmaduras nacen las crías, mayor necesidad tienen de jugar para familiarizarse con su mundo y asumir allí su lugar. Las crías de mamíferos juegan mucho, sobre todo los carnívoros que sueñan abundantemente y tienen necesidad de aprender el comportamiento de sus presas. Los gatos les entregan a sus hijitos ratones heridos que, cuando tratan de huir, les dan a los gatitos el tiempo para jugar y perfeccionar sus primeros intentos de cacería, bastante torpes. Mientras que los polluelos, que no necesitan aprender a cazar para alimentarse, juegan a la huida, zigzagueando y pataleando. Los cachorros que juegan a golpearse aprenden a jerarquizarse, lo que les permitirá vivir en manadas, para lo cual están preparados por su programa genético.

Este grado de libertad adicional, al permitirles actuar sobre su mundo externo para adaptar a él su mundo interno, ocasiona una posibilidad de incoherencia. «La coherencia es la característica del animal en su medio ambiente natural. Coherencia entre el genoma y su entorno, coherencia entre los congéneres, coherencia entre la cría y su madre. [...] Por el contrario, el hombre sólo pueder ser psíquicamente incoherente».[48] Un animal se articula con su mundo o, si no, queda eliminado. Mientras que el juego introduce un juego en esta articulación, menos obligada a la adaptación, por el hecho de las representaciones. El animal que juega pone en juego diferentes modos de vivir en un mismo mundo después de haber ensayado numerosas estrategias. El hombre, en virtud de su cerebro descontextualizador, inventa representaciones tan diferentes que lo incitan a jugar para poder ver si funcionan. Y, cuando aparece el lenguaje, las representaciones de palabras inventadas al infinito crean mundos tan diferentes que, aun cuando jugara sin cesar, no podría habitar en todos. Entonces inventa, se orienta en todas direcciones hasta el día en que, frente a esa efervescencia apasionante y angustiante, un hombre anuncia la verdad, la única verdad, que

nos apacigua hasta el embotamiento, mientras esperamos que otro nos despierte.

Por eso la evolución tiene que ser biológica y no histórica. La evolución biológica se haría posible a causa de la materia viva que, por el simple hecho del proceso temporal que se desarrolla desde la vida hasta la muerte, impulsa al organismo a construirse alrededor de los tutores impuestos por la ecología. El encuentro entre un medio de fuerzas pasivas y cambiantes y un organismo con fuerzas activas y exploratorias es lo que da forma a los individuos.

Este razonamiento no tiene ninguna pertinencia en el mundo de los relatos en el que cada grupo humano suscribe una historia que se enfrenta a otra, en una efervescencia de ideas siempre revolucionarias puesto que basta con cambiar un relato para cambiar la organización de un ambiente social.

La inserción de nuestros hijos en la ebullición histórica de su medio familiar y cultural puede describirse en el transcurso de la ontogénesis de sus juegos. Por eso juegan a la guerra durante las guerras y a las comiditas en períodos de paz.

El juego se remite al trabajo para diferenciarse de él. «Es de verdad», dicen los niños que quieren significar que a partir de esa frase el libreto conductual deja de ser un juego para transformarse en algo serio y, sin embargo... es el mismo.

Por lo tanto, para jugar es necesario ser capaz de hacerse una representación de una misma conducta que al mismo tiempo puede ser auténtica y teatralizada, «de verdad» o «no de verdad», lo cual no quiere decir que sea falsa. Cuando una gaviota juega a que deja caer su presa, cuando un cachorro juega a que se pelea, o cuando una niña invita a su comidita, eso puede ser «de verdad» o «no de verdad». Pero siempre sirve para encontrar su lugar en su ambiente ecológico y social. Con la salvedad de que el medio de una niñita es a la vez ecológico y biosocial, como en el caso de la gaviota o el cachorro (caerse, arrojar, comer), pero además es narrativo.

En todos los casos, no se trata de transformar la realidad sino, por el contrario, de aprenderla al integrarse a ella mediante el juego. Sólo mucho más tarde, cuando la personalidad esté casi completada, al alejarse del dominio de los aprendizajes y de la familiarización con el mundo exterior, el juego pondrá en escena teatralizaciones y relatos.

Así, la ontogénesis del juego permite describir la condición humana: aprender su mundo para transgredirlo mejor. Primitivamente, el placer inherente al juego depende de la satisfacción de las necesidades pero, cuando en el transcurso de su desarrollo el ser vivo accede al mundo de las representaciones, el placer depende del cumplimiento de los deseos. Ya no se trata sólo de experimentar el placer inmediato provocado por la percepción de una sonrisa o de una caricia, sino de sentir la seducción que ejerce una puesta en escena: la fascinación ya no está provocada por un contacto, sino que está evocada por un escenario teatral.

La vivencia de sí nace dentro de otro

Esto nos lleva a describir los dos orígenes entremezclados de la vivencia de sí. En la raíz biológica, la caída de dopamina impide el placer. Y, en la raíz social, la percepción del otro crea en uno una sensación que alcanza para modificar la secreción de dopamina, base biológica de la acción y del placer con uno mismo.

En el transcurso de las primeras semanas, un bebé no juega porque apenas comienza, con su corta memoria, a introducir algunas representaciones psicosensoriales. Su estado interno depende fuertemente de presiones externas: el ruido y el frío le penetran sin que pueda resistirse. No es un ser estable y no tiene mucha resistencia ante las variaciones del medio ambiente.

El movimiento de resistencia comienza cuando, al explorarse las manos y los pies, traza los límites de su yo somático. A partir del segundo mes, algunos objetos familiarizados constituyen un yo periférico precoz que explora con mucha atención. La presencia de objetos estables, de figuras humanas permanentes con sus respuestas que otorgan seguridades o bien respuestas aterradoras o desorganizadoras, integran la raíz social de la vivencia de sí. Cuando un niño llega al mundo, siente que es, pero no sabe qué es. Sólo progresivamente, bajo el efecto conjunto de la vivencia de sí que le provee la mirada del otro, descubre que es hombre y no animal, varón y no mujer, católico y no protestante... Mucho más tarde, cuando pueda hablar, sabrá enumerar sus propias características: «Yo sé saltar» y las de su entorno familiar: «Mi papá tiene una bicicleta». Mucho más tarde todavía,

tomará conciencia del lugar que ocupa en su grupo familiar y social: «Tengo un hermanito», o «Yo corro más rápido», o «Mi papá conduce muy rápido el automóvil», antes de llegar al altruismo y a las representaciones de la vivencia de sí que experimentan los demás: «Mamá está triste porque tengo una mala nota».

La idea común que surge de estos trabajos sobre la ontogénesis de la vivencia de sí, es que su construcción depende del desarrollo de la sensación de que existe el otro. Daniel Stern habla de la sensación del yo que se diferencia del otro, luego se opone al otro, antes de estar con el otro y llegar a la armonización afectiva. René Lécuyer describe un yo maternal, luego un yo personal que conduce al yo social. Pero la descripción que sirve mejor para la ontogénesis de la empatía, las condiciones previas en las que la vivencia de sí está engendrada por nuestra aptitud para ponernos en el lugar del otro, es la de Jacques Cosnier, quien propone tres etapas.

De cero a tres meses: *estar dentro*, o mejor dicho, *estar casi dentro*. El *casi* es importante porque encuadra el primer límite del sí mismo corporal: «Estoy casi dentro de mi madre, pero no estoy dentro de mi madre porque percibo un límite». Esta proximidad corporal explica la gran facilidad del contagio afectivo. Es la empatía de afecto directo, inmediato, transmitida en el cuerpo a cuerpo que permite experimentar lo que experimenta el otro. Muy parecida a la simpatía, esa sensación de ser uno mismo comienza a trazar algunos límites corporales cuando comienzan los juegos. La sonrisa del otro todavía es perceptiva, provoca cierto regocijo en respuesta al estímulo de la sonrisa de otro y todavía no tiene la intención de actuar sobre sus emociones al sonreírle. Por eso un bebé puede sonreír en medio del llanto cuando una figura de apego le sonríe. Puede responder al mismo tiempo a dos estímulos opuestos, la rabia interna que lo hace llorar y la sonrisa del otro que lo hace sonreír. Ya no se trata de un neuropéptido que actúa, como cuando sonríe durante el sueño profundo, sino que la percepción del rostro de otro lo afecta profundamente.

En este nivel de los prerrequisitos para la empatía, el juego sólo puede ser perceptivo, como un besito en el vientre, o el roce de los cabellos en la cara, o, sobre todo, las universales «cosquillas» que, al tocarle la piel en un sitio inesperado, asociado a una vocalización imprevista, crea un acontecimiento en la vida de un bebé.

En la etapa del *casi dentro*, el rostro inmóvil de la madre impide la organización de las conductas del niño. Durante los primeros días, la tristeza o la alegría de la madre se transmite mediante el rostro y los gestos y manipulaciones que agitan al bebé o lo calman. Todavía está dentro. Pero, a partir de que diferencia el rostro de otro, esta percepción compleja traza el primer límite de lo que no es el yo.

La segunda etapa de la empatía, de los seis meses a los dos años, cuando el niño se prepara para el lenguaje, es la de *estar con*. En esta fase, el yo es claramente diferente de lo que no es yo. El niño se encamina al descubrimiento perceptivo de su mundo. Estira la cabeza para ver, intenta asir para explorar con la boca. Es el momento del juego del «cuco», en el que el niño le sonríe a un rostro familiar, y de pronto se pone serio al percibir, en su lugar, una servilleta. Cuando a su vez desaparece la servilleta y el rostro esperado reaparece de pronto con una sonoridad que da una señal de alegría, el niño se ríe a carcajadas y el adulto comparte la alegría que él acaba de provocar. En el mundo del bebé, este entusiasmo proviene de su primera victoria epistemológica: el rostro no percibido, oculto por la servilleta, pero todavía presente en su imaginario, reaparece de pronto, ¡conforme a su representación! «Veo algo que pensé en imágenes, y lo que percibo confirma mi idea», casi podría decir el infante que acaba de efectuar una operación intelectual análoga a la del astrónomo que calcula el sitio en el que matemáticamente debe encontrarse una estrella... que sólo percibirá más adelante.

Desde los primeros meses, los niños prefieren a determinados actores. Se ríen con un familiar y vuelven la cabeza frente a un extraño. A veces, se desternillan de risa con la madre y se quedan fríos con el padre lo cual revela, mediante esos comportamientos, que su mundo ya ha asumido una forma diferenciada: un familiar no es lo mismo que un extraño, un padre no es lo mismo que una madre: «Desde el decimocuarto mes, saben diferenciarse a sí mismos de otro, y al otro de otro».[49]

El juego de «pum, se cayó», que el niño inventa hacia el duodécimo mes, por más que sea motor, constituye en realidad un libreto conductual que intenta manipular las emociones del otro, al actuar sobre sus representaciones. El niño juega a que se cae, sentado sobre los pañales, mirando a la madre para ver el efecto que ha producido. Pocas semanas más tarde, llora si se cae delante de la madre, mien-

tras que se levanta sin derramar lágrimas si ningún familiar lo ve. El acto de llorar se ha convertido en un mensaje intencional. El teatro de la tristeza es una historia sin palabras en la que el niño pre-dice: «Le doy forma a mi dolor y te lo traslado. Ahora te toca jugar a ti». A partir de los prerrequisitos de la empatía, percibe lo que el otro indica con sus propias representaciones: «Ella acude, es la prueba de que me ama...», o «me basta con llorar para hacerla acudir: la tengo en mis manos...».

En el transcurso del segundo año aparece el *hacer lo mismo*, que no es una una pura imitación ni una conducta sin sentido. Por el contrario, antes del lenguaje, los juegos de imitación quieren decir: «Comparto tu mundo al imitarte y, al meter las manos en el puré como tú lo haces, te salpico como me salpicas, con lo cual llegamos a compartir el acontecimiento extraordinario que acabamos de engendrar».

El segundo año también es la época maravillosa del «te atrapo»,[50] en el que los elementos prosódicos de la frase, como si fueran una amenaza, dan forma a la intensidad emocional. Pronunciada en frecuencias bajas graves, cuando la distancia es grande, el «te atrapo» se enriquece con altas frecuencias agudas cuando la amenaza simulada se acerca cada vez más a la ejecución. La emoción se lleva a su apogeo de placer y está provocada por el terror del *como si*. La estrategia del *como si* se convierte en una característica relacional. El tan gracioso parloteo de nuestros niños que desde el sexto mes recibe la impronta del lenguaje que lo rodea[51] se convierte en la «lengua materna» en el transcurso del tercer año. Pero, mucho antes de dominarla, el niño asume posturas de conversación y le dirige a su interlocutor ademanes, gestos y rasgos prosódicos que ponen de manifiesto su intención de comunicarse. Ya utiliza la herramienta postural de la conversación y la música de las palabras, mientras que todavía no domina el instrumento lingüístico. Esta valiosa intención de comunicarse la pone en escena el *como si* : «como si yo hablara... como si yo fuese una mamá... como si me enfadara».

En el estadio en que los animales ponen en escena libretos motores que los preparan firmemente para los temas de la vida adulta, nuestros niños inventan sainetes gestuales, mímicos y musicales que los preparan para vivir en el mundo teatral de las representaciones.

Cuando aparezcan las normas sociales, que ponen la impronta de la cultura en el desarrollo, el niño inventará los juegos con muñecas:

«como si fuera mamá» aparece en el transcurso del segundo año. «Fingir que está dormido», aguantándose las carcajadas cuando la madre se apresta a atraparlo, es un esbozo conductual de la puesta en escena de su imaginario. Cuando pronuncia por primera vez «caca, budín», se pondrá de manifiesto en medio de una confusa alegría que el niño domina las palabras hasta el punto de jugar con ellas y utilizarlas para transgredir el lenguaje convencional. «De un ser sensible [...] el niño se transforma en actor, luego intérprete y por último, director».[52] Como lo expresa Winnicott, el juego crea una «zona transicional de experimentación consigo mismo, con los demás, con el mundo físico, un campo en el cual el niño ensaya cómo exteriorizar su realidad interna e interiorizar la externa».[53] La ontogénesis del juego otorga vida real al mundo imaginario y atribuye a la mentira y a la comedia un papel fundamental.

Estas observaciones espontáneas conducen a la idea de que, desde los primeros meses, la vivencia de sí surge a partir del encuentro. Las respuestas conductuales del otro organizan un campo sensorial significativo, una especie de periyo que nos permite adquirir esa sensación de ser uno mismo. Este efecto que funciona fuera del alcance de la palabra será infinitamente amplificado mediante una declaración: «Te amo», y tal vez muchísimo más mediante un discurso social o un enunciado dogmático: «Un bastardo, nacido al margen del matrimonio, no es verdaderamente un hombre».

A partir del instante en el que somos capaces de hacer la representación de una imagen o de un signo y de experimentarla, un simple gesto o una simple palabra que designen algo no percibido perfecto pueden provocar una emoción intensa. El temor a las palabras se hace más fuerte que una amenaza gestual y nos pone en condiciones de contentarnos con palabras y gestos, con ficciones y comedias.

Verónica hablaba muy bien a los dos años. Todas las noches, hacia las 7, interrogaba a su madre apenas oía un ruido a la hora en que su padre debía regresar a casa. Cuando los padres se separaron, la palabra «papá» se le hizo impronunciable, hasta tal punto le evocaba la pérdida. Como si la niñita hubiese hecho el siguiente análisis: «Esta palabra evoca en mí la representación de una figura de apego, y al mismo tiempo, la pérdida de esa figura, un dolor demasiado intenso». En la misma época, la madre cuenta: «Desde que su padre y yo nos separamos, Verónica ya no se atreve a pronunciar la palabra "pa-

pá"». Y cuando se la dice en su presencia, se calla, se inmoviliza, desvía la mirada y se pone la mano o cualquier objeto delante de la boca». Este libreto conductual autocentrado nos prueba que el simple enunciado de una palabra puede desencadenar angustia.

También podemos pensar que, si Verónica no hubiese sido una niña precoz, no hubiese experimentado tanta pena. La ontogénesis de la autoimagen, prerrequisito de la empatía, le permitió representarse la ausencia o la pérdida, pero como todavía no dominaba el lenguaje, no podía contarse una historia, mentir ni mentirse. La representación de la muerte o de la ausencia permanente todavía no es posible para un niño de dos años.[54] Percibe una ausencia y experimenta tristeza pero, como carece de lenguaje, no puede colmar ese vacío mediante un relato y decirse: «Papá se fue en barco a un lugar muy lejano, pero va a volver y me traerá de regalo una muñeca». Al hacer desaparecer así su gran pena, el niño se prueba que la mentira es un triunfo de la mente.

Aunque en realidad no se trata lisa y llanamente de una mentira, ya que este tipo de relato colma el vacío y calma al niño sin proponerse actuar sobre la mente del otro. Más bien se trata de una novela para uso interno que permite sufrir menos a causa de una experiencia cuando uno la modifica y la controla al ponerla en escena en su fuero interno. Una representación íntima siempre es perfecta y pura, pues da forma a nuestros deseos. Pero, cuando es necesario dirigirla hacia otro, debemos deformarla con el fin de actuar sobre él para compartirla. Nos golpeamos entonces contra la realidad y uno debe traducir su mundo interno poniéndose en el lugar del otro. Aparece entonces la traición: «Por lo tanto, la semiología sería ese trabajo que recoge la impureza de la lengua, los desechos de la lingüística, la corrupción inmediata del mensaje: nada menos que los deseos, los temores, las imitaciones, las intimidaciones, los anticipos, la ternura, las protestas, las excusas, las agresiones, las tonalidades musicales que componen la lengua activa».[55]

La traición inevitable de mis intenciones cuando me dirijo a otro me permite actuar sobre él porque imagino su mundo, lo que piensa y lo que siente. Sé qué hay que decir y qué hay que hacer para movilizarlo y conmoverlo de acuerdo con mis deseos. Codifico mis gestos y mis palabras para manipular sus emociones y sus representaciones.

La ficción y la comedia ejecutan las realizaciones supremas de la empatía.

Mentira y humanidad: nacimiento de la comedia

Los escarabajos dorados, que llegaron a la tierra hace cuatrocientos millones de años, no saben mentir. Sólo pueden responder a una vibración que les toca las patas. Las aves, que aparecieron hace ciento ochenta millones de años, tampoco pueden mentir, pero saben percibir un grito cuya estructura sonora indica un peligro que no perciben. El sonido percibido toma el lugar del peligro no percibido: aparece la expectativa filogenética de la mentira.

La «ficción del ala quebrada» del avefría de alto copete, que reviste a su terror con la forma «como si estuviese herido», atrae sobre él al depredador mientras sus crías se ponen a salvo. Este señuelo conductual constituye un progreso en la marcha evolutiva hacia el engaño.

En verdad un perro no puede mentir. No sabe imitar lo que no experimenta con el fin de manipular al otro. Pero cuando juega a que amenaza, pone una pata en el «como si te agrediera», si bien no tiene para nada esa intención sino más bien todo lo contrario. Por eso la mitad anterior de su cuerpo puede expresar la agresión, mientras que la mitad posterior la desmiente al agitar alegremente la cola.

Los monos, que llegaron al mundo hace sesenta y cinco millones de años, finalmente comienzan a mentir de veras. Los chimpancés, cuya dotación genética es muy parecida a la nuestra, se aproximan a lo que es la mentira humana. Las hembras son las mejores embusteras porque, mediante sus gestos y sonidos, actúan directamente sobre la conducta de los machos, a quienes manipulan intencionalmente.

Cuando una manada de chimpancés se desplaza por la sabana, se organiza según la estructura habitual del grupo, hembras en el centro con sus crías y machos en la periferia. Cuando una hembra identifica un racimo de plátanos, no tiene ningún interés en señalarlo, porque los machos se precipitarían sobre los frutos. Como ellos son más pesados, más rápidos y no hacen gala de buenos modales, la hembra tendría que contentarse con mirarlos comer. De modo que, cuando el

racimo se encuentra a la izquierda, ella mira a la derecha y emite gritos de alegría que provocan la carrera viril. Los machos realizan excelentes actuaciones musculares hacia la derecha, mientras que la hembra se dirige hacia la izquierda y se sirve tranquilamente. Esta observación nos lleva a pensar que un chimpancé puede mentir con su conducta. Ya tiene la intención de actuar sobre el otro y manipular sus representaciones, como lo hacen los hombres cuando mienten a partir de los tres años de edad.[56] Se necesitaron cuatrocientos millones, y tres años para realizar semejante obra de arte.

Al igual que los animales, el hombre puede simular sin quererlo, como si hubiera algo que simulara en él. No es necesario aconsejar a los toreros que no se muevan cuando un toro va a embestirlos. Se produce en ellos una especie de parálisis emocional que los inmoviliza y que les permite salvarse, porque el toro embiste preferentemente contra lo que se mueve.

Una jauría de perros ataca menos a la presa que queda inmóvil y resultan mucho más estimulados por todo lo que huye o pelea. Hay un testimonio que nos cuenta que dos niñitos huyeron ante dos perros que los atacaban. Cuando uno de ellos se cayó y quedó tendido, los perros saltaron por encima de él y continuaron persiguiendo al otro, que los estimulaba más.[57]

En el hombre son frecuentes las simulaciones conductuales que le permiten adaptarse a una agresión, sin saberlo. Freud se refería a «una particularidad del estado hipnótico [que] consiste en una suerte de parálisis de la voluntad y de los movimientos, que es el resultado de la influencia que ejerce una persona todopoderosa sobre un sujeto impotente, indefenso».[58] Estas parálisis se observan muy fácilmente en el ámbito de la medicina, cuando una persona, aterrada por una situación de catástrofe, ya no puede moverse y no deja de contemplar al agresor, como fascinada. Estas simulaciones no conscientes de origen emocional poseen un efecto adaptativo. No tienen nada en común con la simulación intencional que apunta a modelar las representaciones del otro. Esta distinción plantea sin embargo un problema teórico: el que interpreta la comedia para sugerir una representación en el mundo mental del otro, ¿debe experimentar lo que interpreta?

Los preparativos para la palabra requieren un alejamiento de las informaciones y una teatralización de las representaciones. Con fre-

cuencia los niños autistas a quienes se les entrega un cubo, de pronto lo arrojan como si quemara, porque, como no saben distanciar la información, experimentan la impresión de tener la mano deformada por el cubo. A la inversa, exploran con los dedos un corte profundo en el muslo porque no aparece demasiado deformado y no se lo representan como una herida. Cuando un niño se cae, busca con los ojos a la madre a fin de llorar para impresionarla, lo cual pone de manifiesto que ese breve libreto conductual es un preparativo para la palabra. El niño preverbal ha comprendido que puede hacerse entender mediante ese pequeño teatro. Piensa que tiene un medio para actuar sobre el mundo mental del otro y moldear sus emociones, a fin de conseguir la ayuda tranquilizadora.

El teatro afectivo prepara para la palabra

La comedia conductual permite comprender que el niño posee el talento para dar forma a una representación gestual o vocal que pone en escena su mundo íntimo. Este procedimiento del comediante funciona aún en el adulto que habla. Jean Piat les enseña a sus alumnos que si decimos: «Salga, señor» señalando inmediatamente la puerta, el intérprete se limita a proporcionar una serie de informaciones. Pero si señala silenciosamente la puerta y luego pronuncia la sentencia: «Salga, señor», los gestos subrayan las palabras y aumentan su poder evocador. Puesto que respeta las reglas de la ontogénesis de la empatía, el libreto conductual modela mejor las emociones del otro. Cuando estoy enfadado, frunzo el ceño, elevo mucho la voz, aprieto los labios y no sé por qué tengo ganas de amenazar con el dedo índice. Pero de pronto comprendo que, aun si no estoy enfadado, si agito el índice y compongo un cuadro conductual análogo al que se me produce espontáneamente, puedo dar muestras de amenaza. Con la comedia del «como si estuviera enfadado», acabo de atravesar el Rubicón del lenguaje. Sólo me falta incorporar los gestos de la boca, las convenciones sonoras que denominamos «palabras», del mismo modo que aprendí la teatralización de los ademanes. Ahora bien, existe en nuestra cultura un tipo de observación natural en la que se puede pensar y observar la empatía: es el teatro.[59] «Los actores teatrales están entrenados para hablar, de un modo apropiado a su motivación

concreta, imitando la postura y el movimiento de la persona que posee esa motivación».[60]

Este problema no es nuevo, puesto que ha impregnado el siglo XVIII. A «la genealogía de la Paradoja del comediante» se dedicaban los filósofos de la época que destacaban que «existen algunos actores verdaderamente compenetrados con lo que dicen, que por una desafortunada disposición a la frialdad, nunca le ponen un poco de entusiasmo a su sensibilidad [...] otros con menos buena fe se evitan todos esos esfuerzos [...] y consideran como un mérito la frialdad por naturaleza».[61] La elaboración más conocida es la de Diderot que todavía hoy se utiliza en las escuelas de teatro,[62] y se refiere incluso a nuestros roles sociales en la vida cotidiana.

Algunos comediantes, prisioneros de sus emociones, sólo pueden interpretar aquello que experimentan. Sometidos al instante, psicópatas geniales, adorables y odiosos, pueden exasperar al mismo tiempo que entusiasmar. Otros, por el contrario, «con menos buena fe [...] fríos por naturaleza» disponen el cuerpo, los gestos y la voz de una manera tal que provocan una impresión en nosotros, aunque su alma está en otra parte. Los primeros son imprevisibles mientras que los otros a veces viran hacia la caricatura: postura académica de la virtud ultrajada, de la viuda plañidera o de la justa indignación. Estas escenas se ven ridículas porque son caricaturas del símbolo. Sabemos qué quiere decir esa postura, pero no nos importa absolutamente nada. El contenido se transmite perfectamente, pero el continente no nos conmueve. Algunos mensajes tienen tal belleza que un comediante los volvería insulsos. Pero otros intérpretes poseen el asombroso talento de hacernos llorar cuando nos dan su número telefónico. Esta manera de «estar con» todavía se debate mucho en las escuelas de teatro. Laurence Olivier sostiene que con hábiles movimientos discretos se estimulan fuertemente las emociones, mientras que Lee Strasberg entrena a sus actores para que experimenten verdaderamente lo que expresan.

En el caso del hombre, la autenticidad no es necesaria para la comunicación de los sentimientos. La convención del signo permite disociar la emoción que se ha de transmitir y el medio para hacerlo. Mi bolígrafo no tiembla cuando miento sobre el papel, mientras que se me altera la palabra, a veces se hace vacilante o demasiado firme, y disimulo los gestos cuando miento al hablar. Resulta sumamente cu-

rioso advertir que el mejoramiento de las técnicas de comunicación convierte los mensajes en imperceptibles, hasta el punto de que «raramente nos equivocábamos en directo sobre cuál era el momento de la verdad y el momento de la mentira, lo cual no ocurría, por el contrario, cuando veíamos a los sujetos con la intermediación de la cámara de vídeo».[63]

Los animales son trágicamente auténticos, «no pueden engañarnos de ninguna manera», dicen sus defensores. Y tienen razón. Si un perro expresa afecto, es porque lo siente. En ese caso, el significante está adherido al significado. Cuando un animal engaña a un depredador, como en la simulación del ala quebrada, esto ocurre porque su emoción, que se expresa de ese modo, le reporta un beneficio adaptativo, no intencional. Cuando los animales superiores producen libretos de juego o de engaño, como en el simulacro del racimo de plátanos, manipulan las emociones de otros y les dan un impulso para la acción. Crean un señuelo inmediato, como una ficción que funciona bien, pero no inventan un mundo que refirme la falsedad. Sólo los simios comienzan a mentir, a poner en escena protoengaños. Sin embargo, la filogénesis de la mentira les da acceso a un esbozo de separación entre el significante y el significado.

Los actores fríos manipulan el dicho y el paradicho con un virtuosismo técnico que logra separar totalmente lo que sienten y lo que hacen sentir. Acabo de escribir «totalmente», lo cual es totalmente falso, porque sólo conozco seres de carne y hueso. Y, por un justo retorno del significante, no es raro que el comediante técnico termine por experimentar lo que ha significado, cuando creía que lo había arrojado muy lejos.

Antes de llegar al lenguaje, los niños expresan lo que sienten hasta el día en que comprenden que su cuerpo puede formar un signo. Entonces apuntan con el índice para exigir, imitan la cólera o ponen en escena la alegría. La comedia encuentra su lugar entre la emoción y el signo. Interviene en las conversaciones en las que ponemos en escena nuestros deseos no percibidos y las ideas abstractas, con el fin de producir una representación que apunte a cautivar al otro.

La actriz «la Clairon», descrita por Diderot,[64] pertenecía al clan de los supermentirosos, ya que sabía tan bien gobernar las emociones de los demás. Pero, como todos los embusteros, terminó por engañarse con su propio disfraz, pues la autoimagen sufre la influencia de

la ropa que usamos. Si no me creéis, vestíos como un mendigo para hacer una visita de cortesía o, como ocurre en algunos sueños, entrad en un medio equivocado y apareced desnudos en un grupo que está vestido. Instantáneamente os invadirá un sentimiento de vergüenza, porque en gran medida nos ponemos la ropa y los adornos que, al provenir del fondo de nuestro ser, hablan de quiénes somos. El señuelo es eficaz porque incluye la profundidad en la apariencia, mientras que la ilusión nos engaña sobre la realidad.

El mentiroso es todavía más auténtico que el comediante porque, por lo menos, da forma a su deseo de modelar las representaciones de los demás, con el fin de salvar algo propio. La mentira es una salvaguardia, mientras que la comedia pone en el mundo aquello que el espectador espera. Por eso los revolucionarios atribuyen tanta importancia al teatro o al cine que les proporcionan un laboratorio en el cual, al poner en escena sus propias representaciones sociales, intentan influir sobre las de los demás.

Para manipular muy bien a una multitud, los formadores de opinión con frecuencia utilizan los dos tipos de comedias. En el teatro o en una reunión política, el espectador es cómplice del acontecimiento, coautor de la teatralización, porque, para hacer el papel de espectador, ha aceptado la invitación del actor o del político. En las escuelas en las que se trabaja sobre la paradoja del comediante, se podría asimismo prepararse para observar la paradoja del espectador, porque también él tiene su «Clairon» y su «Dumesnil». Hay públicos con mucho talento, que sienten lo que el actor pone en escena, que saben llorar, reír o aplaudir, como una experta bailarina que anticipa el movimiento que se apresta a efectuar su compañero. Percibe el menor indicio conductual que él emite sin saberlo y se anticipa. Mientras que otros espectadores rompen el encanto y son los que Louis Jouvet llamaba «malos conductores»: «Este tipo de espectador, del que podría daros el nombre, es mal conductor e impide el fenómeno de fusión o de cristalización».[65] Es cierto que siempre existe el que rompe el encanto, el que promueve incertidumbre o el farsante que, con sus conductas de retraimiento o ausencia, perturba el contagio de las emociones y disuelve el vínculo. Al impedir la hipnosis que crea el comediante o el político, frustra al espectador que vino para que lo entusiasmen. El mal conductor en una obra de teatro o en un evento político se pone por sí mismo en el lugar del que rompe el encanto o

impide la fascinación. Algún día se convertirá en víctima propiciatoria y es un candidato a la exclusión o al sacrificio.

Por eso es tan difícil decir la verdad a los amigos hechizados. Quien duda fríamente, el investigador objetivo, no sólo se aparta del grupo sino que, al retirar su solidaridad, mitiga el compromiso y sofoca el amor o el odio que los cohesiona. ¡Abajo el investigador objetivo! ¡Silenciemos al testigo que rompe el encanto!

El seguidismo de las masas probablemente proporcionó un beneficio adaptativo en la época en que los hombres debían mantenerse en contacto, cuerpo a cuerpo para configurar lazos sociales, experimentando un vínculo emocional o inventando rituales. La sincronización del grupo aumentaba los factores de supervivencia al organizar las estaciones para la cosecha y otras para el amor, al alternar los períodos de trabajo con los de reposo. El grupo se armonizaba mediante las presiones biológicas y ecológicas (comer, cosechar, cazar, dirigirse hacia una fuente de agua o evitar la estación de lluvias). Pero cuando se perfeccionó la imitación mediante la empatía y la palabra, cuando la técnica permitió relativizar las limitaciones biológicas y ecológicas, el seguidismo se volvió intelectual. A partir de allí lo que mantiene unidos a los grupos es un aprendizaje, un progreso técnico, una representación y ya no una fuente de agua o la estación de las lluvias. Antes del lenguaje y de la técnica, las presiones de un mundo hostil obligaban a los hombres a permanecer juntos para protegerse. A partir del lenguaje, lo que nos mantiene unidos es lo prohibido, al estructurar el mundo e impregnarnos de un sentimiento de moral: quienes respetan la misma prohibición que yo son humanos virtuosos; los otros son bárbaros, parecidos a los animales.

Fascinación y teatro de lo cotidiano

Poseer es la palabra adecuada, como poseen los ricos y los hechiceros. Maravilladas con el embrujo, las multitudes adoran a quien las subyuga. La preparación emocional mediante la palabra también es un teatro. Acudimos a la cita para escuchar al que sabe. Disponemos el cuerpo, las orejas y la afectividad para recibirlo. Oímos la música de las palabras, como una cálida caricia. Bastan algunas consignas,

buenas fórmulas y frases bonitas para «dar cuerpo» a la representación verbal. Luego se repiten las palabras y se experimenta renovada emoción, como si fuera la primera vez, como si acabáramos de inventar la frase. Cuando aparece la emoción y las palabras la estructuran, creemos en ella porque la sentimos e incluso la «vemos» en el espacio íntimo de nuestras representaciones. El discurso sirve como emblema y las ideas son secundarias. El trabajo intelectual separa mientras que la emoción reúne. Sólo nos queda esperar el acontecimiento que nos hará pasar a la acción. Las emociones, las palabras, las creencias y los actos se encadenan en una lógica conductual que nos conduce sin cesar a agregar nuevos capítulos a los libros de historia. Lástima que en esos párrafos se cuenten tantos acontecimientos trágicos...

En lo sucesivo, un simple enunciado puede actuar sobre el mundo íntimo de millones de personas, estructurar sus sentimientos e impulsarlas a la acción. La palabra nos permite vivir en los antípodas del mundo de los autómatas, que se mueven por sí mismos, y de los autismos (autoalmas autoanimadas). ¿Se podría prácticamente inventar una palabra del tipo de *heterómatas* o *heterómenos*? La representación verbal crea un mundo de heteromismos, heteropensamientos y heteromos. El grupo funciona así de maravilla y los individuos, al recitar las mismas palabras, tienen la impresión de que las piensan. En ese contexto de éxtasis, en el que las palabras sirven como emblema del amor que une a quienes las recitan, un pensador que utilice las palabras para producir ideas y no emociones vinculantes corre el riesgo de tomar el lugar del que rompe el encanto, del «mal conductor» de Louis Jouvet.

La palabra amorosa une, gracias al recitado que da forma a un pensamiento emocional compartido. La racionalización es la forma discursiva que se da a un sentimiento íntimo. En este nivel de la empatía, el discurso une a los individuos que lo recitan al producir en cada uno de ellos un sentimiento compartible. Se trata de un fenómeno análogo al de los comediantes que terminan por imbuirse del sentimiento que interpretan. En este tipo de ambiente, un intelectual se pone en el lugar del odiado, porque los heteromismos que lo escuchan se angustian mucho ante la idea de dejar de ser clones. Y además, los que no lo entienden, se sienten humillados por él. Puro maleficio para el pensador.

El seguidismo intelectual de los heteromismos provoca tal sentimiento de amor y felicidad que siempre encuentran argumentos científicos o filosóficos para apuntalar una corriente de ideas impulsada por otros.

En nuestro teatro de lo cotidiano, compartimos lo que creamos juntos. No sólo un carnicero puede sentirse carnicero cuando interpreta ese papel con sus clientes, sino que además, en la intimidad, puede no tener nada en común con el mismo hombre que interpreta el papel en el ámbito social.

Cuando ese señor hace el papel de carnicero, habla como tal: «A ver, señora, ¿qué desea comprar?». La señora interpreta a la clienta cuando responde: «¿Qué tal están las chuletas?». Es raro que el carnicero responda que no están buenas, pero ese pequeño ritual teatral le permitió a cada uno de ellos ajustar su papel y asumir su lugar. La escenografía también cumple una función, porque un carnicero nunca desempeña su tarea en el ámbito de un panadero. Y hasta los extras participan con su simple presencia en la estructuración de las emociones,[66] porque constituyen un elemento de la escenografía y porque, ante su mirada de espectador, el carnicero se siente carnicero. En esta dramaturgia de lo cotidiano, la clienta es actriz y espectadora, como los otros clientes que funcionan como extras, entre escenografía y comedia. Incluso quien se calla es importante porque es el destinatario de la comedia social: «Quien escucha desempeña el papel de guía de la conversación».[67] Los movimientos de la cabeza dan prueba de que se sigue la conversación y alientan a quien habla; las sonrisas se convierten en pruebas de simpatía y el encogimiento de hombros confirma el interés. Esos pequeños gestos del cuerpo de quien escucha estructuran la emoción del que habla y la controlan como lo haría un director de orquesta.

Cuando se altera un solo elemento del teatro de lo cotidiano, toda la comedia fracasa. Cada uno acusa al otro de la decepción que experimenta. A veces un actor es alexitímico y no encuentra las palabras para dar forma a su emoción. Durante el intercambio sólo provee las informaciones necesarias para la función, como si dijera: «Chuletas...cien gramos...», sin ademanes y sin rasgos prosódicos. El carnicero, estupefacto, se convertiría en un ser instrumental y se contentaría con pesar y entregar los cien gramos de chuletas. No se registraría ningún tipo de acontecimiento en esta relación entre máquinas humanas.

A algunos hombres les disgusta la expresión de emociones que experimentan como algo sucio, como excrementos de la mente. La simple presencia de ellas en la escena constipa a los comediantes que advierten bien que en la mente del otro sólo son excrementos. Los alexitímicos, malos conductores entre los comediantes, son anticomediantes porque no mienten. No se trata de virtud, sino que se burlan del efecto que producen en la mente del otro: «No miento jamás. Me fatiga demasiado. No me interesa mucho lo que piensen los otros. Entonces digo la verdad», me explicaba un docente que sólo sentía emoción cuando humillaba a un niño, gracias a la matemática.

La escenografía, que también tiene un papel en la comedia, puede convertir a los actores en alexitímicos. Como ocurre en algunos supermercados en los que la función está tan bien organizada que ya no vale la pena que el tendero interprete al tendero, puesto que le alcanza con pesar y pegar el precio como lo haría una máquina.

Por el contrario, la modificación del metabolismo a causa de la expresión de las emociones es totalmente diferente según que uno actúe o que se limite a transmitir informaciones. Algunos comediantes, cuando sienten que no pasa nada, somatizan mediante una aceleración del corazón. Otros somatizan con la piel: enrojecen cuando están en dificultades mientras que el corazón continúa funcionando como un metrónomo.[68] En la clínica, quienes no llegan a controlar sus emociones, con gestos y palabras, somatizan intensamente, mientras que conservan un aspecto imperturbable. «Tanto más sienten cuanto menos actúan».[69]

Las comedias nos hechizan y nos permiten estar juntos. Basta con que aparezca el que rompe el encanto para que desaparezca el sortilegio y se disuelva el grupo.

La tecnología es una sobrelengua

Ocurre que los hombres, mediante sus progresos técnicos, han modificado espantosamente el panorama que constituye la nueva ecología humana. Los objetos técnicos han alterado la escena en la que se representa la comedia humana y han modificado la índole de los encantamientos que nos hechizan.

La técnica es un conjunto de gestos y de cosas utilizadas tradicionalmente que permiten actuar sobre la naturaleza con el fin de modificarla para satisfacer nuestras necesidades y deseos.[70]

Teóricamente la manipulación de lo real no tiene nada en común con la manipulación de las emociones que nos provoca la realidad. La primera produce el gesto técnico y la segunda, el gesto artístico. Existe una diferencia fundamental entre una lombriz cuya conducta actúa sobre su medio y así lo modifica, y un mono que deshoja la rama de un árbol con la intención de actuar sobre su medio con el fin de modificarlo según el efecto que puede anticipar. Deshoja una rama, porque su cerebro le permite representarse el futuro de esa rama sin hojas, adaptada a la entrada del termitero. El hecho de que el mono pueda manipular el mundo se hizo posible mediante la creación evolutiva de un lóbulo prefrontal asociado a una mano, lo que permite actuar sobre la rama con el fin de prepararla para su uso.

Aun cuando se trate de una intención moderada, todavía próxima a las percepciones del contexto, desde el momento en que un mono está en condiciones de fabricar un objeto y utilizarlo más tarde y más lejos, al transportarlo hacia el termitero, ha cambiado su autorrepresentación en el mundo que habita. Al observar a los adultos que colocan una rama deshojada dentro del termitero para saborear los insectos, y luego cuando a su vez él mismo hace la prueba, el mono pequeño acaba de aprender la técnica de la pesca de termitas. Se da cuenta de que con la mano ha podido crear una cosa y transformarla en objeto que actúa sobre el mundo, según sus propias imágenes de anticipación.

La herramienta animal cambia su afectividad. Un mono lobotomizado, con incapacidad neurológica para anticipar, ya no fabricaría cañas de pescar, aunque seguiría sensible ante las termitas aferradas a una rama y las comería.

Jane Goodall cuenta que un grupo de chimpancés se había instalado en su campamento y se interesaban mucho por los espejos y los cuadernos de notas. Una hembra temerosa y marginada apenas se atrevía a explorar los arcones y en un momento descubrió una cacerola abandonada. Al arrastrar el objeto por el suelo producía un sonido que espantó a los otros monos. Enseguida se dio cuenta del interés que tenía su objeto y nunca más se separó de él, ¡lo que le permitió ascender en la jerarquía social! El uso de la cacerola, como

productor de sonidos atemorizantes, había cambiado su imagen ante los ojos de sus congéneres. Y, al sentirse fortalecida por esta herramienta que le daba acceso a la dominación, la hembra temerosa adquirió seguridad en sí misma y se hizo autoritaria. La cacerola, transformada en cetro de los simios, había alterado fundamentalmente su aventura social.[71]

El efecto extravagante de esta anécdota permite ilustrar un doble problema: la adquisición progresiva de la herramienta en el mundo de los seres vivos y la impresión que produce en el modo de experimentar el mundo. Se requiere un cerebro y un órgano para utilizar una cosa y transformarla en herramienta que, una vez producida, modifica el modo de percibir el mundo.

Cuando los cerebros son simples y sólo pueden procesar informaciones percibidas, hay algún lugar del cuerpo que cumple la función de herramienta: las mandíbulas trituran, las patas transportan, la trompa inyecta el jugo digestivo y bombea la sangre.

Las aves saben encontrar soluciones a los problemas que plantean las sustancias de difícil acceso. Para erigir su nido, los cuervos inexpertos van en busca de diversos materiales de construcción. Traen envases de botellas, latas de conserva y algunas ramitas. En varios viajes aprenden que sólo las ramitas pueden entrelazarse y entonces renuncian a los objetos duros que resultan inadecuados.

Con frecuencia se cita a los pinzones como ejemplo de radiación adaptativa: cuando tienen el cuello corto, comen granos, cuando está afilado, abren orificios dentro de los frutos y, cuando no pueden atrapar a la lombriz dentro de un tronco de árbol, abren una galería a picotazos, van en busca de una espina vegetal y la meten en la entrada para ensartar al insecto.[72]

Los chimpancés fabrican las herramientas más prácticas: saben confeccionar una esponja masticando hojas que colocan sobre un charco de agua de difícil acceso. Toman un bastón para golpear a un leopardo disecado, apilan cajas para llegar hasta un plátano y hasta se dan cuenta de cómo encajar cilindros de caña de pescar que les permitan alargarla lo suficiente para acercar un objeto alejado.

La idea que surge a partir de estas observaciones es que un organismo puede utilizar un objeto del mundo exterior para ponerlo en lugar de una insuficiencia del cuerpo que no le permite coger otro objeto distante. El mismo razonamiento vale para el lenguaje: un ob-

jeto de sonidos acordados se pone en el lugar de un objeto no percibido, para representarlo.

Podemos considerar que el hombre posee un organismo tan deficiente que se ve obligado a buscar prótesis para apuntalarlo. A la inversa, podemos considerar que su cerebro, que le permite representarse objetos no percibidos, crea un espacio psíquico que lo impulsa a inventar las herramientas y las palabras para tener acceso a ellos.

La imagen del hombre deficiente que conquista el mundo a causa de su debilidad que lo obliga a descubrir prótesis técnicas, sólo es parcialmente verdadera. La filogénesis del mundo no percibido permite postular que el hombre pertenece a la especie más apta para habitar en un mundo ausente, que él puebla de representaciones verbales y sobre el cual actúa por medio de técnicas que descubre y transmite.

En este espacio psíquico, antes que el lenguaje ocupe el mundo de lo no percibido, la técnica crea una nueva ecología y cambia el modo como nos experimentamos en el mundo. La silla como prótesis de las patas, el avión como prótesis de las alas, las gafas como prótesis de los ojos, el biberón como prótesis del seno y la lata de conservas como prótesis de la energía, cambian la representación que tenemos del espacio y del tiempo. Cuando los cazadores-recolectores vivían en un mundo próximo, cada día debían procurarse su energía, mientras que hoy, gracias a las prótesis, el espacio y el tiempo se dilatan como si el universo se hiciera inmenso. Bajo el efecto de la técnica, nuestra debilidad se asocia con nuestra megalomanía para modificar la vivencia de sí.

Antes de dominar el fuego, hace quinientos mil años, me imagino que las noches eran muy difíciles. Había que acurrucarse unos contra otros detrás de un semicírculo de piedras que pudiera parar el viento. Durante el día, caminábamos uno al lado del otro con el fin de recoger las hierbas y atrapar los insectos para alimentarse. Con frecuencia nos comían los tigres a dentelladas. Pero, a partir de la época en la que, durante un fugaz momento de cincuenta a cien mil años, el señor De pie (*Homo erectus*) logró domesticar el fuego, hemos cambiado la manera de dormir, de alimentarnos y de protegernos. Ya no dormíamos amontonados, costado contra costado, sino que acomodábamos los cuerpos en círculo alrededor del fuego. Aparecieron los especialistas. Algunos sabían chocar dos pedernales o frotar vigoro-

samente dos bastoncitos de madera para calentarlos hasta que se encendieran. Otros aprendieron a cocer los alimentos, lo que implicaba estructurar al grupo a causa de que se compartía la comida. La domesticación del fuego ha permitido más adelante otros descubrimientos técnicos. Se logró romper las piedras para convertirlas en hachas, doblar las astas del ciervo para hacer lanzas e inventar el arte de la tierra cocida para dar una forma palpable a la representación de un concepto abstracto como la maternidad o la muerte.

Desde la aparición de la técnica, se modifica la representación en el espacio y en el tiempo y hasta la sensorialidad deja de ser la misma. La estructura del estar juntos se modifica cuando se orienta el cuerpo hacia el fuego y ya no hacia el cuerpo del vecino. El grupo se ordena alrededor de la técnica y ya no en el cuerpo a cuerpo. El fuego, objeto técnico, ocupa el lugar del cuerpo del otro, del mismo modo que lo harán las palabras cuando, más tarde, un discurso estructure al grupo. La organicidad del estar juntos cambia la forma de la sensorialidad que rige nuestra afectividad. Ya no es el cuerpo del otro el que nos proporciona calor, sino el modo de asociarse para actuar sobre la fuente que provee el calor. Los especialistas aparecen al mismo tiempo que la transmisión del saber que conserva la estructura del grupo.

Aparece una suerte de pensamiento en imágenes, como si se hubiera dicho: «Me doy bien cuenta de que aquel, al frotar trozos de madera, hace aparecer llamas, mientras que yo no lo logro». La competencia del especialista nació en Etiopía donde mediante los *choppers*, guijarros rotos de un solo lado para convertirlos en trinchantes, se podía cortar la carne y raspar la piel.[73] A esta aptitud adquirida debió añadirse la representación de una imagen: «Aquel sabe romper los guijarros... aquel sabe raspar la piel».

¿Podría ser que el amor por los guijarros haya cumplido alguna función en el nacimiento de la falocracia? Los hombres lanzaban piedras sobre todo lo que les producía temor. Ahora bien, los animales poseen un sistema nervioso que sólo les permite vivir en un mundo contextual. Muerden lo que les llama la atención y no la fuente de lo que los golpea cuando está muy alejada. Los tigres muerden la silla que se les aproxima y no la mano del domador que la sostiene. Podemos imaginarnos que los animales de esa época atacaban a los guijarros que los alcanzaban o caían a su alrededor y no a quienes los lan-

zaban a varios metros de distancia. Ocurre que desde los primeros meses, los varoncitos son mejores lanzadores que las niñitas. Y el desarrollo anatómico lleva a que mejore el desempeño masculino, porque a las niñas les incomoda la posición de los codos que, al igual que las rodillas, se vuelven hacia adentro e impiden el lanzamiento. Los varones, alentados por esta pequeña diferencia, se identifican con su proeza: «Yo soy el que lanza bien», y experimentan el placer de entrenarse para mejorar así su desempeño. Entre los 15 y los 20 años, varios años antes de morir, las mujeres, sobrecargadas por el embarazo, recibían seguridad de los hombres quienes, al lanzar las piedras, alejaban a los animales. La memoria prehistórica funciona todavía hoy cuando oímos con frecuencia a las mujeres que afirman que «un hombre les proporciona seguridad», mientras que ellas tienen diez veces más diplomas y cien veces más aptitudes para socializarse en el mundo moderno en el que la competencia técnica ya no se relaciona con las piedras lanzadas sino con el manejo de máquinas muy complejas. Ahora bien, el tórax de una mujer, que corresponde al 40% de la musculatura del tórax de un hombre, asociado al varus de los codos, está menos organizado para lanzar piedras, mientras que sus dedos, en combinación con la corteza y las palabras, le proveen una competencia igual o superior a la de los dedos y las palabras masculinas.

Desde el momento en que el hombre descubrió el fuego y la piedra tallada, cambió su relación con el mundo. Estaba menos inmerso en un mundo que lo penetraba, porque podía actuar sobre él y ponerlo a distancia. El fuego, el pedernal, la piel raspada y los refugios contra el viento no sólo estructuraban al grupo y su afectividad, sino que además cambiaban su autorrepresentación en el mundo. Dejamos de estar sometidos al frío y a las bestias que nos devoraban. Gracias a los pensamientos y a los guijarros, podíamos actuar sobre el mundo y adaptarlo a nuestras necesidades. Desde el momento en que la técnica cambió la autorrepresentación del hombre, también modificó la representación del mundo. La transmisión de conocimientos dio lugar al nacimiento de la tradición.[74] Antes del fuego y de la piedra tallada, el cuerpo de la madre constituía el principal factor tranquilizante. Los chimpancés machos, aun los dominantes, cuando están estresados, se acurrucan junto a su anciana madre, a la que duplican en tamaño, y la aplastan bajo su peso temblando contra

ella. Podemos imaginar que, antes de la aparición de los primeros objetos técnicos, también buscábamos seguridad de la misma manera, temblando junto a nuestra madre, como lo hacen los ancianos quienes, al sentirse morir, todavía llaman a «mamá».

Pero cuando un niñito llega al mundo al salir del cuerpo de su madre, entra en un ambiente ya estructurado por la técnica. Los primeros tutores para su desarrollo los proporciona el cuerpo de la madre en las primeras interacciones. Pero se trata de un cuerpo humano ya historizado antes del lenguaje, porque el cerebro de la mamá prehistórica, capaz de memoria, podía producir una especie de relato en imágenes, una historia sin palabras. Y el medio ambiente, ya tecnificado por la tradición, los impulsaba a reunirse alrededor del fuego, a compartir la carne cocida, a admirar a quienes lanzaban piedras y a ver lo no percibido, materializado en cuadros y estatuillas que representaban la muerte o la maternidad.

Herencia y legado

Desde que aparece la técnica, la herencia se relativiza y el legado se convierte en una fuerza formadora. El artefacto técnico y artístico adquiere su poder creador al estructurar el medio ambiente, más allá del cuerpo de las mujeres. Una madre asustada no constituye el mismo apoyo afectivo que una madre segura. Y su entorno ya no tiene la misma estructura sensorial para un niñito o niñita, según que la madre encuentre seguridad junto a quien lanza piedras o con su propia madre. A partir de allí, el legado de objetos y de gestos constituye la materialidad del mundo que rodea al niño y participa en su formación. El legado de la herramienta modifica las condiciones de desarrollo de un programa genético. Y la tradición se convierte en tutor del desarrollo.

Se prepara la mutación del signo. Los lanzadores de piedras han modificado su autorrepresentación y han sexualizado el mundo, mientras que quienes domesticaron el fuego han estructurado al grupo e inventaron las especialidades. La relación con el mundo se ha desquiciado, mientras que el lenguaje todavía es rudimentario.

En la actualidad, los animales se orientan hacia la cosa que los atrae o repele, los estimula o los deja indiferentes. Para ellos, el hechi-

zo es inmediato o próximo. Pero no son ni reflejos ni máquinas. Saben dar un rodeo, alejarse del objeto que codician para acercarse mejor. Algunos hasta saben buscar a su alrededor las cosas que pueden transformar en herramientas para actuar sobre otra cosa. Pero en su mundo, el hechizador siempre está cerca.

Por su parte, el hombre sabe fabricar un objeto técnico que transforma su mundo y actúa sobre lo no percibido. Modifica la tibia de un reno con su articulación para transformarla en una lanza afilada de pedernal. Dibuja un bisonte sobre una cavidad rocosa para tener así presente a la presa no percibida. El realismo técnico es obligatorio, pues de otro modo no funcionaría. Pero lo notable es que su acción real sobre un mundo no percibido lo convierte en el análogo de un pensamiento mágico. El gesto del lanzador o el dibujo del artista actúan sobre el mundo porque permiten ver y experimentar la realidad del conjuro. Cuando más adelante diga: «Sésamo, ábrete», no le resultará extraordinario que sus palabras actúen sobre la piedra porque, desde hacía cientos de miles de años, realizaba el mismo procedimiento con objetos técnicos y obras de arte. ¡Y eso funcionaba! Hoy oprimimos un botón de telecomando y vemos lo que ocurre en el otro extremo del mundo, con lo cual el «Sésamo, ábrete» se convirtió en zapeo.

Por lo tanto, lo que marca el paso de la naturaleza a la cultura no es solamente la prohibición del incesto. Es una aptitud neurológica para producir un mundo de representaciones en el que las técnicas y las obras de arte se asocian a los enunciados para crear y hacer presente un mundo antes no percibido. Ya sea el fuego que ahuyenta a los animales que no veo, el dibujo que muestra al bisonte que no está presente o el enunciado que dice qué es un delito, el mundo no percibido está vivo, está presente en lo real... como por arte de magia.

La tradición animal se crea en el cuerpo a cuerpo: la estructura conductual de la madre, al dar forma a sus emociones, impregna el comportamiento de la cría que se vuelve dominante cuando su madre es dominante, y temeroso cuando ella no es feliz. La tradición animal se transmite por contagio emocional.

Nuestros hijos también resultan impregnados por la emoción de felicidad o desdicha de la madre porque, en el transcurso de las primeras interacciones, ella constituye el mundo sensorial del bebé. Pero, a partir de los primeros gestos, las conductas de la madre también

están estructuradas por el mundo de sus representaciones y las de su grupo social: «No amo a este niño porque es un varón y yo no pensaba que en mi cuerpo hubiese podido gestarse un varón». Esta representación íntima estructura conductas de apartamiento, de rechazo o de la falta de ayuda que configuran un tipo de desarrollo infantil. Del mismo modo, el enunciado mítico que, en el caso de los bambaras, dice que hay que arrojar por el aire a los varones para que no sean miedosos estructura en torno del varoncito un campo conductual que rige un desarrollo diferente del de una niñita. La tradición humana, posibilitada por la lengua, transmite una representación enunciada hace tal vez miles de años, pero que moldea todavía hoy algunas conductas viriles.

La simple práctica empírica de que una partera se instalase en una ciudad bretona en el siglo XIX modificó radicalmente la mortalidad infantil. Con mucha menos angustia ante la muerte que los acechaba, los padres se atrevieron a apegarse a los bebés, lo cual produjo una metamorfosis en su desarrollo. El hecho de saber que la muerte se alejaba modificó el estilo de las primeras interacciones, lo cual cambió radicalmente el ambiente afectivo del bebé.

La viruela es un hecho fácilmente observable pero, cuantos más conocimientos técnicos producimos sobre el tema, más cambia el discurso social. En el siglo XIV se describía correctamente la erupción purulenta, la muerte que sobrevenía con mucha frecuencia y el aspecto epidémico de la enfermedad. Entonces una gran cantidad de pensadores habían destacado que morían solamente quienes habían desobedecido a su padre. Fue necesario esperar a fines del siglo XVII para que Sydenham descubriera que lo que producía la alteración humoral era «la constitución del aire».[75] También Nietzsche explicaba sus alucinaciones por la impureza del aire ambiental. Pero los parasitólogos que, en el siglo XIX, antes de Jenner, habían descubierto que las cabras padecían esa misma enfermedad, no intentaron encontrar a las cabritas que habían desobedecido a su padre o respirado aire impuro, sino que postularon una causa infecciosa. Fueron necesarios seis siglos de evolución técnica para que la viruela se apartara del dominio de la culpa y se la atribuyera a un virus.

Nuestro cerebro no cambiará en el transcurso de las próximas generaciones, aun cuando algunos genetistas profetizan una mutación

cercana. Por el contrario, nuestras representaciones sufren cambios radicales ante el menor descubrimiento técnico. La facilidad de los viajes no proporciona la misma percepcción del mundo; con la televisión la tierra parece más pequeña, y los ingenieros chinos que resuelven en Internet los problemas que sus colegas alemanes les plantearon antes de irse a dormir, trabajan juntos en una misma obra aunque habitan en los antípodas.[76]

El *Homo faber* poseía un cerebro descontextualizador que cambiaba la estructura social del grupo y su representación del mundo. Pero todavía vivía en un contexto cercano, sometido a las variaciones climáticas, a la proximidad de la fauna y a la relación cuerpo a cuerpo con sus familiares. Pero el *Homo cyber* elude la proximidad de las informaciones. Si bien su cerebro no se ha modificado, vive en un mundo compuesto casi únicamente de representaciones de imágenes y de palabras. Vivimos constantemente en un mundo de prótesis: la cama en la que dormimos, las ropas que vestimos, los alimentos que comemos, los medios de transporte, sólo son máquinas que intentan suplir nuestras deficiencias y transformarlas en realizaciones extraordinarias. Pero lo que está contenido en la mente no es una prótesis. Todo lo contrario; las palabras y las técnicas producen otro mundo que nos prolonga hasta el infinito.

Las emociones que allí experimentamos, las modificaciones biológica que sobrevienen y las representaciones narrativas ya no son del mismo carácter, han sufrido una mutación.

La representación del mundo ya no está adaptada al contexto, sino a la globalización del saber, a la virtualización de las percepciones. En ese mundo, los ojos y las orejas sólo nos sirven para percibir los significantes minúsculos que transmiten y engendran una representación mayúscula.

Desde los primeros días de vida, los tutores del desarrollo pertenecen a los demás, a nuestra madre, a su familia, su grupo social y sus antepasados. Apenas nacidos debemos vivir y desarrollarnos en dirección de mundos no percibidos. La sensorialidad que rodea al bebé humano y lo impregna biológicamente ya está estructurada por un saber acumulado, un patrimonio. Los conocimientos acopiados por su familia y su cultura durante milenios organizan los gestos, los objetos y las palabras que, desde las primeras interacciones, incitan al niño y le imponen la inteligencia colectiva.

Lo no percibido actúa sobre el niño cuyo mundo está estructurado por una frase enunciada hace miles de años o por un objeto inventado por un antepasado. A su vez, el niño actúa sobre el mundo al oprimir un botón o al formular una frase. Al dar vida a lo no percibido, la técnica y las palabras engendran la magia de lo cotidiano. Como para no creer en la brujería después de esto.

La diferencia entre los dos mundos es de orden emocional. La magia de las palabras «Sésamo, ábrete», o «Mamá, quiero chocolate», requiere una empatía y un modo de compartir el mundo engendrados por la copresencia. Mientras que la magia técnica del «3615 Internet» [número de Minitel en Francia que da acceso a direcciones, meteorología, horarios de aviones, etc.] permite el contacto con la representación de otro, pero no exige necesariamente su presencia. La magia de las palabras provoca un éxtasis colectivo, una emocionalidad palpable que explica el nocivo placer de los rumores o del amor que experimentan las multitudes, mientras que la magia de las máquinas invita al placer solitario. En las sociedades de la magia verbal, cada individuo es un equivalente del otro, porque adoran al mismo ídolo, al mismo jefe o la misma frase. La comprensión no es necesaria cuando concurrimos a oír un discurso, intelectual o político. La teatralización de las palabras, el simple hecho de elegir las ropas convencionales y de acudir a la cita crean un acontecimiento emocional, un instante de existencia que llena de euforia a los participantes.

Por su parte, en el caso de las sociedades de la magia técnica los individuos se organizan en redes virtuales unidas por la emisión de una representación que se encuentra con la representación de otro, aunque los cuerpos no están copresentes.

Las palabras, las canciones, las representaciones teatrales y los relatos son los que vinculan a la mayor cantidad de gente. Mientras que las redes técnicas, al permitir el encuentro con análogos de uno mismo, provocan el placer de las minorías y la segregación del mayor número.

La técnica, desligada de los cuerpos, engendra un mundo de representaciones hipersemantizadas en el que las emociones son provocadas por signos casi perfectos, no contaminados ni disminuidos por los significantes. El mundo sensible ya no es convocado por la percepción del otro sino por su representación. Una vez disociados

de la realidad perceptible, ya podemos delirar con la mayor lógica del mundo.

Este es el triunfo de la empatía. Durante el transcurso de su ontogénesis, los niños muy pequeños no se ponen en el lugar de la langosta a la que le arrancan las patas, con la mayor suavidad del mundo, para ver cómo camina. En los adultos perversos, la ontogénesis de la empatía se ha detenido en ese nivel, cuando practican el abuso sexual infantil con el argumento de que se trata de un acto de amor. Al proseguir su maduración, los niños se ponen en el lugar de la langosta y sienten horror de que se les arranquen las patas, como si les extirparan sus propias piernas. La identificación con el insecto pone de manifiesto una fusión de mundos mentales en la que el niño atribuye al otro su propio mundo, sin pensar que allí puede haber una separación y una diferencia. En este nivel de la empatía están detenidas algunas personas para quienes los hombres y los animales son la impresión que les producen: atribuyen al animal la inocencia y el amor que sienten por él.

La dialéctica del amor puro, mancillada por un hombre poderoso y arrogante, crea un pensamiento impresionista que no tiene en cuenta la exploración del mundo de los otros, con tanta frecuencia llena de sorpresas. La búsqueda exploratoria de los demás constituye el estadio adulto de la empatía, al cual accedemos a veces. Por último, el mundo técnico incorpora una superempatía en la cual se accede directamente a las representaciones de los demás, sin tener que pasar por la copresencia de los cuerpos ni por la emoción compartida. La hipersemántica del universo técnico permite escapar al contexto sensorial y apartarse de los particularismos. Los mundos concretos ceden su lugar a un mundo universal parecido al lenguaje matemático. Las hazañas técnicas crean una globalización del saber que altera profundamente el legado de los hombres. El hechizo ya no se produce cuerpo a cuerpo, ni palabra a palabra, sino que en la actualidad pasa por el anuncio público de una fórmula universal.

Un saber no compartido humilla a quienes no tienen acceso

Entonces comienza la tragedia, porque con ese tipo de victoria de la inteligencia se priva de afecto al mundo, lo cual explica que tantos in-

dividuos y grupos culturales odien la inteligencia. Los intelectuales ignoran hasta qué punto un saber no compartido se transforma en humillación para quienes no tienen acceso a él. A veces este odio está justificado porque una gran cantidad de eruditos utiliza su saber para humillar al pobre diablo que no los comprende, por medio de fórmulas matemáticas o de frases convincentes, hábilmente presentadas. En una gran cantidad de grupos sociales, al joven que desea emprender estudios no se lo considera del todo viril, porque se niega a «ensuciarse las manos» y prefiere quedarse a estudiar con las niñas, bien protegido. Los hijos de inmigrantes italianos o portugueses, que sin embargo provienen de culturas muy ilustres, a menudo cuentan que sus padres arrojaban violentamente los libros que los niños leían a escondidas, porque estimaban que la lectura era una actividad de perezosos. Los nazis no le atribuían ninguna importancia a la inteligencia. Lo que les interesaba era un carácter bien templado, «un intrépido»,[77] orgulloso de pertenecer a la raza más apta. Los integristas de toda laya, laicos o religiosos, sólo esperan la ocasión que les permita prohibir el cine y las videocintas, que constituyen la inteligencia facilitada por la tecnología. E incluso la enseñanza que, basada en una variedad de lecturas, impide el monopolio intelectual de un solo libro, será experimentada como una blasfemia, porque relativiza la palabra de quien enuncia la verdad religiosa, política o filosófica.

Quienes experimentan el placer de descubrir los mundos virtuales prefieren sustraerse a los determinantes genéticos, sexuales, territoriales y sociales. Al imaginar que sólo están determinados por ellos mismos, no se dan cuenta de que su victoria intelectual angustia y humilla a quienes prefieren someterse a esas determinaciones. Pues someterse a las prótesis de la identidad es muy placentero. Es maravilloso pertenecer a una raza o a una clase superior. Y hasta pertenecer a una casta inferior es agradable, en tanto se experimenta un extraño placer al someterse a una ley social o considerada natural. «Ocupo mi lugar en el orden social que se me impone... Echo raíces en la tierra en la que habito desde hace miles de años... Acepto mi condición sexual según la cual los hombres van a la guerra y las mujeres tienen hijos».

Los inventores de signos se sienten determinados desde el interior. Como se ven libres para construir el mundo que piensan y desean, no vacilan en desordenarlo para inventarlo mejor. Mientras que

quienes respetan los mitos se sienten determinados por el exterior. Al someterse a un relato, o a una ley biológica o divina, experimentan la agradable impresión de participar del orden del universo. Cada uno de ellos atormenta al otro y lo siente como un agresor. Quienes quieren desordenar el mundo, para sentirse más libres en él, angustian a quienes desean congelarlo para sentirse más seguros.

Esta guerra de representaciones explica por qué, cuando se producen catástrofes sociales, los intelectuales son los primeros perseguidos. Los nazis quemaron los libros y deportaron a quienes usaban gafas, pues provocaban una impresión de intelectualidad; en Ruanda se los sacrifica y en Rumania se los ha zurrado.

Ahora bien, en las últimas décadas, la tecnología ha logrado progresos tan extraordinarios que ha podido desordenar las representaciones del mundo. En el siglo XX ha realizado aquello que los navegantes, los filósofos y los escritores habían llevado a cabo en los siglos anteriores: descubrir mundos mentales desconocidos. Aquellos que aman la efervescencia de las ideas, porque proporciona el gusto de la libertad, quedaron inmersos en éxtasis hasta el día en que, pongamos por caso en 1965, la tecnología cambió de sentido: «Uno no acepta la globalización del mismo modo en que se integra dentro de una ideología con pretensiones universalistas como el cristianismo o el comunismo».[78] La globalización técnica disolvió el sentimiento de pertenencia, mientras que el cristianismo o el comunismo lo reforzaban con los rituales de reuniones semanales, conferencias y comentarios cotidianos.

La sensación de ser una herramienta impide el apego, mientras que el hecho de compartir un relato une a quienes lo escuchan. Los esquimales no vacilan en maltratar al perro de trineo que, por sus trastornos de conducta, disminuye el rendimiento del equipo, mientras que son sumamente indulgentes con el cachorro que les regalaron a sus hijos y que no deja de provocar molestias. Se mataba a los caballos que trabajaban en las minas, cuando envejecían, mientras que hoy, cuando sólo los utilizamos para entretenimiento, se les proveen «caballerizas de retiro».[79]

Entre los humanos también es válido el mismo principio: cuanto más se utiliza al otro, menos nos apegamos a él. Los adultos que hacen trabajar a los niños, como en la Inglaterra del siglo XIX o en algunos países pobres en la actualidad, se asombran por nuestra indignación que ellos interpretan como el juicio despectivo de los ricos: «Un

niño trabaja bien, es barato, no hace huelga y alimenta a su familia». Este razonamiento que nos resulta chocante, lo adoptamos también en el caso del trasplante de órganos, cuando el técnico ve el cadáver cuyo corazón todavía latiente podría utilizar, mientras que la familia está unida al que acaba de morir y que sigue siendo padre, tío o hijo y no el portador de órganos como el corazón, riñones o córneas.

En este final del siglo XX, una niñita que se imagina como una mujer del futuro se representa su biografía posterior con una esperanza de vida de 85 años (que es tanto como decir la inmortalidad), un buen desempeño escolar que le permitirá socializarse sin dificultades, varios meses de gozosa maternidad, protegida por un compañero que no pondrá obstáculos a su realización personal y social.

Esta biografía del sueño moderno sólo es posible en un contexto social y cultural en el que la inteligencia sea un valor y la fuerza muscular y el peso se conviertan en cualidades insignificantes. Esto no ocurría alrededor de la década de 1950, cuando era necesario cargar a toda velocidad las vagonetas con carbón hasta llegar a sentir un gran dolor de espalda. Y, si un hombre se desgarraba un músculo, la familia dejaba de comer, porque a las mujeres de los mineros se les pagaba cada noche.[80]

Cuando era niño, oía contar la historia casi mítica del hombre fuerte del pueblo, que había recibido esa denominación durante la época de la cosecha, un día en el que una carreta se había atravesado en el camino. Fue necesario interrumpir la recolección mientras se aproximaba una fuerte lluvia. El hombre se deslizó en cuatro patas bajo la carreta y, con un esfuerzo gigantesco, se levantó, la enderezó y salvó la cosecha. Lo admirábamos mucho, a pesar de su enorme contextura que ofrecía tanta seguridad.

En la actualidad, ¿cuál es el beneficio de pesar muchos kilogramos? En unas cuantas décadas, este tipo de morfología se convirtió en un valor desadaptativo pues no sirve para nada, frente a un ordenador, en el metro o en un pequeño automóvil deportivo.

Cuanto más técnica se vuelve nuestra ecología, menor necesidad de diferenciarse tienen los sexos. En las culturas que no utilizan biberones, la madre que siente que no le sube la leche está condenada a ver morir a su hijo, a menos que otra mujer esté en condiciones de darle el pecho. En una cultura de ese tipo, el cuerpo a cuerpo garantiza una función de supervivencia.

En Nueva Guinea, donde la expansión de la tecnología se ha visto frenada por la espesa selva, la cordillera escarpada y los 700 grupos étnicos aislados, la anatomía todavía constituye un destino. Un niñito sabe que no pasará por la vida sin golpearse. Desde muy pequeño debe aprender a lanzar la jabalina, afilar las flechas y correr durante mucho tiempo por la ladera empinada de la montaña. La transmisión de las técnicas exige una cultura de tradiciones para intercambiar los saberes a través de los grupos vecinos y las generaciones.

Cuando un grupo queda aislado a raíz de una catástrofe cultural y se alteran los intercambios, la evolución tecnológica puede sufrir un retroceso. En la época en que los papúas fueron expulsados de las costas de Nueva Guinea por individuos de piel blanca provenientes de Asia, quedó olvidada la técnica de las herramientas de piedra pulida y se regresó a las herramientas talladas a golpes.[81] Este tipo de observación me parece importante. La evolución biológica se les impone a los seres vivos sin pedirles otra participación que la de adaptar el cuerpo, si pueden. La evolución tecnológica imita la evolución biológica porque, para tener éxito, debe descubrir, utilizar y transmitir las estructruras del universo y de la materia viva. Una técnica que no respetara esas «leyes» de la naturaleza no funcionaría. Por el contrario, una técnica puede servir de base para descubrir otra, hasta el punto de que la aceleración de los descubrimientos es exponencial. Pero un acontecimiento histórico puede interrumpir la cadena y detener la evolución. Porque la historia está sometida a edictos y relatos, mucho más que a fenómenos.

Tecnología y vivencia de sí

Un descubrimiento técnico, al modificar la ecología perceptible, cambia las costumbres y la vivencia de sí. El descubrimiento del cabestro desempeñó un papel bastante importante en la desaparición de la esclavitud. El collar, o aro que sujetaba el cuello, asfixiaba a los caballos cuando el fardo pasaba de los 60 kg.[82] Se necesitaban muchas decenas de hombres y a veces centenares, para tirar de cargas pesadas en travesías difíciles. Cuando apareció el cabestro, la fuerza motriz del caballo se decuplicó. El hombre dejó de ser un elemento motor y fue reemplazado por el caballo que, a su vez más tarde sería sustituido por el caballo de vapor.

La contraexperiencia podemos encontrarla en las civilizaciones que no han conocido ni el caballo motor, como los aztecas, ni el buey motor, como en la Mesopotamia. En esos contextos, el hombre continuó funcionando como motor. Por eso el volumen de los muslos y el ancho de la espalda constituían todavía un valor cultural.

En la actualidad, una pareja que compra un automóvil, un equipo de calefacción central o una lavadora en forma de robots domésticos posee el equivalente de 50 esclavos. Si a causa de una catástrofe económica llegaran a desaparecer esos robots, estoy convencido de que hombres y mujeres volverían a utilizar la espalda y las manos para reemplazarlos.

Incluso las producciones artísticas reciben la influencia de la ecología técnica. En la época en que se uncían los bueyes, los labradores cantaban la briole.[83] Los primeros folkloristas interpretaron esos cantos como algún tipo de conjuros sagrados, aunque se trataba sencillamente de darle una forma cantada al ritmo de los animales. Desde que apareció el primer tractor, el canto de los labradores ha desaparecido. ¿Tal vez porque a los campesinos que compraron inmediatamente tractores no les gustaban los bueyes? ¿Podría ser también que cantaran desafinados?

En la actualidad, en los trenes modernos, quienes se colocan un auricular dan a entender mediante ese objeto técnico que no podrán hablar. Mientras que en los trenes de nuestros antepasados, o en los de los países pobres, se comparte el trozo de pan, cada uno cuenta su vida y participa en la partida de naipes organizada en el compartimento.

La técnica, al igual que la democracia, al mejorar el desempeño individual, aísla a las personas: «Olvidamos muy fácilmente a quienes nos precedieron y a quienes nos seguirán [...]. De tal manera, la democracia no sólo logra que cada hombre olvide a sus antepasados, sino que le oculta a sus descendientes y lo separa de sus contemporáneos: siempre lo conduce a pensar sólo en sí mismo y amenaza con dejarlo finalmente encerrado en la soledad de su propio corazón».[84]

En un mundo técnico y democrático, las personas se desarrollan mejor pero, si no quieren quedar aisladas, deben aprender a establecer contactos virtuales y a preservar los vínculos emocionales.

En el siglo XV la imprenta ha inventado otra manera de ser hombre, el lector que hacía circular relatos, ideas y dogmas. En el siglo

XVIII, con la máquina de vapor, la locomoción dejó de ser orgánica para convertirse en mecánica. Luego el motor de explosión nos ha permitido apartarnos de la tropilla de caballos a la que seguíamos para reunir el combustible que proveían sus excrementos. Con la aparición reciente de la reproducción asistida, no sólo los humanos dejaron de estar sometidos a los avatares de los ciclos y las estaciones, sino que, además, pueden almacenar los embriones producidos por sus órganos sexuales y congelarlos para que otro los reanime y les dé vida después de la muerte de los «padres» que donaron los gametos.

La organicidad es indispensable, pues de lo contrario no estaríamos aquí, pero desde hace varias décadas, ha quedado reducida a una porción insignificante, enterrada bajo toneladas de superestructuras de signos y de técnicas.

La idea de que la tecnología imita a la naturaleza y nos aleja de ella se puede ilustrar fácilmente con el manejo actual de la ovulación. El estereotipo consiste en decir que la biotecnología moderna controla los nacimientos mediante el bloqueo de la ovulación y que esa falta de respeto a las leyes naturales provocará el desarrollo de perversiones sexuales y la irrupción de diferentes tipos de cáncer. Un repaso muy breve de la historia de la fecundidad nos lleva a conclusiones diferentes. Hace varios siglos, la edad de la pubertad era más elevada, pues se producía hacia los 14-15 años. Con frecuencia las mujeres morían en el parto alrededor de los 36 años, en sus trece embarazos traían al mundo a siete hijos a quienes amamantaban durante varios años para que tres o cuatro de ellos llegaran a la edad adulta. Esto conduce a la proposición siguiente: las menstruaciones eran muy raras. Las mujeres sólo llegaban a tenerlas durante cinco años. Hoy, cuando la pubertad se produce mucho antes y la menopausia es un hecho habitual en personas que viven 83 años, las mujeres dan a luz a menor cantidad de hijos, los amamantan durante períodos muy breves y tienen menstruaciones durante cuarenta años. Esto equivale a decir que, hasta el siglo XX, la condición natural de las mujeres provocaba un bloqueo del hipotálamo que dejaba de estimular la ovulación... como lo reproduce hoy en día la píldora anticonceptiva. De modo que el control biotecnológico de la ovulación no es tan antinatural como se dice, puesto que se basa en la utilización de una «ley natural».[85]

Por el contrario, la autorrepresentación resultó totalmente modificada por este control biológico. Una niñita, en el momento en que se construye su identidad sexual, no se imagina como una mujer pasiva en la que un hombre introducirá trece proyectos de hijos que ella deberá llevar a término. Sueña con su futuro como el relato de una persona que sólo dedicará un capítulo de su vida a la maternidad. El apoyo técnico brindado al nacimiento, el mejoramiento del cuidado de los pequeños en guarderías y parvularios que con frecuencia son más florecientes que muchos hogares, la protección social que asegura mejores posibilidades de acción extrafamiliar, acrecientan la personalización de las madres y disminuyen la necesidad del padre. Una buena tecnología durante los primeros años y un Estado bien organizado reemplazan con ventaja a los padres. El lugar del hombre junto a las madres se convierte en el de un compañero afectuoso con quien ellas comparten la aventura humana. Ya no se trata de la autoridad del padre que ampara a su familia porque trabaja, que representa al Estado cuya ley enuncia y se aprovecha con frecuencia de ella para deslizar la suya propia. La evolución técnica y el progreso social estructuran en torno a los niños campos sensoriales y significantes que los moldean de manera totalmente diferente. En una o dos generaciones, los tutores del desarrollo han hecho la revolución.

No es la primera vez que sucede un fenómeno de este tipo y tal vez las propias revoluciones y catástrofes son características de la evolución. Hace tres mil millones de años, los microorganismos vivían felices sobre la tierra. Estaban tan complacidos que allí se desarrollaron hasta el punto de transformar la atmósfera y enriquecerla con oxígeno. Pero, con un 20% de oxígeno, aparecieron en esta nueva atmósfera otras formas de vida menos convenientes para ellos.[86]

¿Podría ocurrir incluso que la inteligencia humana, al descubrir nuevas técnicas y al celebrar otros contratos sociales, creara las condiciones de nuestra desaparición o del nacimiento de una superhumanidad?

Sea como fuere, lo único permanente, desde el inicio de la vida, es el cambio. Y la tecnología que imita la evolución modifica la autorrepresentación, lo cual supone nuevos contratos sociales que, a su vez, no imitan la evolución.

El extraño acoplamiento de la tecnología y de la historia produce acontecimientos que inventan continuamente la condición humana.

La reunificación de las dos Alemanias constituye una experiencia natural para defender esta idea. En la Alemania del Este, con realizaciones técnicas de no muy alto nivel, se había preservado la solidaridad del cuerpo a cuerpo. Tocaban el timbre del vecino para pedirle mantequilla o mirar televisión. Mientras que en Alemania occidental el dinero, que permitió completar gran cantidad de productos técnicos, prácticamente instauró la soledad, como ocurre en París hoy. En Berlín se oye hablar de la «prisión» del socialismo, que se opone a las realizaciones individuales que sólo son posibles cuando «se desgarra el tejido social [...] en el cual los individuos, librados a su exclusiva suerte, han debido construir su propia identidad».[87]

Sin embargo, en la evolución tecnológica acaba de producirse una fractura previsible. A fuerza de crear mundos virtuales y de darles existencia en la realidad, a fuerza de habitar mundos no percibidos a distancias planetarias, a fuerza de disolver el vínculo social al perfeccionar las realizaciones de una minoría de individuos, a fuerza de construir mil identidades apasionantes y diferentes, se hace casi imposible vivir todos juntos. En las grandes ciudades, la civilización se hizo granulosa. Las personas sólo se encuentran dentro de un mismo mundo compartible: los médicos frecuentan a los médicos, los obreros sólo se sienten cómodos en el mundo obrero, y los residentes de un barrio tienen la impresión de sentirse en el extranjero dentro de un distrito vecino. Los vínculos son frágiles cuando la distancia es grande. Los grupos del mismo nivel intelectual y con las mismas preocupaciones psicológicas o financieras se estructuran en redes más allá de las fronteras, pero cuando muere un corresponsal norteamericano, su colega francés sólo efectúa el duelo en una sola frase que dura unos cuantos segundos.

Respecto de la disolución del vínculo social, lo más importante es que la tecnología, que en sus orígenes implicaba la tradición, acaba hoy de romperla. Los hijos admiraban a sus padres en la época todavía reciente en que aprendían a colocar una trampa mirando como lo hacía su progenitor, o a cocinar un pastel mientras charlaban con la madre.

En la actualidad, ya no tienen nada que aprender de sus padres, abandonados por una cultura juvenil en la que no se reconocen. La fractura se produjo tal vez alrededor de 1965 cuando la bomba atómica cambió de sentido. Durante mi niñez, Hiroshima significaba el

fin de la guerra y la prevención de millones de muertos. Por fin íbamos a comenzar de nuevo a vivir y a construir. La onda de la bomba en Japón produjo un estallido de alegría en Occidente, seguida, como por casualidad, de un regocijo sexual que ha provocado la explosión de la natalidad de la década de 1950. El discurso se modificó hacia 1965 cuando se descubrió que la bomba, veinte años más tarde, todavía provocaba muertes y que tal vez eso se hubiera podido evitar. En la misma época, se comenzó a murmurar que la técnica generaba más perjuicios que beneficios. La píldora provocaría distintos tipos de cáncer y grandes licencias en las costumbres, los ladrones se atreverían a pasar a la acción gracias a los tranquilizantes y los medicamentos se volvieron más peligrosos que curativos. En su conjunto, el discurso occidental nos manifestaba que la propia cultura se convertía en algo amenazador. La tecnología sería «un bluff, un torbellino que no aporta gran cosa».[88] El universo de la chatarra producía una bufonada que presenta como ciencia a un discurso metafórico, como el de la inteligencia artificial o el de la guerra de las galaxias, y engendra en realidad el mundo de lo inútil y de la falta de trabajo y el paro.

Hoy se escucha un discurso nuevo que surge en medio del bullicio: la democracia, al darnos la libertad, nos conduce a sociedades heterogéneas en las que los individuos están aislados, mientras que el aparato tecnológico, que permite logros sorprendentes, pulveriza el vínculo social y nos somete al inútil «terrorismo encubierto de la tecnología».[89]

El efecto vinculante del saber ya no funciona. Los padres no sirven para nada. Y el mejoramiento de los sistemas de protección social, al salvar a los individuos, diluye los lazos sociales en nombre de la solidaridad. Cada uno sobrevive solo en su rincón con su pequeño subsidio.

Tal vez aquí se encuentre una explicación posible del retorno de la violencia arcaica. Cuando las generaciones quedan desvinculadas de las precedentes, hasta el punto de que cada una considera a la otra como un marciano agresivo y sólo puede esperar que le transmitan necedades obsoletas o transgresiones chocantes, nos encontramos en la situación sociocultural que se describe en *El señor de las moscas*, cuando después de un naufragio, sólo los niños se salvan y desembarcan en una isla desierta. Obligados a recomenzar la aventura hu-

mana, redescubren el fuego y se organizan en torno a él, comienzan a cazar y sexualizan los roles sociales, se distribuyen las tareas, restablecen los clanes y vuelven a hacer la guerra.[90]

Nuestros hijos, que ignoran a sus antepasados, los desprecian y a veces hasta los agreden,[91] se encuentran en la misma situación que si vivieran en una isla desierta, abandonada por la humanidad, pero poblada de máquinas que sólo ellos saben utilizar. Esta idea absurda está realizada en el «sexo cibernético» en el cual los amantes telemáticos gozan físicamente gracias a un material pornoinformático, sin llegar a hablarse nunca y ni siquiera conocerse.

Entre nosotros, quienes no se beneficien con estos progresos técnicos, o democráticos, al igual que los niños en *El señor de las moscas*, han de redescubrir los beneficios del clan y las horribles maravillas de la guerra. Entonces terminarán por demonizar la técnica que ha roto los lazos sociales y la democracia que los ha dejado aislados. Hay un lugar vacío que espera la llegada de un «Salvador».

La técnica y la democracia, al mejorar la personalización de los hombres, les ha permitido quedar menos hechizados, cosa que los desespera. Pues el hecho de estar seducidos, maravillados, poseídos y encantados constituye un gran momento de felicidad patológica en la vida de un hombre. ¿Podría ser que los hechiceros estuviesen en el origen de la invención del símbolo? Puesto que nada nos seduce más que la representación de la muerte.

El teatro de la muerte

Para describir la aparición de la reflexión humana, se ha hablado mucho de la fabricación de herramientas hace tres millones de años, de la aparición de la doble articulación del lenguaje hace 700 mil años, y del dominio del fuego hace 500 mil años, pero no se ha pensado lo suficiente en la teatralización de la muerte hace cien mil años.

Es posible que los primeros rituales funerarios se hayan efectuado después de la muerte de un hombre de Neandertal en Irán o en Israel.[92] Hace diez millones de años, el hombre en posición erguida padecía, al igual que los animales, la doble coacción de los medios biofísicos externos e internos. Debía responder inmediatamente a los estímulos del hambre, la sed, el sueño, el frío y el peligro. La necesa-

ria sincronía perceptiva lo impulsó muy rápido a buscar refugios contra el viento, guijarros con filo y lechos de hojas que debía acondicionar tan bien como los monos superiores saben hacerlo hoy. Pero, cuando las herramientas le posibilitaron actuar sobre el mundo, cuando el fuego le permitió estructurar el grupo familiar, cuando pudo expresar emociones e intenciones con los gestos de la boca, este conjunto creó un espacio humano en el cual la sincronía perceptiva quedó relativizada. El hombre ya no podía arrojar el cuerpo de alguien a quien había amado, sino que era necesario hacer otra cosa.

El hombre de Neandertal percibía sin ninguna duda que el ser amado se había convertido en un cadáver, pero no podía decidirse a abandonarlo en el suelo. Ya se observa incluso que la conducta de los grandes monos se desorganiza fuertemente ante la percepción del cadáver de un ser querido. Giran en torno a él, sin poder separarse, hasta el momento en que el cuerpo en descomposición ya no significa nada para ellos. Entonces pueden apartarse y recobrar su autonomía. Para el hombre de Neandertal, el cadáver no era algo en descomposición. En su memoria y en sus evocaciones, era todavía un ser amado, muerto. Como no podía continuar viviendo con él ni decidirse a arrojarlo lejos, de pronto se le ocurrió un procedimiento para adaptarse a esas dos presiones contrapuestas: amortajó el cuerpo e hizo una teatralización de la muerte. Buscó una «capilla» natural que acondicionó como sabía hacerlo, preparando un lecho de flores en el cual depositó el cuerpo del ser amado. Luego le puso guijarros alrededor.

Si leemos con una mirada psiquiátrica lo que nos informan los paleoantropólogos, podemos postular que esta puesta en escena permitía adaptarse a dos necesidades intensas e inconciliables: el ser amado ya no puede vivir conmigo en la realidad, aunque permanece en mi memoria en la cual experimento todavía un afecto muy fuerte. Teatralizo la muerte arrojándole flores, acomodando el cuerpo sobre el lado derecho o sobre el izquierdo, hacia el lado del sol naciente o del poniente, de acuerdo con su sexo y notoriedad y, por medio de esta pequeña escenificación, logro que su cuerpo todavía hable. Luego, cuando le pongo guijarros alrededor, transformo las cosas en objetos. La cosa está dentro de «esto», decía Freud de los hombres de Neandertal. Es un trozo de materia indiferenciada y determinada. Pero, cuando dispongo los guijarros alrededor de su cuerpo, los

transformo en objetos semánticos que designan al cuerpo del ser amado muerto y quieren decir: «esto es una sepultura». Entonces puedo emitir con mis compañeros unos treinta gruñidos significantes, llorar espontáneamente y formular letanías rituales.

¿Podría ser que el teatro de la muerte estuviese en el origen de los impulsos artísticos? La representación así formada estructura una emoción de pérdida y la canaliza hacia un ritual. En el lugar del ser amado muerto erijo un escenario en el cual las cosas «quieren decir», en el cual los gestos son teatralizados y en el que los deudos perciben un sostén afectivo reconfortante que los ayuda a amar todavía un poco más y a embellecer con la representación a aquel que ya no está y que comienza a descomponerse en lo real.

La religiosidad de la muerte requiere, a su vez, un trabajo verbal. Es necesario encontrarse y crear un vínculo de palabras para expresar los mundos íntimos y ponerse de acuerdo en la elaboración de una teoría de la muerte que podamos compartir. El sentimiento de que la vida del muerto se perpetúa en nosotros exige un intercambio de palabras: «Siento en mí su presencia... todo el tiempo oigo que me dice... siento que me protege...». Esta vez las representaciones son verbales y crean un mundo de palabras intercambiables y compartibles. Al colmar un vacío, el teatro de la muerte y sus teorías luchan contra la angustia de la representación de la nada.

Los animales capaces de experimentar representaciones de imágenes perciben a *el* muerto y muchas veces esto los perturba mucho. Los hombres capaces de representarse *la* muerte la convierten en una escena teatral que está en el origen de dos hechizos fundamentales de la condición humana: el arte y la religión.

El mundo de lo no percibido toma forma gracias a las representaciones de la muerte, que es la falta suprema. Pero percibir a un muerto no es representarse la muerte. Los animales quedan desorganizados ante la muerte, mientras que los hombres se organizan en torno a ella.

Cuando un mono superior percibe a su madre muerta, esta no es una chuleta para él, es una figura familiar que se ha vuelto extraña. Así, hemos podido observar a un pequeño chimpancé acurrucado contra el cadáver de su madre. Dormía junto a ella y se le aproximaba todavía durante varios días hasta el momento en que, al convertirse en algo no significante para él, se apartaba.[93] Pero su mundo había

cambiado de forma pues, al perder a su madre, había perdido su referencia conductual y afectiva, su base de seguridad. La filogénesis de la percepción del muerto puede describirse a través de las especies. Un escarabajo patea el cuerpo de su congénere muerto, como si fuera un obstáculo. Los ratones sobrevivientes segregan feromonas de alerta, los perros de duelo sufren por la falta, y en los monos puede desorganizarse su conducta hasta el punto de morir junto al desaparecido.

La ontogénesis de la representación de la muerte es muy lenta en los niños. Cuando un bebé percibe un estímulo aterrador, puede gritar o retraerse. Pero necesita un aparato psíquico suficientemente elaborado para representarse lo no percibido perfecto, la nada. Cuando llega al concepto de la nada, del vacío o del infinito, experimenta un vértigo físico al que algunos denominan «angustia». Para defenderse contra esta angustia de la muerte, debe rellenar la representación de la nada con imágenes y palabras, obras de arte y un trabajo religioso.

La ontogénesis del sentimiento de la muerte ha sido progresiva. Cuando un niño de tres a cuatro años le dice a un visitante: «Pum, te mato. Estás muerto», la palabra «muerto» supone un libreto conductual entretenido y extraño. «Yo hago "pum" con el dedo y tú te caes moribundo, luego te quedas inmóvil durante algunos segundos». Como si el niño pensara: «Con un gesto y un sonido acordados, puedo actuar sobre el otro y hacer que ejecute un libreto conductual previsible». Pero, más tarde, cuando hacia los cuatro o cinco años, el niño se representa la muerte y comprende que se trata de una falta absoluta, rellena esa carencia con la idea de que el ser amado desaparecido vive en otra parte y que ha partido en un viaje del cual no regresará jamás.[94] Hasta donde el niño percibe la muerte, matar es un juego. Pero cuando se representa que la muerte hace sufrir a quienes ama, posterga sus juegos y los expresa en otra forma.

Entre los seis y los ocho años, lo que pone en escena en sus ficciones ya no es jugar al muerto, no es tampoco luchar contra la experiencia de la muerte, sino dar muerte. Ahora bien, un águila no da muerte cuando mata a un conejo, ni tampoco nosotros cuando comemos una fruta o masticamos una verdura de hoja. Y sin embargo, ¡interrumpimos la vida de un vegetal! Cuando un niño mayor juega a dar muerte, se representa su acceso a la autonomía, como si dijera:

«Por lo tanto, es pensable un punto final. Puedo detener la vida de este hombre, como puedo interrumpir la relación con mi madre». Es muy placentero poner en escena este primer poder, en los sainetes de la vida cotidiana o en las obras de arte. Las primeras novelas, los primeros filmes, las primeras ficciones con frecuencia ponen en escena la muerte. Los sádicos que juegan con la muerte de los demás, para darse placer, se encuentran en ese estadio del pensamiento emocional en el cual la ontogénesis de su empatía no les permite todavía representarse el mundo de los otros.

Hace un rato, con el «Pum, estás muerto», nos encontrábamos todavía en el pensamiento perceptivo. Con los libretos de «dar muerte» o «darse muerte», entramos en el pensamiento emocional. Para lograr un pensamiento abstracto sobre la muerte, es necesario tomar más distancia, intentar un sobrevuelo en el que el tiempo ya no estaría en escala humana, sino en escala solar.

Sólo entonces podemos comprender hasta qué punto la muerte es beneficiosa para los seres vivos. Pues la muerte biológica les ofrece la juventud. Si la muerte no existiese, los individuos que envejecen envejecerían la especie y tal vez la llevarían a su desaparición. Este razonamiento sólo puede defenderse en el caso de las especies que evolucionan, porque en ellas, como en las malas novelas, la muerte y el amor se conectan para engendrar la evolución. Algunas formas vivas se reproducen sin sexualidad. Citamos habitualmente a las bacterias en las que la segmentación permite la reproducción de los mismos individuos: un ADN envuelto, al que llamamos bacteria, levadura o esponja, reproduce sin cesar desde su origen, hace 3,8 mil millones de años en Groenlandia, copias del mismo ADN envuelto. Pero, cuando la envoltura se convierte en un organismo sexuado, como una mariposa, un salmón o un elefante, los portadores de gametos deben encontrarse para engendrar un tercero. En este caso, la vida no muere jamás (en una escala de tiempo solar), sino que sólo mueren quienes la transmiten. Lo que equivale a decir que yo existía mucho antes de ser yo mismo, bajo la forma de células situadas en el interior de otros transmisores de vida.

Este razonamiento justifica la metáfora del cohete de dos tramos, a pesar del riesgo de neodualismo que esto implica. El ADN que se encuentra en el origen del ser maravilloso que escribe estas líneas es transmitido mediante la sexualidad a través de las generaciones des-

de hace 3,8 mil millones de años, pero no conservo de eso ningún recuerdo, aunque permanece en mi memoria genética. Cuando quiero contar la historia de mis orígenes, debo detenerme enseguida, en unas cuantas generaciones. Porque las leyes fenoménicas de la transmisión del ADN funcionan en el primer tramo de mi cohete. Pero cuando compongo el relato sobre mí y mis orígenes para estructurar mi identidad, habito en el segundo tramo. Esto explica la paradoja de la condición humana: mientras que la vida no muere jamás, la historia de la vida sólo es un relato de muertes, muerte de especies, muerte de civilizaciones y muerte de individuos célebres. La genética describe las leyes fenoménicas de la primera etapa, lo cual la constituye en una ciencia de la naturaleza, mientras que la filiación cuenta una genética imaginaria que organiza las reglamentaciones de la segunda etapa, la convención de las lenguas, las costumbres, las leyes sobre la herencia, la distribución de los oficios o las leyes sobre inmigración...

La transmisión del ADN mediante la sexualidad se encuentra en el núcleo de la memoria biológica, mientras que no está en el centro de los recuerdos relatados. Las imágenes y los relatos son los que estructuran nuestras representaciones.[95] Las relaciones entre la imagen de la realidad y la realidad propiamente dicha explican la pertinencia del indicio y del síntoma: cuando un perro se inmoviliza de pronto y me mira fijamente, deja caer las orejas y enseña los caninos con un gruñido, compone con su cuerpo una geometría de formas, una imagen de colores, posturas y sonidos. Apenas la percibo, siento y conozco como una evidencia que esta imagen percibida mediatiza la disposición interna de su agresividad. Los niños entienden esta imagen como una amenaza, sin que haya necesidad de decirles: «Esto es una amenaza». La comprensión precede a la palabra y la representación de imágenes precede a la representación de las palabras. Esto explica los equívocos entre especies: un oso con el vientre redondeado que se yergue sobre las patas posteriores y apunta con el hocico al aire provoca en nosotros una imagen tierna y cómica, análoga a la de un niño regordete. Mientras que en el mundo de los osos, esta imagen pone en escena una postura de ataque. Hay malas interpretaciones de imágenes, a las cuales más adelante se agregarán las malas interpretaciones de palabras. La semiología se construye porque la imagen da forma a la comunicación. Si fuera de otra manera, todos

los seres vivos habitarían sólo en un mundo de señales desencadenantes, o de percepciones de indicios, muestras o fragmentos del otro.

En el caso del hombre, la palabra, apenas percibida como sonido, evoca sin precisión alguna una representación intensamente oída, experimentada e incluso vista. Lo cual equivale a decir que en un gato o en un mamífero macrosmático no puede existir ningún equívoco en la percepción de un indicio olfativo, a menos que el sistema olfativo se encuentre alterado, lo cual acarrea también perturbaciones en las conductas. Mientras que, en un mundo semantizado, la percepción de un símbolo evoca representaciones diferentes según la historia de los individuos, lo cual explica la posibilidad de la simbolización no compartida y de la locura. Uno puede volverse loco cuando es capaz de considerar las metáforas como cosas, del mismo modo que uno puede experimentar gran perturbación cuando ve que en plena conciencia aparecen imágenes oníricas durante un arrebato delirante. Ese modo de soñar despierto percibido y actuado explica que el arrebato de delirio o la enfermedad maníacodepresiva serían perturbaciones del sueño o del humor, que la paranoia sería un delirio de representaciones verbales que da una forma coherente a las emociones historizadas, y la esquizofrenia, una representación de imágenes tan alejadas del sentido común que ya no se puede compartirlas ni comprenderlas. Por eso los paranoicos, que se hacen oír fácilmente, han provisto tantos grandes nombres a la historia, a las sectas y a los formadores de opinión. Mientras que los esquizofrénicos, muy difíciles de seguir, no configuran movimientos sociales. Todo lo contrario, su destino con frecuencia es la falta de socialización.

La imagen posee un aspecto de material percibido, no arbitrario, que prepara para el símbolo al representar lo no percibido. Este procedimiento resulta adecuado, porque la palabra «imagen» deriva de «imago», que entre los romanos designaba el vaciado en cera del rostro del muerto.[96] La imagen del muerto, elemento todavía percibido y que representa la muerte, pone en escena por medio de conductas, reglas e imágenes exactamente el mismo libreto que el hombre de Neandertal, cuando fabricaba las primeras sepulturas.

La señal desencadena algo o no. El indicio es una muestra del otro o no lo es: no es posible equivocarse. No se puede decir lo mismo respecto de la imagen y mucho menos para la palabra. La función se-

miótica de la imagen consiste en que la representación hace presente lo ausente y prepara para el signo. Pero como la imagen es un objeto percibido, es posible ver y creer que no indica nada o que ella es la cosa. Incluso se puede jugar con el mecanismo de la simbolización como se hace en el teatro, donde los espectadores experimentan auténticamente emociones intensas aunque saben que no es «de veras». Hay personas, como es el caso de los psicóticos, que tienen dificultades para simbolizar o que no saben jugar, que se detienen en la representación percibida y toman la imagen por la cosa, con lo cual dejan de lado su función representativa. Esta deficiencia de la función del signo se puede observar en el uso de la lengua que hacen los psicóticos: la señora Mi... se afana con los quehaceres domésticos mientras su hijo de 24 años está recostado mirando televisión. «Podrías darme una mano», pide la madre. Entonces el hijo se levanta... ¡y la abofetea!

Toda esta exposición sirve para decir que la imagen es una modalidad de lo visible ligada a la ausencia y que permite representarla: «La imagen es una especie del pensamiento [...pero...] compone el objeto, lo imita, lo simula hasta la engañifa si resulta necesario».[97] Cuando está bien semantizada, la imagen es una manera de decir. Pero su forma perceptible nos embauca y nos arrastra a veces hacia la idolatría moderna.

El embrujamiento abarca todas las dimensiones de lo viviente. Los indicios y las señales estructuran los señuelos que capturan a todo lo que vive, como una llave en la cerradura. Pero, cuando la imagen se semantiza, podemos «ponerla allí para» representar una ausencia y hacerla vivir aquí.

De modo que puede decirse que el equívoco o contrasentido hace posibles la creación y la locura.

CÓMO SE CIERRA UN LIBRO

Al redactar las últimas páginas de este libro, comienzo a comprender por qué lo escribí.

Siempre ocurre lo mismo. Uno arremete, se compromete en la acción, profundiza en la reflexión pero, sólo a posteriori, cuando se vuelve hacia el pasado, descubre el sentido de lo que ha hecho.

Desde las primeras páginas, existía un desafío, pero yo no lo sabía. Una intención secreta regía las preguntas que hice, un sentimiento, una representación oculta detrás de una argumentación teórica: ¿cuál es el lugar que ocupa el hombre en el mundo de los seres vivos? ¿Cuál es su estatuto en el planeta? ¿Qué derecho tiene de vivir, de morir o de matar a los demás?

Sobre todo, no creáis que esta es una pregunta con muchas pretensiones. Es un interrogante fundamental y, por lo tanto, pueril. ¡Qué asombroso resulta estar vivo sobre la tierra entre hombres y animales! ¿Quién soy yo en medio de todos ellos? ¿Qué pueden hacerme? Estos son los razonamientos que hacen los niños cuando, a partir de los cuatro años, comienzan su formación psicológica el día en que utilizan su primer adverbio epistemológico: ¿por qué?

Nuestros pequeñitos formuladores de preguntas fundamentales apenas hablan cuando ya intentan distinguir lo animado de lo inanimado y al hombre del animal. «Papá» y «guau-guau» constituyen sus primeras protopalabras que, cualquiera sea la cultura o el medio familiar a los que pertenezcan, aparecen entre los diez y los dieciocho meses, mucho antes de que dominen la lengua.[1] Parecería que el niño comprendiese de repente que cada unidad discreta, percibida en el ambiente, que cada acontecimiento, define una categoría que se separa de un magma informe. Entonces entiende que al articular una palabra, la generaliza como categoría conceptual, «hombre» o «perro».

Por eso encontramos que aparece el mismo tipo de pensamiento en la historia de la filosofía cuando los adultos no razonan de manera distinta de la de nuestros pequeños formuladores de preguntas fun-

damentales. Como ellos, quienes han planteado preguntas fundamentales, a partir de Platón y Aristóteles, se interesan más por la animalidad que por los animales, con el fin de diferenciarla de la humanidad: «el filósofo no está tan interesado por la anatomía y la conducta del animal sino por su estatuto frente al del hombre».[2]

Pero la forma humana del signo es totalitaria. Desde el mismo instante en que atravesamos el Rubicón del lenguaje, todos los objetos quedan imbuidos con el sentido del que los impregnamos. Entonces, cualquier cosa en el mundo puede formar un signo, un ejercicio de prestidigitación, un gesto con la lengua, un corte de cabellos, una cinta en el vestido. Una vez que se habló, todo elemento no significante adquirió sentido.

Sobrevino el drama cuando la palabra, al establecerse en el mundo de lo no percibido, ha infundido en el ánimo de los hombres la impresión de que existía un corte entre aquellos que hablaban y los que no hablaban. Esas ontologías se convertían en excluyentes. Quienes hablaban caían del cielo, completamente preparados para hablar, y no compartían nada con quienes no hablaban. Sin palabras, estos últimos se limitaban a ser una especie de materia con patas, un maremágnum de instintos que en forma ilusoria tenían el aspecto de la vida o de la inteligencia.

Esta filosofía impresionista que nos hace creer que el mundo consiste en la impresión que nos produce ha sido el principio de las mayores tragedias humanas de la humanidad.[3] ¿Dónde se puede hacer el corte?, se preguntaban los pensadores occidentales. Entre los hombres y los animales, respondía la mayor parte de ellos, porque los animales no tienen alma.[4] Entre los hombres y las mujeres, aclararon algunos clérigos, que jamás habían visto el alma de una dama. Entre los blancos y los negros, afirmaron los conquistadores que, ante la necesidad de reconocerle un alma a los aztecas, se vieron obligados a buscar en África hombres de color que, por lo tanto, no tenían alma. Entre los rubios y los morenos, certificaron los científicos nazis que pretendían medir el efecto de la melanina, pigmento de color pardo oscuro que elimina la inteligencia y da color al pelo. Entre los calvos y los melenudos, se dirá muy pronto, pues la queratina, sustancia proteínica sulfurosa que brota en el cráneo de algunos hombres, constituye la prueba de su animalidad porque provee también la lana de las ovejas, las plumas de las aves y las pezuñas de las vacas.

Todos estos razonamientos absurdos han sido sostenidos por sacerdotes, científicos y filósofos que, con tales discursos, ponían su saber al servicio de alguna política.

Es muy curioso advertir que la teoría de la evolución darwinista, al establecer una jerarquía entre los seres vivos y postular que sólo los hombres llegaban al nivel superior, ha repetido esta filosofía impresionista de la dominación del mundo y de la necesidad de explotar o eliminar a los seres inferiores. En ambos casos, bastaba con definir a quien no tiene alma y tiene menos derecho a la existencia que los demás.

A fuerza de vivir en un mundo de representaciones abstractas que desprecian la realidad, los productores de discursos sociales han terminado por despreciar el cuerpo (despojo mortal), la biología (especie de materia fecal humana), e incluso la vida en la tierra (valle de lágrimas) y, sobre todo, nuestras raíces animales, escandalosas, irreverentes, que no pueden aplicarse al hombre que, al hablar, da la prueba de que tiene alma. Pero la carne se venga cuando no se la escucha. En la época todavía bastante cercana en que el hombre no sabía otorgarle a la muerte la frialdad técnica que hoy le reprochamos, exhalábamos nuestro último suspiro en medio de sangre, pus, fiebre y diarrea. Sólo moría gente joven, porque era muy raro llegar a la vejez, y cada seis meses estábamos de duelo por algún allegado.[5] Fue necesario que algunos pensadores cambiaran de filosofía para poder escapar a las presiones del discurso social y transgredir las leyes que impedían disecar un cadáver o considerar la animalidad del hombre.

La mirada etológica propone otra manera de pensar cuál es el lugar que ocupa el hombre en el mundo de los seres vivos, pues, como ocurre con todas las especies, la condición humana es un estado singular de lo que vive.

El hombre por naturaleza no es una biología, un cuerpo y un cerebro al que bastaría con agregarle una pizca de cultura, de lenguaje y de alma para ver cómo surge la condición humana. El hombre es por naturaleza un ser de cultura. Y con esto no nos salimos por la tangente.

Nuestra dotación biológica nos permite presentarnos ante nosotros mismos un mundo no percibido. Entonces nos encontramos con otro hombre que, a su vez, nos exhibe su propio mundo no percibido. Para formar un signo con cualquier cosa que aparezca en el mundo,

basta con que nos pongamos de acuerdo. Así nos volvemos coautores del artificio y de las representaciones que compartimos.

La invención del mundo intermental no tiene retorno. Apenas nos hemos puesto de acuerdo para formar un signo, todos los objetos del mundo se humanizan.[6] Los zapatos usados llevan la marca de quien ha estado dentro de ellos. La piedra tallada cuenta la historia de los inicios de la humanidad artificial. Los restos, desperdicios y residuos que dejamos componen montañas de basura que dan impresionante testimonio de que la vida social se acelera, mientras que los edificios de acero y las máquinas planetarias nos hacen creer que hemos dejado de pertenecer a la animalidad.

Desde que el hombre habla, humaniza su mundo y embruja la materia. Pero la varita mágica que les confirió a las mujeres el poder de las hadas muy pronto se transformó en escoba y las convirtió en brujas. Los pares de opuestos se asocian cuando se enfrentan, como ocurre hoy en los discursos que cuentan al mismo tiempo la naturalización de los hombres y la humanización de los animales.

Cuando «la animalidad se aparece en lo humano»,[7] algunos se someten a ella placenteramente, divinizan a los animales y demonizan a los hombres. Mientras que otros combaten la bestialidad que tenemos agazapada en el cuerpo y en el inconsciente, o la que atribuyen a otros con el fin de eliminarlos. La imagen de los seres vivos se extiende entre la máquina y el ángel. No sería necesario que nos la rompieran.

Tal vez la etología inventará una nueva visión de los seres vivos según la cual el hombre no dejará de nacer, primero dentro de la animalidad, luego en el lenguaje y por último en la técnica en la que construye su hábitat eternamente renovado.

Pues el hombre es el único animal capaz de escapar a la condición animal.

Notas

Introducción

1. J. Picoche, *Dictionnaire étymologique*, París, Le Robert, 1995.
2. F. Tinland, *La différence anthropologique*, París, Aubier-Montaigne, 1977.
3. M. V. Locquin, *L'invention de l'humanité*. La Nuée bleue, 1995, p.95
4. J. Wallace, Belief and satisfaction, *News*, nº 6, 1972, pp.87-108.
5. K. Immelmann, *Dictionnaire de l'éthologie*, Bruselas, Mardaga, 1982.
6. Entiendo por «materia» toda sustancia extensa que ha tomado forma. La polisemia de esta palabra es tan grande que sólo el contexto y el hablante permiten precisar su sentido en cada momento.
7. A. Bourguignon, *L'homme imprévu. Histoire naturelle de l'homme*, París, PUF, 1989, t.1, p.131
8. A. Lalande, *Vocabulaire technique et critique de la philosophie*, París, PUF, 1976.
9. C. de Duwe, L'évolution a un sens, *La Recherche*, nº 286, abril de 1996, pp.90-93.

Capítulo 1

1. M. Soulé, *Les interactions précoces*, filmación de una ecografía, Avignon, 22 de junio de 1996.
2. P. Lavorel, *Psychologie et cerveau*, Presse universitaire de Lyon, 1991, p.19.
3. F. Tinland, *La différence anthropologique. Essai sur les rapports de la nature et de l'artifice*, París, Aubier-Montaigne, 1977, p.29.
4. J. Piveteau, *Des premiers vertébrés à l'homme*, París, Albin Michel, 1963, p.204.
5. J. D. Vincent, L'homme est un animal, en Coloquio Toulon-Châteauvallon, *L'homme. La psychanalyse avait-elle raison*? La Pensée sauvage, 1994, y L'homme n'est pas un animal, en *La chair et le diable*, París, Odile Jacob, 1996.
6. J. von Uexküll, *Mondes animaux et monde humaine*, Denoël, 1965, p.93.
7. G. Kriszat, fotomontajes que ilustran el texto de J. von Uexküll, 1965.
8. H. Montagner, *La communication entre jeunes enfants*, casete VHS, INSERM, 1993.

9. M. De Ceccaty, *Conversations cellulaires et communications humaines*, París, Le Seuil, 1991, pp.126-130.
10. A. Teyssèdre, *La communication animale sur la scène de l'évolution*, Nathan, 1993, pp. 157-160.
11. R. Thom, Dynamique globale et morphologie globale chez les êtres vivants, en H. Barreau, *L'explication dans les sciences de la vie*, París, Ed. CNRS, 1983, pp.36-52.
12. K. Immelmann, *Dictionnaire de l'éthologie, op. cit.*
13. I. Eibl-Eibesfeldt, *Ethologie-Biologie du comportement*, París, Editions scientifiques, 1986.
14. C. Béata y B. Heudes, *Maîtres mordus*, Seminario sobre la agresividad, Porquerolles (Var), septiembre de 1995.
15. H. F. Harlow, Love created, love destroyed, love regained, en *Modèles animaux du comportement humain*, París, CNRS, Coloquios internacionales, diciembre de 1972, nº 198.
16. T. Berry Brazelton y B. Cramer, *Les premiers liens*, París, Stock-Laurence Pernoud-Calmann-Lévy, 1990.
17. J. Lecamus, Le dialogue phasique. Nouvelles perspectives dans l'étude des interactions père-bébé, *Neuropsychiatrie de l'enfant*, nº 43, (1,2), 1995, pp.53-65.
18. H. Montagner, *L'attachement: les débuts de la tendresse*, París, Odile Jacob, 1988.
19. B. Golse y C. Bursztein, Penser, parler, représenter, París, Masson, 1990, p.145.
20. P. M. Baudonnière (comp.), *Etudier l'enfant de la naissance à trois ans*, París, Editions du CNRS, 1986.
21. B. Cyrulnik, A. Alameda y A. Robichez-Dispa, Rites et biologie. La ritualisation des comportements de bouche, *Dialogue*, 1er trim. de 1995.
22. I. Eibl-Eibesfeldt, *Ethologie-Biologie des comportements, op. cit.*
23. P. D. Eimas, E. R. Siqueland, P. Jusczyk y J. Vigorito, Speech perception in infants, *Science*, nº 171, 1971, pp.303-306.
24. J. Ajuriaguerra e I. Casati, Ontogenèse des comportements de tendresse, en *Psychiatrie de l'enfant*, t. XXVIII, nº 2, 1985, pp.325-402.
25. H. Fisher, *Histoire naturelle de l'amour*, París, Robert Laffont, 1992.
26. J. L. Flandrin, Plaisirs et société: la table et le sexe en France, du Moyen Age à nos jours, en *Le plaisir est-il en danger?*, Coloquio ARISE, París, enero de 1997.
27. Los chinos son omnívoros y comen muchos animales. Cada región tiene su propio ritual y considera que el vecino no come de manera civilizada. Pero todos se horrorizan ante la idea de comer carne de caballo y la tienen totalmente vedada.
28. R. Calimani, *L'errance juive*, Diderot, Arts et Sciences, t.1, 1996.
29. C. Conte (comp.), *Mon Dieu, pourquoi tous ces interdits?*, Panoramiques-Corlet, 1993.
30. M. Fize, *Les bandes: l'entre-soi adolescent*, París, Desclée de Brouwer, 1993.
31. R. Saban, *Aux sources du langage articulé*, París, Masson, 1993.
32. Cfr. Ch. Darwin (1871), R. Dart (1956), De Vore, Washburn y Lancaster (1968), S. Moscovici (1972), E. Morin (1973), R. Ardrey (1977).

33. F. Joulian, Chasse, charognage et hominisation, *Préhistoire-Anthropologie méditerranéenne*, 1993, pp.7-14.
34. S. Strum, *Presque humain: voyage chez les babouins*, París, ESHEL, 1990, p.339.
35. Jane Goodall informa sobre el caso de un chimpancé que juega con una gacelita y que de pronto la atrapa, le horada la cabeza y se come el cerebro.
36. W. H. Thorpe y H. B. Caudle, A study of the olfactory responses of insect parasits to the food plants of their hosts, *P. Parasitology*, nº 30, 1937, pp. 523-528.
37. P. Pageat, Pathologie du comportement du chien, Editions du Point Vétérinaire, 1995, p.15.
38. P. C. Blin y J. M. Favreau, Infanticide et cannibalisme puerpéral- Tueuses et mangeuses de petit, en A. Brion y H. Ey, *Psychiatrie animale*, París, Desclée de Brouwer, 1964, pp.257-263.
39. J. Lavagna, A. L. Simonot y B. Cyrulnik, El infanticidio, Coloquio internacional de salud perinatal, Mónaco, enero de 1996.
40. H. Barbuse, *Le feu*, 1916.
41. M. G. Benkoula, Délits du sang et peines pénales de la loi islamique et selon le rite malékite, en Association des experts judiciaires pénalistes criminalisticiens près de la cour d'appel d'Aix-en-Provence, 3 de junio de 1993, pp.30-35.
42. P. Ariès y G. Duby, *Histoire de la vie privée*, París, Le Seuil, 1985, t.1, p.16.
43. J. Poirier, *Histoire des mœurs*, París, Gallimard-Pléiade, 1990, t.1, p.1348.
44. M. E. Spiro, *Culture et nature humaine*, París, PUF, 1995, p.12.
45. *La croix (Cahiers UNICEF)*, 2 de abril de 1996, pp.12-13.
46. A. Pommerleau y G. Malcuit, *L'enfant et son environnement*, Quebec, Bruselas, Mardaga, 1983, pp.208-209.
47. S. Samama, J. Bouix y C. Flavigny, Pica et trichotillophagie, *Nervure*, t.IX, nº 5, junio de 1996.
48. B. Senut, L'humerus et ses articulations chez les hominidés pliopleistocènes, *Cahiers de paléontologie (paléoanthropologie)*, París, Ed. Du CNRS, 1981.
49. A. Leroi-Gourhan, *Dictionnaire de la préhistoire*, París, PUF, 1988.
50. R. A. Spitz, *La première année de la vie de l'enfant*, París, PUF, 1953.
51. N. Abraham y M. Torok, *L'écorce et le noyau*, París, Flammarion, 1978.
52. M. Ozturk y A. M. Ozturk, Thumb sucking and falling asleep, *British Journal of Medical Psychology*, nº 50, 1987, pp.95-103.
53. A. Robichez-Dispa, A. Alameda y B. Cyrulnik, Analyse des cassettes familiales VHS, Société méditerranéene de psychiatrie, Aviñón, septiembre de 1995.
54. B. Cyrulnik y A. Alameda, *Les âgés à table*, casete VHS, hospital de Toulon-La Seyne, 1991.
55. A. Bourguignon, *L'homme fou*, París, PUF, 1994, p.32.
56. F. Tinland, *La différence anthropologique. Essai sur les rapports de la nature et de l'artifice*, París, Aubier-Montaigne, 1977, p.30.
57. P. D. Mac Lean y R. Guyot, *Les trois cerveaux de l'homme*. París, Robert Laffont, 1990.
58. P. Teilhard de Chardin, *La place de l'homme dans la nature. Le groupe zoologique humain*. París, Albin Michel, 1956, reed. 1996.
59. C. Poirel, *Psychophysiologie général et psychopathologie*, París, Masson, 1988, p.11.

60. H. Damasio, Congreso de neurobiología de la toma de decisiones, París, 24 de octubre de 1994.
61. K. Reperant, R. Ward, S. Hergueta y D. Miceli, A short history of the history of the brain, en P. Fédida y D. Widlöcher, *Les évolutions- Phylogenèse de l'individuation*, París, PUF, 1994, p.111.
62. R. Descartes, *Lettres à Hyperaspistes* (agosto de 1641), París, Gallimard, La Pléiade, 1953.
63. J. Altman, Neurobiologie de la prise de décision, 5º Coloquio de Medicina e Investigación, *Alzheimer Actualités*, nº 5, enero de 1995, pp.6-13.
64. Lobotomía: incisión en el lóbulo frontal que separa las fibras nerviosas e impide las conexiones con el resto del cerebro. Una laceración causada por el agua destilada tiene el mismo efecto. En la actualidad se efectúan lobotomías a causa de traumatismos provocados por accidentes de tránsito, accidentes de trabajo, tumores y accidentes vasculares. Las infecciones no provocan un gran número de estas intervenciones.
65. A. R. Damasio, *L'erreur de Descartes-La raison des émotions*, París, Odile Jacob, 1995.
66. M. Ioan Botez, *Neuropsychologie clinique et neurologie des comportements*, Presses universitaires de Montreal- Masson, 1987, pp.121-124.
67. J. Barbizet y J. Poirier, Astrocytome fronto-temporal. Etude anatomo-clinique et discussion des troubles comportamentaux, *Annales médico-psychologiques*, 1982, pp.1015-1022.
68. A. R. Luria, *The working brain*, Londres, Penguin Press, 1973.
69. C. Muray, Les fléaux du XXIe siècle, informe de la Organización Mundial de la Salud, *Impact Médecin*, nº 334, septiembre de 1996.
70. B. Cyrulnik, Production de la pensée et pensée produite, en D. Lecourt y P. Fédida, *La pensée est-elle le produit de la sélection naturelle?*, París, PUF, 1996, pp.27-54.
71. F. Varela, *L'inscription corporelle de l'esprit et expérience humaine*, París, Le Seuil, 1993.
72. P. Lapras, oftalmólogo, comunicación personal, 1996.
73. A. Green, Avatars de la pensée en psychanalyse et ailleurs, en *Naissance de pensée, processus de pensée*, París, Bayard, 1993, p.264.
74. Sueño denominado *paradójico*, porque el electroencefalograma registra un alerta cerebral con ondas muy rápidas y muy pequeñas, justo en el momento en que el sujeto duerme más profundamente.
75. P. Jaisson, *La fourmi et le sociobiologiste*, París, Odile Jacob, 1993, p.189.
76. S. Freud, Remarques sur la théorie et la pratique de l'interprétation du rêve (1923), en *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1985, p.189.

Capítulo 2

1. F. Laplantine, *Transatlantique-Entre Europe et Amérique latine*, París, Payot, 1994.

2. L. Chertok, *Hypnose et suggestion*, París, PUF, Que sais-je?, 1989.
3. F. A. Mesmer, en R. Amadou, *Le magnétisme animal*, París, Payot, 1971.
4. L. Chertok y R. De Saussure, citado en *Naissance du psychanalyste, de Mesmer à Freud*, París, Payot, 1973, p.25.
5. P. Karli, *Le cerveau et la liberté*, París, Odile Jacob, 1995.
6. P. Pageat, Seminario sobre la angustia, Porquerolles (Var), septiembre de 1996.
7. P. Bustany, *Reflets cérébraux des passions*, Coloquio Arte-Corazón-Cerebro, Mouans-Sartoux, septiembre de 1996.
8. J. Swift, citado en F. Edeline, J. M. Klinenberg y P. Minguet: Groupe Pie, *Traité du signe visuel*, París, Le Seuil, 1992.
9. J. Braid, *Neuro-hypnologie, traité du sommeil nerveux ou hypnotique*, París, Delahaye et Lecrosnier, 1843.
10. F. Roustang, *Qu'est-ce que l'hypnose?*, París, Editions de Minuit, 1994, p.14.
11. A. B. Vieira, De la néogenèse de la catatonie-Pour une esquisse d'anthropologie phénoménologique, *Evolution psychiatrique*, nº 37, 1972, pp.675-692.
12. I. Eibl-Eibesfeldt, *Ethologie-Biologie du comportement, op. cit.*, p.306.
13. El comensalismo, en el que un animal se aprovecha de los alimentos que se proporciona otro, es diferente del parasitismo en el que un organismo pequeño se alimenta de otro y lo destruye. También es diferente de la cleptobiosis en la que un animal priva de alimentos a animales de otra especie, robándoles el sustento.
14. S. Freud, en *Hypnose*, 1909, *Œuvres complètes*, t.IX, París, PUF, 1988.
15. A. Kircher, *Experimentum mirabile-De imaginatione Gallinae. Ars magna lucis et umbrae*, Roma, 1646, t.II, pp.154-155, en L. Chertok, *L'hypnose animale*, París, Desclée de Brouwer, 1964, p.447.
16. J. de la Fontaine, *Fables: Le renard et les poulets d'Inde*, París, Flammarion-Garnier, reed.1996, p.330.
17. J. Vauclair, *L'intelligence de l'animal*, París, Le Seuil, 1992.
18. J. Cosnier, *Les névroses expérimentales*, 1966, y R. Dantzer, *Les émotions*, París, PUF, Que sais-je?, 1988.
19. A. Demaret, *Ethologie et psychiatrie*, Bruselas, Mardaga, 1979, pp.76-79.
20. *Ibid.*
21. A. V. Moore y M. S. Amstey, Tonic immobility. Difference in susceptibility of experimental and normal sheep and goats, *Science*, nº 135, 1962, pp.729-730.
22. R. Jaisson, *La fourmi et le sociobiologiste, op. cit.*
23. J. Cosnier, *Psychologie des émotions et des sentiments*. París, Retz, 1994, pp.121-129.
24. B. Cyrulnik, Ethology of anxiety in phylogeny and ontogeny, en L. Judd y H. Akiskal, Simposio Internacional San Diego, California, *Generalized Anxiety: from Science to Practice*, 1995.
25. F. Steiniger, Zur Soziologie und Sonstigen Biologie der Wanderotte, *Zoologische Tierpsychologie*, nº 7, 1950, pp. 356-379.
26. B. Cyrulnik, *Empreintes, sexualité et création*, París, L'Harmattan, 1995, pp.11-44.

27. G. Chapouthier, Des molécules pour la mémoire, *La Recherche*, nº 192, 1987.
28. F. Doré, *L'apprentissage-Une approche pscyho-éthologique*, Montreal-París, Stankè- Maloine, 1983.
29. D. Pawar, *Ma vie d'intouchable*, París, La Découverte, 1990.
30. J. P. Lecanuet, C. Granier-Deferre y B. Schaal, Les systèmes sensoriels du fœtus, en *Introduction à la psychiatrie fœtal*, París, ESF, 1992.
31. M. Mancia, Neurofisiologia e vita mentale, en *Le fœtus et son entourage*, Ginebra, Médecine et Hygiène, 1989.
32. R. Gombergh, Film d'échographies en trois dimensions, en T. Nathan, *D'où viennent les enfants?* Centre Georges-Devereux, 1996.
33. M. Ainsworth, S. M. Bell y D. J. Stayton, L'attachement de l'enfant à sa mère, en *La Recherche en éthologie*, París, Le Seuil, 1979.
34. B. Zei, Au commencement était le cri, en *Le Temps stratégique*, octubre de 1995, pp.96-107.
35. A. Van Gennep, *Manuel du folklore français contemporain*, t.1, en M. Capul, *Abandon et marginalité*, Toulouse, Privat, 1989, p.115.
36. J. Ducros, *Réflexions singulières sur l'ancienne coutume d'Agen*, en M. Capul, *ibid.*, p.115.
37. Una situación *natural* existiría aun cuando nunca la hubiésemos observado, mientras que una situación *experimental* sólo puede existir si el observador la construye.
38. B. Cyrulnik, Ethologie de l'angoisse, *Synapse*, octubre de 1989, pp.49-53.
39. Item: secuencia conductual en la cual la convención del principio y del fin, en un contexto dado, preserva su función: sonreír, apretar contra su pecho, mecerse...
40. P. J. M. Garrigues, Fluctuations comparées de l'activité motrice chez des enfants normaux et des enfants arriérés placés en situation de jeu, en H. Montagner, *Les rhythmes de l'enfant et de l'adolescent*, París, Stock, 1983.
41. J. B. Andro, *Des enfants sans histoire*, Film ADR Productions, París, 1995.
42. C. Roger, *Les colites*, París, Odile Jacob, 1992.
43. D. Sibertin-Blanc, Le nanisme psychogène, en S. Lebovici, R. Diatkine y M. Soulé, *Traité de psychiatrie de l'enfant et de l'adolescent*, París, PUF, 1985, t.II, p.565.
44. L. Kreisler, La clinique psychosomatique du nourrison, en *Traité de psychiatrie de l'enfant et de l'adolescent, op. cit.*, t.II, p.702.
45. B. Cyrulnik, A. Alameda y C. Beata, Le chien de remplacement, *Point Vétérinaire*, nº 26 (165), febrero de 1995, pp.1021-1026.
46. H. Brunetière, Leurre de la naissance: l'enfant de remplacement, *Information psychiatrique*, nº 66 (1), 1995, pp.39-42.
47. B. Cyrulnik, A. Alameda y C. Beata, Le chien de remplacement, art. cit.
48. R. Dantzer, *L'illusion psychosomatique*, París, Odile Jacob, 1991.
49. P. Pageat, *Pathologie du comportement du chien, op. cit.*, 1995.
50. H. Montagner, *L'enfant, l'animal et l'école*, París, Bayard, 1995.
51. Y. Guyot y J. Pocztar, Les communications non verbales en situations pédagogiques, *Revue belge de psychologie et de pédagogie*, nº 48, 1994, pp.33-34 y 105-106.

52. B. Heudes, Seminario *Propiétaires mordus*, Porquerolles (Var), septiembre de 1995.
53. M. Bourdin, *Psychodermatologie chez les carnivores domestiques*, tesis Maisons-Alfort, 1992.
54. V. van Gogh, *Correspondance*, carta 443, París, Gallimard, 1969.
55. J.G. Offroy, *Le choix des prénoms*, Marsella, Hommes et perspectives, 1993, p.31.
56. S. Freud, *L'interprétation des rêves*, 1900, París, PUF, 1976.
57. P. Gonin, *Les propiétaires de berger allemand et de boxer: étude sociologique d'après enquête*, tesis de veterinaria, Toulouse, 1985.
58. *Ibid.* En esta tesis dirigida por el prof. G. Queinnec encontramos un excelente repertorio de cuadros con cifras.
59. P. Labarrère, *Le lévrier afghan. Enquête sur le lien race-propriétaire*, tesis de veterinaria, Toulouse, 1985.
60. M. Varga, 1)Influence relative des facteurs génétiques et environnementaux. 2)Le comportement du chien de berger allemand et du chien bas rouge, en Simposio K. Lorenz, AFIRAC, Viena, octubre de 1983.
61. B. Cyrulnik y C. Beata, *Le deuil du chien*, Congreso CNVSPA, París, noviembre de 1990.
62. A. Degenne y M. Forsé, *Les réseaux sociaux*, París, Armand Colin, 1994.
63. G. Queinnec, *La fabrication des animaux*, París, Gallimard, 1997.
64. Reactualización: A. de Haro y X. Espadaler (comps.), *Processus d'acquisition précoce. Les communications*, Universidad Autónoma de Barcelona, Sociedad Francesa para el Estudio del comportamiento Animal, 1984.
65. El feto define a la cría de los vivíparos durante su formación intrauterina, después del estadio embrionario y antes de la expulsión. En el caso del hombre, se habla de feto durante los últimos meses del embarazo.
66. G. Appel, Entretiens avez P. Mazet et A.-C.Nicolas, *Synapse*, nº 55, junio de 1989, p.21.
67. World Association Infant Mental Health reúne regularmente a los investigadores mundiales más avanzados dentro del campo, por iniciativa de B. Golse, P. Mazet y S. Lebovici, B. Cramer y A. Guedeney.
68. B. Golse, Informe de la reunión del 31 de marzo de 1994, Boletín interno de WAIMH.
69. R. Campan, *L'animal et son univers*, Toulouse, Privat, reed. 1994, pp.92-95.
70. R. Vince, 1973, en R. Campan, *op. cit.*, p.104.
71. B. Broussin y Ph. Brenot, Existe-t-il une sexualité du fœtus?, *Médecien fœtale et échographie en gynécologie*, nº 19, septiembre de 1994.
72. J. P. Lecanuet, C. Granier-Deferre y B. Schaal, Les systèmes sensoriels du fœtus, en M. Soulé, *Introduction à la vie fœtale*, París, ESF, 1992, pp.43-70.
73. D. Querleu, X. Renard y F. Versvp, Vie sensorielle du fœtus, en G. Lévy y M. Tournaire, *Environnement de la naissance*, Colegio Nacional de Ginecólogos y Obstetras de Francia, 1985.
74. G. Peter y R. Heppe, Fœtal learning: implications for psychiatry?, *British Journal of Psychiatry*, nº 155, 1995, pp.289-293.

75. D. Stern, *Le monde interpersonnel du nourrisson*, París, PUF, 1989.
76. M. Halperin, Prémices et ontogenèse de la vie affective, en W. Pasini, F. Béguin, M. Bydlowsky y E. Papiernik, *Le fœtus et son entourage*, Ginebra, Ed. Médecine et Hygiène, 1989.
77. J. B. Mihai, *Neuropsychologie clinique et neurologie du comportement*, Presses Universitaries de Montreal-Masson, 1987, pp. 284-285.
78. B. Schaal, E. Hertling, H. Montagner y R. Quichon, Le rôle des odeurs dans la genèse de l'attachement mutuel entre la mère et l'enfant, en *L'aube des sens*, París, Stock, nº 5, 1981, pp.359-377.
79. A. M. Widsrtom y J. Thingstrom-Paulsson, The position of the tongue during rooting reflexes elicited in newborn infants before the first suckle, *Acta Paediatrica Scandinavia*, nº 82, 1993, pp.281-283.
80. E. Noirot, Orientation sociale et mode d'alimentation chez le bébé humain, *Psychologie médicale*, nº 11, 1977, pp. 2127-2146.
81. J. Mehler, J. Bertoncini, M. Barrière y. D. Jassick-Gerschenfeld, Infant recognition of mother's voice, *Perception*, nº 7, 1978, pp.491-497 y J. Mehler y E. Dupouy, *Naître humain*, París, Odile Jacob, 1990.
82. B. De Boysson-Bardies, Do babies bable like speakers speak?, en Conferencia Internacional de Estudios Infantiles, Austin, 1982, y *Comment la parole vient aux enfants*, París, Odile Jacob, 1996.
83. A. Pomerleau y. G. Malcuit, *L'enfant et son environnement*, Bruselas, Mardaga, 1983, p.266.
84. J. F. Fagan, The origins of facial pattern recognition, en M. H. Bornstein y W. Kessen (comps.), *Psychological Development from Infancy: Human and Animal Studies*, Hillsdale, Erlbaum, 1979.
85. A. Meltzoff y M. K. Moore, Imitation of facial and manual gestures by human neonates, *Science*, nº 198, 1977, pp.75-78.
86. D. Decant, Au bonheur des bébés, en *Le Bonheur*, *Psychiatrie française* nº 6, 1986.
87. B. Cramer, Interaction réele, interaction fantasmatique. Réflexions au sujet des thérapies et des observations de nourrissons, *Psychothérapies*, nº 1, 1982, pp.39-47.
88. D. Epelboin, *Du savon plein les yeux*, casete VHS, París, Museo de Historia Natural, 1991.
89. J. Lecamus, Le dialogue phasique-Nouvelles perspectives dans l'étude des interactions père-bébé, *Neuropsychiatrie de l'enfance*, nº 43 (1-2), 1994, pp.53-65.
90. T. B. Brazelton y B. Cramer, *Les premiers liens*, París, Stock/Pernoud/Calmann-Lévy, 1990, p.53.
91. J. Lamb, S. Suomi y G. R. Stephenson (comps.), *Social Interaction Analysis: Methodological Issues*, Madison, University of Wisconsin, 1979.
92. M. D. S. Ainsworth, M. C. Blehar, E. Waters y S. Wall, *Patterns of Attachment: a Psychological Study of the Strange Situation*, Hillsdale NJ, Lawrence Erlbaum Associates, 1978.
93. J. Lecamus, *Pères et bébés*, París, L'Harmattan, 1995.

94. F. Labrell, *Contributions paternelles au développement cognitif de l'enfant pendant la deuxième année*, tesis de doctorado, París V, 1992.
95. C. Chiland, La naissance de l'identité sexuée, en S. Lebovici, R. Diatkine y M. Soulé, *Traité de psychiatrie de l'enfance et de l'adolescence*, París, PUF, 2ª ed. 1994.
96. V. Bourçois, *L'influence du mode d'engagement du père sur le développement affectif et social du jeune enfant*, tesis de doctorado, Toulouse-Mirail, 1993.
97. M. Delage, Coloquio Parental, Toulon-Brest, 15 de junio de 1995.
98. M. H. Klauss y J. H. Kennel (1976), *Maternel-Infant Bonding: the Impact of Early Separation or Loss on Family Development*, Saint-Louis Mosby, 1979.
99. M. Montagner, comunicación personal, 1994.
100. B. Cyrulnik, Empreinte animale et empreintes humaines, en J. Mignot, *Empreintes, sexualité et création*, París, L'Harmattan, 1994, pp.11-44.
101. T. B. Brazelton y B. Cramer, *Les premiers liens, op.cit*, p.116.
102. E. H. Erikson, *Enfance et societé*, Ginebra, Delachaux et Niestlé, 1982, p.258.
103. D. W. Winnicott, *Processus de maturation chez l'enfant*, París, Payot, 1970.
104. M. Lewis y L. Rosenblum (comps.), *The Effect of the Infant on his Caregiver*, Nueva York, Wiley, 1974.
105. K. A. Kleiner y M. S. Banks, Stimulus energy does not account for two months-adds face preference, *Journal of Experimental Psychology, Human Perception and Performance*, nº 13, 1987, pp.594-600.
106. S. de Schonen y D. Deruelle, La reconnaissance du faciès humain et des visages chez le nourrisson, *Nervure*, t.IV, abril de 1991, pp.58-65.
107. J. Cosnier, *Psychologie des émotions et des sentiments*, París, Retz, 1994, p.88.
108. R. Dantzer, Le stress des animaux d'élevage, *La Recherche*, nº 120, vol. 12, 1981, pp.280-290.
109. B. Cyrulnik, A. Alameda y A. Robichez-Dispa, Ontogenèse des comportements de bouche, Congreso de Psiquiatría Mediterránea, Avignon, septiembre de 1994.
110. E. Z. Tronick y J. F. Cohn, Infant mother face to face interaction: age and fender differences in coordination and the occurrence of miscoordination, *Child Development*, nº 60, 1989, pp.85-92.
111. J. Rosenfeld, E. Korolitski, G. Coyer y M. Montes de Och, Transformation, déformation, dysfonctionnement des interactions précoces, *La Psychiatrie de l'enfant*, 1990, t.2, p.504.
112. A. Sameroff y R. M. Emde, *Les troubles des relations précoces*, París, PUF, 1993, p.254.
113. The relationship between post-natal depression and others mother-child interactions, *British Journal of Psychiatry*, nº 158, 1991, pp.46-52.
114. M. W. O'Hara et al., Prospective study of post-partum blues: biological and psychological factors, *Archives of General Psychiatry*, vol. 48, nº 9, pp.801-806.
115. M. Halperin, Prémices et ontogenèse de la vie affective, en *Le fœtus et son entourage*, Ginebra, Médecine et Hygiène, 1989.
116. D. Baumann, *La mémoire des oubliés*, París, Albin Michel, 1988.

Capítulo 3

1. G. Leopardi, *La théorie du plaisir*, Ed. Allia, 1994, pp.2-3.
2. A. Teyssèdre, *La communication animale*, Nathan, 1993.
3. R. Chauvin, Les facéties de l'orchidée (entrevista), *Synapse*, octubre de 1994, nº 109.
4. J. Lacan, *Le Séminaire*, libro I, *Les écrits techniques de Freud*, París, Le Seuil, 1975, p.158.
5. R. Thom, en *La condition animale*, París, Gallimard, 1997.
6. J. D. Vincent, Le bonheur dans la tête, en R. P. Droit, *Où est le bonheur?*, Le Monde Editions, 1994, p.134.
7. P. Pageat, *Pathologie des comportements du chien*, Colección Medicina Veterinaria, 1995, p.51.
8. J. Olds y P. Milner, Positive reinforcement produced by electrical stimulation of septal area and other regions of rat brain, *Journal of Comparative and Physiological Psychology*, 1954, nº 47, pp.419-427.
9. C. Beata, exposición ante el grupo «Toxicomanías», Hospital Toulon-La Seyne, abril de 1995.
10. J. Le Houezec, Psychopatologie de la nicotine, *Profils médico-sociaux*, julio de 1995, p.1461.
11. N. Dodman, L. Shuster y D. S. White, Use of narcotic antagonists to modify stereotypic self-licking, self-chewing and scratching behaviour in dogs, *JAMA*, nº 193, 7, 1988, pp.815-819.
12. J. Ades, Jornada de Psiquiatría Mediterránea, Hospital Toulon-Armées Sainte-Anne, 1995.
13. D. Le Breton, *Passions du risque*, Métaillé, 1991, p.81.
14. D. Marzo y J. C. Schwarz, en B. Granger, Jim de oro 352, Formation and inactivation of endogenous cannabinoïd anandamide in central neurones, *Nature*, nº 372, 1994, pp.686-691.
15. A. Laurent. A quoi rêvent les fœtus? *Echothérapie*, marzo de 1990, pp.8-11.
16. R. Gombergh, filme *Avant de naître*, en T. Nathan, *D'où viennent les enfants?* París, octubre de 1996.
17. H. Montagner, *L'enfant acteur de son développement*, Stock-Pernoud, 1993.
18. J. P. Tassin, Approche du rôle fonctionnel du système méso-cortical dopaminergique, *Psychologie médicale*, nº 12, A, 1980.
19. P. Bustany, Dopamine, la clé du plaisir, *Abstract Neuro et Psy*, nº 134, dic.-enero de 1996.
20. P. Montastruc, Pharmacologie du plaisir, XXV Seminario de la Asociación Interhospitalo-universitaria de Sexología, Toulouse, 1995.
21. Idea desarrollada en el capítulo 1.
22. J. J. Rousseau, en T. Todorov, *Frêle bonheur, Essai sur Rousseau*, París, Hachette, 1985, p.49.
23. J. J. Rousseau, *Dialogues*, París, 1776.
24. M. R. Liebowitz, *La chimie de l'amour*, Montreal, Les Editions de l'Homme, 1990.

25. J. D. Vincent, *La chair et le diable, op. cit.*
26. B. Andrieu, Les pharmaciens qui rendent heureux, en R. P. Droit, *Où est le bonheur?, op. cit.*
27. J. Constantin, *Les médicaments du cerveau*, París, Odile Jacob, 1992.
28. F. X. Poudat, en S. Finger, Les drogués du sexe, *Univers Santé*, septiembre de 1996, nº 11.
29. P. Janet, *De l'angoisse à l'extase*, París, Ed. Société Pierre Janet, Laboratorio de Psicopatología de la Sorbona, CNRS, 1975, t.II, pp.315-320.
30. *Ibid.*, p.316.
31. A. Rubinstein, en F. Reichenbach, *L'amour de la vie*, filme, 1968.
32. J. M. Monteil, *Soi et le contexte*, París, Armand Colin, 1993, p.36.
33. G. Jorland, *Les paradoxes du capital*, París, Odile Jacob, 1995, p.466.
34. J. Sutter, L'anticipation dans l'impasse dépressive, en *L'anticipation-Clé du temps du déprimé*, Colección científica Survector, 1995.
35. J. Lacan, Stade du miroir, 1947, en J. Laplanche y J. B. Pontalis, *Vocabulaire de la psychanalyse*, 1967, p.453.
36. H. Montagner, *La communication entre jeunes enfants de 4 à 7 mois*, casete VHS, INSERM, 1990.
37. *Einfühlung* se traduce habitualmente como «experimentar», si bien expresa el modo como una persona se representa lo que siente otra: sentir dentro...
38. P. Mazet, *Les interactions précoces*, curso del Diploma Interuniversitario de Etología, Universidades de Marsella-Toulon, 9 de marzo de 1996.
39. G. W. Allport, *Personality and Social Encounter: Selected Essays*, Boston, Beacon Press, 1960.
40. *Ein Stück*: nombre con que los nazis se referían a los judíos deportados.
41. P. Ariès y G. Duby, *Histoire de la vie privée*, París, Le Seuil, 1985, t.II, p.267 y t.IV, pp.224 y 277.
42. J. Cosnier, Empathie et communication, en *Sciences Humaines*, nº 68, 1997, pp.24-26.
43. L. Chertok e I. Stengers, *L'hypnose, blessure narcissique*, Les Empêcheurs de penser en rond, 1990, p.41.
44. O. Benoit (comp.), *Physiologie du sommeil*, París, Masson, 1984.
45. J. C. Rouchouse, Analyse étho-psycho-physiologique d'une boufée délirante, *Annales médico-psychologiques*, nº 154, 1, 1996, pp.10-19.
46. A. Bourguignon, *L'homme fou, op. cit.*, t.II, p.62.
47. S. Freud, *Sur le rêve* (1901), París, Gallimard, 1988.
48. A. Bourguignon, *L'homme fou, op. cit.*, t.II, pp.70-71.
49. D. Stern, *Le monde interpersonnel du nourrisson*, París, PUF, 1989, p.142.
50. D. Stern, conferencia «Les interactions précoces», Avignon, 22 de junio de 1996.
51. B. de Boysson-Bardies, *Comment la parole vient aux enfants, op. cit.*
52. E. Fournier, Le jeu chez l'enfant de deux à sept ans, *Sociologie et sociétés*, nº 10, 1978, pp.149-166.
53. En M. Hurtig y J. A. Rondal, *Introduction à la psychologie de l'enfant*, Bruselas, Mardaga, 1990, t.III, p.588.

54. R. Lonetto, *Dis, c'est quoi quand on est mort? L'idée de la mort chez l'enfant*, París, ESHEL, 1988.
55. R. Barthes, *Leçon*, París, Le Seuil, 1977.
56. J. C. Abric, Indicateurs non verbaux du mensonge: recherche expérimentale, *Bulletin de Psychologie*, 1991, t.XLV, nº 405, 1991.
57. P. Pageat, Seminario *Maîtres mordus*, Porquerolles (Var), septiembre de 1995.
58. S. Freud, *Psychologie collective et analyse du Moi*, París, Payot, 1966.
59. J. Cosnier, *Psychologie des émotions et des sentiments*, París, Retz, 1994, pp.79-85.
60. R. Zahavi, The patterns of the vocal signal and the information they convers behaviour (1982), en V. Despret, *Naissance d'une théorie éthologique*, Les Empêcheurs de penser en rond, 1996, p.179.
61. P. Tort, *L'origine du paradoxe sur le comédien*, Vrin, 1980, p.29.
62. J. L. Richard, comunicación personal, 1995.
63. C. Billand, *Mensonge et indicateurs non verbaux*, memoria de DEA, Laboratorio de Psicología Social, Aix-en-Provence, prof. C. Abric, 1992.
64. D. Diderot, *Paradoxe sur le comédien*, París, Gallimard, 1994.
65. L. Jouvet, *Réflexions du comédien*, Librairie théâtrale, 1941, p.154.
66. E. Goffman, *La mise en scène de la vie quotidienne*, París, Editions de Minuit, 1974, 2 vols.
67. J. Cosnier, Synchronisation et copilotage de l'interaction conversationnelle, *Protée*, nº 20, 2, 1992, pp.33-40.
68. M. de Bonis, Visages, expression des émotions et mensonges, en B. Cyrulnik (comp.), *Le visage: sens et contresens*, París, ESHEL, 1988, pp.101-113.
69. H. Chiba, Analysis of controlling facial expression when experiency negative affect on a anatomical basis, *Journal of Human Development*, nº 21, 1985, pp.22-29.
70. Definición inspirada en F. Sigaut, Folie, réel et technologie, *Techniques et cultures*, nº 15, 1990, p.174.
71. J. Goodall, My life among wild chimpanzees, *Natural Geographic Magazine*, nº 125, 8, 1963, pp.272-308.
72. I. Eibl-Eibelfeldt, *Ethologie-Biologie du comportement, op. cit.*, pp.289-290.
73. A. Leroi-Gourhan, *Dictionnaire de la préhistoire, op. cit.*
74. M. Mauss (1934) llamaba *técnico* a todo acto tradicional eficaz, en F. Sigaut, Sociologie et anthropologie, *Techniques et cultures, op. cit.*
75. R. Villey, *Histoire du diagnostic médical*, París, Masson, 1979, p.77.
76. J. Vicari, *Ecologie et santé*, Vendredis de Châteauvallon, 1995.
77. M. Tournier, *Le roi des Aulnes*, París, Gallimard, reed. 1975, p.327, y filme de W. Schlöndorf, 1996.
78. Z. Laidi, Le malaise de la mondialisation, *Le Monde*, 31 de agosto de 1995.
79. J. P. Digard, *L'homme et les animaux domestiques*, París, Fayard, 1990.
80. Testimonio de ex mineros de Brignoles, 1995.
81. E. Gonthier, Entretien avec Aline Kiner. Ethnologie, *Sciences et Avenir*, septiembre de 1995, pp.78-79.
82. G. Queinnec, La fabrication des animaux, *L'Homme et l'animal*, París, Gallimard, 1997.

83. F. Sigaut, La fabrication des animaux, en *ibid.*
84. A. de Tocqueville, De la démocratie en Amérique (1835), R. Laffont, col. Bouquins, t.II, p.497, citado por Irène Théry, *Famille: une crise de l'institution*, Notas de la Fundación Saint-Simon, 1996, p.39.
85. A. Bellaiche, Ovulation et rythme citadin: la pilule est-elle si anti-naturelle? *Sexologos*, octubre de 1996, p.7.
86. R. Leakey y R. Lewin, *The Sixth Extinction*, Doubleday, 1995, p.232.
87. C. Boudoiseau, Pas de miracle à l'Est, *Impact Médecin*, nº 284, 9 de junio de 1995.
88. J. Ellul, *Le bluff technologique*, París, Hachette, 1988, p.198.
89. *Ibid.*, p.449.
90. W. Golding, *Sa Majesté-des-Mouches*, París, Gallimard, 1956.
91. B. Cyrulnik y P. Raymondet, Les parents battus ou la relation d'emprise, Congreso de Neurología y de Psiquiatría en Lengua Francesa, Toulon, junio de 1996.
92. A. M. Tillier, B. Arensburg, B. Vandermeersch e Y. Rak, L'apport de Kébera à la paléoethnologie funéraire des néandertaliens du Proche-Orient, *Cahiers de paléoanthropologie*, París, Ed. CNRS, 1991.
93. J. Goodall, *Les chimpanzés et moi*, Stock, 1970.
94. R. Lonetto, *Dis, c'est quoi quand on est mort? op. cit.*
95. S. Tisseron, *Psychanalyse de l'image. De l'image aux images virtuelles*, París, Dunod, 1995, p.158.
96. *Ibid.*
97. M. J. Mondzain, *L'image naturelle*, Le Nouveau Commerce, 1995, p.16.

Cómo se cierra un libro

1. P. Janot, Development of children's vocabulary (1972),en M. Hurtig y J. A. Rondal, *Introduction à la psychologie de l'enfant, op. cit.*, t.II, p.464.
2. D. Lestel, *L'animalité- Essai sur le statut de l'humain*, París, Hatier, 1996, p.7.
3. Las tragedias no humanas de la humanidad están constituidas por los maremotos, erupciones volcánicas, períodos glaciares y otras catástrofes ecológicas. En la actualidad la tecnología permite al hombre modificar a su vez esta ecología, con lo cual puede humanizar las catástrofes no humanas.
4. Salvo San Agustín quien, a fines del siglo IV, consideraba que los animales eran responsables porque también ellos eran una creación divina.
5. C. Bensch, De l'agonie à la mort, *Synapse*, nº 120, noviembre de 1995, pp.1-5.
6. F. Dagognet, *Les dieux sont dans la cuisine*, Les Empêcheurs de penser en rond, 1996.
7. D. Lestel, *L'animalité*, París, Hatier, 1996, p.79.

El encantamiento del mundo

Desde que nacemos nos dejamos fascinar, hechizar e hipnotizar por todo lo que nos rodea. La fascinación nos mantiene unidos a nuestro mundo, el cual nos protege y estimula nuestros sentidos hasta que, poco a poco, comprendemos las señales del entorno y podemos reaccionar a ellas. También los animales quedan fascinados al percibir los olores, colores y movimientos de su mundo. Cuando reaccionan de manera adecuada, está claro que también comprenden las señales de su entorno.

Pero para los humanos hay otros niveles de fascinación: cuando comprendemos las cosas les damos *significados*, y con éstos creamos nuestro mundo mental. No es un mundo irreal y separado de nuestro cuerpo. Al contrario, gracias a él todos nuestros sentidos y sensaciones adquieren significado. Así, nuestro cuerpo, al principio puramente orgánico, se convierte para nosotros en un cuerpo que podemos entender y que participa de maneras muy sutiles y complejas en nuestra comunicación con los otros.

Cuando conversamos con otros, cada uno sólo puede hablar desde el mundo personal que se ha creado, pues no conoce el mundo mental del otro. ¿Cómo es posible que, a pesar de ello, nos entendamos? Como muestra Cyrulnik a través de numerosos y sorprendentes ejemplos, nos comprendemos gracias a una fascinación muy especial, cuyos secretos nos revela la observación de todo lo que hacemos para comunicarnos además de hablar: ofrecemos al otro una gran variedad de gestos, miradas y movimientos, apenas o nada conscientes, que refuerzan lo que decimos y sentimos de forma que el interlocutor capta, a veces sin saberlo, nuestro estado de ánimo y lo que, en el fondo, *queremos* decir.

Esta obra describe con un estilo muy ameno las facetas más sorprendentes del comportamiento humano y lo compara con el animal. Muchos rasgos de la conducta de otras especies son tan parecidos a los nuestros que cabe preguntarse qué es lo que nos distingue como seres humanos. Este libro da muchas respuestas importantes para entender nuestro lugar específico en el conjunto de los seres vivos.

ACCESO ABIERTO

ISBN 84-7432-927-2
9 788474 329278
100546

gedisa editorial